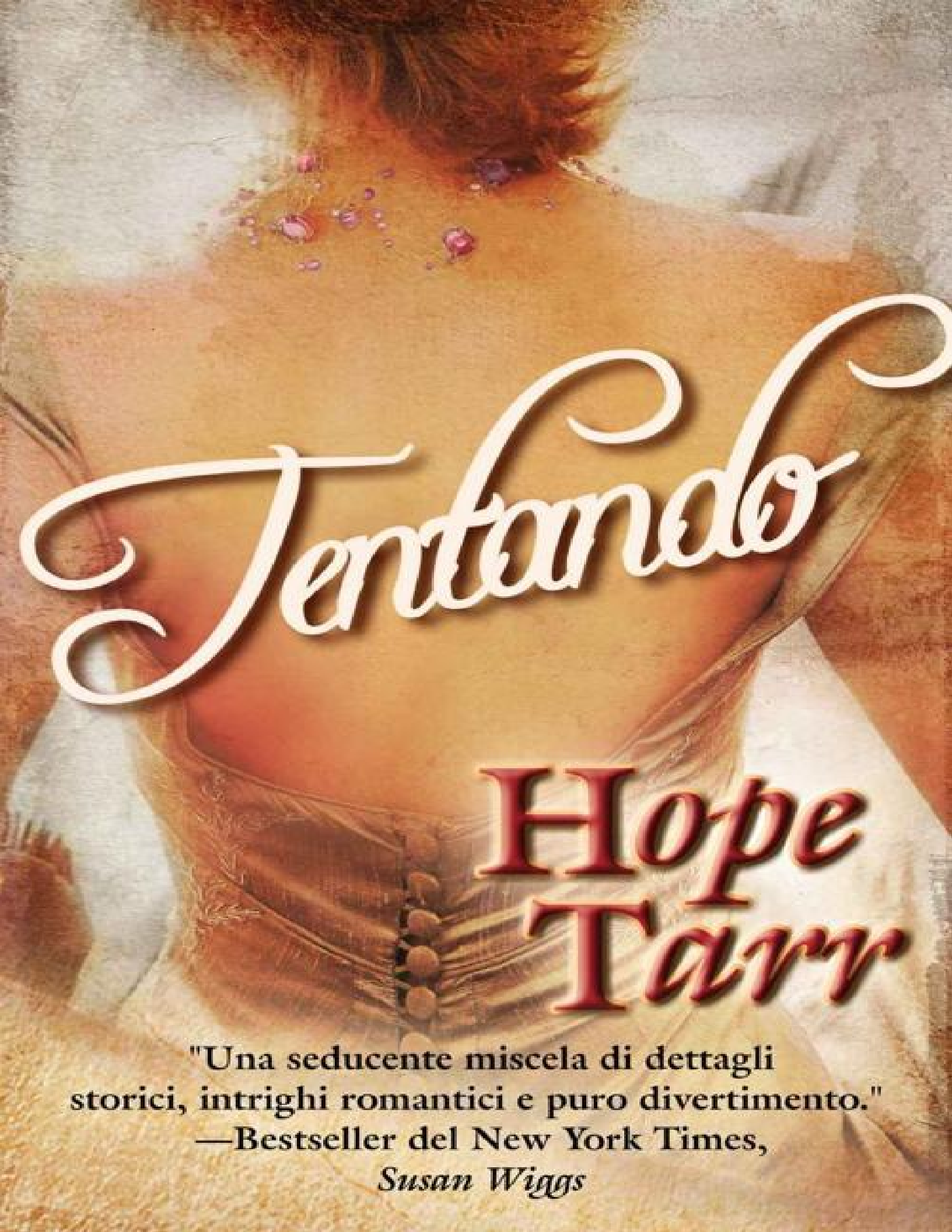




Tentando

Hope
Tarr

"Una seducente miscela di dettagli storici, intrighi romantici e puro divertimento."

—Bestseller del New York Times,

Susan Wiggs

TENTANDO

HOPE C. TARR

ÍNDICE

[Prólogo](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Nota Histórica](#)

[Introducción de la Autora](#)

[Aclamación para Tentando de Hope Tarr](#)

[Sobre La Autora](#)

[Más Bondades Victorianas por Hope Tarr](#)

Para Gabby, la inspiración para “Puss”.

Quien cruzó el Puente del Arcoíris en 2003.

Ida, pero no olvidada, por siempre en mi corazón...

PRÓLOGO

“Deambulo por cada calle autorizada,
cerca de donde fluye el Támesis fletado,
Y marcar en cada rostro que encuentro
Marcas de debilidad, marcas de aflicción.”

—William Blake, *Canciones de inocencia y de experiencia*, 1794.

St. Katherine's Dock, Londres, 1848.

Con la entrega realizada, Simon salió del almacén de seda y se adentró en la cálida tarde de junio, con una extraña sonrisa en los labios. Su hermana, Rebecca, lo saludó desde el otro lado de la calle adoquinada. Ella es un año mayor que él y comparte su mismo cabello oscuro, mirada gris azulada y estatura esbelta, parecía más una mujer que una niña. Incluso con su vestido tejido en casa y con la cabeza cubierta de acuerdo con su fe hebrea, era una belleza en flor.

Se apresuró a encontrarse con ella. “Lo siento, llego tarde.”

Ella se puso a caminar a su lado. “No me importa, pero, ya sabes cómo se preocupa mamá.”

Simon asintió, sabiéndolo muy bien. Desde que su padre falleció ese invierno, su madre viuda no hizo más que preocuparse y trabajar.

Siguieron caminando. A pesar de lo cansado que estaba, él se sentía bien al estirar sus extremidades sin las trabas de las cargas, mientras que la brisa del Támesis rodaba como un bálsamo hacia su cara quemada por el Sol. Respiró hondo, saboreando los aromas, que emanaban de la fábrica de especias, en la orilla sur del río. La canela, la nuez moscada e incluso la pimienta negra conformaban un perfume dulce, en comparación con el hedor a pescado crudo y de aguas residuales, que un estibador solía respirar, desde el amanecer hasta el anochecer.

Mirándolo, Rebecca le dijo: “pareces satisfecho contigo mismo.”

Simon sintió que sonreía. “El señor Rosenberg estaba tan complacido de recibir el fardo de trapos, recogidos un día antes, que me pagó seis peniques más de lo que habíamos acordado. Si tengo suerte, no seré una rata de muelle por mucho más tiempo.”

“¡Simon, qué maravilloso!” Sonriendo, Rebecca se acercó y apretó su mano. “Solo que no es suerte, sino todo tu duro trabajo por tu familia lo que finalmente ha encontrado el favor del Señor”, agregó lealmente.

Simon siempre había considerado que Dios tenía un puño bastante firme cuando se trataba de repartir bendiciones, especialmente dinero, pero en lugar de arriesgarse a estropear un raro buen humor, se abstuvo de decirlo. Ciertamente, él trabajó duro por su familia. El invierno anterior se había tragado lo que quedaba de su orgullo y se unió a una banda de niños carroñeros. Todas las noches, después de terminar en los muelles, él se reunía con sus compañeros en el camino de sirga del Támesis. Con las linternas en alto, rastrillaban los desechos arrastrados por el agua, una ocupación inmunda que a veces daba sus frutos. Su parte del botín, un brazalete de oro con el broche roto, un par de anteojos y una caja de rapé de peltre, ahora residía en el prestamista local. El hombre probablemente lo había engañado, aún vendiendo su participación en dinero que de otro modo no tendría.

“Simon, un momento, por favor.” Rebecca le envió una mirada de disculpa y se inclinó para ocuparse de su bota.

Con la espalda apoyada contra los ladrillos, carbonizados de una cervecería, se quitó el calzado y volvió a meter el trozo de trapo blanco, en el agujero de la suela. La vista nunca dejaba de avergonzar a Simon, pero se consoló a sí mismo que no tendría que hacer el cambio por mucho más tiempo. Con su escondite secreto y la generosidad reciente del señor Rosenberg, finalmente, él obtuvo los fondos para comprarle un regalo de cumpleaños adecuado, el excelente par de medias botas de cuero para mujer, que había visto en un escaparate el otro día. Apenas podía esperar la expresión de su rostro cuando le entregó la caja.

Impaciente, él la ayudó a levantarse y luego continuó por el muelle, dejándola a su paso. “Simon, ¿por qué nos llevas por este camino?” Preguntó ella, encontrando su manera en un tono agudo.

Mirando hacia atrás, Simon se rió. “Lo verás muy pronto, ¡cumpleañera!”

Una sonrisa se dibujó en su rostro. “Simon, pensé que tú...”

“¡Qué olvidé el decimosexto cumpleaños de mi única hermana! ¡Nunca! Esta noche no cenaremos lentejas hervidas, hermana, sino un ganso con todos los adornos.”

La tienda de cocina, que ostentaba los mejores gansos de todo el este de Londres, estaba ubicada en un tramo de estructuras de un solo piso. Este albergaba principalmente tabernas y palacios de ginebra. A medida que se acercaban, la fragancia de la carne asada provocó un rugido en el estómago de Simon.

Rebecca lo agarró por la manga de la camisa. “Creo que deberíamos dar la vuelta.” Su mirada sobria recorrió el muelle desierto.

Se estaba haciendo tarde. Lo que quedaba del Sol del oeste era una franja naranja contra el cielo grisáceo. Los marineros y estibadores habían dejado sus labores por el día. La mayoría se sentaría a cenar ahora, ya sea en una taberna o en una casa de huéspedes. Se le hizo agua la boca, Simon estaba ansioso por seguir así.

Liberándose, le hizo señas para que avanzara. “No te preocupes, Becca. Estarás a salvo conmigo.”

Subieron los escalones de tablones. Más adelante, se abrió una puerta, despidiendo humo de pipa y sebo quemado en el crepúsculo. Dos jóvenes hinchados, con corbatas elaboradamente dobladas y chaquetas brillantes como el arcoíris, se tambalearon en la estrecha pasarela. El sombrero de uno se cayó.

El rubio larguirucho miró su sombrero de castor, que yacía en el suelo, y luego volvió a mirar a Simon. “Recógelo.”

“Ya lo escuchaste”, secundó su compañero. Estando ridículo con perilla y pantalones a rayas de seda, arrojó su cigarro encendido junto a la bota de Rebecca.

Simon miró entre los dos rostros rojos burlones, distinguiendo la medida de los hombres. Conocía a los de esa clase, nabobs ricos del West End, probablemente de vacaciones de la universidad y deseosos de gastar el dinero de sus papás en bebida y mujeres... Y con problemas. Aún así, él no estaba preocupado. Aunque ellos eran mayores que él, por unos buenos cinco años, estaban borrachos como la siembra de David, así como blandos. Las manos blancas que sostenían sus cigarrillos nunca habían conocido un día de trabajo.

“Posibilidad de grasa.” Simon cuadró los hombros que se ensanchaban día a día, debido a las largas jornadas de descarga de cargamentos de aguardiente, tabaco y arroz.

Por el rabillo del ojo, él vislumbró el óvalo pálido del rostro de Rebecca. “¡Simon, por favor!” Ella susurró, retorciendo su trenza.

El estudiante barbudo sacó una petaca de plata de su bolsillo y se la llevó a los labios. Tragando saliva, dijo: “mejor escúchala, o llamaremos a McShane para que te enseñe mejores modales, ¿no, Reg?”

Su compañero asintió. “Ciertamente, Jimmy, y luego tal vez dejes que esta hermosa y pequeña judía se disculpe por él.” Con los ojos nublados, miró a Rebecca de arriba abajo.

Simon ansiaba aplastar con el puño sus caras lascivas, pero tenía que pensar en Rebecca. “Váyanse.” Decidido a no renunciar a su ganso, tomó la mano húmeda de Rebecca, protegió su cuerpo con el suyo y los alejó de los hombres.

Una quemadura en la espalda le hizo romperse las manos y dar vueltas. Con los puños levantados, él miró hacia abajo al cigarro humeante, en el suelo, y luego hacia arriba. La puerta del bar se abrió. Un matón de cuello grueso, con la cabeza afeitada y los bíceps de un pugilista, salió. Simon dejó caer los brazos a los costados y el miedo reemplazó a su furia. ¿Era el McShane con el que lo habían amenazado? Una maldición en lo que debía ser gaélico selló sus sospechas.

Con el pecho apretado, se volvió hacia Rebecca y agarró su mano. “¡Corramos!”

Huyeron a través del desierto mercado de pescado, zigzagueando entre puestos y carros abandonados, con el irlandés pisándoles los talones y los dandies ligeramente rezagados. Simon había esperado que se cansaran y abandonaran el juego, pero parecía que había juzgado mal su gusto por las travesuras. Tirando de Rebecca, se dirigió a Rosemary Lane. Al cruzar, aceleró el paso, con la intención de perder a sus perseguidores en el laberinto de callejones sinuosos y edificios abandonados.

Rebecca tropezó con un adoquín roto y se tambaleó hacia adelante. Simon la atrapó.

Aferrándose a su brazo, dio un paso y se estremeció, ya que la pierna de ella estaba flaqueando. “Mi tobillo, me lo torcí.” Su rostro se arrugó. “Oh, Simon, ¿qué vamos a hacer?”

Movió los dedos temblorosos por el cabello resbaladizo, debido al sudor, sabiendo que ahora no tenían ninguna esperanza de mantener su ventaja. “Tendremos que escondernos. No te preocupes, te llevaré.”

La cogió en brazos y la llevó al callejón delantero. En el interior, la dejó en el suelo e hizo un rápido inventario.

“Ese contenedor, ¡rápido!” Él la ayudó a subir al montón más alto y luego se agachó detrás de una pila cercana de madera podrida.

Apenas tuvieron tiempo de respirar cuando aparecieron sus perseguidores, con el irlandés a la cabeza. “Están aquí seguros como el verde de Irlanda.” Entrecerrando los ojos a través de la rendija, entre las tablas, Simon lo vio rascarse la cabeza brillante por el sudor.

“De hecho, huelo una rata.” Limpiándose la frente chorreante, el rubio se colocó a su lado. Pasó junto a Simon en una nube de colonia, mientras el faldón de su abrigo se enganchó en una

viga.

Se volvió para tirar de él. El sudor le picaba en los ojos, Simon contuvo la respiración y la soltó cuando la tela se soltó.

El señor Barba también se acercó. “Y huelo a la perra.”

Se detuvieron en el escondite de Rebecca.

“Egads, Jimmy, pero, apesta aquí.” El rubio sacó un pañuelo perfumado de su bolsillo y se secó las fosas nasales.

Los aromas florales tendían a hacer que Rebecca se resfriara. Con el corazón estancado, Simon contuvo la respiración. Finalmente la pareja pasó. ¡Gracias al Cielo!

“Ah-chuu.”

Dieron media vuelta y volvieron sobre sus pasos. “¿Qué tenemos aquí?” Alcanzando detrás de la papelería, levantaron a Rebecca.

“¡Por favor!” Con los ojos muy abiertos, miró de un rostro despiadado al otro.

La arrastraron gritando a la intemperie. Reggie extendió ambas manos y apretó sus pechos. Sollozando, dio un paso tambaleante y cayó, aterrizando de espaldas.

Frenético, Simon arañó vegetales podridos y cadáveres de ratas en busca de un arma. Agarró una tabla y saltó al aire libre. “¡No toques a mi hermana!” El rubio era el más cercano a Rebecca. Simon tiró hacia atrás y lo golpeó con fuerza en la cabeza.

Se tambaleó, sangre a borbotones. “McShane, ¿para qué diablos te estamos pagando?”

Simon se dio la vuelta. El irlandés estaba ante él, un Goliat gaélico. Arrancando la tabla de sus manos, la partió en dos y arrojó los pedazos astillados, a un lado, como si fueran cenizas. Simon levantó los puños para defenderse, pero fue demasiado tarde. Un puño del tamaño de una bala de cañón le atravesó el estómago. Siguieron más golpes como relámpagos rápidos que sacudieron la tierra. Un ruido sordo repugnante golpeó sus huesos, sonó dentro de su alma. Escupiendo sangre, Simon cayó hacia delante a cuatro patas.

Los gritos, los de Rebecca, atravesaron la enfermedad. Trató de ir hacia ella, pero su cabeza se sentía más pesada que las balas que había tenido antes. A diferencia de ellos, no podía levantarse.

Por encima del dolor en sus oídos, escuchó una voz burlona que exigía: “Tráela para que pueda mirar. No somos tímidos, ¿verdad, cariño?”

Unas manos ásperas se deslizaron bajo sus axilas y lo levantaron de un tirón. Era incapaz de resistir, sus miembros eran tan rígidos como los de una marioneta, sus rodillas se doblaban. Maldiciendo en gaélico, el irlandés lo arrastró por los adoquines y luego lo tiró en el centro de la calle. Simon entreabrió un ojo hinchado. Jimmy se agachó sobre Rebecca, empujando las caderas con una mano, tapándole la boca. A unos pasos de distancia, su cómplice estaba abrochándose los pantalones.

Pasos se dirigieron hacia él, eran zapatos caros y brillantes chirriando. Miró hacia arriba y la saliva le golpeó en el ojo. “Era tan dulce que casi me imaginé que estaba dispuesta.” Simon abrió la boca para maldecirlo con el mal de ojo, esperando por una vez que la superstición se cumpliera, pero antes de que pudiera, una patada aterrizó en su costado.

Los zapatos brillantes retrocedieron. El silencio cayó como una cortina oscura. Chispas al rojo vivo ampollaron los ojos de Simon. Obligándolos a abrirlos, vio que el crepúsculo se había vuelto casi como si una fuerza divina hubiera cerrado el telón del escenario sobre su pequeña y sombría obra.

“¿Becca?” Entrecerrando los ojos en la oscuridad, se arrastró hacia ella.

Mirando las estrellas, yacía como la habían dejado, con las faldas en la cintura y las esbeltas

piernas abiertas. Todavía tenía puestas las medias y los zapatos. El agujero del tamaño de un centavo en la suela de la bota lo golpeó como un puño físico. Un sollozo rompió el silencio. Con retraso se dio cuenta de que venía de él.

Y dentro de su cabeza martilleante, el estribillo condenatorio resonaba una y otra vez.

Estarás a salvo conmigo.

CAPÍTULO UNO

Enséñame a sentir el dolor de otro,
Para ocultar la culpa que veo;
Esa misericordia que muestro a los demás,
Ese espectáculo de misericordia para mí.
—Alexander Pope, *La oración universal*, 1738.

Londres, octubre 1867.

Simon Belleville no era ajeno a la miseria. Había pasado sus primeros quince años en Whitechapel, el peor de los guisos londinenses, entre los prestamistas, las prostitutas y los inmigrantes de Europa del Este. La escalera del burdel en la que se encontraba era tan estrecha, sucia y húmeda, como aquellas en las que jugaba de niño. Solo que ahora era un hombre de treinta y cuatro años. Un hombre de propiedad y experiencia. Un hombre que había viajado a la India y de regreso, al infierno, para hacer fortuna. Una riqueza que no había duplicado, sino cuadruplicado, muchas veces desde su retorno. En un país donde la fortuna y la posición se otorgaban por nacimiento o no se concedían en absoluto, él era un hombre hecho a sí mismo, prácticamente, constituía una leyenda viviente. En la sede de la Compañía de las Indias Orientales en Leadenhall, los directores, accionistas y empleados de la casa de contabilidad pronunciaron su nombre en susurros reverentes. Cuando entró en Royal Exchange, un silencio cayó sobre la corte central, mientras los inversionistas se esforzaban por escuchar qué acciones compraría y qué otras vendería. Y ahora, él estaba listo para cumplir con su próxima gran ambición: un escaño en la Cámara de los Comunes.

Respaldando su aspiración estaba el Ministro de Hacienda del gobierno conservador de Lord Derby, Benjamin Disraeli. Cuando Disraeli sugirió que Simon dirigiera la Comisión de Moralidad y Vicios de Su Majestad, no pensó en negarse. Por desagradables que fueran sus deberes (si las mujeres elegían vender sus cuerpos por unas pocas libras y comida en sus barrigas, ¿quién era él para detenerlas?), aun así, el nombramiento era su oportunidad de demostrar su valía a Disraeli, a los conservadores, y tal vez incluso a la propia reina Victoria.

Durante los últimos seis meses, Simon había dirigido redadas en veintitantos burdeles. El establecimiento actual, el de Madame LeBow, era el último de su lista. Como los demás, este ofrecía la tarifa estándar de flagelaciones, desfloraciones y felaciones a precios para la clase

trabajadora. A los clientes les gustaba el sexo rudo, el vino barato y las meretrices jóvenes. El aire cerrado apestaba a semillas derramadas y cerveza rancia, y al menos cuatro de las ocho prostitutas encarceladas, en el carro de la policía afuera, tenían menos de dieciséis años.

Él se detuvo en el hueco de la escalera, se quitó los guantes y los metió en los bolsillos de su abrigo. Los guantes eran de rigor, por supuesto, conformando el sello distintivo de un caballero, y, sin embargo, al usarlos nunca sintió que su carne pudiera respirar adecuadamente. Envolviendo una mano maravillosamente desnuda alrededor del poste de la escalera, lleno de cicatrices, miró hacia abajo a los cuatro sargentos de policía, vestidos de azul, que flanqueaban la entrada del primer piso. Un quinto oficial se colocó afuera para proteger a las mujeres. Simon estaba a punto de dar la orden de retirarse, cuando vio a dos de las prisioneras susurrando sobre la chica nueva en el ático. Puede que no le gustara cumplir con este conjunto particular de deberes, pero aún así era un hombre minucioso. Un barrido limpio significaba precisamente eso, y no tenía intención de permitir que ni un solo conejo escapara de su madriguera.

El inspector Tolliver, linterna en mano, subió las escaleras y se detuvo unos pasos por debajo de él. “¿Debo iluminar el camino, señor?”

Simon negó con la cabeza. “Eso no será necesario. Iré solo.” Alcanzó la linterna, que Tolliver le entregó a regañadientes.

En el último prostíbulo donde había permitido que Tolliver dirigiera un arresto, la señora había aparecido con un ojo morado y el labio partido. Tolliver afirmó que se había tropezado y caído al bajar las escaleras. Simon tenía sus dudas.

Tolliver se torció un extremo encerado de su bigote de manillar. “¿Está seguro, señor?” Podría ser una trampa.

Como no estaba acostumbrado a que se cuestionara su juicio, Simon espetó: “creo que puedo manejarlo, inspector. Según todos los informes, solo hay una mujer allá arriba, y si se parece en algo a las demás, es poco más que una niña.”

Tolliver movió sus estrechos hombros. “Hazlo a tu manera, jefe. Los muchachos y yo estaremos abajo si nos necesitas.” Palmeó el garrote que colgaba de su cinturón.

Al verlo tambalearse, en su camino de regreso en la oscuridad, Simon reprimió un resoplido. Con sus bicicletas, porras y elegantes uniformes azules, el departamento de detectives de Londres, compuesto por ocho hombres, se consideraba una fuerza que debía ser reconocida. Pero, claro, Tolliver y sus hombres rara vez se aventuraban en el East End. Esos callejones oscuros y torcidos, con su hedor a orina, basura podrida y sueños arruinados, eran una tierra extraña para ellos. Para Simon, siempre estaría en casa.

Siguió subiendo los tres tramos restantes hasta el ático, las tablas podridas del suelo crujían bajo las suelas de sus botas. Habían pasado casi veinte años, y, sin embargo, podría haber sido ayer cuando escuchó los pasos del propietario, en un conjunto de escaleras chirriantes muy parecidas a estas.

“Esta no es una casa de caridad”, había dicho el propietario, el señor Plotkin, después de pronunciar lo que equivalía a una sentencia de muerte. A los tres, Simon, su madre y Rebecca, les dieron veinticuatro horas para recoger sus pertenencias y abandonar el recinto, de lo contrario, él haría que los llevaran a todos a la prisión de deudores.

Era la primera vez que Simon veía llorar a su madre desde la muerte de su padre. Retorciendo sus manos ásperas por el trabajo, Lilith Belleville había mirado de un niño a otro y luego de vuelta al casero. Entonces, ella había hecho lo impensable. Se había arrodillado y suplicado.

“Tenga piedad, señor Plotkin. Si nos echas, ¿adónde iremos?”

“Eso no es asunto mío.” Al pasar junto a ella, el zapato de Plotkin había aterrizado en el dobladillo de su gastado vestido, dejando una huella polvorienta en el percal limpio.

La escena, como tantos episodios dolorosos de su pasado, quedó grabada como fuego en el cerebro de Simon. Ahora, alguien más, algún otro pedazo de humanidad encogida, esperaba detrás de la puerta cerrada de un ático, a que él entregara el edicto, que resultaría en su envío a Newgate Gaol, o, peor aún, a uno de los cascos de prisión amarrados a lo largo del Támesis.

Como aplastar un insecto con el tacón de su bota, Simon se movió para hundir la pequeña piedad que aún vivía dentro de él. “Eso no es asunto mío”, dijo en voz baja, dominando el rellano.

La puerta del desván era un estrecho arco de tablones, apenas más ancho que sus hombros. Descorrió el cerrojo y la madera combada, y gimió al abrirse sobre bisagras oxidadas. Agachándose bajo el dintel, entró.

En el interior, el aire estaba tan viciado como una zanja de drenaje, el calor era tan sofocante como Calcuta al mediodía, y la oscuridad no se veía aliviada por ninguna luz, salvo la que llevaba Simon. Un entramado de telarañas colgaba del alero y se enredaba en la copa de su sombrero de castor. Apartándolas a un lado, levantó la linterna, e hizo un balance. Había un viejo baúl de marinero, un cubo de basura, lleno, a juzgar por el hedor, y una cama de cuerda encajada, debajo del techo inclinado, con un montón de trapos cuidadosamente dispuestos por encima.

Asegurando la puerta, Simon se movió hacia el centro de la habitación. Su mano libre se abrió paso a través de las motas de polvo, mientras que sus pisadas, en las tablas del suelo, enviaron a los ratones a correr. Cuando él se acercó, el bulto sobre la cama se movió, como bien había sospechado que lo haría.

Centró su luz en la cama. “Puedes salir ahora.”

Un grito ahogado recibió esa sugerencia. Arrojando las sábanas a un lado, la chica se irguió de golpe. “Te alejas de mí, ¿me oyes?” Unos ojos muy abiertos de un color indeterminable brillaron en señal de advertencia, eran los ojos de una salvaje.

Simon la enfocó con la luz. “Tranquila, ahora, nadie te hará daño.”

Ella parpadeó como un búho y su carita se frunció. Esta chica parecía ser la más joven todavía, pero las que estaban en el oficio de las doncellas eran expertas en el arte de la ilusión. El camisón infantil que llevaba, de algodón blanco y abotonado hasta el cuello, la hacía parecer inocente, casi virginal.

Simon sabía esto mejor que ella.

Fuera cual fuera su edad, no era una belleza. Sus ojos eran demasiado grandes, sus pechos demasiado pequeños y su cabello castaño, hasta la cintura, colgaba en mechones grasientos, alrededor de su rostro demacrado. Que cualquier hombre pagaría por acostarse, con una pequeña niña abandonada tan triste, era casi imposible de comprender. Por otra parte, Londres estaba plagado de machos a los que les divertía aprovecharse de las jóvenes e inocentes. Volvió a pensar en Rebecca, y el dolor familiar en su pecho palpitó.

Unos cuantos pasos medidos más lo llevaron al pie de la cama. Ella se encogió, cuando él se acercó, cayendo sobre sus manos como si la luz le lastimara los ojos. Tenía una mancha oscura en la frente, que podría haber sido un moretón, una marca de nacimiento o simplemente más de la misma suciedad que manchaba la parte delantera de su camisón. Pero no había duda de que la pequeña media luna rojiza en su mejilla izquierda era cualquier cosa menos lo que parecía.

Era una cicatriz recién cortada.

La ira de Simon, nunca lejos de la superficie, surgió. Ninguna mujer, dama o prostituta, merecía ser abusada tan asquerosamente. Decidido a que las esposas que había traído

permanecerían en el bolsillo de su abrigo, invocó su voz más suave para decir: “he venido para llevarte.”

Ella levantó la cara, inmovilizándolo con su mirada y sus ojos muy abiertos. “¿Realmente?”

Antes de que él pudiera responder, ella hizo algo para lo que él no estaba preparado. Ella se puso de rodillas y se arrojó contra él.

“Oh, sar, he orado y orado para que alguien viniera, y justo cuando estaba casi lista para rendirme, aquí estás.” Ella agarró su mano y presionó la palma contra su boca.

Sus labios estaban fríos sobre su carne, eran fríos y ligeramente temblorosos. Sobresaltado, Simon bajó la mirada y casi la linterna. Todavía estaba arrodillada ante él, con el delgado camisón retorcido de modo que abrazaba no solo sus caderas y muslos, sino también el montículo entre ellos. El repentino impulso de extender su mano humedecida con su beso y acariciarla allí, justo allí, lo conmovió y lo asqueó. Nunca se había considerado un hombre apasionado, ciertamente no era incontrolable. El autodominio lo era todo para él, siendo la piedra angular de su existencia y el baluarte que contenía las sombras. No podía permitirse perderlo ahora. Obligó a su mirada a regresar a su rostro, un terreno más seguro o eso pensó. Pero la forma en que ella lo miró a los ojos, como si él fuera su mesías personal, lo inquietó aún más que sus fantasías sórdidas y sensuales.

Apartó la mano de un tirón y dejó la lámpara. “¿Cuánto tiempo has estado aquí, en el ático? ¿Eso es? ...”

Aún arrodillada, ella se mordió el labio inferior. “Creo que caasii una semana, aunque es terriblemente difícil distinguir la noche del día.”

Fuera quien fuera, ella no era londinense. Las vocales redondeadas de Midlands eran claras en su voz baja. Miró más allá de ella hacia la pequeña ventana sellada, observando el panel de vidrio cubierto con oscurecimiento. Para una chica de campo, estar así encerrada sería un infierno terrenal.

La lástima removió su conciencia. Él se defendió, haciendo señas a una vitalidad profesional, que no se atrevía a sentir. “Sí, bueno, debes vestirme y recoger tus cosas. Los demás nos esperan abajo. Afuera”, añadió a modo de tentación.

Ella le sonrió. “Oh, encantador, ¿las estás rescatando también?”

La pobre chica debe ser realmente tonta o loca, o una adicta al opio, o tal vez las tres cosas. Al mirar su cara sucia en busca de algún signo de trastorno, él observó que sus ojos (se percató que eran marrones) eran claros, sus pómulos altos y su boca llena con los labios superiores e inferiores, casi como imágenes especulares, que lucían características inusuales y extrañamente tentadoras. ¿Cómo se sentiría tener esa boca moviéndose contra la suya, en lugar de solo contra su mano? Se imaginó que sería suave y entrañablemente dulce.

Se dio a sí mismo una fuerte sacudida mental. ¿Quizás, él era el que estaba en peligro de perder la cordura? Esta chica no era una inocente protegida, sino una actriz ingeniosa, una prostituta. Su ingenuidad fingida, probablemente, había persuadido a muchos tontos a deshacerse de sus monedas.

Simon no era tonto.

Se cruzó de brazos para que ella no lo alcanzara de nuevo. “Usted y las demás serán conducidas a Newgate, donde pasarán la noche. Por la mañana, serás llevada ante el Juzgado Penal Central.”

Su sonrisa se aplanó y un surco partió su suave frente. “¡A Old Bailey! Pero, no he hecho nada malo.”

Todavía con la esperanza de tomarla por el camino más fácil, Simon se armó de valor para

tener paciencia. “La prostitución es un delito grave. Aún así, considerando su juventud... Por cierto, ¿cuántos años tienes?”

“Diecinueve.”

Diecinueve años estaba muy por encima de la edad de consentimiento, y, sin embargo, ella era lo suficientemente joven como para que Simon sintiera pena por su futuro fallido. Se aclaró la garganta, recordando cuánto mayor era él que ella. “Los jueces pueden estar preparados para mostrar misericordia... Siempre que te entregues en silencio.”

“¿Misericordia? ¿La casa de trabajo en lugar de la prisión? O tal vez, si fuera realmente afortunada, sería liberada para... ¿Morirme de hambre?”

Ese no era su asunto. Solo tenía que llevar a cabo este último arresto y redactar el informe al Parlamento, y entonces, su obligación estaría cumplida. Y se habría dado otro paso, no, un salto de gigante, hacia la bancada parlamentaria.

Todo lo que él necesitaba hacer para llegar allí era mantenerse fuerte y mantener el rumbo. Decidido a sofocar cualquier sentimiento suave restante, él desplegó sus brazos y alcanzó su muñeca. “Ven, levántate y vístete.” Más allá de todo, necesitaba desesperadamente que ella estuviera cubierta con ropa.

Ella se soltó, la fiereza en su rostro confirmaba que más besos eran un miedo infundado. “No lo haré.”

Pero ella estaba atrapada y ambos lo sabían. La ventana, suponiendo que pudiera abrirse, era demasiado pequeña para arrastrarse por ella, y, aunque no lo fuera, estaban a cuatro pisos del suelo.

Simon metió la mano en el bolsillo en busca de las esposas, con la esperanza de que solo las necesitaría para mostrarlas. “Vienes conmigo... Ahora. Por tu propia voluntad, vestida o desnuda, no me importa.”

Su bravuconería se rompió. Ella se encogió. “Oh, por favor, sar, no he hecho nada malo. ¿No puedes liberarme?” Dobló las manos, entrelazando los dedos delgados y mordidos por las uñas como si estuviera rezando.

Con su forma, vestida de blanco y sus ojos cándidos, ella era la imagen misma de una santa suplicante, que una vez había visto en una vidriera de la Catedral de St. Paul, una santa con la que unos segundos antes había fantaseado acostarse. Su conciencia le remordió de nuevo. ¿Por qué no simplemente ir abajo y decir que había encontrado el ático vacío?

Si lo hiciera, él se convertiría en un maldito tonto, por eso.

Disraeli recompensó a quienes lo sirvieron bien. Fue igualmente generoso en castigar a quienes les fallaron. Sin su respaldo, el sueño de Simon de ocupar un escaño en la Cámara de los Comunes seguiría siendo solo eso, un sueño.

“Lamentablemente no puedo.” Se inclinó, agarró sus muñecas de huesos afilados con una mano y la puso de rodillas, esta vez teniendo cuidado de mantener la mirada fija en su rostro.

“No voy a ir.” Ella vaciló. “Al menos no sin Puss.” Ella giró para mirar por encima de su hombro derecho.

“¿Puss?” Exclamó, todavía abrazándola. Él se dio la vuelta, preguntándose si ella podría tener un compañero de cuarto, o, peor aún, un guardián armado al acecho.

Entonces lo vio. Un gato atigrado, flaco, negro y plateado, salió sigilosamente de una canasta de mimbre, colocada en la esquina. Se detuvo para estirarse y sus patas delanteras rayadas se estiraron, mientras miraba a Simon con sus ojos rasgados. Rebecca había tenido un gato igual una vez. Esta bestia, picada por pulgas, podría haber sido su gemela. Por segunda vez en tantos minutos, Simon sintió la aguda puñalada de un recuerdo no deseado, que era una resurrección del

viejo dolor desgarrador.

Poniéndose rígido, él se volvió hacia la chica con sus ojos grandes y luminosos, en su cara delgada y pálida. “No se puede tener un gato en una celda de la cárcel.” El autodesprecio endureció su voz. “Y deja de mirarme así.”

“¿Cómo qué?” Sus ojos se abrieron aún más, haciéndola parecer aún más inocente si eso era posible.

“Como si fueras una maldita... Inocente.” Enloquecido por la habilidad con la que ella trabajó su artimaña, la agarró por la parte superior de los brazos, mientras sus dedos mordían el hueso cubierto de carne.

Su maltrato le ganó a su mueca. “¡Pero yo soy inocente! Y no iré a la cárcel ni a ningún otro lado sin mi gata.”

Suavizando su agarre, él dijo: “irás y harás lo que te digan de aquí en adelante.”

Ella lo fulminó con la mirada. “Por tu trasero, que lo haré.” Volvió la cabeza y de repente la mano izquierda de Simon cantó de dolor.

Soltándola, él se echó hacia atrás y miró hacia abajo.

¡Santo Cielo! ¡La desgraciada lo había mordido!

Puntos de sangre brotaron donde sus dientes se habían incrustado. Buscó un pañuelo en el bolsillo del pecho, admitiendo que quitarse los guantes había sido una idea excepcionalmente mala. Envolviéndose en la ropa alrededor de su palpitante palma, buscó a tientas, en su otro bolsillo, las esposas de hierro.

Pero cuando volvió su atención a la chica, vio que la restricción no sería necesaria después de todo.

Ella se había desmayado.

Sosteniendo su mano sangrante en alto, recorrió con la mirada toda su longitud, haciendo todo lo posible para observarla con una mirada desapasionada. Ella era piel y huesos, a un grado impactante, por todo lo que Simon sabía completamente sobre lo que era tener hambre.

Sintiéndose incómodo, le dio un fuerte empujón en el hombro. “Jovencita, despiértate.” Tardíamente, se le ocurrió que no había pensado en anotar su nombre.

Pasó un dedo cosquilleando por la parte inferior de un pie largo y delgado. Ella todavía no se movió. Satisfecho de que ella no estuviera fingiendo, él se enderezó, preguntándose qué diablos iba a hacer. Cuando había estado despierta y luchando contra él, el camino parecía tan claro, pero, ahora... Ella estaba totalmente sin sentido, completamente vulnerable y enteramente a su... ¿Misericordia?

Su mirada se posó una vez más en la marca, en esa carne viva, que estropeaba su mejilla. Había pasado años protegiendo su alma hasta que se convenció de que debía estar tan callosa como antes lo habían estado sus manos. Pero de alguna manera, este desliz de muchacha parecía haber localizado una grieta hasta ahora oculta.

Pero no sería bueno dejar que Tolliver y los demás vieran el daño que había causado su tonto coqueteo. Se tomó un momento para ponerse los guantes, haciendo una mueca, cuando el cuero apretado rodó sobre su piel hinchada, en la mano que ella había mordido, como lo haría cualquier animal acorralado. Por mucho que lo intentara, no podía aguantarlo en su contra.

Deslizó un antebrazo debajo de su cuerpo inerte y la levantó contra él. Era tan pequeña que podría haber sostenido un fardo de plumas, en sus brazos extendidos, en lugar de una mujer adulta.

Simon dejó escapar una maldición de sus días en el astillero. “Quienquiera que seas, muchacha, te has mostrado como un enemigo más formidable que la totalidad del liderazgo del

partido liberal.”

Newgate Gaol tendría que arreglárselas con una detenida menos.

Así QUE ESTO era el cielo.

Christine se despertó y se encontró flotando sobre una suave nube aterciopelada. El Sol de la tarde la bañaba con sus suaves rayos, y una mujer, con un rostro redondo y amable, y manos suaves, estaba sentada a su lado, sosteniendo un paño fresco en la frente de Christine y tarareando suavemente. El cabello castaño de su cuidadora estaba recogido, debajo de una gorra almidonada, con volantes de encaje blanco, como la que la madre de Christine usaba los domingos.

Christine la miró hacia arriba. “¿Mamá?”

“Pobre ácaro”, dijo la mujer en voz baja. En voz más alta, ella respondió: “no, amor, soy Janet, una de las criadas aquí. El amo me envió para atenderte.”

Janet le sonrió y luego presionó una cuchara contra el labio inferior de Christine, quien abrió su boca, y un sabroso caldo se escurrió por su garganta. Sus miembros se sentían agradablemente pesados, y la nube debajo de ella era maravillosamente suave. Era el cielo, de hecho.

Vagos recuerdos de ser llevada en brazos fuertes, por dos hombres discutiendo y la voz de un hombre sobresaliendo por encima del otro, se filtraron a través de su mente confusa.

“Esta chica va conmigo, inspector.” La voz enojada y determinada había pertenecido al hombre del ático, el ángel oscuro con el ceño fruncido y los ojos tristes. El que había mordido, aunque ahora no podía recordar por qué.

“Ahora vea aquí, señor, con todo respeto... ¡Por Júpiter! ¿Qué es esto? ¿Sangre en su guante? Te atacó, ¿verdad?” La segunda voz esquivó una sonrisa.

“Un rasguño, inspector. Me atoré la mano con un clavo.”

“Por supuesto que sí, señor. Ahora sobre la chica...”

“Su situación no es lo que parece. Ella es un familiar. La conexión es distante, pero, no exenta de algún deber de mi parte. Considérala bajo mi custodia. Responderé por ello.”

Luego la levantaron y la colocaron sobre algo rígido, coriáceo y curvo: ¿la silla de montar de un caballo? La cálida y suave lana perfumada, con ron de laurel, la envolvió y se encontró apoyada contra un duro pecho masculino. Detrás de ella, su salvador se movió en su asiento y salieron disparados hacia adelante. Una brisa fresca de octubre le revolvía el pelo y le mordisqueaba la nariz. Ella y el ángel oscuro estaban volando, pero no sintió miedo. Por primera vez, en mucho tiempo, sabía lo que significaba estar bien y verdaderamente a salvo.

¿Segura con quién?

Su salvador no se parecía a ningún ángel del que hubiera leído en un libro sagrado. Iluminado a contraluz por la luz de la linterna, su rostro parecía alargado y delgado, con los ojos fijos bajo la plataforma de una frente alta. Estaba bien afeitado, sin patillas ni bigote para suavizar esa nariz fuerte y esa boca cincelada. Su pelo, del negro azulado del ala de un cuervo, le caía sobre la frente en forma de ‘v’, y lo llevaba peinado hacia atrás, como para hacer alarde de su rostro. Con su abrigo negro, colgando de sus anchos hombros, le había recordado los cuentos de vampiros que el señor Barnes, el herrero de Nantwich, contaba en la víspera de Todos los Santos.

Nantwich era la aldea del sur de Cheshire donde generaciones de los Tremayne habían establecido su hogar y aprovechado la rica marga roja para apacentar sus vacas lecheras. Una vez

estaba en casa, pero no recordaba mucho más. Recuerdos confusos de fuertes amenazas, un atizador de chimenea pegajoso con sangre y la aterradora certeza de que nada, nada volvería a estar bien, pasaron al primer plano de su mente. La cálida sensación de seguridad se cuajó, dentro de ella, y se estremeció debajo de las mantas.

Cuando la cuchara volvió a descender, ella sacudió la cabeza y se incorporó sobre los codos para mirar alrededor. La “nube” sobre la que yacía resultó ser una cama con dosel de caoba. El colchón era tan blando que solo podía rellenarse con plumas, y las cortinas de la cama y el cubrecama tenían el mismo bonito estampado floral: rosas amarillas, campanillas y margaritas entretejidas. Ramos astutos. Seguramente, ni en el infierno, ni en la prisión terrenal podrían ser tan brillantes, tan alegres.

Recostándose contra un banco de almohadas, preguntó: “¿dónde estoy?”

Janet colocó el tazón y la bandeja en la mesita de noche, antes de responder: “Park Square, señorita, número cinco. El señor Belleville te trajo hace casi tres horas.”

Así que no fue un sueño. Christine se llevó una mano a la sien palpitante. “Señor. ¿Belleville?”

“Sí, señorita, el señor Simon Belleville.”

Así que el ángel oscuro era un hombre de carne y hueso después de todo. Simon Belleville. Christine volvió a pronunciar el nombre, probándolo con la lengua y gustándole cómo sonaba. “¿Es esta su casa, entonces?”

La cabeza tapada de Janet asintió. “Una de ellas. Vive en una casa de campo en Kent, pero, la mayor parte del tiempo se queda en la ciudad, cerca de su trabajo.”

Christine empezó a preguntar por su trabajo, pero se detuvo cuando se le ocurrió que conocía muy bien su naturaleza. Decidiendo que el silencio era lo mejor que podía hacer, miró más allá de Janet hacia la ventana, que daba a un parque. Nunca antes había tenido un dormitorio con ventana, y mucho menos uno con cortinas de terciopelo dorado, que llegaban hasta el suelo y con paneles de vidrio liso, que dejaban entrar la bendita luz del Sol. Qué bienvenido fue esto después de la última semana de oscuridad con solo Puss por compañía.

¡Puss! El pánico se apoderó de ella. Buscó en la cama, pero ningún cuerpo cálido y peludo aguardaba a su lado. “Tengo que irme.” Tiró las sábanas y pasó las piernas por el costado de la cama.

“Estás sintiéndote mucho mejor, ¿verdad?” Janet se levantó y pasó un brazo carnoso por los hombros de Christine. “Lo necesario está al final del pasillo, pero, eres débil como un gatito. Tu primo me cortará la cabeza si te caes.”

¡El primo Hareton, aquí! Christine se tambaleó. Se habría caído si no fuera porque la criada la abrazó.

“Su primo, el señor Simon Belleville”, repitió Janet lentamente, como si estuviera enseñando a un niño. “Pobre cordero, tan deshuesada como estás, no es de extrañar que ni siquiera conozcas a tu propio pariente.”

Christine se hundió contra el borde de la cama. “Ha habido algún error. No soy... No tengo...”

Un golpe en la puerta la interrumpió. Janet la dejó para abrirla, mientras que las faldas almidonadas de su vestido negro y su delantal blanco crujían.

Christine se sentó en el borde de la cama, observando a Janet hurgar en su bolsillo. El metal tintineó y Christine oyó el clic de la cerradura girando.

Entonces, seguía siendo una prisionera.

Dos jóvenes de cara sudorosa aparecieron en la puerta abierta. Resoplando, se inclinaron

sobre una enorme bañera de cobre con la que Christine solo había soñado. Sus patas de garra estaban colocadas sobre ruedas. Aún así, les costó a los dos rodarla adentro, porque estaba llena. ¡Llena!

Mirando el vapor que se elevaba, ella se imaginaba el agua, cerrándose sobre ella y cubriendo su rostro. Christine sintió las fuertes punzadas de un tipo diferente de pánico en espiral dentro de ella.

Los hombres se enderezaron y ella obligó a su mente tensa a concentrarse en ellos en lugar de evocar el pasado. Eran cercanos a ella, en edad. Ambos vestían abrigos de tela gris, con chalecos a rayas y pantalones de juego. Sus zapatos, notó con una vaga especie de asombro, estaban pulidos hasta un brillo notable.

“¿Dónde la quieres?” Preguntó el mayor de los dos, mirando a Christine con abierto interés. Su mirada se posó en sus tobillos desnudos y le guiñó un ojo.

Con las mejillas cálidas, Christine apartó la mirada. No parecía desagradable, pero las últimas semanas le habían enseñado que las personas no siempre eran lo que parecían.

Janet se puso delante de ellos. “Aquí estará bien, ahora váyanse ustedes dos.”

Con una mano en cada pecho, los empujó hacia el pasillo.

Cerrando la puerta delante de sus rostros boquiabiertos, ella se rió entre dientes. “No se preocupe por eso, señorita.” Volvió a entrar y caminó hacia el baño. Con el corazón palpitante, Christine la vio inclinarse sobre la borda y arrastrar una mano en el agua. “El agua está deliciosamente tibia. Sube y te lavaré el pelo.”

“No me gustaría un baño en este momento, gracias.” Un sudor pegajoso brotó de la frente de Christine, pero Janet no pareció darse cuenta.

“Basura.” La doncella caminó hacia ella, con una toalla sobre un brazo robusto. Levantó un mechón flácido de la mejilla de Christine. “Apuesto a que tienes un pelo bonito, cuando está limpio. Ahora, quítate ese camión, amor. Tendremos que lavarlo también, o, sino quemarlo.”

Las plantas de los pies de Christine encontraron las escaleras de la cama de caoba. Se bajó con las piernas temblorosas. “No lo haré y no puedes obligarme.”

Una mirada acerada reemplazó la sonrisa afable de Janet. “El terrible detalle del amo sobre los baños y lo demás. No será bueno que te vean en la cena con suciedad detrás de las orejas.”

“No dejaré que mis hijos sean vistos en la iglesia con suciedad detrás de las orejas. Envía a los demás para que te ayuden a sacar el agua, Chrissie, mientras yo voy a buscar la bañera.”

Los sábados por la noche, el padre de Christine había sacado la vieja bañera de asiento, aquel metal abollado y oxidado, y la había puesto delante de la cocina del hogar. Era pequeña y angosta, apenas lo suficientemente grande para agacharse, pero de todos modos, se tomaban la mayor parte de una noche para bombear y calentar suficiente agua para llenarla. Con dos hermanitos y una hermana para bañarse, el agua siempre estaba fría, cuando llegaba el turno de Christine. En los meses de verano, después de arropar a los niños, escuchar sus oraciones y cantarles para que se durmieran, se dirigía al arroyo con una barra de jabón Windsor y una toalla. Una vez allí, se bañaba rápidamente, y luego pasaba una hora o más flotando boca arriba. Mirando hacia el cielo estrellado y escuchando el zumbido de los grillos, pensaba en todas las generaciones anteriores a ella, que se habían bañado y nadado, y tal vez incluso hecho el amor en estas aguas. Su madre solía bromear, diciendo que su primogénita había aprendido a nadar antes que caminar. No había forma de evitarlo, el agua le habló a su alma.

Hasta aquella noche de agosto, en que su primo, Hareton, había decidido acompañarla. Su padre había muerto el mes de junio, anterior, y su sobrino había llegado una semana después para hacerse cargo de la lechería, hasta que los hermanos de Christine alcanzaran la mayoría de edad.

Pero los mellizos solo tenían nueve años, y Hareton había llegado a considerar la lechería, y a sus cuatro primos, como propiedad suya.

Pensando que por fin estaba sola, Christine se inclinó para limpiarse la herida reciente en la mejilla, cuando escuchó un chapoteo en el terraplén. Cuando se quitó el agua de los ojos y se dio la vuelta, su primo estaba a su lado.

“¿Así que aquí es donde te escabulles por las noches?” Sus gruesos labios se estiraron en la tonta sonrisa del borracho, pero sus ojos pálidos eran duros como piedras cuando se fijaron en ella.

Era la misma mirada dura que había usado, justo antes de patear a su vaca, Tilly, cuando su leche no salía. La misma mirada dura que cuando juró ahogar a Puss, a menos que se quedara en el granero. La misma mirada dura que le había dado a Christine en la cena esa noche, cuando la acusó de cocinar demasiado su bistec, y le arrojó su pesada taza de peltre desde el otro lado de la habitación, abriéndole la mejilla.

Al ver esa mirada ahora, en este lugar solitario, el pánico la inundó. Debajo del agua negra a la altura de los hombros, sus piernas comenzaron a temblar. Aun así, levantó la barbilla. El orgullo podría no ser mucho, pero era una de las pocas posesiones a las que aún podía aferrarse.

“¿Cuántas veces debo decirte, Hareton Tremayne, que no quiero saber nada de ti? Ahora, déjame en paz.”

Con su vista débil, no debería poder distinguir mucho de ella en la oscuridad. Dio media vuelta y nadó hacia la orilla, con el aire de la noche, rozando su trasero desnudo. A mitad de camino, unas manos estaban envueltas alrededor de sus tobillos. Eran las manos de Hareton. Ella pateó, pero fue inútil. Él la tenía. Y él la estaba arrastrando hacia abajo. Se las arregló para llenar sus pulmones, justo antes de hundirse, con las palmas y las rodillas, raspando limo y guijarros. Algo duro y pesado se aferró a la parte posterior de su cráneo. Hareton, ¿sujetándola por debajo? Su pecho ardiente se apretó hasta que pensó que iba a explotar, dejando de arañar el agua y quedándose tan flácida como los juncos que se enroscaban en sus piernas.

Solo entonces, él agarró un puñado de su cabello y la levantó. Ella se atragantó, el agua le arañó la garganta y la nariz.

“¿Todavía te crees demasiado buena para gente como yo?” Sus dedos agarraron con moretones la parte superior de sus brazos. “Bueno, Chrissie, mi niña, ya veremos eso.”

A través de los ojos punzantes, lo vio inclinar su rostro hacia el de ella. Ella se apartó justo antes de que su boca aterrizara en la de ella. “Deeejaame ir.”

Ella arrastró los brazos cargados de agua hasta su pecho hundido y empujó. Se dejó caer hacia atrás, levantando una fuente. Liberada, Christine inspiró profundamente y nadó hacia la orilla. Para cuando él salió a la superficie, con la nariz escupiendo agua y el pelo pegado a la frente llena de costras, ella había trepado por el terraplén.

“Pagarás por eso, perra.” Con los dientes castañeteando, ella levantó la vista, al ponerse su camisón, viéndolo levantar un puño. “Escúchame. Lo pagarás...”

¡Y qué caro lo había pagado! Más de un mes después y más sucia de lo que nunca había imaginado, todavía no podía mirar el agua, no podía soportar dejar que una gota la tocara, sin sentir que se estaba estrangulando.

La voz de la criada, teñida de impaciencia, devolvió a Christine al presente. “Venga, señorita. El agua estará fría en poco tiempo, y, por lo que parece, la necesitaremos bien y no es para hacer ningún bien.”

Christine miró hacia abajo para ver a Janet dar un paso adelante. Sus ágiles dedos fueron al botón superior de la barra de noche. El pánico la atravesó, enervando cada músculo y cada

instinto.

“¡Quédate atrás! ¡No me toques!” Extendió la mano y le dio a Janet un fuerte empujón.

La doncella cayó hacia atrás. Una silla vacía amortiguó su caída. Con las faldas almidonadas y arremangadas sobre las ligas, miró a Christine, con la boca abierta y la gorra caída sobre un ojo, desordenada, pero por lo demás ilesa. Christine dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Jadeando, alcanzó la perilla e intentó girarla, pero Janet debió haber vuelto a cerrar la puerta. Esta no se movió.

Atrapada, Christine se dio la vuelta. Apoyando su espalda contra la puerta cerrada, hizo lo que no había tenido suficiente aliento o fuerza para hacer esa noche con Hareton.

Llenó sus pulmones y gritó.

CAPÍTULO DOS

“Empieza por el principio”, dijo severamente el rey,
“y ve hasta que llegues al final; luego detente.”

—Lewis Carroll, *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, 1865.

“¿Ella te mordió? ¿Verdad?” Riéndose, Trumbull arrojó el paño dentro de la palangana con agua ensangrentada. “Lamento haberme perdido eso.”

Acomodado en un sillón de su dormitorio, con una copa de brandy, acunada en su mano ilesa, Simon miró con el ceño fruncido a su ayudante de cámara. “Tu preocupación es conmovedora.”

Evidentemente divirtiéndose, Trumbull se lo estaba pasando en grande, enrollando la tira de lino alrededor de la palma hinchada de Simon. El ungüento cubrió las heridas punzantes, rojas y furiosas, dejadas por un conjunto verdaderamente impresionante de incisivos.

“Solo venda esta maldita cosa, ¿quieres?”

Trumbull había sido su ayudante de cámara durante diez años, y su amigo por más de quince. Se habían conocido de camino a la India cuando Simon era un polizón de dieciséis años y Trumbull era uno de los contramaestres más experimentados de la Compañía de las Indias Orientales. Con sus centelleantes ojos azules, su curtido rostro moreno y sus interminables historias de marineros, Trumbull parecía terriblemente intrépido y sofisticado. El pequeño y valiente cockney había navegado a Singapur y Siam, incluso hacia el este, hasta las islas Molucas, lugares con los que Simon solo había soñado, en ese entonces. Una vez que aterrizaron, Trumbull había salvado a Simon de más de un casi desastre, incluido un encuentro con un miembro de Thuggee, una sociedad india asesina secreta, cuyos miembros se aprovechaban de los viajeros, particularmente europeos. Simon le debía mucho a él.

Y Simon siempre pagaba sus deudas.

Cuando abandonó la India en el 57, pocos días después de que los cipayos capturaran Delhi y pasaran cuchillo a la mayoría de los europeos de la ciudad, no se planteó dejar atrás a su viejo amigo. En los diez años transcurridos, desde entonces, nunca se había arrepentido de haberle dado a Trumbull un lugar en su casa.

Casi nunca.

Trumbull levantó las tijeras y cortó el extremo del vendaje. “La palabra debajo de las escaleras es que ella es una pariente pobre, tu prima.” Le lanzó a Simon una mirada astuta. “Por cierto, ¿cómo se llama la prima?”

Un demonio. El Diablo encarnado. Simon dejó su vaso, apoyó el codo en el brazo acolchado del sillón y mantuvo la mejilla en la palma de la mano sana. “Todavía lo estoy decidiendo.”

En verdad, él todavía no lo sabía, ni el real, ni el apodo más extravagante que probablemente usaba cuando atendía a sus clientes servía para nombrarla. En el ático, no había tenido la presencia de ánimo para preguntar. Afuera había estado demasiado concentrado en alejarla de Tolliver e interrogar a las otras chicas secuestradas.

Durante las últimas horas, había llegado a pensar en ella simplemente como la Criatura. Si hubiera tenido un poco de sentido común, la habría depositado en la casa de beneficencia más cercana. Frágil como una flor de invernadero, no duraría ni quince días sola. Que ella hubiera sobrevivido hasta ahora era nada menos que un milagro, y un testimonio de su espíritu de sobreviviente.

Siendo él mismo un sobreviviente, Simon no pudo evitar admirarla. Una semana encerrada, sola en ese ático, habría destrozado a muchas chicas normales. No era la primera vez que se preguntó qué había hecho ella para merecer un castigo tan duro. ¿Era la cicatriz en su mejilla una tarjeta de visita de uno de los clientes más brutales del burdel? ¿Quizás se había opuesto al trato brutal, incluso mordió al culpable, y fue detenida por esto? Pero no, ese escenario no funcionaría. Su herida, aunque fresca, tenía más de una semana.

El mayor misterio era por qué diablos debería importarle ella. Saboreando el oportuno y calentando la parte posterior de su garganta, Simon consideró la pregunta. Sin duda, había visto pobreza y desesperación en abundancia en Calcuta, la había conocido de primera mano, al crecer en el este de Londres. ¿Por qué salvar a esta chica? ¿Y por qué elegir ahora actuar como el Buen Samaritano, cuando tenía todo que perder y absolutamente nada que ganar?

¿Qué se le había ocurrido? Su último acto espontáneo había sido abandonar Inglaterra dieciocho años antes. Su madre se había casado con el sastre del barrio, un buen hombre de su propia fe, que trataba a la pobre y destrozada Rebecca como si fuera hija suya. Haber visto a su madre acomodada y a su hermana cuidada debería haberle dado a Simon un poco de paz, pero en todo caso, la relativa tranquilidad de su nueva vida generó una nueva inquietud, una tan profunda que bordeaba la desesperación.

Él tuvo que escapar.

Evitaba la sastrería de su padrastro. De algún modo, los telares, las mesas de corte y los grandes rollos de tela le hacían sentirse mucho más acorralado. Durante el día, vagaba por los muelles. Por la noche, él frecuentaba las tabernas, frente al mar, con la esperanza de encontrar los objetos de su odio. Si lo hubiera hecho, una veintena de “McShanes” no podría haberle impedido tomar su revancha.

Pero ningún Reggie, Jimmy o McShane se cruzaron en su camino, y, después de un tiempo, reconoció que con toda probabilidad nunca lo harían. Regresaba para pelear. Cualquier bruto lo suficientemente grande y estúpido como para enfrentarse a él serviría. Todo lo que le necesitaba para pelear eran un brazo fuerte, los nudillos brillantes con cicatrices y una reputación de temperamento, que bordeaba la locura. La satisfacción de golpear a su oponente contra el suelo siempre se desvanecía cuando volvía a ponerse la camisa.

Una noche, su desesperación lo llevó a la orilla del agua. La tentación de tirarse por encima de la barandilla había sido enorme. De alguna manera había encontrado la fuerza para resistir y volver. Más tarde, esa noche, yaciendo sudando y temblando, sobre las sábanas limpias de su cómodo catre, reconoció que no había ayuda para eso ni para él. El odio y la culpa lo carcomían como una jauría de perros hambrientos tras un hueso. Si no se escapaba pronto, terminaría tan vacío, tan muerto por dentro como lo estaba Rebecca.

Unas semanas más tarde, se encontró acurrucado dentro de las entrañas de un hombre de las Indias Orientales que se dirigía a Bombay, con la suma de sus pocas posesiones lamentables, vertidas en una funda de almohada. Milagrosamente, se las arregló para permanecer oculto durante la primera semana completa, en el mar, antes de que uno de los marineros, Trumbull, lo descubriera. El capitán le había dado una buena paliza, pero tampoco estaba dispuesto a perder una semana de su viaje para devolver a un muchacho desaliñado, que se negó a decirle su apellido. Puso a trabajar a Simon, fregando las cubiertas del barco, reparando los aparejos dañados y cuidando de los animales subidos a bordo, que servían de sustento, en el largo viaje que les esperaba.

Pero Simon no era ajeno al trabajo duro y llenar sus pulmones, con el aire limpio y sin carbón, y sentir el Sol, quemando su espalda, le quitó la dificultad incluso de las tareas más insignificantes. Mientras trabajaba, escuchaba las historias de los marineros, en su mayor parte eran cuentos fantásticos, pero basados en viajes anteriores a la India y otras tierras exóticas. Un día pasó al siguiente sin problemas, y Simon comenzó a planificar de nuevo. Y soñaba.

Steamy India fue el cementerio de muchos jóvenes ingleses ambiciosos, pero la pobreza y el odio habían endurecido a Simon y su demostrada facilidad con los números le valió un lugar en la casa de contabilidad de la Compañía, donde rápidamente escaló de rango. Mientras tantos de sus compañeros tiraban su dinero en prostitutas y licores, él había usado el suyo para comprar acciones en la flota mercante de la Compañía y diversos intereses navieros. La frugalidad dio sus frutos. Después de diez años, había regresado a Inglaterra como un hombre rico y mucho más sabio.

Pero hoy no había sido sabio.

Tenía que sacar rápidamente a la Criatura de su casa. Todo lo que necesitaría sería que una matrona de Londres se enterara de que él, un soltero, albergaba a una prostituta bajo su techo, y podría olvidarse de ocupar un cargo público ni siquiera como cuidador de perros.

Contemplar su propia debilidad y estupidez era más que deprimente. Cogió la licorera de coñac que había en el borde de la mesa de vino de mármol y se sirvió otra copa.

“Quédate quieto”, lo reprendió Trumbull.

Simon dejó el vaso a un lado con una maldición en voz baja.

“Hay un buen muchacho.” Trumbull ató los dos extremos de la venda con un nudo marinero y luego retrocedió para admirar su obra. “Hecho”, pronunció, y luego tomó el vaso lleno de Simon y bebió el contenido de un solo trago.

Simon se echó hacia atrás, estirando las piernas hacia el calor del fuego. “¿Confío en que la señora Griffith la haya asentado?”

Le había ordenado al ama de llaves que pusiera a su “prima” en el dormitorio de invitados amarillo. Con su exposición al este y mobiliario, luminoso y aireado, la habitación parecería un paraíso para una chica hambrienta de Sol y aire, dos bienes que tanto faltan en el ático de Madam LeBow. Que estuviera justo al final del pasillo de su propia habitación fue pura coincidencia.

“No sé cómo lo llamarías resuelto”, admitió Trumbull, alcanzando la licorera.

Simon lo apartó. “¿Qué significa esto?”

Trumbull frunció el ceño. “Le gusta tener un ataque cuando la bañera se desploma. Es un gato infernal para todo lo que es una cosita. Juró que no tomaría ningún maldito baño y le dio un empujón a la pobre Janet, cuando trató de persuadirla para que entrara.” Él arqueó una ceja arenosa. “Con ese temperamento, creo que ella es tu pariente después de todo.”

Simon maldijo. La chica era problemática. ¿Por qué no escuchó su mejor juicio y la envió a Newgate con las demás? En cambio, había inventado la falsedad de que descubrió a su prima.

Habiendo hecho eso, estaba obligado a tratarla como tal. Aún así, ahora estaba bajo su techo, al menos hasta que él decidiera qué hacer con ella. No tenía la intención de soportar ninguna tontería.

Pateando el taburete a un lado, se levantó para ponerse de pie. “¿Por qué no me lo dijeron?”

Trumbull respondió con una sonrisa tímida. “Bueno, señor, creo que te lo estoy diciendo ahora.”

Simon agarró el pomo de latón con la mano sana. Esta era su casa, el único lugar en la tierra verde donde solo él gobernaba. No estaba dispuesto a dejar que una vagabunda pusiera su dominio cuidadosamente ordenado en su oreja, incluso si él hubiera sido quien le dio la llave del reino.

Salió al pasillo, seguido de Trumbull.

“Tranquilo mientras avanza, señor. No conviene sobrecalentar la sangre después de haber perdido tanto.”

Dirigiéndose a la guarida de la Criatura, Simon no se molestó en detenerse. “Puedes arroparme con un bistec y una copa de jerez más tarde. Por ahora... Santo Cielo...”

Se detuvo a medio paso. La mitad del personal doméstico se congregó ante la puerta del dormitorio con la señora Griffith, su ama de llaves, y la doncella, Janet, al frente de la cola. Esta última, al parecer, estaba ocupada contando los detalles de su espeluznante encuentro.

“Y luego sus ojos se volvieron locos y se posó sobre mí como... Como un chacal.”

Simon estaba sumamente seguro de que Janet nunca había visto un chacal de un libro ilustrado, y mucho menos uno vivo. “¿Que van a hacer?” Empujó hacia el frente. “El espectáculo ha concluido. Pueden volver a tus tareas... Ahora.”

Trumbull se materializó a su lado. “Lo escucharon, vamos... Vamos.”

Simon se volvió hacia su ayudante de cámara. “Eso te incluye a ti.”

Trumbull frunció el ceño. “Un buen agradecimiento, eso, y después de que casi salvé tu vida.” Dio un resoplido teatral y luego se volvió para unirse a la procesión que se dirigía hacia las escaleras.

Simon esperó a que su personal se dispersara. Una vez que el último paso de retirada se hubo desvanecido, se volvió y probó la puerta. Permaneció cerrada, por supuesto.

Desde atrás, sonó un débil “Ejem...”

Se dio la vuelta. La señora Griffith estaba de pie sosteniendo un juego de llaves de la casa. “Cuidado, es el pequeño, plateado, el tercero desde la izquierda.” Con ojos legañosos centelleando, ella le entregó el juego antes de irse.

Con el rostro tibio, Simon se volvió hacia la puerta. No se molestó en llamar.

“Voy a entrar”, anunció. La llave ya giraba.

La puerta se abrió. Al entrar, se preparó para cualquier cantidad de posibles proyectiles que volaran en su dirección, así como para las uñas y los dientes afilados y mordaces. Para lo que no se había preparado era para el silencio.

La Criatura se sentó en el borde de la cama, sollozando con una mano sucia y abierta. A juzgar por la nariz que moqueaba y los ojos bordeados de escarlata, ello había estado en eso durante algún tiempo.

Simon odiaba pocas vistas tanto como las lágrimas de una mujer. Su indignación se disolvió. Cerró la puerta detrás de él y caminó hacia ella.

Acercándose a su lado, sacó un pañuelo de su bolsillo y se lo entregó. “Aquí, Chica... Señorita, ooh... Maldita sea... Chiquilla, ¿cómo te llamas?”

Ella miró. Mirándola a través de las lágrimas, le arrebató el cuadrado recién planchado.

“Christine. Christine Tremayne.” Enterró la nariz en la tela y sopló. Limpiándose las fosas nasales bordeadas de rosa, exclamó: “¿por qué dijiste que éramos primos?” Dijo la palabra “primos” como si tuviera un disgusto en particular por esto.

Simon no esperaba ser criticado. Atacado, tal vez, pero no adivinado. “Bueno, tenía que pensar en algo, ¿no? Difícilmente serviría la verdad.” Movi6 una mano por el pelo, sintiéndose impotente, mientras ella se limpiaba las lágrimas frescas de la cara. “Mi nombre es Simon Belleville. Soy el vicecomisionado de Su Majestad y, por el momento, tu benefactor.”

Envolvió el pañuelo en un puño apretado y decidido. “No necesito un benefac...”

“Siento disentir. Ya has lanzado dos ataques viciosos, no provocados, y aún no hemos llegado a la hora de la cena. Las mujeres se han comprometido con Bedlam por menos.”

Ella se deslizó fuera de la cama, aterrizando sobre sus pies descalzos. Vista a la luz, él se dio cuenta de que tenía los dedos de los pies bastante rosados. El resto de ella también era bonita, o al menos albergaba la posibilidad de ser bonita bajo la pátina de suciedad.

Cerró las manos en puños sobre sus estrechas caderas. El pañuelo, arrugado y olvidado, flotó hasta el suelo. “Quiero recuperar a mi gata. ¿Qué has hecho con esta? ¿No me digas que la has dejado morir de hambre?”

Delgada como el tallo de un tulipán, era alta para ser mujer, alrededor de cinco pies y siete, supuso. Con una estatura de seis pies y dos, Simon era más alto que ella, un factor a su favor, o eso él supuso.

Aprovechándose de ello, cuadró los hombros y los encogió. “Morir de hambre, difícilmente. Estoy seguro de que la bestia se está dando un festín con un buen ratón gordo incluso ahora.”

“¡Entonces, la dejaste!” El tono agudo de su voz, el anhelo desnudo de sus ojos y su labio inferior tembloroso lo hicieron sentir avaro y mezquino, y, sobre todo, avergonzado.

¿Avergonzado, él? Ridículo. Absurdo. No tendría nada más que ver con sentimientos tan suaves. Solo testigo de en qué problema ya estaba metido.

Ansioso por cambiar de tema, dijo: “es de tu bienestar de lo que he venido a hablar. ¿Tienes familia? ¿Alguien a quien pueda contactar en tu nombre?”

Debajo de su máscara de inmundicia, su rostro palideció. “Mi madre murió en el parto hace cinco años, y el corazón de mi padre se desvaneció el año pasado. Desde entonces hemos sido los más pequeños y yo.”

“¿Los pequeños?” Repitió, las palabras, pegándose como migas de tostadas secas. ¡Por el amor! ¿Se había topado no solo con una prostituta, sino con una prole ilegítima?

Limpiándose la nariz con la manga de su camisón, ella asintió: “mis hermanos y mi hermana. Le prometí al granjero que los acogió que le enviaría dinero para mantenerlos.”

Simon soltó ese aliento, que no se había dado cuenta de que había estado conteniendo. “Lo veo.”

Se tocó la mandíbula con un dedo, y se le ocurrió que él y Christine Tremayne tenían muchas cosas en común. Como él, ella era huérfana con un hermano dependiente, en su caso, hermanos. Sintiendo una extraña sensación de parentesco, la contempló con renovado interés. Si se limpiaba, alimentara su carne, y aprendiera a hablar y comportarse un poco más gentilmente, no había razón para que no pudiera encontrar un lugar, en una casa respetable, como doncella. O tal vez, algún comerciante o tendero adinerado podría tomarla por esposa. Sus expectativas podrían estar lejos de ser grandiosas, pero al menos podría mantenerse a sí misma y a su familia libres de la casa de trabajo y la casa de las prostitutas.

Estudiándola, casi podía sentir las ruedas de su mente girando. “Tengo una amiga. Su nombre es Margot Ashcroft. Dirige una escuela, una academia para señoritas.”

La expresión abatida de Christine se oscureció hasta convertirse en un ceño fruncido. “Ya he ido a la escuela del párroco, muchas gracias.” Con los ojos destellando, asomó la barbilla. “Puedo leer, escribir y mecanografiar. Además de eso, mantuve las cuentas de los productos lácteos de papá y de Hareton.” Ante la mención de este último, un rubor tiñó sus mejillas, filtrándose a través de la mugre.

Descarrilado, él se encontró preguntando: “¿quién es Hareton? ¿Un hermano? ¿Un amor? ¿Un marido, tal vez?”

Cuatro dientes superiores de un blanco impecable emergieron para rastrillar su labio inferior. “Mi primo, el verdadero. Vino a vivir con nosotros y a administrar la lechería después de que papá falleciera.”

Al crecer en Whitechapel, Simon había conocido a hombres que habían vendido a sus hermanas y esposas, e incluso a sus hijas a la prostitución. Esforzándose por la delicadeza, preguntó: “este primo tuyo, ¿fue él quien te trajo a Londres?”

Ella sacudió su cabeza. “No exactamente.”

Se balanceó sobre sus talones, buscando paciencia. “¿Y exactamente qué significa ‘no exactamente’? O lo hizo o no lo hizo. Por favor, dime cuál es.”

Los desafiantes ojos marrón ámbar se fijaron en su rostro. “Me escapé, si quieres saberlo. Llevé a los pequeños a una granja en Shropshire, donde él no les pondría sus sucios guantes y luego me fui también.”

“¿Para Londres?”

Ella asintió. “Sí, pensé en encontrar trabajo. Trabajo honesto”, añadió con sus ojos desafiándolo a refutarla. “No supe qué tipo de lugar era LeBow hasta que llegué allí. Me dejé pensar que tenía una casa decente, y que yo trabajaría en la cocina, o algo así. Cuando vi a lo que había llegado, ya era demasiado tarde. Ella no me dejó irme aunque lo intenté, de verdad lo hice.”

Simon resopló pesadamente. “Lo veo.”

Y así lo hizo, porque la de ella era una historia trágica y demasiado común. El primo, Hareton, era un bastardo. Él había llevado a la niña a huir a Londres, junto con las hordas de otros jóvenes del campo, en busca de refugio, emoción o simplemente un cambio del trabajo pesado del campo. Como la mayoría de ellos, Christine había buscado un trabajo honesto, al principio.

Recordó que lo que ella necesitaba de él era ayuda, no lástima. Por ende, él forzó una enérgica esperanza en su tono. “Lo que te ofrezco es la oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva, de mejorar y empezar de nuevo. En la escuela de mi amiga, obtendrías un tipo diferente de educación...”

“Eso es lo que dijo Madame LeBow.”

Simon sintió que se sonrojaba. “En este caso, el tipo de logros que una mujer, una dama, necesita para progresar en la vida.”

Ella arrugó la nariz. “¿Cómo?”

“Bueno, ¡eh! Vamos a ver.”

“¿Qué enseña Margot en esa maldita academia suya?”

“Qué decir en compañía de manera educada, qué no decir, cómo elegir un cigarro...”

“Yo no fumo.” Ella hizo una mueca.

“Para un caballero”, espetó él, preguntándose si ella estaba jugando con él o si realmente podría ser tan tonta. “Cómo caminar...”

“¡He estado caminando toda mi vida!” Con las manos en sus caderas estrechas, ella caminó

hacia la ventana, mientras que las plantas de sus pies golpeaban la alfombra y las tablas del suelo. “¡Ve!” Ella giró y caminó hacia él, con los pies pesados como un elefante.

“Hermoso.” Un dolor sordo se había instalado en sus sienes, pero Simon se armó de valor para ignorarlo. “Pero, como es el caso con la mayoría de las actividades, hay una forma deseable y otra indeseable de ejecutarlas.”

Cruzando los brazos sobre sus pechos, ella resopló: “si voy a esta escuela, ¿aprenderé lo que necesito para encontrar trabajo?”

“Estoy seguro de que la señora Ashcroft te explicará el plan de estudios cuando la conozcas. Si sucede que ella tiene una vacante, serás bien tratada, con una cama propia, tres comidas al día y ropa limpia.”

Se abrazó a sí misma con más fuerza y lo miró con abierta sospecha. “La señora LeBow prometió justo casi lo mismo.”

Simon se puso rígido. De hecho, Margot había sido una cortesana, aunque todos sus protectores procedían del cajón superior de la alta sociedad. Pero ella se había retirado de esa vida, algunos años antes, y su escuela era exactamente lo que anunciaba ser: una institución de acabado respetable.

“La señora Ashcroft es un tipo de persona completamente diferente. Su establecimiento es completamente honesto. Si ella accede a admitirte, te considerarás muy afortunada.”

Él había conocido a Margot durante su primera semana de regreso de la India. Enfermo hasta la muerte de los gerentes del banco, mirando por encima de sus narices patricias a su traje de paño descolorido, cuello de camisa deshilachado y corbata a cuadros, y que le señalaban la puerta, se dispuso a emborracharse a carcajadas. Horas más tarde irrumpió en el comedor del elegante hotel Claridge y exigió una botella de su mejor champán y una mesa junto a la ventana. El maître estaba a punto de entregarlo a los dos porteros de cuello de toro, cuando Margot se levantó de su mesa privada e intervino.

Se había despertado a la mañana siguiente en su cama.

Simon volvió su atención a Christine. “Mi amiga es muy fastidiosa.” Ante su mirada inexpresiva, él aclaró: “exquisita. Una de las cosas en las que ella insiste es que todos sus alumnos se bañen regularmente.”

Miró la bañera, luego a él. “En ese caso, no voy a ir.” Se lanzó al otro lado de la bañera.

Con la misma determinación, Simon dio un paso hacia ella. “Podemos hacer esto de la manera fácil o de la manera difícil. Puedo desnudarte y tirarte en...”

“¡Te gustaría eso, o no te gustaría, peervetido!”

“Se dice pervertido”, corrigió. “¿Por qué no nos ahorras problemas a los dos y te comportas como una buena chica y te bañas sola?”

“¡No lo haré!”

Pero ella estaba atrapada, y ambos lo sabían. Detrás estaba la cama y frente a ella la bañera. Para llegar a la puerta, tendría que atravesarla. Y Simon no tenía intención de moverse hasta que ella se hubiera bañado.

“Muy bien, entonces, no me dejas otra opción.” Flexionó los dedos, ocultando una mueca de dolor cuando su herida palpitaba.

Con la mirada fija en sus manos, ella tragó saliva. “Los baños no son buenos para la ‘salud’ de una dama.”

Siguiendo su mirada, admitió que sus manos eran grandes y poderosas. Incluso aterradoras, supuso, aunque los callos que una vez le habían engrosado las palmas de las manos ya se habían ido. Si bien aborrecía la violencia contra las mujeres, no tenía reparos en ejercer su fuerza

superior para tomar una mano firme, cuando la oportunidad lo ameritaba, lo que ciertamente hizo esta singular situación.

Decidido, cerró la distancia entre ellos. “Dado que no eres, por ningún tramo de la imaginación, una dama, no tienes que preocuparte.”

La boca de ella se abrió y sus ojos se entrecerraron. “Pues tú...” Su mirada voló por encima de su hombro hacia la puerta.

Ella se lanzó alrededor del borde de la bañera, pero él se lo esperaba, atrapándola fácilmente, mientras que sus manos se cerraron alrededor de sus brazos, frágiles como las alas de un gorrión. Por segunda vez en tantas horas, él la levantó en sus brazos.

El grito que soltó podría haber sido crema cuajada. Ella pateó, pero esta vez, él estaba preparado. La llevó hasta la bañera y la levantó por el borde. El agua se derramó sobre la alfombra. Simon retrocedió apenas a tiempo para evitar empaparse.

Ella se levantó, casi de inmediato, dejó caer una pierna flaca y desnuda por el borde de la bañera, y salió, llevándose consigo una buena tercera parte del contenido de la bañera. Tan decidido como ella, él comenzó a avanzar y luego se detuvo abruptamente.

El agua había vuelto transparente su camión. Se amoldaba a ella como barro, proyectando cada plano y ángulo en marcado relieve: la areola de sus pequeños senos, el pozo de su vientre hundido, la plataforma afilada como un cuchillo de sus caderas y el oscuro triángulo entre sus muslos.

Simon sabía que debería darle la espalda, al menos mirar hacia otro lado, pero parecía que no podía reunir la voluntad para moverse. En cambio, se quedó quieto y paralizado. Hasta ahora, siempre le habían gustado las mujeres de figura completa, que eran la antítesis de las matronas delgadas, como los espantapájaros de su infancia. Mujeres como su madre, que se habían quedado sin comida para que sus hijos tuvieran una patata extra o una segunda rebanada de pan.

Pero a pesar de su falta de carne, las piernas de Christine eran largas y hermosas, sus pequeños pechos eran redondeados y con puntas rosadas, y su piel era suave y sin imperfecciones bajo la mugre.

Como no era ajena a ser objeto de pensamientos lascivos, cruzó un brazo sobre sus pechos y ahuecó su mano libre sobre el vellón marrón entre sus muslos. Con los ojos apuntando como dagas, ella siseó: “te arrepentirás de eso. Algún día haré que te arrepientas, a ver si no lo hago.”

Sin duda, era la meretriz más modesta que había conocido, tan doncella en su indignación, que, improbablemente, él se encontró encaramado en el precipicio de una disculpa. Pensando que la pérdida de sangre debía haber podrido su cerebro, dijo: “entonces, te dejaré con tu baño.”

“¡Lárgate!” Todavía abrazándose a sí misma, le dio la espalda.

Podía ver cada vértebra de su columna vertebral, pero eso no fue lo que causó que su respiración se quedara atrapada en su garganta y que su temperamento se desatara. Por debajo de las cortinas empapadas, los cortes, las magulladuras y las diversas heridas formaban un edredón de retazos, en su carne pálida y estirada hasta los huesos, comenzando en su hombro izquierdo, estas se arrastraban a lo largo de ella hasta la parte posterior de sus muslos. Algunos de ellas se habían curado con cicatrices rojas y furiosas, otros aún tenían costras.

Sin pensarlo, se colocó detrás de ella. Dio un respingo cuando él puso una mano sobre cualquiera de sus hombros. “¿Correa o látigo?”

Sin darse la vuelta, ella respondió: “Correa, en su mayoría, a veces un interruptor. El látigo fue lo peor”. Su tono lo desafió a sentir lástima por ella, lo que implicaba que lo odiaría aún más si lo hacía.

Lentamente, con cuidado, volvió el rostro de ella hacia él. Esta vez entrenó su mirada en sus

ojos. Grandes, luminosos e indescritiblemente tristes, los mismos parecían mirar directamente a través de él hasta que casi imaginó que él era uno de ellos casi desnudo.

Resistiendo el impulso de apartar la mirada, tocó la herida en su mejilla, con sus dedos ligeros, maravillándose de que alguien tan sucia pudiera tener una piel tan suave. “¿Y esto?”

Ella se estremeció. Él dejó caer la mano, con la esperanza de no haberla lastimado, preguntándose si ella había pensado que tenía la intención de hacerlo. Una sonrisa triste susurró en su boca. “Una pinta de cerveza. Después de eso, aprendí a agacharme.”

Pobre chica, no era de extrañar que se hubiera escapado. “No compraste esto en LeBow, ¿verdad?”

Vio que sus hombros se tensaban. Afirmó sus exuberantes labios en una línea fija y la miró. “¿Qué te importa?”

¿Qué era ella para él? ¿Un expósito al que conocía desde hacía unas pocas horas? ¿Un salvavidas para ese otro Simon, el niño vulnerable que tanto se esforzó por mantener enterrado?

Descartó la pregunta para más tarde, cuando pudiera reflexionar en privado. “Este primo tuyo, te hizo esto, ¿no?”

Ella se estremeció. “Sí, fue él. La señora empezó a hablarme una vez, pero...” Su voz se apagó. Él esperó, luego se dio cuenta de que ella no planeaba terminar.

“¿Pero?” Levantó su barbilla con el borde de su mano buena y usó los dedos rígidos de la otra para apartar el cabello de sus ojos. Aunque húmedo, se sentía bien, sedoso, y de repente Simon estaba impaciente por descubrir el color debajo de la grasa.

Ella se torció el labio inferior, retorciéndolo debajo de los dientes frontales, y de nuevo Simon sintió una vergonzosa punzada de deseo. “Cuando ella me vio la espalda, dijo que estaba dañada y que era mejor guardarla para la oscuridad, y para aquellos que habían bebido demasiado para ver lo suficientemente claro como para darse cuenta.”

La garganta de Simon se espesó. Desde que asumió su cargo, había escuchado muchas historias tristes. Lágrimas, súplicas y la oferta ocasional de sexo eran los acompañamientos habituales. Pero esta chica no se parecía a ninguna otra prostituta que hubiera conocido. Ella no rogó por sí misma, solo por su gata. Tampoco engatusó ni buscó de ninguna manera su simpatía. Que ella relatará las crueles palabras de la señora sin siquiera una lágrima aumentó la fuerza de ellas como diez veces.

Simon estaba desgarrado. No estaba seguro de qué quería más: abordar el siguiente tren a la casa de Christine, buscar al primo y desollarlo vivo, o ir a Newgate donde podría concertar una ‘entrevista’ privada con la mujer LeBow.

Conmocionado por la intensidad de su ira, la viveza de su imaginada venganza en nombre de lo que más creía o por un extraño, dejó caer las manos y retrocedió hacia la puerta. “Jabón, señorita, tenga cuidado de usar mucho.”

Acababa de girar y colocar una palma en la perilla, cuando escuchó un suave chapoteo. “¿Sar?”

Miró hacia atrás. Su camisón yacía en una bola mojada sobre la alfombra junto con la huella dejada por sus pies mojados. Los lados curvos de la bañera ocultaban todo menos la cabeza y los hombros, pero eso no alteraba el hecho de que estaba desnuda. Desnuda y solo a unos pies de distancia. Ella se echó hacia atrás para mojar el resto de su cabello, y él se encontró mirando el suave y elegante arco de su largo cuello, y el agua que lamía la punta sonrojada de sus senos. Sintió que se le aceleraba el pulso. Y su sexo se endurecía. Tal vez no había estado muy equivocada cuando lo llamó perverso.

“¿Me podrías dar otra moneda de cobre de esa encantadora agua tibia?” Preguntó, su voz no

era en absoluto la de una sirena sino enloquecedoramente práctica. “Esto se ha enfriado.”

Tragó saliva y se volvió para irse. “Creo que eso puede arreglarse.” También se encargaría de que recibiera una cantidad generosa del ungüento especial de Trumbull para algunos de los cortes más rebeldes de su espalda, aunque se aseguraría de que una de las criadas, no el ayudante de cámara, se lo aplicara.

“¿Sar?”

El pomo estaba resbaladizo en su palma sudorosa. Lo soltó y volvió. “¿Ahora qué?”

Ella sonrió. Una verdadera sonrisa, seductora en su aparente inocencia, iluminó su rostro demacrado, incluso desenterró un hoyuelo en la comisura inferior de su boca. De repente, Simon entendió por qué un hombre, cualquier hombre, entregaría su último centavo solo para que ella lo mirara como lo estaba haciendo ahora.

“Los baños me dan un hambre mortal. ¿Podría comer algo más que caldo? Soy terriblemente partidaria de los pasteles de carne”, insinuó ampliamente. “Y tartas picantes y budín de ciruelas.”

Simon casi se cae. ¡La chica descarada le estaba dando su pedido para la cena! Por primera vez en años, se encontró luchando contra una sonrisa. “Supongo que puedo encontrarte algo en lo que hincarás el diente. ¿Eso sería todo?”

Tocó con un largo dedo la comisura de su exuberante boca, considerando. “Yo también necesitaré ropa, supongo, aunque no puedo decir de qué talla soy.”

Él era pequeño. Estaba imposiblemente pequeño.

“Zapatos, también. Tengo pies grandes para una mujer.” Como para probarlo, sacó un pie del agua, flexionando los dedos de huesos finos.

Simon miró el esbelto tobillo y la perfecta curva de la pantorrilla que brillaba con gotas, y su boca se secó. Antes de que pudiera ser atrapado mirándolo fijamente, arrastró su mirada culpable lejos, centrándose en cambio, en un par de flores prensadas enmarcadas, en la pared del fondo.

“Las tiendas están cerradas por este día”, dijo, su voz inusualmente ronca, “pero, le pediré a mi ama de llaves que encuentre un camisón para que lo uses mientras tanto. Cenarás aquí, en tu habitación, así que no necesitarás calzado.”

Su rostro cayó y él se ahogó en algo que sabía vagamente a culpa. La joven estaba siendo transportada de un lugar a otro como un balde de carbón, y no era nada justo, pero, ¿qué demonios era en la vida?

Estaba a punto de disculparse cuando ella movió sus hombros huesudos en un encogimiento de hombros. “Los zapatos siempre son más molestos que un no.” Su rica mirada de color achicoria se posó en el pasillo más allá de él. “Ahora, señor Belleville, creo que me bañaré en privado, si a usted le da lo mismo.”

La diablilla imperiosa le estaba mostrando la puerta. Un cosquilleo extraño, una sensación que él no había experimentado en años, tiró de las comisuras de su boca. “Qué suerte que estoy saliendo.”

No fue hasta que estuvo solo en el pasillo, con la puerta cerrada detrás de él, que Simon bajó la guardia. Por primera vez en lo que pareció una eternidad, no solo sonrió.

Echó la cabeza hacia atrás y se rió.

CAPÍTULO TRES

Estamos seguros de ser perdedores,
cuando peleamos con nosotros mismos;
en una guerra civil y en todas esas contiendas,
los triunfos son defectos.
—Charles Caleb Colton, *Lacon*, 1825.

P iensa, Simon. Piensa.

Simon miró, con ojos cansados, los números romanos del pequeño reloj, colocado en el borde de su escritorio. Las doce menos un cuarto. Durante más de dos horas se había encorvado sobre el escritorio de mármol de su dormitorio, luchando, con la carta a Margot, como si fuera su discurso inaugural ante el Parlamento. Esto era solo una nota, por el amor a la bondad, unas pocas líneas garabateadas en el frente de una hoja de papel. ¿Qué tan difícil podía ser?

Malditamente difícil, cuando se estaba tratando de explicarle a la ex amante por qué debería asumir la alimentación, el alojamiento y ahora la educación de una extraña, una mujer extraña. Una mujer desconocida que resultó ser una prostituta o ex prostituta.

Es cierto que era una tarea difícil, lo que explicaba la docena o más de pelotas de papel arrugadas, que yacían, en barbecho, sobre su alfombra oriental. Y por qué sus pensamientos seguían vagando del periódico a su “prima”, que dormía a solo cuatro puertas del pasillo. Al menos, supuso que ella dormía. Nadie había oído hablar de ella desde que devoró el contenido de su bandeja de la cena, pidió una segunda tarta, y luego, la engulló también.

¿Cómo manejaría Disraeli la situación si estuviera en el lugar de Simon? No es que Dizzy, jamás, bajo ninguna circunstancia, estaría en el lugar de Simon. Era su rival, Gladstone, quien recorría las calles del este de Londres, en busca de prostitutas para reformar, ese era el viejo tonto santurrón.

Benjamin Disraeli no era tonto, mojigato o de otra manera. Y hasta, Simon consultó el reloj, una vez más. Diez horas y veinte minutos antes, él tampoco se había considerado un tonto.

Pero se había comprometido con este propósito, este tonto propósito, y ahora no había nada que hacer más allá de llevarlo a cabo. Resuelto, tomó su estilográfica y luchó por ordenar sus pensamientos dispersos. En el pasillo, el reloj de pie marcaba la medianoche. Frotándose la frente, Simon admitió que era inútil. Él defendería a Christine mañana, en persona, confiando en el elemento sorpresa y en su larga amistad para ganársela.

Rindiéndose, clavó la pluma en su soporte. “¡Diablos!”

Agarrándose la mano herida, se levantó y le dio una rápida patada a la silla. Incluso con sangre fresca, filtrándose a través del vendaje, luchó para borrar las imágenes de la Criatura. Christine en el ático, con los ojos entrecerrados brillando justo antes de hundirle los dientes. Christine en el baño, lo más cercano a la desnudez, ese labio inferior lleno de ella, temblando de tal manera, que él hubiera querido besar todas sus preocupaciones y todo su dolor, de manera lejana.

A pesar del escozor de su mano, él sintió que su hombría se espesaba. Si fuera un hombre supersticioso, culparía a la Luna llena, que arrojaba un rayo bastante brillante, a través del cristal de su ventana. Sonrojado, apagó la lámpara del escritorio y se acercó a la ventana, abrió el marco y miró hacia el cuadrado bordeado de boj. A excepción de la iglesia que dominaba la esquina de la calle opuesta, las ventanas de las terrazas de aquellas majestuosas mansiones, de la era georgiana, que daban a la suya, estaban uniformemente oscuras y silenciosas.

Aguzó los oídos y escuchó el tráfico de la cercana Regent Street. A su alrededor, retumbó el silencio, mientras que la ausencia de ruido se convirtió en un sonido en sí mismo. Qué diferente era esto del bullicioso barrio de Whitechapel de su niñez. En aquellos días, se había quedado dormido con las disputas, en gaélico, de la pareja de ancianos irlandeses, que vivían arriba; al maullido de los gatos en el callejón debajo de su ventana; y las baladas, dulces y arrastradas, de los borrachos que se congregan fuera de The Three Nuns.

¿Cómo se las arreglaba alguien para dormir en medio de todo este silencio? A su izquierda estaba Regent's Park, pero incluso el Outer Circle del parque estaba desierto a esa hora. Excepto por un par de amantes, que tiritaban en un banco de hierro forjado en York Gate, sus vecinos parecían haberse retirado a la cama, que era precisamente donde él debería estar.

Un chasquido sonó sobre su cabeza. Cayó hacia atrás, cuando una ligera silueta aterrizó en la repisa a unos pies de su ventana. ¿Un ladrón de casas? Delineada por la luz de la Luna, la figura se deslizó por las pizarras hasta la esquina de la casa, donde el desagüe se unía a las ramas superiores de un viejo roble. Para llegar allí, tendría que pasar por la ventana de Simon. Con los brazos extendidos, Simon se preparó para agarrarlo.

Otro paso trajo al culpable justo en el centro de la mancha de luz de la Luna. Simon parpadeó. No, no puede ser. Una ráfaga de viento agitó faldas de gasa sobre un par de piernas, largas y ahora familiares, y dejó caer las manos a los costados.

Era la Criatura. La señorita Tremayne. Christine.

Abrió la boca para llamarla y luego la cerró con fuerza. Antes había llovido. Las pizarras todavía estarían resbaladizas, las canaletas obstruidas con hojas de roble caídas. Si se sobresaltaba, la pequeña tonta podría perder fácilmente el equilibrio. Una caída desde lo alto de una casa de tres pisos, casi con seguridad, sería letal. Incluso si de alguna manera se las arreglaba para no romperse el cuello, había brazos, piernas y una columna a considerar. Casi podía oír a los muchachos de los periódicos ladrando los titulares: “El vicecomisario secuestra a la dama de la noche para un día de coqueteo... Prostituta se lanza a su muerte en la casa de un aspirante a diputado.”

Supervisar sus pasos tambaleantes le hizo sudar en la frente. Calculó el tiempo que le tomaría arrancar la sábana de su cama, enrollarla en una cuerda improvisada y arrojarla. Demasiado tiempo, decidió. Conteniendo la respiración, la vio avanzar hacia el árbol. Casi lo había alcanzado, cuando...

“Ahhhhh...”

Ella resbaló sobre su vientre, los pies volaban y las manos arañaban el aire y los ladrillos. El corazón de Simon se desplomó. Estaba a medio camino de la ventana, cuando vio que una

jardinera vacía y la repisa del segundo piso, juntas, habían amortiguado su caída. Con el pecho agitado, se quedó inmóvil. Debajo de él, ella encontró su equilibrio en los ladrillos. Con las manos alrededor de la tubería, ella comenzó a subir de nuevo. La indecisión lo paralizó a él. Si intentaba encontrarse con ella a mitad de camino, muy bien podría empeorar las cosas. Pero si él no hacía nada, y ella volvía a caer...

Alcanzó la cornisa y se hundió contra la pared. Sintióse una década mayor que unos minutos antes, Simon volvió a quedarse dentro de la ventana. El árbol, su destino obvio, estaba a menos de un pie de distancia. Las ramas superiores eran robustas y Christine no podía pesar mucho más de ocho o nueve stones. Pero, por lo que creía, estaba oscuro, mojado y resbaladizo.

Ella desapareció de su campo de visión. Se tensó, esforzándose por distinguir el más mínimo sonido. Un momento después, hubo un ruido sordo suave, luego, el susurro de las ramas de los árboles y un “ay” ahogado. El reloj en el bolsillo de la bata de Simon marcó los segundos, mientras navegaba por el árbol. Un segundo golpe y un gemido bajo anunciaron que había llegado al suelo, probablemente, en una pieza y razonablemente ambulatoria. Simon voló hacia su armario. Cuando se quitó la bata, se vistió y corrió hacia la ventana. Ella se había ido.

Escudriñó el jardín delantero cerrado, y, más allá, hacia la calle silenciosa y el parque, ahora vacío. ¡Diablos! El clima, al parecer, había llevado finalmente al interior a las únicas dos personas que podrían haber presenciado el vuelo y la dirección de Christine.

No importa. Sabía hacia dónde ella se dirigía.

CHRISTINE ABRIÓ la puerta del cabriolé y bajó, apretando los dientes, cuando los arcos magullados de sus pies descalzos tocaron los adoquines.

Desde su asiento en la caja, el conductor gritó: “¿seguro que quieres que te deje aquí, pata?”

Aquí estaba el antiguo establecimiento de Madame LeBow. La casa unifamiliar de tablillas, con sus columnas de color amarillo brillante y adornos de pan de jengibre púrpura, parecía aún más sórdida con las ventanas tapiadas y un cartel de madera. “V-A-G-A-B-U-N-DOS Serán Perseguidos” estaba clavado en la puerta principal. Desde luego, ese no era el destino que el conductor debía de haber esperado cuando Christine lo llamó desde la esquina de Regent Street.

Alzando la vista hacia el conductor, lo observó echándole un vistazo y un desagradable escalofrío la recorrió. “Sí, estoy segura.”

Dado el estado en que se encontraba (su vestido desgarrado, los rasguños en la cara y los brazos, y las hojas en el cabello), probablemente, se estaba preguntando si conseguiría su pasaje. Buscó en su bolsillo, rezando para que las monedas, que había encontrado en el fondo de un cajón de la cómoda, todavía estuvieran allí, y no se hubieran perdido en el jardín del señor Belleville.

Milagro de milagros, las mismas no se habían caído. Ella suspiró, con su alivio solo ligeramente teñido de culpa. Nunca había robado antes, pero, con una preciosa vida en juego, el robo le había parecido un pecado menor. Además, si el señor Belleville le hubiera permitido traer a Puss, en primer lugar, ella no estaría en su situación actual. Fortalecida por ese pensamiento, cuidadosamente contó las monedas: seis peniques y nueve. Milagrosamente, allí estaban todas.

“¿Cuánto es?” Preguntó, y después consideró que probablemente debería haber averiguado el precio antes de mostrar la totalidad de su fortuna a la vista. Si hubiera estado sola, se habría golpeado el lado de la cabeza vacía. ¿Las últimas dos semanas no le habían enseñado nada?

El conductor se rascó un lado de la mandíbula erizada y una mueca fea le partió la boca.

“Dímelo tú”, respondió con voz aceitosa, moviendo las cejas.

A estas alturas, ella había visto esa mirada, en los rostros de suficientes hombres, como para saber que significaba problemas. Iluminada a contraluz por la farola de la calle, solo podía esperar que él no pudiera ver a través de su delgado vestido de verano, que era un desecho de una de las criadas de Belleville. Desafortunadamente, ni los zapatos, ni la ropa interior habían sido parte de la donación. Pero había renunciado a la modestia, junto con el orgullo, semanas antes. Que se quedara boquiabierto mientras no la tocara.

La única vez que se sintió avergonzada, verdaderamente avergonzada, fue en el episodio de la bañera cuando sintió la fría y oscura mirada del señor Belleville, deslizándose sobre ella. “¿Correa o látigo?” Había preguntado en el mismo tono práctico que alguien que sirve el té de la tarde preguntaría: “¿limón o crema?” Pero la mirada que él le dirigió, en algún lugar entre la lástima y el disgusto, le había hecho desear estar un poco menos sucia, un poco menos delgada y un poco menos llena de cicatrices.

No es que le importara, se recordó a sí misma, ya que nunca lo volvería a ver. Una vez que encontrara a Puss, acamparía ahí para pasar la noche. Con las primeras luces, se pondría lo más presentable posible y luego comenzaría a caminar. Esta vez, tenía la intención de ir solo a los barrios “bonitos”. Tocaría todas las puertas, si fuera necesario, hasta que alguien accediera a darle un trabajo honesto. No importa cuán humilde fuera la tarea, ella la haría, siempre y cuando no incluyera “eso”.

“Eso” era lo que Madame LeBow había querido obligarla a hacer, e incluso ahora Christine se estremecía al pensar en lo verde que había sido esa chica de campo, lo idiota que había sido al creer por un momento que aquella mujer, muy maquillada e indecentemente vestida, fuera el ama de llaves de una casa respetable. Pero la mujer que dirigía la pensión, donde se alojaba Christine, la había empujado a aceptar, asegurándole que su “amiga” dirigía una casa muy buena. Hasta el último centavo y con el estómago tan vacío, como sus perspectivas, Christine había cedido. Las dos mujeres habían intercambiado miradas de suficiencia, y un hilo frío había corrido por la espalda de Christine.

Cuando vio qué tipo de casa tenía la señora LeBow, ya era demasiado tarde. La sopa drogada, que había devorado al llegar, estaba surtiendo efecto rápidamente, y cuando uno de los matones de la señora la levantó y la echó sobre su hombro fornido, sus extremidades estaban tan flojas como las de una muñeca de trapo. Se había despertado, en el ático, con la cabeza partida, la boca algodónosa y la señora cerniéndose sobre ella. Le dijeron que ella y su “animal sarnoso” permanecerían encerrados hasta que recuperara el sentido o se pudriera.

Débil por el hambre y medio enloquecida por los días y las noches transcurridas en una oscuridad implacable, Christine había estado a punto de rendirse, cuando el Ángel Oscuro, el señor Belleville, como ahora lo conocía, se le acercó. A pesar de sus modales despóticos y de la forma en que simplemente había descartado cualquier otra mención de su gata, no pudo evitar sentirse agradecida con él. Después de todo, él la había salvado de convertirse en una mujer caída. Si las circunstancias hubieran sido diferentes a las que eran, a ella le hubiera gustado ir a esa escuela de la que él hablaba. Gratitud, esa debe ser la razón por la que la idea de no volver a verlo nunca más, de no tener nunca la oportunidad de despedirse de él como es debido, hizo que su ya decadente ánimo se hundiera aún más.

Moviéndose en el asiento, el conductor metió la mano debajo de su capa para acomodarse. “No tengo toda la noche. Decídase. ¿Cuánto va a pagar?”

El miedo le revolvió el estómago lleno, pero se preparó para repartir la mitad de las monedas y entregárselas. “Tómalo. Es todo lo que obtendrás de mí.”

Recogió las monedas y agarró su muñeca, pero ella se apartó antes de que sus dedos pudieran cerrarse sobre ella.

Su mano enguantada negra desapareció bajo su capa. Recogiendo las riendas, murmuró: “pésima meretriz. Piensas que eres la maldita reina de Inglaterra por todos los aires...”

Antes, Christine se habría sorprendido de que le hablaran así, pero ahora solo se dio la vuelta. Eludiendo la basura y los vidrios rotos, subió los escalones de cemento del burdel, rezando por la valentía de irrumpir. Suponiendo que lo consiguiera, ¿tendría la suerte de encontrar a Puss todavía adentro? La suerte nunca había sido un rasgo de Tremayne, a menos que contara con lo malo.

Antes de la llegada de Hareton, los cinco años de vida terrenal de Puss habían consistido en comidas regulares, un plato diario de crema, y noches acurrucadas en la almohada de Christine. Incluso después del destierro al granero, hubo paja caliente, ratones gordos y las entregas nocturnas de Christine de las sobras más selectas de la mesa. Su gata no tenía más noción que ella sobre cómo sobrevivir en las calles de Londres.

Llegó al último escalón y miró la ventana de la planta baja, clavada como un ataúd. Para abrirse paso, necesitaría una picana de metal o algo que sirviera como palanca. Retrocediendo los escalones, miró hacia arriba. Las ventanas del nivel superior también fueron tapiadas. Alguien, el señor Belleville, sin duda, había sido muy minucioso. Al subir al porche, una vez más, se sintió casi aliviada. El episodio anterior en el techo la había desconcertado. Dudaba que fuera capaz de decidirse a emprender una subida tan empinada durante algún tiempo, si es que lo hacía alguna vez. No, la puerta era la única forma de entrar.

Tirando de la tabla, concentró cada ápice de su fuerza en sacar los clavos. La luz de la farola de la esquina chorreaba en su dirección, pero esta no era suficiente. Sobre todo trabajaba al tacto, concentrándose en el extremo que parecía tener menos clavos.

Siguió trabajando duro, tirando, pinchando y metiendo los dedos y los pulgares en cualquier espacio concebible, que pudiera servir como punto de apoyo. Hacía tanto frío que podía ver su aliento, pero el sudor se deslizaba entre sus omoplatos. Un borracho que merodeaba cerca vino a inspeccionar su trabajo, le sopló el aliento a ginebra en la cara y le preguntó su nombre. Cuando ella le pidió ayuda, él se alegró de seguir adelante. Pasó un carruaje. Ella se sobresaltó, temiendo que el conductor del cabriolé hubiera regresado. Pero era un transporte privado y se detuvo el tiempo suficiente para depositar a un cuarteto de jóvenes adinerados, en el umbral de la sala de juegos, al otro lado de la calle. Christine contuvo la respiración, pero ellos no parecían interesados en ella, así que volvió a su trabajo. Después de eso, no se molestó en mirar hacia arriba, ni siquiera cuando la humedad dio paso a una llovizna fría.

“La una en punto y todo está bien.”

Tragando un grito ahogado, ella se metió en la entrada entre sombras. Apretada detrás de una columna, esperó, con el corazón desbocado, a que pasara el vigilante nocturno. La sangre tamborileaba en sus oídos. Ella ya había sido marcada como una prostituta. Lo último que necesitaba era que la detuvieran también por allanamiento de morada.

Pasó el vigilante, haciendo sonar la campana. Lo observó, con la boca seca, hasta que él dobló por la calle opuesta. Temblando de alivio, salió de su escondite para inspeccionar la puerta. El tablero apenas se había movido. Sus dedos eran un desastre sangriento, astillado y acuchillado; su cuerpo se sentía como si hubiera pasado por una trilladora, y aún así, la maldita cosa no se había aflojado, no lo suficiente. Se dejó caer en el escalón superior.

Christine no llorarás. No, definitivamente no lo harás.

Chupándose los nudillos raspados, miró a su alrededor. Tal vez, ella lo entendió todo mal.

Tal vez, en toda la confusión anterior, Puss se había escapado. Incluso en la granja, nunca había sido una gran vagabunda. ¿Tal vez estaba dando vueltas, esperando a que la dejaran entrar?

Christine se puso de pie, buscando dentro de su bolsillo la caja de fósforos y el cabo de la vela que había encontrado antes. Estaba agradecida al Cielo por haber tenido la previsión de envolver las cerillas en un pañuelo, ya que de lo contrario, las mismas estarían tan empapadas como ella. Encendió la vela y volvió a guardar las cerillas en el bolsillo.

“Gatita, gatita, gatita... Puss, mi amor, ¿dónde estás, mi tesoro?”

Acunando la preciosa luz, se abrió camino entre la basura hacia la parte trasera del burdel, agradecida por los callos, que protegían las plantas de sus pies. Ronca de tanto llamar, buscó en el estrecho trozo de jardín, luego en el callejón adyacente, después en el jardín de nuevo. Encontró varios gatos, incluida una camada entera de gatitos, enterrados debajo de un celemín volcado, pero ninguna gata.

Entonces, su vela murió.

La cera chisporroteó en su mano. Al dejar caer la colilla quemada, ella sintió que las lágrimas de ira se mezclaban con el agua de lluvia, que rodaba por sus mejillas. Se volvió hacia la casa, con la mirada posada en el hastial superior. Debajo de ese pico maligno y descomunal estaba el ático. Y en el desván, estaba Puss.

La puerta de la cocina también estaba cerrada con clavos. Lanzándose sobre ella, golpeó la madera. “¡Maldición, maldición, maldición!”

Creyó oír gravilla crujiendo, pero estaba demasiado perdida en la miseria, como para mirar hacia arriba. Por el rabillo del ojo, vislumbró un rayo de luz. Demasiado dorado para ser la Luna, parecía crecer más cerca y brillante, con cada respiración entrecortada de ella. Que vengan a buscarme, pensó, desafiante, sin importarle si “ellos” eran una brigada de ratas, el vigilante nocturno o el borracho que había encontrado antes.

Un brazo de acero se enrolló alrededor de su abdomen. Abrió la boca para gritar, pero una mano enguantada le tapó la boca. “Cállate, pequeña tonta, o te entregaré yo mismo a las autoridades.”

Era él, su Ángel Oscuro. El señor Belleville. Una alegría absurda la invadió, un alivio tan poderoso que sintió que sus miembros se debilitaban.

“Si te suelto, ¿prometes no huir?”

Con sabor a cuero, ella asintió.

Empezó a retroceder y luego se detuvo. “Y sin morder, ¿entendido?”

Ella asintió de nuevo y esta vez él la soltó.

Ella se giró para quedar frente a él, cuando él se inclinó para recuperar su linterna. “¿Qué estás? ...”

“¿Qué estoy haciendo aquí?” Con las cejas cruzadas y la boca apretada, él dejó la linterna tirada y se enderezó en toda su altura. Inclinandose sobre ella, exigió: “¿qué estás haciendo aquí? ¿No me digas que estás extrañando tu antigua vida tan pronto?”

Fue un corte cruel, pero Christine admitió que probablemente se lo merecía. Sacudiéndose el cabello mojado, que se pegaba a su mejilla, dijo: “sabes muy bien por qué volví.”

Él no llevaba sombrero y su pelo, tan mojado como el de ella, brillaba como un azabache, pulido en la punta de la viuda. “Supongo que eres lo suficientemente terca e ingeniosa como para arriesgarte a una fiebre pulmonar para recuperar ese sarnoso trozo de piel.”

Ella sacó la barbilla. “Chatarra sarnosa... Puss es la mejor cazadora de ratones de Nantwich, la gata más inteligente y dulce del mundo, y tú eres demasiado duro de corazón para poseerla.”

“Nantwich, ¿verdad?” Una mirada de satisfacción se extendió, en su rostro oscurecido, por

las sombras.

¡Había perdido a su gata y ahora había revelado su hogar! Derrotada, ella se arrodilló en el barro. “Ayúdame, por favor.” Sus hombros temblaron. Todo su cuerpo tembló. Los desdichados sollozos llegaron tan rápidos y fuertes, que la misma tierra debajo de ella debía estar vibrando.

Con los ojos muy abiertos, él extendió una mano para levantarla, pero Christine se negó a tomarla. “Señorita Tremayne... Christine, por favor... No debes hacerlo. Te enfermarás.”

Enterró su rostro entre sus manos. “No me importa.”

“Pero a mí sí.” Él se inclinó y tocó con un dedo la uña rota y sangrante de ella, en que una astilla se le alojó debajo del tejido vivo. “No vale la pena...”

“Eeella es todo lo que tengo.” Ella apartó las manos y arrastró su mirada acuosa hasta su rostro. “Haré, y haaré todo lo que me pidas, lo que sea.” Más allá de la vergüenza, más allá del orgullo, alargó la mano y le abrazó las rodillas.

“Detente.” Él retrocedió, y, de repente, todo lo que Christine pudo ver fue su guante, que pareció agrandarse y ennegrecerse ante sus ojos.

Ella soltó sus piernas y sus brazos volaron hacia arriba para protegerse la cara.

No pasó nada. A unos pies de distancia, un perro ladró. Todavía no pasó nada. La lluvia amainó hasta convertirse en un golpeteo y aún así no pasó nada. Bajó las manos y abrió un ojo, luego los dos.

El señor Belleville se quedó mirándola, con las cejas cruzadas y un pie calzado con una bota, golpeando un adoquín hasta convertirlo en polvo. “Creo que se conoce como una mano arriba.” Extendió su mano con sus ojos desafiándola a rechazarla.

Esta vez ella la tomó.

Él la levantó y luego la soltó. Se desabrochó el abrigo, se lo quitó y le hizo un gesto para que se diera la vuelta. Lo hizo y el abrigo aterrizó sobre sus hombros, cubriéndola con el calor corporal y el ron de bahía.

“Antes de que consigas tu muerte”, murmuró, apretando la prenda alrededor de ella, y su aliento, especiado por el licor, rozaba su mejilla.

Christine metió las manos en los bolsillos. Mientras lo hacía, sintió algo sólido y pesado que pesaba sobre el forro de seda. Medio temerosa de la esperanza, se volvió hacia él. Sosteniendo la palanca, preguntó: “¿esto significa que me ayudarás?”

Su pie calzado con bota pisoteó el suelo. “Supongo que sí.”

Nuevas lágrimas, estas de gratitud, brotaron de sus ojos. “Oh, gracias. Gracias. Haré caso.”

“No ruegues”, interrumpió él. Sus manos encontraron sus hombros una vez más, y la miró a los ojos. “Ni a mí, ni a nadie, nunca más, ¿entendido?”

Ella asintió, enmudecida por el poder de su mirada clavada en la de ella.

Él la soltó y dio un paso atrás. “Bien. Comencemos con la ventana, ¿de acuerdo?” Tomó la herramienta de ella, se acercó a la ventana y se puso a trabajar.

La facilidad con la que quitó la tabla fue casi pecaminosa. Christine acababa de deslizar su brazo derecho en la manga de su abrigo, cuando escuchó la astilla reveladora. Otro tirón hizo que la tabla se partiera en dos. Arrancó el resto de los fragmentos con sus manos enguantadas.

“Quédate atrás”, ladró cuando ella se acercó.

Quitándose la chaqueta, la envolvió alrededor de la barra. Luego se volvió hacia un lado y golpeó el cristal.

El abrigo amortiguó el choque, pero solo un poco. Christine se quitó las manos de los ojos y lo vio apartar los últimos fragmentos de vidrio y madera astillada que quedaban. Arrojando la herramienta a un lado, despejó el suelo debajo de la ventana con el borde de su bota.

Mirando hacia atrás, frunció el ceño ante sus pies descalzos. “Ciertamente habrá vidrio en el interior también. Iré primero y luego te levantaré.”

Esta vez, Christine supo que no debía discutir. Ella asintió en silencio y él se quitó los guantes arruinados, luego recogió la linterna y se volvió hacia la ventana. Agachándose bajo el espejo de popa, subió al interior. Al verlo lanzar una poderosa pierna y luego la otra sobre el umbral, Christine sintió que se le calentaba la cara y se le aceleraba el pulso. Incluso en la penumbra, pudo apreciar lo ancho que eran sus hombros, lo recortada que era su cintura y cómo sus musculosos muslos moldeaban sus pantalones como una segunda piel.

En el interior, se alejó de la ventana. “Espera ahí.”

Retirándose a la penumbra, le dio la espalda. La luz floreció, y la mirada de Christine se fijó en los músculos que se ondulaban debajo de su camisa, mientras trabajaba para despejar el suelo. Se humedeció los labios secos y se preguntó hasta dónde podría estirarse un chaleco y una camisa.

De repente, él se dio la vuelta. Christine casi saltó de su piel, que se sentía enrojecida por todas partes. ¿La había pillado boquiabierta como una colegiala desprevenida? Rezando para que no lo hubiera hecho, se apresuró hacia sus brazos extendidos, con su pesado abrigo rozándole los tobillos. En su prisa, tropezó. Sus manos salieron para agarrarse a sí misma.

Su cabeza y hombros salieron disparados a través de la abertura. Sus manos se cerraron alrededor de su cintura y aterrizaron en la parte superior de sus brazos. Debajo del lino húmedo de su camisa, los bíceps sobresalían.

Rodó los ojos. “No estarás satisfecha hasta que te hagas una herida, ¿verdad? Aquí, agárrame.”

Él debía pensar que ella era la chica más torpe del mundo. Sintiéndose tan incómoda como un ternero recién nacido, miró hacia abajo, donde sus dedos estaban dejando huellas oscuras en su camisa blanca. Incluso empujada, olía tan fresco, y, se veía tan limpia, que él se sentía mal al tocarla. Ella se echó hacia atrás.

“No dejaré que te caigas”, espetó él, aparentemente malinterpretando su timidez como desconfianza. Frunciendo el ceño, deslizó un brazo debajo de sus rodillas y la levantó. “Solo tienes que poner tus brazos alrededor de mi cuello y cuidar tu cabeza. Yo haré el resto.”

Christine obedeció. Su otro brazo se cerró sobre sus hombros. Metiendo la cabeza, encontró su mejilla presionada contra el costado de su cuello, lo suficientemente cerca como para sentir el pulso golpeando los músculos tensos. El agua de lluvia y el sudor humedecieron su piel, el aroma almizclado se mezcló con el ron de laurel y el jabón de afeitar que también se adhería a él. Christine inhaló, con el corazón latiendo, en una extraña sensación de excitación.

Experimentó otra extraña sensación de decepción cuando él la dejó en el otro lado, y dio un paso atrás. “¿Se llama Puss?” Preguntó, levantando su lámpara de una percha de la pared.

“Esa es ella”, corrigió, luchando por encontrar sus piernas después de la sensación ingrátida y frívola de estar protegida contra él.

Sosteniendo la linterna en alto, él tomó su mano, agarrando la manga flácida del abrigo, en su lugar. “Supongo que esto es un poco demasiado grande.” Metió la mano adentro y la encontró.

Miró hacia abajo. Su palma era cuadrada, los dedos largos, pero gruesos. Aunque tenía las uñas cortadas y limpias, su mano no era lo que ella esperaba de un caballero. Sin embargo, su agarre y la ligera presión, que mantuvo sobre su codo, mientras la guiaba a través de la despensa y hacia abajo, fueron sorprendentemente suaves como si estuvieran hechas de delicada porcelana de Dresde, en lugar de carne y hueso comunes.

Estaba acostumbrándose a eso, a ser tocada como algo precioso y fino, cuando llegaron al

pasillo principal. Él la soltó y encendió su luz en las escaleras. “Aquí, Puss. Toma, Puss”, gritó, las tablas crujieron debajo de él, cuando se puso en marcha. “Ven aquí, tú.”

Ocultando una sonrisa, Christine se levantó las faldas empapadas y lo siguió. “No sabes nada sobre gatos, ¿verdad? Por la forma en que gritas, suenas como si le estuvieras ordenando que se acercara a ti.”

A medio camino de la cima, él la miró por encima del hombro. “Le estoy dando órdenes.”

Christine negó con la cabeza. “Eso funcionará con un perro, pero, no con un gato. Los gatos solo responden cuando los llamas amablemente, así...” Ella lo demostró, canturreando: “Aquí, gatita, gatita”, hasta que lo sorprendió poniendo los ojos en blanco.

“Hmm, toda una ciencia, ya veo.”

Ella dejó escapar un suspiro. “Búrlate si tienes una mente, pero, solo espera.”

Encontraron a Puss en el tercer piso, acurrucado debajo de una de las camas abandonadas. Ronroneando, se puso de pie, se estiró y luego se acercó a Christine.

Christine casi se desploma de alivio, las lágrimas de agradecimiento se deslizaron por las comisuras de sus ojos. “Oh, gatita, amor, casi me daría por vencido contigo.” Se agachó y tomó la gata atigrada, en sus brazos. “Caliente como una tostada”, dijo, frotando su mejilla contra la piel sedosa. Mirando al señor Belleville, no pudo resistir darle una sonrisa. “Mira, te dije que ella era inteligente.”

Frunciendo el ceño, él se frotó la parte superior de los brazos, la piel de gallina era casi visible a través de su camisa empapada. “Eso la hace uno de nosotros.”

CAPÍTULO CUATRO

Entre los cambios introducidos
por el gusto moderno, no es lo menos llamativo,
que todas las hijas de los comerciantes,
cuando las mandan a la escuela, ya no son niñas,
pero jovencitas.

—S.S. Ellis, *Las mujeres de Inglaterra:
sus deberes sociales y hábitos domésticos*, 1839.

En la tarde siguiente, Simon llevó a Christine a la entrada de la Academia Mayfair para Jóvenes Damas.

Él soltó su agarre en su codo y señaló el banco del diácono, contra una pared, elaboradamente estarcido. “Siéntate.”

Debajo del ala protectora de su nuevo capó, su rostro mostraba un amotinamiento. “Pero, quiero ir contigo.”

Con una mano, ella apretó el asa de la cesta de Puss, y usó la otra para sacudirse la pluma de avestruz, que insistía en caer sobre su rostro. Simon contuvo un suspiro. No sabía casi nada sobre la moda de las mujeres, pero estaba casi seguro de que ella tenía el sombrero al revés.

“Estarás con nosotros en un momento. ¡Por ahora, siéntate!” Casi la empujó hacia el banco y luego se volvió hacia el ama de llaves de Margot, que los había seguido adentro. “Si mueve un músculo, tienes mi permiso para atarla.”

La señora Fitz se quedó boquiabierta. “¡Qué bien! Señor Belleville, qué cauteloso es usted. Si no le conociera mejor, pensaría que no habla en serio.”

“Lo digo en serio”. Lanzando una última mirada de advertencia en dirección a Christine, comenzó a subir las escaleras alfombradas.

Encontró a Margot en el salón, sentada en el piano. Aparentemente perdida en la sonata de Haydn que tocó, no lo vio de pie en la puerta. Igual de bien. Esperando a que ella terminara, se apoyó contra el marco de la puerta y dejó que los acordes de la dulce melodía lo invadieran, mientras revisaba su plan en progreso.

Después de llevar a Christine y su gata de regreso, a su casa, pasó el resto de la noche, quitándose astillas de vidrio y madera de las manos, y repitiendo los eventos de la noche en su mente. Todavía no podía quitarse el horror que había sentido cuando ella cayó de rodillas en el barro. Una mujer arrodillada era su talón de Aquiles y haber visto a Christine, empujada a tales

profundidades, había empujado un eje especialmente profundo.

Volvió a concentrarse en Margot. Las delicadas manos blancas, que se movían hábilmente sobre el teclado, contenían la solución a su problema.

El movimiento terminó y él aplaudió. “¡Bravo! Eso fue magnífico, como siempre.”

Ella lo buscó. “¡Simon!” Sonriendo, se deslizó del banco y cruzó la habitación hacia él.

Se quitó el sombrero y lo dejó sobre la mesa de pedestal de mármol. “Eres bienvenido, ¿en qué me depositas tu confianza?”

Hacía más de un mes que él no venía, desde que celebraron su cuadragésimo quinto cumpleaños con champán y caviar. De todas las personas, Margot se merecía más de él.

“Deberías saber mejor que hacer con esa pregunta.” Al encontrarse con él en la puerta, ella le ofreció su mejilla.

Aliviado, se inclinó para aceptarla. “Esperaba que dijeras lo mismo. La aldaba de tu puerta estaba levantada.”

“Y si no fuera así, siempre tengo tiempo para ti y lo sabes muy bien. Estaba a punto de servirte un jerez. ¿Puedes acompañarme?” Ella tomó su mano para llevarlo al sofá.

Simon se la dio, haciendo una mueca cuando ella lo apretó.

Margot frunció el ceño. “¿Estás herido?”

Agradecido de que no le hubiera sugerido que se quitara los guantes de conducir, Simon se encogió de hombros. “Es una historia bastante complicada. Te contaré todos los detalles sórdidos más tarde, si quieres.”

“Los esperaré con ansias.” Ella lo dejó y se acercó a un pequeño gabinete de caoba y palisandro.

Había una jarra de cristal y vasos colocados sobre una bandeja de plata encima. Ella sirvió las bebidas, un poco de jerez para ella, y le indicó que tomara asiento, en un sillón tapizado con damasco, color melocotón.

Ella le entregó su vaso y luego volvió a sentarse en el banco del piano. Encaramada en el borde, ella lo analizó atentamente. “Pareces preocupado. ¿Tu nueva cita no es todo lo que esperabas?”

La ironía lo hizo reír. “En realidad, está demostrando ser mucho más.” Preguntándose cómo le fue a Christine en el vestíbulo, levantó su copa y tomó un trago fortificante, antes de dejarla a un lado y admitir: “tengo que pedirte un favor.”

Tomó un sorbo de su jerez. “Sabes que solo tienes que nombrarlo.”

Bajó la mirada a sus dedos fuertemente entrelazados. “Quizás deberías escucharme primero.”

De la forma más breve posible, le contó cómo había encontrado a Christine, cómo la había llevado de regreso a su casa, y ahora, habiéndose comprometido con este curso, ciertamente precipitado, no sabía qué hacer con ella. En un intento desvergonzado por mantener la simpatía de Margot, mencionó que esta muchacha había huido de un primo, quien la había tratado con la mayor crueldad.

“Qué terrible”, dijo ella, una vez que él hubo terminado. “Lo que la pobre joven debe haber soportado. ¿Le has buscado una ocupación, una posición de doméstica, tal vez?”

Sacudió la cabeza. “Sin referencias, creo que no. Incluso si pudiera manejar una plaza, ella no tiene el entrenamiento para mantenerla. Es una simple chica de campo, una lechera.”

“¿Tal vez tu ama de llaves, la señora Griffith, podría encontrarle algo que hacer?”

Miró los ojos color violeta de Margot. “Es joven, es bonita y es, o más bien era, una prostituta. No es ningún secreto que tengo la intención de presentarme a Maidstone en las próximas elecciones generales. Seguramente, puedes ver por qué no puedo mantenerla bajo el

mismo techo.”

“Precisamente.” Ella miró su copa de vino. “Me pregunto si te arriesgas a que te vean aquí.”

¡Por el amor a la bondad! ¡Cómo se estaba haciendo un sancocho con esto! Él se levantó y cruzó la habitación hacia ella. Sentado a su lado, deslizó un brazo sobre sus hombros. “Ese no es el caso y tú lo sabes. La campaña y ahora este asunto de la vice comisión me están quitando más tiempo de lo que esperaba. Debes saber que eres mi más querida, mi mayor y, sí, mi única amiga verdadera en Londres.”

“Santo Cielo, ¿tenías que decir mayor?” Ella tiró de su cuello y él se relajó, sabiendo que todo estaba perdonado. “Volviendo a tu señorita Tremayne, ¿cómo puedo ayudarte?”

Simon vaciló. “Espero que consideres admitirla como alumna. Tu período de invierno está a punto de comenzar, ¿no es así?”

“Lo es. Pero, como sabes, la mayoría de mis chicas provienen de familias acomodadas en el comercio o de una sola generación. La clase media engendra peores engreídos que la nobleza. Después de todo lo que ha soportado la pobre señorita Tremayne, odiaría verla convertida en objeto de desprecio.”

Una imagen de Christine navegando por su techo cruzó por su mente. Ahora que ella estaba fuera de peligro, él se encontró sonriendo ante el recuerdo reciente. “Creo que descubrirás que Christine está hecha de un material resistente, y es capaz de valerse por sí misma, pero, con gusto pagaré el doble de la matrícula habitual para compensarte por mantener la paz.”

La mirada de Margot se estrechó. “Como te dije, el día que me entregaste la escritura de esta casa y el giro bancario para comenzar esta escuela, no aceptaré ni un centavo más. Ya has sido demasiado generoso conmigo.”

Él se encogió de hombros. “Eso es solo dinero. Soy yo quien está en deuda contigo, eternamente.”

La declaración no era un halago sino una pura verdad. Fue Margot quien le había enseñado cómo vestirse, lo que vino combinado con qué alimentos consumir, y cómo juzgar los buenos caballos de los malos; aprendiendo así la fachada elegante que necesitaba para entrar en la sociedad. ¿Se atrevería a esperar que ella pudiera obrar un milagro similar para Christine Tremayne?

“Bueno”, dijo Margot después de una pausa momentánea, “ya tengo diez jóvenes inscritas, así que oficialmente no tengo cupo, pero, supongo que puedo acomodar otra cama en algún lugar. Tráela para el fin de semana.”

Sabiendo que estaba sobre una base inestable, Simon se aclaró la garganta. “En realidad, ella está... Esperando abajo.”

“¡Simon!” Margot lo amonestó. “¿Quieres decir que la dejaste en mi vestíbulo como si fuera un equipaje?” Sin esperar su respuesta, ella dejó su bebida, se levantó y cruzó la habitación para tirar del timbre con borlas. En poco tiempo, una criada con un gorro de encaje apareció en la puerta. “La joven del pasillo es mi nueva alumna. Por favor, tráela de inmediato.”

“Sí. Mamá.” La chica hizo una reverencia y se volvió para irse.

Poco después, Christine apareció en la puerta, con una pluma caída y una cesta para gatos en la mano.

Maldiciéndose por no haber insistido en que dejara a la bestia en el vestíbulo, Simon se volvió hacia Margot. “Margot, permíteme presentarte a la señorita Christine Tremayne. Christine, señorita Ashcroft.”

Christine entró en la habitación, arrastrando el dobladillo de su vestido de seda marrón. Al igual que el gorro, el vestido confeccionado y la pelliza de juego fueron compras apresuradas de

esa mañana. Simon había adivinado su talla y aún así la ropa nadaba sobre ella.

Dando un paso adelante, Margot invocó una cálida sonrisa y extendió su mano. “Señorita Tremayne, qué placer. Soy Margot Ashcroft, directora de la Academia Mayfair para Jóvenes Damas, y estoy encantada de que estés con nosotras este trimestre.”

Con cara hosca, la respuesta de Christine fue un asentimiento mudo. Simon le dio un codazo. “¡Ay! Sé más inteligente” Frunciendo el ceño, él tomó la mano de Margot. “Gracias, señora.”

Después de las presentaciones, Simon decidió que no tenía sentido posponer lo inevitable. Se volvió hacia Christine y anunció: “ahora que te has instalado satisfactoriamente, me iré.”

Pareciendo perdida, ella se preocupó con las manos. “¿Tan pronto?”

Los ojos color violeta de Margot se entrecerraron. “Sí, de verdad, Simon, al menos quédate a tomar el té.”

Apisonando la culpa, él retrocedió hacia la puerta. “Me temo que no puedo demorarme. Tengo mucho trabajo que hacer.”

Christine lo siguió. “¿Cuándo volverás?”

Eludiendo la pregunta, él respondió: “la señorita Ashcroft me mantendrá informado de tu progreso y te visitaré cuando mi horario lo permita.” Desvió la mirada hacia Margot. “Lo que sea que ella necesite, ropa, libros, cualquier cosa, haz que me envíen las cuentas.”

“Yo te debo...” Ensartando a Simon con su aguda mirada, Margot puso una mano sobre el brazo de Christine, un gesto que Simon reconoció como una muestra silenciosa de apoyo femenino.

Eso era espléndido, ya ellas se estaban uniendo. Si su comportamiento grosero era el hilo conductor de su alianza, que así sea.

Se movió hacia Christine, mirándola por un momento prolongado. “Debemos despedirnos ahora. ¿Le daría la mano, señorita Tremayne?”

Extendió su mano, que tembló muy levemente. Los dedos delgados, con sus uñas mordidas rápidamente, le parecieron imposiblemente queridos. “Entonces, adiós y gracias, sar, por todo lo que has hecho por mí.”

Simon tomó su mano. Hacía un frío de mármol, pero se había olvidado de comprarle guantes. Incluso usando el suyo, podía sentir el frío.

Reafirmando su voz, dijo: “estudia mucho y haz lo que te pidan, y serás un honor para la institución.”

Ella volvió su mirada brillante de lágrimas hacia la de él. “Lo haré, sar, lo juro.”

Sintiendo como si las paredes se estuvieran cerrando, él la soltó y se dirigió al pasillo.

Siguiéndolo afuera, Margot cerró la puerta del salón con un portazo definitivo. Con los ojos llameantes, ella se volvió hacia él. “¡Tú! ¡Bestia! Bruto insensible e insufrible, ¿en qué estás pensando para abandonar a esa pobre muchacha, como si fuera un cachorro sin hogar?”

El reproche dio en el blanco. Simon se erizó. “Hace poco más de veinticuatro horas que la conozco. Apenas hemos formado un apego para merecer despedidas prolongadas.” Deseando que eso se sintiera más cercano a la realidad, se dirigió a las escaleras con Margot pisándole los talones.

“Tal vez, ese sea tu caso, pero, ¿no puedes ver que ella ha formado un vínculo contigo?”

Bajaron del rellano. Simon resopló. “Te lo prometo, el único apego que siente es por ese felino suyo. Anoche me arriesgué a tener fiebre pulmonar y cargos por allanamiento de morada para ir a buscarlo al burdel.”

Margot se detuvo a medio paso. “¿Entraste en un burdel?”

Él asintió y se volvió hacia ella. “Lo hice. Debido a las órdenes que había dejado, el maldito

lugar estaba más cerrado que Newgate.”

“Pero, tú, de todas las personas, nunca rompes las reglas.” Sus ojos se iluminaron hasta que sonrió positivamente. “Vaya, Simon, esto es positivamente... Maravilloso.” Con los hombros temblando por la risa reprimida, ella preguntó: “¿Así es como te lastimaste la mano?”

Se movió, la mirada, cayendo sobre las baldosas de parquet en blanco y negro. “Más o menos.”

“¿Más o menos?”

“La pequeña salvaje me mordió, si quieres saberlo.”

“¡Te mordió! Eso es...”

“Maravilloso, eso has dicho.”

Se secó los ojos llorosos con el dorso de la mano. “Oh, querido, ahora te he vuelto gruñón.”

Simon comenzó a protestar y luego se detuvo. Estaba de mal humor, pero no tenía nada que ver con las burlas de Margot. Dejar atrás a Christine, incluso bajo el cuidado de Margot, estaba resultando más difícil de lo que se había imaginado.

“Estoy siendo un idiota perfecto una vez más”, admitió. “No sé por qué me aguantas, solo me alegro de que lo hagas. Y aprecio tu ayuda más de lo que puedo expresar.” Él besó su mejilla y luego dio un paso atrás. “Gracias.”

Ella lo miró con una sonrisa maliciosa. “¿Supongo que le dices lo mismo a todas tus antiguas amantes?”

Era una broma permanente entre ellos. Él apretó su mano. “Por supuesto, pero, en tu caso resulta ser cierto.”

Unos pasos rebotaron por las escaleras hacia ellos. Sonrojada, Christine salió al vestíbulo con la cesta de su gata en la mano.

Dejándola en el suelo, se arrojó sobre Simon. “Por favor, sar, llévame contigo. Después de todo, no quiero ir a la escuela.” Tragó más aire. “No quiero que me dejen.”

“Me temo que eso está fuera de discusión.” Trató de soltarla, pero la mano de ella en su manga se mantuvo firme.

Ella levantó los ojos suplicantes del frente de su abrigo. “No seré más problemática, lo juro.”

Ella estaba rogando, una vez más, tragando vocales y consonantes, con la misma desesperación que él y Rebecca habían aplicado una vez a sus gachas de la escuela de caridad.

Espantado, Simon intentó soltarla, pero ella se le adhirió como si fuera pegamento. “Señorita Tremayne... Christine, no puedo...” Por encima de su cabeza, envió a Margot una súplica silenciosa.

Dio un paso adelante y movió un brazo por los hombros temblorosos de Christine. “Sin apego, claramente”, dijo, dirigiendo sus palabras sobre la cabeza de Christine. A Christine, le dijo: “ya, ya, querida. Es natural que te sientas asustada...” Ella volvió a mirar a Simon. “Y abandonada, pero, una vez que te hayas instalado, estarás de maravilla.” Suavemente, pero con firmeza apartó a Christine.

Simon retrocedió hasta la entrada. Mirando a través del vestíbulo hacia el rostro afligido de Christine, sintió como si una pared de ladrillos acabara de derrumbarse sobre su pecho. “Es lo mejor, de verdad. Aquí tendrás amigas de tu misma edad, aprenderás todo tipo de cosas nuevas y maravillosas”.

El ama de llaves de Margot, la señora Fitz, se materializó a su lado con su sombrero y su bastón. Mecánicamente, él alargó la mano y los tomó. Se puso el sombrero y salió rápidamente por la puerta abierta a una llovizna gris. El sentimiento de terminar con esto lo tomó por sorpresa, explotando dentro de su cráneo, como la botavara de un barco. Necesitó toda su

determinación para forzar un pie delante del otro, bajar los escalones de la entrada de la casa, cruzar el camino de piedra, atravesar la puerta de hierro forjado hasta el lugar de la calle donde había dejado su berlina. Subiéndose al asiento de cuero, se dijo a sí mismo que no había otra manera. No había tenido elección. Fue lo mejor.

Sin embargo, cuando se acomodó en el banco y tomó las riendas, la súplica de Christine resonó en sus oídos. *Por favor, sar, llévame contigo.*

Armándose de valor contra la tentación de dar marcha atrás, tomó las riendas y condujo con su equipo de negros hacia la calle.

MARGOT y su ama de llaves intercambiaron miradas de complicidad. “Tomaremos el té en el salón, por favor, señora Fitz, e indíquele a la cocinera que no escatime en los bollos y la nata. Estoy hambrienta”, añadió con una alegría fabricada.

“Si Mamá.” La señora Fitz inclinó la cabeza. “Pobre ácaro”, agregó en voz baja, lanzando una mirada comprensiva a Christine, que se cernía en la puerta.

Pobre ácaro, de hecho. La forma en que Christine cuidaba de Simon le recordó a Margot al spaniel perdido, que había encontrado deambulando por Hyde Park, con la correa tirada. Desechado. Confundido. Abandonado. En el caso del spaniel, Margot tuvo la satisfacción de reunirlo con su dueña. Su resultado con Christine aún no estaba claro.

“Ven, querida, antes de que te resfríes.” Cuando la muchacha no se movió, agregó: “no desearíamos darle al señor Belleville un sentido de importancia personal más exagerado del que ya posee.”

Esta vez Christine cumplió. Cogió su cesta y siguió a Margot de vuelta al salón. Tan pronto como cruzó el umbral, dejó la canasta con cuidado sobre la alfombra y voló hacia la ventana que daba a la calle.

Sentada en el sofá, Margot estudiaba a su nueva aprendiz. La chica era alta, pero una modista inteligente sabía cómo convertir la altura en una ventaja. Siempre que Christine aprendiera a mantener los hombros hacia atrás, en lugar de doblarse sobre sí misma, como una bestia golpeada demasiadas veces, su altura, pasada de moda, bien podría resultar ser una bendición. Pero entonces Simon había mencionado las marcas en su espalda. Margot se golpeó la barbilla con una uña cuidada, y se preguntó si las había visto, de primera mano, o confiado en el informe de una criada. Ciertamente, no había pasado por alto cómo su mirada se había clavado en Christine desde el momento en que entró en el salón, ni que, cuando él se había despedido, él se veía casi tan miserable como Christine.

Ella suspiró. Conociendo a Simon, incluso si se preocupara por la chica, sería demasiado terco para admitirlo, especialmente a sí mismo.

“Señorita Tremayne, ¿se puede apartar de la ventana y nos reunimos?”

Con la barbilla metida, Christine se alejó y caminó hacia el sofá.

Margot invocó lo que esperaba que pasara por una sonrisa soleada. “Debes estar envuelta con ese gorro y esa chaqueta. ¿Por qué no te los quitas y te pones cómoda?” Era hora de ver con qué activos tenía que trabajar.

Obedientemente, Christine desató las cuerdas y se quitó el espantoso casco. Un buen par de ojos, incluso si estaban un poco cansados en este momento. Buena piel, pómulos altos (siempre una ventaja) y una boca llena, bastante dramática. La chica podría no ser una belleza convencional, pero no carecía de atributos. Margot sintió que se le levantaba el ánimo.

Christine sostuvo la chaqueta en alto. “¿Dónde la pongo?”

“Esa silla vacía servirá”, respondió Margot, pensando que el peinado de la joven no era adecuado.

El bollo bien enrollado era demasiado severo. El cabello en sí, de un agradable aunque pasado de moda color miel, parecía sedoso y abundante.

Christine dejó la cofia con cuidado y luego comenzó con los botones cubiertos de tela de su chaqueta. En el cobertizo de la ropa, Margot estudió a su protegida con ojo de profesional. Senos pequeños, pero algunos hombres preferían mujeres más modestamente dotadas. El vasco del vestido sugería una hermosa cintura larga. Demasiado delgado, por supuesto, pero las comidas regulares lo remediarían.

Animada, Margot palmeó el cojín junto a ella. “Siéntate a mi lado.”

Christine vaciló, luego rodeó la mesa de té y se sentó.

“Ahora sécate los ojos y suénate la nariz.”

La chica la miró y sacudió lentamente la cabeza. “No tengo un pañuelo.”

“No tengo un pañuelo, no importa, yo sí”. Ella metió la mano en su bolsillo.

Christine aceptó el pañuelo de lino planchado. “Tienes cosas bonitas”, dijo, tocando una esquina bordeada de encaje con su dedo mordido por una uña.

Enterró la nariz y se sonó. Este sonido le recordó el toque de una corneta. Margot hizo una mueca. La materia prima podría estar presente en abundancia, pero convertir a Christine Tremayne, en algo parecido a una dama, todavía se vislumbraba como un desafío enorme.

La señora Fitz llegó con el té servido en un elegante arreglo de plata pesada, lino almidonado y delicada porcelana china, de la que Margot estaba bastante orgullosa. Lo dejó sobre la mesa frente a ellos y luego se fue.

Christine inspeccionó la bandeja de sándwiches, bollos y galletas con abierta apreciación. “Caramba, este té es tan grandioso, que no necesitaré comer durante el resto de la semana.”

Margot se contuvo en una mueca. “Una vez que hayamos tomado nuestro té, te mostraré. ¡Ah! Y enviaré a mi doncella, Marie, arriba para que te ayude a desempacar. Somos una escuela pequeña, diez alumnas en total, once ahora que estás con nosotras.”

Christine se aventuró a mirar alrededor. Era un silencio espantoso.

“En efecto. Las otras chicas están recorriendo el Museo Británico, esta tarde, así que tenemos la casa para nosotras solas. Estará lejos de estar tranquila cuando regresen, te lo aseguro. Compartirás habitación con otra chica, pero, cada una tendrá su propia cama y un armario para colgar sus cosas. Ahora, querida, ¿dónde está tu equipaje?”

“¿Señora?”

“Tu maleta, tu baúl, tu...” Ella captó la mirada inexpresiva de Christine y preguntó: “esa canasta, ¿es todo lo que has traído?”

“Sí.”

El recorrido por la casa tendría que esperar. Ir de compras, al parecer, sería su primera prioridad. “Llamaré a un lacayo para que lo suba.”

Los ojos de la chica se redondearon. “Oh, no, puedo llevarla yo misma.”

“Nadie lo robará”, le aseguró Margot. “Estará en tu cama, esperándote, cuando subas.”

“Pero yo...”

Siguiendo la mirada horrorizada de la muchacha, Margot vio que la canasta se balanceaba. Parpadeó, pensando que esto no era más de lo que se merecía por ser demasiado vanidosa para usar sus anteojos. Sus ojos debían estar realmente mal porque el párpado parecía estar levantándose.

La gata atigrada saltó libre hacia ellas. De pie sobre sus cuartos traseros rayados, apoyó sus patas delanteras blancas, en el borde de la mesa, y tomó nota, moviendo la nariz de color negro parduzco. Su mirada verde oblicua se posó en el plato de nata, y Margot habría jurado que vio sus labios negros relamerse.

Se volvió hacia Christine, que se había puesto en pie de un salto y miraba a su mascota con horror helado. “¿Tu equipaje, supongo?”

Con las mejillas carmesí, Christine asintió. “No será un problema, lo juro. La mantendré en mi habitación y ni siquiera sabrás que hay una gata en la casa.” Estiró el brazo, recogió a la gata atigrada y la colocó sobre sus rodillas.

“Qué desperdicio. Te harás cargo de la casa, por supuesto, siempre que aprendas a llevarte bien con Madame de Pompadour y el rey Luis.”

Christine le envió una mirada perpleja. “Señora...”

“Madame de Pompadour y el rey Luis son mis persas. Normalmente me siguen, pero, Pompie acaba de tener una camada. Están todos escondidos en el armario de mi dormitorio, toda una pequeña familia. Puedes subir y ver a los gatitos después del té, si quieres. Por ahora...” Margot se interrumpió para mirar la bandeja. “¿Te importaría cumplir con los deberes?”

Christine se mordió el labio inferior y miró el servicio de té. “Me temo que nunca aprendí.”

Decidida a ahorrarle a la pobre chica toda la vergüenza que pudiera, Margot sirvió el té, añadiendo abundantes cantidades de nata y azúcar, de acuerdo con las tímidas respuestas de su nueva alumna. “La etiqueta a la hora del té es uno de los muchos logros que adquirirás aquí”, dijo, entregándole a Christine su taza y platillo.

Cristina lo tomó. Dejó el plato a un lado, envolvió ambas manos alrededor de la delicada taza de porcelana y se la llevó a la boca. Sonó un sorbo. Bajando la taza medio vacía, eructó.

Fingiéndolo no darse cuenta, Margot tomó un sorbo de su té y preguntó: “¿cuánto te ha contado el señor Belleville sobre mi escuela?”

Christine dejó la taza de té y se metió en la masa. Lamiéndose el pulgar, brillando con glaseado de grosella, admitió: “no mucho. Principalmente que eres la señora que me enseñará lo que debo saber para encontrar trabajo.” Metió un dedo en la crema coagulada y la sostuvo para que su gato la lamiera.

Mirando hacia otro lado, Margot preguntó: “¿qué tipo de ocupación tienes en mente?”

Christine se encogió en sus hombros delgados. “Una que pague bastante decente. Tengo dos hermanos pequeños y una hermana en casa. Cuando llegue la primavera, tengo que empezar a enviar dinero para su manutención.”

“Veo.” Simon dijo que Christine había quedado huérfana. Margot había asumido que, salvo el bastardo de su primo, la joven estaba sola en el mundo. Ahora parecía que tenía hermanos que mantener. La situación se complicaba minuto a minuto.

Oh, Simon, cuando te ponga las manos encima...

“¿Lo hará, señora?”

Margot volvió a mirar a Christine, usando la uña del pulgar para sacar un trozo de panecillo de un diente inferior. Al menos sus dientes estaban bien, blancos y rectos, y, lo más importante, todos presentes.

Ella sacudió su cabeza. “Perdóname, debo haber estado recogiendo la lana. ¿Qué dijiste, querida?”

“¿Me enseñarás lo que necesito saber para salir adelante en el mundo y poder ganarme el sustento y el de mi familia?”

Margot miró de Christine a su gata, tratando de decidir quién llevaba el bigote color crema

más grande. Convertir a una lechera, esta lechera, en un diamante de primera calidad, requeriría una enorme paciencia y energía, pero Margot estaba decidida a hacerlo.

Resuelta, dejó su taza a un lado. “De hecho, lo haré.”

Cuando ella hubiera terminado con Christine Tremayne, Simon no sabría qué lo golpeó.

CAPÍTULO CINCO

Nuestras horas de amor tienen alas;
en ausencia son muletas.
—Colley Cibber, *Xerxes*, 1699.

Tres meses después, enero 1868.

Simon estaba entreteniéndolo a Benjamin Disraeli y media docena de funcionarios menores del partido conservador cuando llegó la nota de Margot por mensajero.

De pie frente a la puerta del comedor, su ama de llaves retorció sus manos, manchadas de hígado. “Lamento molestarlo, señor, pero, dijo que era urgente.” Ella se inclinó hacia su oído y susurró: “tiene que ver con la señorita Christine.”

Noticias de Christine, ¡y urgentes! Sus apasionados argumentos sobre la importancia de recaudar fondos para comprar acciones de control del Canal de Suez de Egipto se esfumaron. En su lugar, una miríada de sombrías posibilidades llenó su conciencia. ¿Estaba enferma? ¿Herida? ¿Podría Tolliver de alguna manera haberla rastreado hasta Margot o tal vez su violento primo había aparecido?

“No, hizo bien, señora Griffith. La atenderé en este momento.” Se volvió hacia sus invitados, reunidos en torno al mapa del Lejano Oriente, desplegado sobre la despejada mesa del comedor. “Caballeros, si me disculpan, solo tardaré un momento.”

Desde la cabecera de la mesa, Benjamin Disraeli dejó su puntero y miró hacia arriba, fijando a Simon con su mirada encapuchada. “Nada mal, ¿confío?”

Con cuidado de componer sus rasgos, Simon negó con la cabeza. “No, señor, un asunto insignificante, y sin embargo, este requiere mi atención momentánea.”

Apartándose de la habitación de los ojos curiosos, siguió a la señora Griffith al vestíbulo. El lacayo de Margot lo esperaba en su estudio. Simon arrebató la nota, rompiendo el sello en su camino hacia el escritorio.

Simon,

Un nuevo desarrollo en cuanto a las perspectivas de nuestra pequeña Galatea, que requiere una decisión lo más pronto posible. ¿Puedes venir mañana? Di que sí.

Margot.

Aliviado, Simon se hundió en la silla del escritorio y miró la nota. Galatea, la efígie de mármol de la mujer perfecta, realizada por Pigmalión. A diferencia del mítico escultor, no tuvo necesidad de la intervención divina para dar vida a Christine. Ella había rondado en sus pensamientos, durante tres meses, reflejando un espectro encantador, con ojos embrujados y labios carnosos y temblorosos, que suplicaban: “*por favor, sar, llévame contigo*”, hasta en los momentos más inoportunos, por lo que no pudo eludir ni ignorar la verdad. Ella lo conmovió. Para un hombre para quien las emociones eran un lastre, que no se atrevía a detenerse a sentir y mucho menos a recordar, que debía su éxito a su habilidad para operar con la eficiencia suave y rítmica de una máquina de fábrica, bien engrasada, Christine Tremayne era una joven realmente peligrosa.

Así que se mantuvo alejado de ella, por difícil que haya resultado ser, y se basó en los informes semanales de Margot.

*El piano de Christine ha progresado de escalas a “The Wraggle Taggle Gipsies”.
Espero que los gerentes de la casa de juegos vengán a llamarla en cualquier momento.
Posdata: en serio, realmente deberías escucharla tocar.*

Christine dirigió nuestra fiesta de té de práctica el otro día. Lo estaba haciendo espléndidamente hasta que pasó el brindis y un triángulo se deslizó al suelo. Maddie Johnson se echó a reír, y he aquí que el plato aterrizó boca abajo en su regazo. ¡Bravo, Christine! ¡Cosas resistentes, de hecho!

Pensé que Pompie debía estar reproduciéndose de nuevo, se había vuelto tan corpulenta, pero, luego vi a Christine deslizándole pedazos debajo de la mesa del desayuno. No tuve el corazón para regañarla, lloró mucho cuando encontré hogares para los gatitos.

Nada, sin embargo, había sugerido un “desarrollo”. Cualquiera que sea la noticia, Margot debía ser reacia a ponerla por escrito.

Escribió una breve respuesta, diciendo que iría al día siguiente, al mediodía, y se la entregó al mensajero de librea. Después de darle una propina al hombre, por este problema, regresó con sus invitados. La conversación pasó de Egipto a la India y a los méritos relativos de declarar emperatriz a Victoria. Su sirviente circulaba con una licorera de oporto, llenando vasos y vaciando ceniceros.

Disraeli se separó de los hombres que seguían congregados alrededor de la mesa. “¿Todo está realmente bien?”

“Bastante.” Enfrentado a esa mirada astuta, Simon eligió sus siguientes palabras con cuidado. “Parece que un amigo mío está a punto de darse cuenta... De sus expectativas.”

“Espléndido, ¿alguien que yo conozca?” Las espesas cejas negras se juntaron.

Simon negó con la cabeza. “No lo creo. Mi amigo es joven y ha estado en Londres solo unos meses. Ansioso por dejar el tema a un lado, se dirigió a la sala en general. “Caballeros, ¿pasamos al estudio?”

Pasaron dos horas más antes de que el grupo se dispersara. Los invitados se despidieron hasta que solo quedó Disraeli. Que se quedara hasta tarde era una rara señal a su favor. En circunstancias normales, Simon habría disfrutado la oportunidad de doblar la oreja de Dizzy

sobre un tema o dos. Sin embargo, al quedarse solo con su distinguido invitado, descansando frente a él, en un sillón de cuero y acunando una copa de coñac, se vio en apuros para mantener a raya los pensamientos de Christine. ¿La encontraría muy diferente de la muchacha sucia que había rescatado, la que no había pensado dos veces en arrojarle a sus brazos? Era extraño, pero cuanto más pensaba en verla al día siguiente, más esperaba que no hubiera cambiado demasiado.

Disraeli se tocó el rizo negro, como un zapato pegado al centro de su frente. “Parecías bastante alejado en ese momento. ¿Reviviendo tus días de gloria en la India?”

Alarmado por haberse distanciado y en una compañía tan augusta, Simon respondió rápidamente: “para ser sincero, señor, fueron días bastante ignominiosos, sin mencionar que fueron calurosos como el Hades.”

“¡Qué falsedad! Eres demasiado modesto.” Con la voz caída, Disraeli dijo: “tengo algo que me gustaría compartir contigo, Belleville, un dato de inteligencia que podrías encontrar de interés. Me parece un tipo discreto.”

Con los sentidos en alerta, Simon se enderezó en su silla. “Tienes mi palabra de que cualquier cosa que me confíes no pasará más allá de esta habitación.”

Disraeli se inclinó hacia adelante como si las mismas paredes tuvieran oídos. “Lord Derby quiere retirarse. Hará el anuncio el próximo mes. Naturalmente, daré un paso al frente para ocupar su lugar como primer ministro.”

Simon se recostó, digiriendo la noticia. En su septuagésimo tercer año y en su tercer mandato, no fue una gran sorpresa que Lord Derby deseara renunciar antes de que la marea triunfal, en la que había cabalgado durante tanto tiempo, se revirtiera. Aún así, se sintió honrado de que Disraeli lo haya elegido para recibir esta noticia con confianza.

“Felicitaciones, señor. Gran Bretaña no podría pedir un mejor hombre para liderarla.”

Disraeli inclinó la cabeza en reconocimiento del cumplido. “Escuché que te uniste a la Iglesia de Inglaterra.”

“Sí”, respondió Simon simplemente. Abrazar la fe anglicana, al menos públicamente, era vital para sus planes políticos, aunque su padrastro, Mordechai, estaría lejos de estar complacido.

“¿Supongo que hablas en serio acerca de presentarte, en Maidstone, en las próximas elecciones generales?”

Simon asintió. “Recientemente, adquirí una propiedad allí que cumple con creces los requisitos de propiedad.”

Disraeli sonrió. “Necesitamos más gente como usted en el Parlamento, hombres que entiendan las complejidades de los asuntos exteriores y los dictados del progreso. Pero, ser elegido puede ser un asunto complicado.” Fijó su mirada oscura en la de Simon. “¿Sabías que me lancé cinco veces antes de lograr ganar mi escaño?”

Simon lo sabía, por supuesto, pero fingió sorpresa.

“Si no hubiera sido por Wyndham Lewis, el primer esposo de mi Mary Anne, es posible que no lo hubiera logrado ni siquiera entonces. Pero, los tiempos han cambiado. Con Gladstone forjando alianzas con los whigs, los radicales, los inconformistas, y que el Cielo nos ayude, los irlandeses, nuestra minoría sigue disminuyendo. Varios de nuestros escaños, históricamente seguros, están en peligro. Necesitamos que estés posicionado de modo que, cuando tomes el cargo, estés listo para tomarlo.” Disraeli respiró hondo. “Me he tomado la libertad de escribirle a William Harrison en tu nombre.”

Ubicado en la capital del condado de Maidstone, Harrison era el representante del partido en Kent, tradicionalmente un bastión conservador. Que Disraeli le hubiera pedido que le diera a la campaña de Simon su atención personal era una gran señal a su favor, de lo contrario, Simon

estaba perdido.

“Me hace un gran honor, señor. Solo espero que el señor Harrison no sienta que su talento se desperdicia en un legislador.”

“¡Qué falsedad! Una vez que estés dentro, no languidecerás en el banco trasero por mucho tiempo. Eres madera ministerial si alguna vez lo vi.”

En el pasillo, el reloj del abuelo dio la medianoche. Disraeli ladeó la cabeza. “Debo irme. Mi esposa aún insiste en esperar despierta y no me gusta impedirle descansar.” Se levantó, agarrando el brazo de la silla con una mano y con la otra, alrededor del pomo, su bastón de ébano.

Simon lo siguió, resistiendo el impulso de ofrecerle una mano firme. “Por favor, transmita mis saludos a la señora Disraeli.”

“Lo haré.” Disraeli asintió y sus duros rasgos se suavizaron. “Espléndida mujer, mi Mary Anne. La mejor esposa del mundo. Aunque confieso que me casé con ella por su dinero, si tuviera que hacerlo de nuevo, me casaría con ella por amor.”

Simon respondió con la sonrisa de rigor, pero tenía sus dudas. El dinero era fácil de amar, y aunque a Dizzy le gustaba pensar en sí mismo como el último de los grandes románticos, era un pragmático de corazón.

Simon condujo a su distinguido visitante al vestíbulo, donde un lacayo ayudó al canciller con su abrigo. En la entrada, Disraeli se dio la vuelta. “¿Puedo ofrecerte un consejo?”

Simon sintió un hilo de aprensión. ¿Se había enterado Disraeli de Christine? Se rumoreaba que tenía espías por todo Londres, incluyendo el Palacio de Buckingham. Simon no lo dudó.

Con el corazón palpitante, inclinó la cabeza. “Sería un privilegiado, señor.”

Los dedos en forma de garra de Disraeli se cerraron sobre el pomo dorado del bastón. “Vuelve a Maidstone, muestra tu rostro en las asambleas locales y comienza a construir tu distrito electoral. Y si es posible, comprométete antes de las elecciones. No a una belleza frívola, eso sí, sino a una mujer sólida y práctica como mi Mary Anne, consigue una esposa que será un orgullo para ti y el partido.”

Una esposa, una mujer a la que Simon estaría obligado no solo a honrar, sino también a proteger. Cruzó los brazos detrás de él, apretando las manos, mientras se esforzaba por bloquear lo que a lo largo de los años se había convertido en un estribillo sonoro y burlón.

Estarás a salvo conmigo...

“Con el debido respeto, señor, no veo qué tiene que ver mi vida privada con mis calificaciones para sentarme en la Cámara de los Comunes.”

La sonrisa de Disraeli se adelgazó. “Mi querido muchacho, una vez que un hombre se postula para un cargo público, no tiene vida privada.”

IGNORANDO a sus dos sonrientes compañeras de clase, sentadas frente a ella en la mesa del desayuno, Christine agarró otra magdalena de arándanos aún caliente de la canasta de plata. Cubriendo una mitad con miel y la otra con mantequilla dulce, no pudo evitar preguntarse qué tipo de desayuno estaban teniendo Liza, Jake y Timmy. Como lechera en la granja de los Oates, en el condado de Shropshire, al menos, Liza estaría bien alimentada. Pero los mellizos eran demasiado jóvenes para ser de mucha utilidad, como había señalado la esposa del granjero Oates, cuando Christine le había suplicado que también los acogiera. El ama de casa había pedido quince libras por su cama y comida durante el invierno. Se estremeció al pensar qué sería de

todos ellos, si no encontraba trabajo después de graduarse.

La risa rebuznante de Maddie atravesó sus pensamientos silenciosos.

“Algunas personas no pertenecen a la mesa.” Maddie le dio un codazo a su compañera de cuarto, Bea, y las dos se rieron.

Siguiendo las miradas de las chicas hacia la mantequilla que secaba su corpiño, Christine sintió que su rostro se sonrojaba para igualar el nido de rizos cobrizos de Maddie. Dejó la magdalena y arrebató la servilleta de su regazo.

Desde la cabecera de la mesa, la voz de la señorita Ashcroft se elevó por encima de las risitas. “Eso servirá, damas. Deseo hablar con Christine en privado. Ustedes dos pueden reunirse con las demás, que esperan a Monsieur Aristide en la sala de música. Creo que la lección de baile de hoy es el vals que, según recuerdo, no es un logro que ninguna de ustedes puede reclamar todavía.”

Con ojos apuntando dagas a Christine, Maddie y Bea dejaron sus servilletas a un lado y se levantaron. Al pasar detrás de su silla, Maddie siseó “mascota del amo” y Bea tiró de la trenza de Christine.

Con los dientes apretados, Christine mojó la esquina de su servilleta, en su vaso de agua, y comenzó a atacar la mancha.

La señorita Ashcroft esperó hasta que se cerró la puerta de la sala de desayunos y luego dijo: “Christine, tienes una visita esta tarde”. Golpeó su huevo escalfado con el dorso de su cuchara. “¿Puedes adivinar quién?”

Christine ahogó un gemido. “¿El señor St. John?”

Había conocido al honorable señor Basil St. John, tres semanas antes en el musical de la señorita Ashcroft, que se celebraba los domingos por la tarde. Con su buena apariencia dorada y sus trajes finamente confeccionados, se destacaba de los otros hombres, que asistían regularmente, siendo la mayoría de ellos hijos de prósperos tenderos y comerciantes. Al principio, se había sentido halagada de ser elogiada por una persona tan distinguida, nada menos que el hijo de un noble. Pero rápidamente había llegado a odiar la forma en que él comentaba “qué curiosamente divertido”, o “tan encantadoramente rústico”, cada vez que ella decía algo para divertirlo, lo que parecía ser todo el tiempo. Por lo que su risa siempre lista le hacía rechinar los dientes.

Simon Belleville no se reía fácilmente, o sospechaba mucho. En las pocas horas, más de veinticuatro, que lo había conocido, lo vio sonreír solo una vez. Las líneas, sin duda provocadas por el ceño fruncido, cubrían las comisuras de sus ojos oscuros y melancólicos, y su boca severa. Mientras St. John parecía demasiado bonito y muy agradable, en comparación.

La señorita Ashcroft tomó su taza de chocolate y se acercó a la silla frente a Christine. Acomodándose, dijo: “sinceramente, ¿cuáles son tus sentimientos por el señor St. John?”

Christine trazó el borde de su taza de leche. Diluida con agua y azucarada para hacerla apetecible para la gente de la ciudad. Sin embargo, la bebida le recordaba a su hogar. “Me siento honrada por el favor que me ha mostrado. Es apuesto, rico y un caballero y, pero...” Juntando su coraje, ella espetó: “si nunca lo volviera a ver, no me arrepentiría.”

Para sorpresa y alivio de Christine, la señorita Ashcroft movió la cabeza hacia atrás y se echó a reír. Recuperándose, dijo: “entonces confío en que no te sentirás demasiado decepcionada al saber que tu interlocutor no es el señor St. John sino el señor Belleville.”

Christine se agarró al borde de la mesa para anclarse contra el repentino giro de su cabeza. ¿Después de todo este tiempo, tres largos meses, el señor Belleville la estaba visitando? En esa primera semana, ella lo había estado vigilando regularmente, corriendo y siguiendo a la señora

Fitz, a la puerta principal, cada vez que sonaba la aldaba. Para la segunda semana, todavía se levantaba de la mesa del desayuno, cuando llegaba el correo de la mañana, con la esperanza de recibir una carta, incluso si alguien tenía que ayudarla a descifrar las palabras más largas. A la tercera semana, había intentado hacer las paces con la dura verdad: el señor Belleville se había quitado las manos de ella.

Pero ahora parecía que eso podría no ser así. Retorciendo su trenza, miró a la directora, casi con miedo de creer. “¿El señor Belleville vendrá aquí?”

La señorita Ashcroft asintió. “Él envió un mensaje anoche de que vendría hoy al mediodía.” “Oh, cielos...” Frunciendo el ceño, ella lo negó con la cabeza.

Christine siguió su mirada hacia abajo. En su nerviosismo, ella había trabajado el moño de su trenza y ahora su cabello suelto caía sobre un hombro. “¿Comportamiento?” Ella dijo débilmente, cruzando sus manos en su regazo donde no podían hacerle más daño.

“Exactamente”, confirmó la señorita Ashcroft con una sonrisa, dejando la taza en el plato, “ahora corre y encuentra a Marie. Dile que dije que caliente el rizador y te ayude a cambiar la seda rosa, creo, y tal vez un toque de pintura para labios y polvo.”

Con el corazón acelerado, Christine estaba de pie y se dirigía a la puerta, cuando la señorita Ashcroft la llamó. “Christine, ¿recuerdas la conversación que tuvimos sobre no parecer? Bueno, ¿no demasiado ansiosa en compañía de caballeros?”

Christine se volvió lentamente. “Sí, señora, la recuerdo.”

“Bien.” La directora levantó una mano blanca como un lirio y la agitó hacia la puerta. “Fuera contigo, entonces.”

Más tarde, sentada ante el espejo del tocador, mientras la doncella de la señorita Ashcroft envolvía grandes mechones de su cabello en la plancha caliente, Christine pasaba el tiempo, en silenciosa comunión con su reflejo de ojos acerados. Hoy, ella se prometió que no jugaría con su cabello ni se mordería las uñas ni el labio inferior.

Sobre todo, ella no haría ni diría nada para revelar al señor Belleville cuánto lo había extrañado.

LA FRANQUEZA ERA una cualidad que Simon practicaba y apreciaba. En el salón de Margot, más tarde ese día, debería haber estado agradecido de que su amiga no perdiera tiempo en llegar a su punto.

“Un caballero se ha ofrecido por Christine.”

Sorprendido, Simon se acercó al piano y levantó la funda del teclado. Deslizándolo sus dedos sobre las teclas de ébano y marfil, luchó contra una repentina oleada de vacío. “¿Supongo que el tipo tiene los fondos para mantener a una esposa con cierta comodidad?”

Sentada en el borde del diván verde manzana, Margot vaciló. “No es ese tipo de oferta. El caballero, o más bien el noble, tiene en mente un tipo diferente de 'mantenimiento'.”

Simon apartó las manos como si las llaves se las hubieran chamuscado. “Qué diablos... ¿Cómo se atreve? ... ¿Quién se atreve?”

“Basil St. John. Es el segundo hijo del vizconde Rutherford, quien...”

“Me importa un carajo si es el Príncipe de Gales. No va a poner sus manos sobre Christine.” Se apartó del piano y comenzó a pasear por las cuatro esquinas de la habitación.

La mirada de Margot lo siguió. “Para ella podría haber sido peor.” Una leve sonrisa tocó sus labios y agregó: “si la memoria no me falla, ser la adorada amante de un hombre guapo y rico no

carece de méritos.”

Él se detuvo, buscando una respuesta, que no lo hiciera parecer un mojigato, o, peor aún, un hipócrita. “Te traje a Christine, pensando que la prepararías para el matrimonio o para un puesto como doncella, no... No para esto.”

Movió una mano por el cabello, recordando con retraso que se había aplicado aceite de Macassar esa mañana. Extrayendo un pañuelo del bolsillo de su chaqueta, dijo: “un aristócrata como St. John elige mujeres de mala muerte londinenses. ¿Qué podría querer él de Christine?”

En el momento en que dejó salir las palabras, él se arrepintió. Los ojos de Margot se entrecerraron. “Christine puede tener algunas asperezas, que necesitan suavizarse, pero, es encantadora y de carácter dulce, con una mente aguda y viva, rasgos que podrías haber notado si te hubieras molestado en visitarla, aunque sea una vez en los últimos meses.”

Ella los tenía allí y ambos lo sabían. Sintiendo como un idiota, volvió a guardarse el pañuelo en el bolsillo y dio la vuelta a la chimenea. Necesitando ocupar sus manos, sacó el atizador de su soporte de latón y apuñaló el fuego. Una chispa chispeante lo alcanzó en la mano, no muy lejos de donde la mordedura de Christine todavía lo marcaba de manera adecuada.

Sin levantar la vista, preguntó: “¿qué dice Christine sobre esta? ... ¿Propuesta?”

“Aún no se la he dicho, pero, St. John no oculta su preferencia. Él llama casi todas las tardes y la colma de regalos y elogios.”

Regalos, cumplidos, llamadas vespertinas, mientras él, Simon, ni siquiera había escrito una nota.

“Es bastante guapo”, intervino Margot, bastante innecesariamente, ella pensó. “Si tuviera diez años menos, podría haberlo buscado yo misma.”

Empujando las brasas apiladas, preguntó: “¿y cuáles son los sentimientos de Christine hacia este tipo? ... ¿Dechado de las virtudes varoniles?”

“Hmm, estoy segura de que no me atrevería a decirlo, pero, como ella acaba de llegar, ¿por qué no le preguntas tú mismo?”

¡Infierno sangriento! Conteniendo el aliento, volvió a colocar el atizador en el estante, se enderezó y dio la vuelta lentamente. Christine, o más bien la nueva versión empolvada y peinada de ella, estaba de pie en la puerta abierta.

Simon miró, parpadeó y luego miró más. Su rostro estaba más lleno, sus mejillas menos hundidas. El tono más profundo de sus labios podría deberse a una mejor salud o a la ingeniosa aplicación de cosméticos, ambos, sospechó. Su cabello, elaboradamente peinado e inmaculadamente limpio, era del color del caramelo tibio. Las mangas de pierna de cordero de su vestido de color rosa revelaron la parte superior de los brazos bonitos y repletos, y, sin embargo, estos apenas eran más anchos que sus muñecas.

Ella era, en una palabra, impresionante. Por primera vez en años, Simon se sintió completamente perdido.

“Christine... Señorita Tremayne.” Se dirigió hacia ella.

Christine se quedó en su lugar. “Señor Belleville, qué lindo verlo de nuevo.”

Su asentimiento fríamente cortés detuvo a Simon en sus pasos. Era la imagen perfecta del refinamiento de una dama, y tan animada como una figura de Waxworks de Madame Tussaud.

Miró a Margot, pero su amiga ya estaba de pie y se dirigía a la puerta, sin dejar ninguna duda de que tenía la intención de abandonarlo por completo. “Los dejaré a ustedes dos para que se entretengan, mientras veo cómo progresa nuestro almuerzo. Le pedí a la cocinera que preparara algunos platos especiales, pero, no creo que esté del todo cómoda con los recibos.” Saliendo al pasillo, cerró la puerta detrás de ella.

Solos, Simon y Christine se miraron cara a cara. “¿Quieres sentarte, sar?” Preguntó Christine con su mirada fija en algún lugar más allá de él, y sus manos delgadas cruzadas frente a ella.

“No gracias. Quiero decir, todavía no. Pero, por favor, si te importa...”

Empezó a acercarle una silla, pero ella negó con la cabeza y un mechón de color caramelo se soltó de sus alfileres. El hilo sedoso rozó un lado de su cara, tocando justo debajo de su barbilla, y Simon tuvo el impulso casi irreprimible de enrollar el zarcillo alrededor de su dedo.

Pero tocarla a ella, *la nueva ella*, sería un enorme error. Envolvió su mano derecha alrededor de su muñeca izquierda y prosiguió: “la señorita Ashcroft me informa que te has convertido en todo una pianista.”

“Juego... Un poco”, admitió, y Simon se debatió entre la ternura y el alivio, ante la pequeña mirada perdida familiar que de repente mostró su hermoso rostro.

“¿Un poco?” Repitió, esforzándose por no sonreír. “Toca algo para mí ahora y veremos qué constituye un poco.”

Ella negó con la cabeza y otro mechón suave se deslizó libremente. “Oh, no, no debo. No soy lo suficientemente buena.”

“Permíteme ser el juez de eso.” Antes de que pudiera negarse de nuevo, él la agarró suavemente del codo y la condujo hacia el piano.

Dejó caer la mano de su brazo con desgano y dio un paso atrás para dejarle espacio en el teclado. Arrimándose en sus faldas, no pudo evitar rozarlo. Olía bien, incluso delicioso, aunque no creía que llevara perfume, sino el jabón molido que había usado para bañarse.

“¿Qué es lo que te apetece?” Preguntó, sin molestarse en mirarlo.

Tú, él lo quería decir, pero, por supuesto, eso nunca funcionaría.

En cambio, dijo: “toca lo que sea que toques para los otros caballeros que llaman aquí. El señor St. John, ¿tiene alguna favorita, en particular?”

¿Fue su ilusión o ella se estremeció? “No lo sabría, sar”, respondió finalmente. “Solo he tocado para él una vez.”

Cogió el grueso volumen de partituras musicales y empezó a hojearlo, con sus dedos de aspecto frágil y las uñas mordidas, levantando cada hoja de vitela y dándoles vuelta con reverente cuidado.

Con la mirada clavada en la hermosa línea de su largo cuello, se inclinó más cerca y señaló con un dedo el libro abierto. “Toca la partitura que elegiré”, dijo, cuando ella todavía parecía no poder decidirse.

Los dioses debían de estar riéndose de él, porque su elección resultó ser la lastimosa canción popular, *Lady Maisry*. Al escuchar la dulce y temblorosa voz de Christine cantando sobre la relación ilícita de la heroína con un noble inglés, Simon sintió firme su resolución. La vería en un convento antes de entregarla a algún aristócrata malcriado, que no podía empezar a valorarla.

La idea o la solución se le ocurrió como una ráfaga cegadora, tan descarada, tan impetuosa, tan alejada de su modo normal de pensar, que de solo contemplarla, la misma lo mareaba. Necesitaba regresar al país para cortejar a su distrito electoral. Christine, se diera cuenta o no, necesitaba alejarse de Londres, y de ese patán lascivo de St. John, lo antes posible. ¿Por qué no llevarla con él? Los pocos sirvientes de Londres que traería, ya la conocían como su prima, y, una vez en el campo, nadie más allá de su familia inmediata necesitaba siquiera saber que ella estaba allí.

Su mirada se posó en las manos esbeltas de Christine, las uñas mordidas hasta la médula, las cutículas y la carne circundante, tan cruda como carne de res recién sacrificada. Al imaginar esos dedos pequeños y adorablemente maltratados acariciando a St. John, Simon sintió que su

temperatura subía y su determinación se agudizaba.

Cuando llegó a la parte en la que el lord inglés se inclinaba para besar los “labios de rubí rojo” sin vida de su amada, Simon no pudo soportarlo más. “Eso servirá”, espetó, pasando una mano por su frente húmeda.

Ella se puso en pie de un salto y se liberó del banco, con su cuerpo temblando como la cuerda de un arco. “Dije que no te gustaría, que no estaba lista para tocar.” Debajo de la fina capa de polvo, su rostro se sonrojó y se pudo distinguir la cicatriz en su mejilla.

Esa vista lo suavizó a él. “No por encima del orgullo, por lo que veo, pero, no era la pieza lo que me importaba ni tu forma de tocar. Y tu voz es muy dulce, demasiado dulce para desperdiciarla. ¡No dejaré que nadie te desperdicie!”

Con las manos, en puños, alrededor de las caderas, Christine negó con la cabeza. “No lo comprendo.” Sus ojos marrones, brillantes por las lágrimas, recorrieron su rostro.

Simon no podía culparla. Apenas se entendía a sí mismo. Decidido a dar el golpe con la mayor amabilidad posible, continuó: “es evidente que tu permanencia aquí te ha hecho mucho bien, y por eso, aplaudo tanto tu diligencia como la capacidad de la señorita Ashcroft. Sea como sea, ya no estoy convencido de que Londres sea el mejor entorno para moldear tu mente o tu moral.”

“Pero, no he hecho nada malo”, protestó, y su dialecto era cada vez más profundo y reflejaba una medida de su angustia. “Excepto por bailar, no he dejado que un caballero tome mi mano.”

Simon se relajó un poco. “Me alienta escuchar esto. Aún así, solo puedo imaginar cuán halagadoras deben parecer las atenciones de un hombre como el señor St. John. Pero, te aseguro”, continuó él, dejando a un lado las protestas farfullantes, “sus intenciones hacia ti están lejos de ser honorables.”

El color carmesí se agrupó en cualquiera de sus mejillas, reservadas para la sangre que drenaba del resto de su rostro, que repentinamente parecía sin sangre. “¿Qué hay de mis intenciones? ¿No piensas preguntarme cómo me siento al respecto?” O añadió, con los ojos inmediatamente y sospechosamente brillantes, “¿es que todavía piensas en mí, tal como me encontraste?”

No había tenido la intención de ir tan lejos. Ciertamente, no había tenido la intención de hacerla llorar. Sacó el pañuelo del bolsillo y dio un paso hacia ella. “Christine, por favor, yo...”

Margot se materializó en la puerta abierta. “El almuerzo está servido.” Se detuvo, cambiando su mirada de Simon a Christine. “¿Qué es lo que está mal?”

Christine volvió su rostro surcado por las lágrimas hacia su maestra. “Me está llevando.” Como si se hubiera agotado de repente, se dejó caer en el asiento del banco.

“Simon, ¿esto es cierto?” Preguntó Margot, aunque se le ocurrió que su expresión parecía menos que sorprendida.

Él le robó una rápida mirada a Christine. Su rostro afligido lo hizo pronunciar sus palabras con mayor cuidado del habitual. “Ya no creo que lo mejor para Christine sea permanecer en Londres.”

“Ya veo”, respondió Margot, sonando sospechosamente tranquila. ¿Podría ser que no deseara que Christine terminara con St. John más cerca que de él? Acercándose por detrás de Christine, apoyó una mano en el hombro caído de su alumna. “¿Puedo preguntarte cuáles son tus nuevos planes?”

Al mirar a Christine, Simon sintió que un hilo de vergüenza lo atravesaba, un hilo pero no un chorro. Incluso esa pequeña parte se secó cuando imaginó lo que St. John podría tener reservado para ella.

Se sentó a su lado en el banco y presionó su pañuelo en su palma. “La señorita Ashcroft me informa que tienes una mente ‘aguda y vivaz’. Si ese es realmente el caso, entonces es hora de que te cambiemos a actividades más serias que el vals y las acuarelas.”

Margot lo miró. “Suenas como si tuvieras la intención de convertirla en monja.”

Simon apartó la mirada de Christine y miró hacia arriba. “Estaba pensando más en la línea de una institutriz.”

“BUENO, SUPONGO QUE ESO ES TODO”, dijo la señorita Ashcroft cuando los pasos del señor Belleville, alejándose de ella, resonaron por el pasillo. Se dejó caer en el banco junto a Christine.

Christine asintió, sintiendo como si acabara de ser sorprendida por uno de los golpes de Hareton. “Si no te importa, me gustaría ir a mi habitación ahora.”

La señorita Ashcroft asintió. “Sí, claro.”

Christine pasó el resto de la tarde y la noche en su habitación. Deprimirse podría no resolver nada, y, sin embargo, había algo extraordinariamente reconfortante en arrojarle sobre la cama y aullar en la almohada por la injusticia de todo. Justo cuando había llegado a pensar en la escuela como su hogar, justo cuando había hecho amigas, justo cuando finalmente había aprendido a verter el té a través del colador, sin derramar la mitad, iba a ser desarraigada.

Las cosas no se pusieron más fáciles a medida que avanzaba la semana. La noche anterior a su partida, la señorita Ashcroft pidió verla en el salón después de la cena. Christine había planeado retirarse temprano para empacar, una tarea que ya no podía aplazar, dado que el señor Belleville vendría a buscarla a las ocho de la mañana del día siguiente, pero difícilmente podía negarse después de las muchas amabilidades de la señorita Ashcroft. Se arrastró adentro, esperando encontrar a la directora sola. En cambio, cruzó el umbral con gritos de “¡sorpresa!” Y chicas saliendo de detrás de sillas y cortinas. Siguió un coro de: “Porque ella es una buena compañera.” Mientras que una señora Fitz, con los ojos llorosos, rodó en un carro que llevaba un pastel de ciruela helado y un tazón de ponche.

Con los ojos empañados, Christine miró alrededor de la habitación, decorada con serpentinas y globos de colores brillantes. Aparte de Maddie y Bea, que mostraban sus habituales sonrisas satisfechas, todas parecían realmente arrepentidas de verla irse. Ciertamente, no extrañaría a esas dos, pero había otras a las que extrañaría: Clara, su compañera de cuarto, la hija de un cervecero crudo, por ejemplo. Y luego estaba su otra amiga, Bette, cuya madre era modista, pero se hacía llamar modista porque los clientes pagaban más si sonabas como francesa. Sobre todo, Christine odiaba la idea de despedirse de la señorita Ashcroft. Durante los últimos meses, había llegado a pensar en la directora como una segunda madre.

Se volvió hacia ella ahora con una sonrisa trémula. “Gracias por esto, por todo.”

“Todo ha sido mi supremo placer.” La señorita Ashcroft llevó a Christine al sofá. Una vez sentada, dijo: “Simon puede ser un hombre duro, pero, también es muy bueno. A pesar de todas sus fanfarronadas, creo que él tiene su mejor interés en el corazón.”

Christine no estaba convencida de que el señor Belleville tuviera corazón, pero se guardó su escepticismo. En cambio, admitió: “la verdad es que siempre soñé con ser maestra.”

El alivio suavizó la tensión del hermoso rostro de la mujer mayor. “De verdad, Christine, eso es maravilloso. ¿Por qué no lo dijiste antes?”

Christine miró hacia otro lado, tímida por confiar algo tan cercano a su corazón. “Después de que mi mamá falleció, solo yo estaba para cuidar la casa y mis hermanos y hermanas pequeños.

Entre cuidar la casa y ayudar en la lechería, no hubo tiempo para estudiar para el examen de certificación.”

La señorita Ashcroft sonrió, pero sus ojos color violeta estaban tristes. “Entonces, las cosas realmente resultaron para lo mejor.”

“Sí, señora, supongo que sí.”

Christine había pasado la mayor parte de la tarde examinando la sección de búsqueda de ofertas laborales de *The London Times*. La lista de empleos confirmó lo que ella sospechaba: una institutriz ganaba casi el triple del salario de una maestra de escuela del pueblo. Con el alojamiento y la comida incluidos en el acuerdo, podría enviar la mayor parte de su salario a Liza y a los niños.

Más aún, perderse en Londres estaba demostrando ser una empresa más difícil de lo que jamás había imaginado que sería, cuando la puso en marcha por primera vez. Justo esa tarde se había topado con su compañero de la infancia, Tommy Fielding, cuando volvía del quiosco. Con una bata blanca y una gorra blanca hinchada, él había estado barriendo el pavimento frente a una panadería. Estaba bastante segura de que se las había arreglado para cruzar la calle, antes de que él la viera. Aún así, con más y más gente, del campo, viniendo a Londres por trabajo, no había manera de saber con quién podría encontrarse. Ahora todo Nantwich, si no todo el condado, sabía que ella había matado a Hareton. Era probable que hubiera una recompensa por la información que condujera a su captura y arresto. Por mucho que odiara pensar en marcharse, estaría más segura escondida en la finca del señor Belleville.

La voz de la señorita Ashcroft la devolvió al presente. “Las estaciones de tren tienen una forma de convertirme en una regadera, así que creo que es mejor si nos despedimos ahora en lugar de por la mañana.” Se inclinó y le dio un apretón a la mano de Christine. “¿Escribirás, me atrevo a decir?”

“Lo haré.” Christine se inclinó para darle a su mentora un abrazo de despedida. “No soy muy buena con las palabras, al menos no todavía, pero me gustaría darte las gracias por todo lo que has hecho por mí.” Con un nudo en la garganta, se soltó del abrazo de la señorita Ashcroft y se levantó. “Nunca la olvidaré a usted, señora, aunque viva hasta la edad de mi abuela.” Ella pensó que había llorado para sí misma, pero una lágrima se deslizó por su mejilla.

Un pañuelo de encaje se materializó en la mano de la señorita Ashcroft. Lo usó para secarse las esquinas de sus propios ojos. “Y nunca te olvidaré, querida.” Ella vaciló. “Como ya no eres mi alumna, me gustaría que me llamas por mi nombre de pila, Margot.”

“Será un honor... Margot.”

Christine se volvió para irse, pero la voz de Margot la detuvo. “Si las cosas no funcionan con Simon, si decides regresar a Londres, debes saber que tienes una amiga en mí y un hogar si alguna vez lo necesitas.”

CAPÍTULO SEIS

No hay nada de tan infinita vejación.
Como los propios pensamientos de un hombre.
—John Webster, *El demonio blanco*, 1612.

Simon pasó su última semana en la ciudad, buscando consuelo en el trabajo. Sin embargo, no importaba cuán tarde se sentaba en su escritorio, Christine permanecía arraigada en su mente. Esa mirada afligida en su rostro, la última vez que la dejó, lo perseguía.

En la víspera de su partida, aún quedaba un fantasma con el que los lazos de afecto familiar lo obligaban a comulgar. Rebecca. Temiendo la noche que se avecinaba, llamó a su carruaje y partió hacia Whitechapel.

Su padraastro, Mordechai, vivía en Goodman's Fields, una comunidad de clase media de sastres, tejedores y vidrieros, la mayoría de ellos judíos. Simon apartó la cortina de cuero de la ventana y miró hacia Lemon Street, maravillándose de cómo el tiempo había alterado su percepción del lugar. Después de años de estar hacinados en viviendas, la casa de tres pisos de su padraastro se había presentado como un palacio, la única morera frente a un verdadero Jardín del Edén. Ahora el ladrillo ennegrecido, por el carbón, parecía sórdido, el trozo de jardín se veía del tamaño de un sello de correos, aunque estaba plagado de maleza y era patético, y la tienda, a pie de calle, se destacaba como un triste testimonio de lucha.

Los olores de la col hervida y la grasa flotaban en el frío aire invernal cuando Simon bajó del carruaje y caminó hacia la casa. Apoyado dentro de la ventana delantera, un letrero proclamaba: “Sastrería hecha aquí”; unos pocos escalones de ladrillo achaparrados conducían a la entrada. Al llegar al porche, Simon levantó el picaporte.

La puerta se abrió. Rueben, el gerente de la tienda de Mordechai y el cortador jefe lo saludaron. “Shalom, Maestro Simon.” Él dio un paso atrás para que Simon entrara.

La campana de la tienda tintineó cuando Simon entró. “Buenas noches, Rubin. No había pensado encontrarte todavía aquí.”

Se quitó el sombrero. Metiendo la mano en el bolsillo superior de su abrigo, sacó su yarmulke y se lo puso.

“No por mucho más tiempo.” Rubin alcanzó el alto sombrero negro que colgaba de una percha junto a la puerta. “Estoy de camino a casa. El Maestro Mordechai está arriba.” Hizo un gesto hacia la escalera de madera.

Seis días a la semana, el primer piso de la casa de Mordechai bullía de actividad desde el

amanecer hasta el anochecer. La madre de Simon primero había encontrado trabajo allí como costurera. No pasó mucho tiempo antes de que la atractiva viuda llamara la atención del sastre soltero. La propuesta de matrimonio de Mordechai había salvado a su familia, y su amabilidad hacia Rebecca y su madre se había ganado la aceptación, a regañadientes de Simon, y más tarde su respeto y afecto.

Esa noche era viernes, y los sastres y costureras habían salido temprano para celebrar el sábado. Simon pasó junto a las máquinas silenciosas y las mesas de corte desiertas hasta las escaleras de madera, que conducían a la vivienda de la familia.

Llegó a la cima. La puerta del piso estaba entreabierta, señal de que, aunque llegara tarde, lo esperaban. Respirando hondo, cruzó el umbral. Se quitó el abrigo, lo colgó de un gancho en el interior de la puerta y atravesó el salón, cómodamente atestado de cosas, hasta llegar al comedor.

Sentado a la cabecera de la mesa cubierta con tela, Mordechai levantó la vista de su libro de oraciones. “¿Así que has venido después de todo?”

“Parece que sí.” Deslizándose en su asiento habitual, Simon miró al otro lado de la mesa hacia la silla vacía a la izquierda de Mordechai. Temiendo la respuesta, preguntó: “¿Rebecca?”

Mordechai cerró el gastado volumen de cuero y lo dejó a un lado. “Nuestra Rebecca tuvo una mala noche. No estoy seguro de que nos acompañe.”

El ánimo de Simon, ya bajo, se hundió otro escalón. “Lo veo.” Cogió la licorera de vino tinto y llenó su copa.

“No parezcas tan oprimido. Le administré el láudano y durmió tranquila la mayor parte de esta tarde. Puede que se despierte antes de que pase mucho tiempo.”

La señora Milstein, una de las matronas que cocinaban para Mordechai, desde el fallecimiento de la madre de Simon, salió de la cocina. “Shalom, Maestro Simon.” Dejó una gran soperas de vajilla sobre la mesa y empezó a servir la sopa en los tazones.

“Señora Milstein.” Simon le pasó el primer cuenco lleno a su padraastro.

Se decían las oraciones del sábado. Después, Simon mojó la cuchara en el potaje y bebió un sorbo con cautela. Gratamente sorprendido, lanzó una mirada a la cocina, donde la matrona se ocupaba de trincar el cordero.

“Este se puede cocinar”, susurró.

Mordechai le envió un guiño conspirador. “Y tampoco es mala.”

Simon sonrió. “¿Una viuda, supongo?”

Enterrado en los pliegues de su barba gris, la boca de Mordechai se alzó en una sonrisa. “Y bien. Su marido era dueño de una de las mejores panaderías de Spitalfields. La mayoría de las mañanas hay una fila desde la puerta hasta la Torre.”

La viuda de un panadero era todo un partido en este pequeño mundo. Simon bebió más de la sopa. “Nunca entenderé por qué insistes en quedarte aquí. ¿Por qué no te retiras y me dejas comprarte una casa en Knightsbridge o Richmond?”

La frente de Mordechai se arrugó. “Esta es mi casa. La tumba de tu madre está aquí. Mi tienda está aquí. Yo tampoco tengo ganas de irme, muchas gracias.”

Era un viejo obstinado. Simon negó con la cabeza, dividido entre el respeto y la molestia. “Lo siguiente que me dirás es que yo también pertenezco aquí.”

El ceño fruncido de su padraastro se suavizó. Sacudió la cabeza. “No, perteneces ahí afuera, en el mundo más amplio. Solo deseo que encuentres la felicidad en ello. Esta inquieta ambición tuya, estos oscuros pensamientos de venganza, son un flagelo para tu alma. Nunca encontrarás la paz hasta que los dejes de lado.”

Sintiendo el comienzo de la misma discusión cansada, Simon tomó su vino. “Conoceré la paz

el día que me acerque al Portavoz y tome el juramento parlamentario.”

Los ojos de Mordechai se entrecerraron. “Y este juramento, ¿lo tomarás ‘sobre la verdadera fe de un cristiano’?” Levantó una ceja, esperando su respuesta.

Simon se puso rígido. “Disraeli lo hizo.”

“No se lo estoy preguntando a él, te lo estoy preguntando a ti.”

“Muy bien entonces, sí, si debo hacerlo.”

Mordechai abrió la boca como si fuera a responder, pero cualquier reproche que hubiera pretendido se marchitó en un suspiro. “En muchos sentidos eres hijo de tu madre. Tienes su pasión, su fuego.”

Simon se miró la mano derecha. El anillo de sello de ónix que llevaba en el dedo medio era el único legado de la familia que lo había exiliado. “Mejor me parezco a ella que a un debilucho como mi Padre.”

Mordechai sacudió su canosa cabeza. “Era humano, Simon. Fue una vida diferente para la que fue criado. Tu madre lo sabía. Ella nunca lo culpó.”

Simon apretó el pie de su copa. “Ella nunca lo vio con claridad.”

“Cuando amas a alguien, pasas por alto sus fallas. Ella lo amaba con todo su corazón, como yo la amaba, como la amo todavía. El amor es el regalo más grande y la lección más grande que nos ofrece la vida. A veces, parece que nos partirá en dos, y, sin embargo, nunca podremos estar completos sin este. Rezo para que lo encuentres antes de que sea demasiado tarde.”

Simon estaba a punto de decirle que guardara sus oraciones cuando Rebecca entró. “¡Simon!” Con los ojos brillantes, corrió hacia él, con el pelo largo y negro al viento. “Estoy tan contenta de verte.”

“Y yo a ti, Becca.” Invocó una sonrisa, aunque la vista de ella siempre cortaba su corazón en pedazos. En su próximo cumpleaños tendría treinta y seis años, pero el rostro sin arrugas que levantó hacia él era tan suave y cándido como el de una niña.

Ella se echó hacia atrás. Como si de repente recordara a la muñeca en sus brazos, la empujó hacia él. “Simon, mira a la señorita Lucy. Rubin cosió un vestido nuevo para ella. Mira, tiene semillas de perlas reales en el frente. ¿No se ve bonita?”

“Ciertamente lo es”, respondió él, fingiendo admirar la cara golpeada y pelada de la muñeca.

Como única confidente de Rebecca, desde la violación, la señorita Lucy había capeado muchas tormentas emocionales. Hace unos años, había comprado un hermoso reemplazo, pero Rebecca no quería tener nada que ver con eso. A diferencia de él, su hermana no comprometería su lealtad.

“Rebecca”, llamó la señora Milstein desde la cocina. “Es hora de dejar a la señorita Lucy y cenar. Tengo una deliciosa sopa para ti. Debes comerla mientras está caliente.”

La frente de Rebecca se arrugó. Sus ojos grises, una imagen especular de los de Simon, se tornaron tormentosos. “No tengo hambre y no comeré tu horrible sopa. Quiero a mi mamá. ¿Dónde está mi mamá?”

Agarrando la muñeca, estalló en lágrimas. La señora Milstein salió corriendo de la cocina. Lanzando una mirada de disculpa a Simon, pasó un brazo por los hombros de Rebecca y la condujo hacia su dormitorio en la parte trasera de la casa.

Mordechai partió un trozo de jalá y le pasó el pan a Simon. “Todavía te culpas a ti mismo.” No era una pregunta.

Ya sin hambre, Simon apartó su cuenco. “¿Por qué no lo haría? ¿Fue mi culpa?”

Mordechai golpeó la mesa con el puño. Tras el traqueteo de los cubiertos y la cristalería, tronó: “fue culpa de esos hombres malvados. ¿Cuándo verás que no tuviste la culpa?”

Simon golpeó su propia copa, haciendo que el vino se volcara. “¿No tengo la culpa? Cuando me rogó que la llevara a casa, debería haberla escuchado. En cambio, dejé que su vida se arruinara por un ganso asado.”

Mordechai sacudió su canosa cabeza. “Eras un muchacho tratando de llenar los zapatos de un hombre. ¿Quizás si pudieras perdonarte a ti mismo, podrías aprender a perdonar a los demás?”

Demasiado cansado para recorrer ese camino trillado, Simon se apartó de la mesa y se puso de pie. “Debo irme.”

Mordechai también se levantó y lo siguió hasta la puerta. “Simon, ¿piensas huir de esto el resto de tu vida?”

“No estoy corriendo. Salgo para Kent por la mañana. Espero quedarme durante la primavera, quizás el verano.” Se quitó el yarmulke y agarró su abrigo. “Dile a Rebecca que le escribiré.”

EN EL WEST END de la ciudad, una dormida Christine luchó con sus propios fantasmas.

“Has sido una chica mala, Chrissie”, escupió Hareton, apoyándola contra la rejilla de la chimenea de la cabaña hasta que las llamas saltarinas casi le lamieron las faldas.

Impulsado por el miedo, el cuerpo de Christine tomó voluntad propia. Extendió la mano hacia atrás, y de alguna manera el atizador encontró su camino hacia su palma sudorosa.

Levantando el hierro en alto, dijo: “Liza y los niños están en algún lugar donde nunca les pondrás las manos encima como pronto estaré yo. Ahora hazte a un lado.”

Pero en lugar de alejarse, él se acercó a ella, con una sonrisa tonta en el rostro. “Ahora ambos sabemos que no tienes ganas de usar esa cosa. Mejor dámelo, amor, antes de que uno de nosotros salga lastimado.”

Antes de que uno de nosotros salga herido.

Como siempre, la realidad y la ficción, y la razón y el miedo se mezclaron para producir el aterrador final del sueño. Habían encontrado a Hareton. Lo encontró tal como lo había dejado, sin vida, en el suelo de la cabaña, con el atizador ensangrentado junto a él donde, presa del pánico, lo había dejado caer. No había manera de eludir la evidencia condenatoria, ¿por qué no había desaparecido, esa misma noche, la sangre de su primo, manchando la parte delantera de su vestido? Condenada, se vio a sí misma de pie en el andamio abierto, con las manos atadas, un viento crudo azotándole el pelo sobre la cara y la soga mordiéndole el cuello. Abajo se congregaron los hombres y mujeres, niños y niñas de Nantwich. Rostros vueltos hacia arriba, unieron sus voces en un solo canto: “¡asesina, asesina!”

Entonces, el sueño se alteró. La multitud se alejó, dejando solo una figura oscura recortada contra un lienzo en blanco del cielo gris metalizado. Simon Belleville la miró fijamente con sus ojos oscuros y tristes, con un viento más suave, susurrando a través de sus mechones color cuervo. Ella le gritó que no había tenido la intención de matar a Hareton, solo quería aturdirlo. Que ella no era una asesina, en realidad no lo era. Pero el cáñamo alrededor de su garganta estaba muy apretado, silenciando sus palabras hasta convertirlas en un graznido bajo.

“Fue un accidente”, intentó de nuevo, mientras se preguntaba por qué, al final de su vida, debería importarle que Simon Belleville, entre todas las personas, supiera la verdad. Pero a ella le importaba, profundamente, tanto que todavía lo estaba llamando cuando la trampilla debajo de ella cedió. De repente, estaba dando patadas al aire, luchando por respirar, luchando contra la cuerda, peleando por sostener la mirada del señor Belleville y de alguna manera hacerle ver. En cambio, sacudió la cabeza con gravedad y articuló la palabra: “asesina.”

“¡No soy una asesina!”

“¡Christine, despierta!”

Christine se incorporó de golpe con el camisón pegado a su piel húmeda. La brillante luz de la mañana inundaba la habitación. Parpadeando, miró a su compañera de cuarto, observando la cara preocupada de Clara.

Ya vestida, su compañera de cuarto estaba de pie entre sus dos catres, mostrando un ceño fruncido de preocupación, tejiendo su frente pecosa. “Estabas teniendo otra de tus pesadillas.”

Christine logró asentir. Es posible que la aterradora conclusión del sueño no haya sucedido, todavía, pero el episodio en la cabaña era muy cierto. Golpear a Hareton hasta la muerte era una parte tan permanente de ella como la cicatriz en su mejilla, o su boca demasiado grande.

Movió una mano por el pelo enredado y miró de Clara al reloj de su mesita de noche. ¡Oh, eran las siete y media! El señor Belleville vendría a buscarla a las ocho. Saltó de la cama y pasó volando junto a su amiga hacia el lavabo. Considerándose afortunada porque un lacayo le llevó los baúles abajo la noche anterior, se echó agua en la cara y luego se vistió rápidamente, con sus galas recién adquiridas: un vestido de carruaje color vino, una capa de lana con ribetes de piel y medias botas de piel de becerro. Engatusar a su gato para que subiera a la jaula requirió un poco más de esfuerzo, pero con la ayuda de Clara, se las arregló, sin un rasguño.

Un poco después de las ocho, ella se despidió apresuradamente de Clara y bajó corriendo las escaleras, con el portabebés de Puss en una mano y su bolso en la otra. El señor Belleville la esperaba en el vestíbulo. Por su aspecto, había estado haciendo agujeros en la alfombra.

“Llegas tarde.” Él levantó su reloj y frunció el ceño.

Al bajarse del rellano, él se obligó a encogerse de hombros. Él podría estar en su derecho de retirarla de una escuela, por la que él había pagado, pero eso no significaba que ella tuviera la intención de soportar su intimidación. Según la señorita Ashcroft, una mujer tenía los mismos derechos que un hombre.

“Como dama, llegar tarde es mi prerrogativa... Mi elección”, terminó, odiando que todavía, a veces, tropezaba con las palabras.

Con el ceño fruncido, Simon se acercó para quitarle la bolsa. “Eso sería una prerrogativa, y se limita a que una dama cambie de opinión, no a las mesas del tren.” Equipaje en mano, dio media vuelta y caminó hacia la puerta principal, dejando que ella lo siguiera.

El intercambio marcó la pauta para el resto de la mañana.

De camino a la estación de London Bridge, se sentaron, en un silencio hostil, en asientos opuestos, chocando de vez en cuando las rodillas, cuando el conductor se metía en un bache en la carretera. En la estación, él entregó los baúles a un portero, luego los condujo a través de la multitud, y subió las escaleras hasta la línea del Ferrocarril del Sudeste, mientras se las arreglaba para ignorarla.

No fue hasta que abordaron uno de los elegantes vagones de primera clase, amarillos y negros, cerca del frente del tren, que habló con ella. “¿Has desayunado?”

Acomodándose en el lujoso asiento tapizado junto a la ventana, ella negó con la cabeza. “Según recuerdo, no hubo tiempo.”

Frunciendo el ceño, él metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó una bolsa de papel marrón. “Considera el desayuno, tal como está, para ser servido.”

Mirando en silencio la bolsa, ella se cruzó de brazos.

“Como quieras.” Arrojó la bolsa en el asiento vacío a su lado. “En caso de que el martirio pierda su atractivo...”

“Humph.” Puede que no supiera lo que significaba el martirio, pero sabía cuándo se burlaban

de ella. Con el rostro tibio, ella desvió la mirada de la bolsa a él.

Él sacó su estilográfica de plata maciza, o al menos eso parecía, y empezó a garabatear. No levantó la vista, pero ella escuchó la sonrisa en su voz, cuando dijo: “como no hay otros pasajeros, también puedes tragarte ese orgullo tuyo y la comida con él. Ningún cuervo, lo prometo, solo una manzana y algunas galletas de té.”

Abrió la boca para exigirle que dejara de burlarse de ella, cuando se entrometió una pregunta. “¿Quieres decir que tenemos este gran carruaje para nosotros solos?”

Se encogió de hombros. “No me gustan las multitudes.”

¡Tener suficiente dinero para comprar un compartimiento completo de primera clase! Christine todavía estaba tratando de asimilar la idea al escuchar el sonido de la campana de arranque, el bramido del silbato, y el tirón repentino y emocionante, cuando la locomotora se tambaleó hacia adelante. Presionó su nariz contra la ventana. Solo después de que los altos edificios de la ciudad dieran paso a campos verdes, se acomodó en su asiento y volvió la atención a su compañero de viaje.

Examinando el contenido del estuche de escritura, que había levantado sobre su regazo, el señor Belleville no parecía compartir su entusiasmo. Se sentó junto a la ventana, pero hasta ahora no se había molestado en mirar por ella. Estudiando su cabeza inclinada, se encontró sacudiendo la suya. Simon Belleville podía tener miles, tal vez millones de libras en el banco, pero no tenía ni un chelín de diversión en todo su hermoso cuerpo grande.

El rugido del estómago de ella interrumpió cualquier reflexión adicional. Con un ojo en el señor Belleville, pasó los dedos por encima de la bolsa de papel a su lado. Haciendo una mueca por el sonido de las arrugas, él se preguntaba cómo se las arreglaría para abrir la lata de galletas cuando, sin levantar la vista, dijo: “¿tienes hambre después de todo?”

Eso fue todo. Era la gota que colmó el vaso. Ella le arrojó la bolsa. Lo golpeó de lleno en el pecho y luego aterrizó en su regazo.

Miró la manzana que rodaba por el suelo alfombrado entre ellos. “Si hubiera sabido que te inclinabas a tirar comida, te habría comprado un asiento en tercera clase.”

Ella le clavó un dedo tembloroso en la cara. “No te pedí que me trajeras el desayuno, no te pedí que me enviaras a la escuela, y ciertamente, no te pedí que me llevaras a Kent. Todo esto es culpa tuya, así que no me culpes, ahora que lo lamentas.”

Sus cejas negras se levantaron. “¿Qué te hace decir que lo siento?”

Las palabras de enojo brotaron y, junto con ellas, el dolor. “Ese último día en la escuela, actuaste como si yo no fuera más que un pesado equipaje...”

Por un momento, él la miró confundido. Entonces su mirada se agudizó. “Sigues insistiendo en eso, ¿verdad? Entonces, debes tener la piel tan fina como una cebolla.”

“No estoy insistiendo”. Ella se cruzó de brazos. “Y no blasfemes.”

Él la miró como si le hubiera salido un tercer ojo, luego echó la cabeza hacia atrás y... ¡Se rió! El estruendo provino de lo más profundo de su pecho, el sonido ronco, pero rico. Ella nunca lo había escuchado reír antes y la transformación que provocó hizo que su corazón se saltara los latidos. La carne se arrugó en las comisuras de sus ojos ahumados y las líneas entre paréntesis de su boca se suavizaron. Tenía una hermosa y amplia sonrisa, y sus dientes eran fuertes y rectos. Su mirada se posó en la delgada cinta de su labio superior y sintió que su corazón se aceleraba.

Movió una mano por el rabillo del ojo. “Eres una paradoja.”

Con la columna rígida contra la tapicería, él levantó la barbilla. “¡No lo soy! Y no me importa que se rían de mí”, añadió, preguntándose qué significaba paradoja, deseando que él no tuviera que usar siempre palabras tan largas y complicadas.

“No es un insulto, ya sabes. Es... Oh, como deseas.” Él tomó su pluma y comenzó a escribir anotaciones en el periódico, con su letra pulcra y apretada, mientras que su pelea y ella casi estaban olvidadas, o al menos eso parecía.

Furiosa, Christine recogió la manzana. Pasándola de palma en palma, fingió ser Salomé y la manzana era la cabeza cortada de Simon Belleville. Animada por la idea, dio un gran mordisco ruidoso.

Atravesaron un túnel y el compartimento se oscureció. Comiendo más de la manzana, preguntó: “¿qué estás leyendo?”

Miró la página impresa y respondió: “*The London Times* y no hables con la boca llena.”

Haciendo caso omiso de la reprimenda, ella preguntó: “¿incluye una entrega de una de las novelas del señor Dickens?”

Él arrastró su mirada lejos del papel y la miró. “*The Times* publica los últimos debates y documentos parlamentarios, así como despachos extranjeros completos.”

“Oh”, Christine no podía imaginar nada más mortalmente aburrido. “¿Por qué?”

Dejó caer la pluma y la fulminó con la mirada. “Además de ser un súbdito británico, tengo la intención de presentarme a Maidstone en las próximas elecciones generales.”

Eso debía explicar por qué él parecía trabajar todo el tiempo. “¿Crees que podrías ganar?”

Él frunció el ceño. “Yo ganaré.”

“Vaya, pero, no somos nosotros los confiados”, cloqueó, satisfecha de tener la ventaja esta vez.

Él dejó escapar un resoplido y volvió a su trabajo. Aburrida, ella envolvió el corazón de la manzana y se volvió hacia la ventana. Ahora que habían despejado el túnel, el horizonte de Londres había dado paso a cabañas con techo de paja, iglesias encaladas y campos secos por la escarcha. La familiaridad de la escena hizo que le doliera el corazón por el hogar y la familia. Cerró los ojos, con fuerza, cuando el anhelo de mirar esos tres queridos rostros le retorció el corazón. Pero preferiría morir antes que ponerlos en peligro, lo que, en el futuro previsible, significaba permanecer lejos. Parpadeando para contener las lágrimas, volvió a mirar al hombre que la estaba ayudando a hacer precisamente eso.

Para su horror, lo encontró mirando no los papeles en su regazo sino a ella. “¿En qué estabas pensando hace un momento?”

Era la primera vez que le preguntaba por sus pensamientos. Sorprendida tanto por la pregunta como por la intensidad de esos ojos grises clavados en su rostro, se tomó un momento para responder. “Mi familia.”

“Los extrañas mucho.”

No era una pregunta, pero ella respondió de todos modos. “Sí.”

“¿Y también estás preocupado por ellos, creo?”

“Lo estoy”. Con la esperanza de dejar el asunto ahí, se volvió para mirar por la ventana.

“No es necesario que lo estés”, dijo él, sorprendiéndola. “Cubriré sus necesidades hasta que consigas un empleo.”

Atónita, ella volvió a mirarlo. “¿Por qué?”

Su mirada se cerró. “Basta con decir que alguien me ayudó una vez.”

Tener una carga tan pesada, de repente, inesperadamente levantada fue casi invaluable. Al superarlo, tragó saliva. “Una vez que me ponga de pie, te lo pagaré. Cada chelín”, añadió, porque de repente era muy importante que él no la considerara una acaparadora de dinero.

Parecía casi avergonzado. “Ya te he dicho que eso no será necesario.”

Christine se inclinó hacia delante. Sus pantorrillas se rozaron, pero ella estaba demasiado

atrapada para preocuparse. “Pero, yo digo que lo es. Lo es.”

Se sentaron en silencio durante el resto del viaje, hasta que sonó el silbato del tren y el conductor gritó: “Ashford.” El señor Belleville volvió a guardar sus papeles en su maletín y alcanzó la canasta y la bolsa que estaban a sus pies.

Salieron a la plataforma abierta, mientras que una fina niebla gris los saludó. El carruaje del señor Belleville los esperaba al otro lado de la entrada de la estación. Al mirar a través de los barrotes de hierro, forjados de la puerta, Christine supo de inmediato cuál era el vehículo que le pertenecía a él. Acaso, ¿no era más grande, más brillante y más negro que cualquiera de los otros que esperaban en la cola? Un equipo de juego de cuatro sementales negros estaba parado con arneses en la parte delantera, con sus cascotes emplumados ondeando en el viento frío.

El conductor se bajó de la caja y se apresuró hacia adelante, con un gran paraguas negro en alto. “Buenos días, señor, señorita. Siento muchísimo lo de la lluvia”, se disculpó. “El Sol brillaba tan brillante como un cobre hace una hora.” Se quitó la gorra y Christine vislumbró el rostro de un querubín envuelto en rizos de color ruano.

“No te preocupes, Jem”, le aseguró el señor Belleville. “No te pago lo suficiente como para hacerte responsable del clima.”

Christine reprimió una sonrisa detrás de su guante. ¿Podría su benefactor tener sentido del humor después de todo?

El señor Belleville le dio una propina al portero que había sacado sus maletas, luego tomó el paraguas y lo colocó sobre la cabeza de Christine.

“¿Vamos?” Preguntó él, llevándola ya hacia el carruaje. La acomodó adentro y luego se sentó al otro lado.

Jem asomó la cabeza por la ventana del lado de Christine. “¿Debería cargar eso también, señorita, o querrá quedárselo con usted?”

Christine siguió su mirada hacia la canasta en el asiento a su lado. “Oh, esta es mi gata.”

“¿Una gata, dices?” Con traviosos ojos azules, sesgados hacia su jefe, él sonrió. “Bueno, eso es excelente. Soy terriblemente partidario de los gatos. ¿De qué tipo es?”

¡Un amante de los gatos! Christine ya se sentía a gusto con él. “Ella es Puss, en realidad. Una gata atigrada, negra y plateada con las cuatro patas blancas más queridas y...”

“¿Supongo que deberíamos irnos ahora?” Incitó el señor Belleville, poniendo su ceño fruncido en Jem.

“Por supuesto, señor, saldremos en un santiamén.”

Jem se subió al asiento del conductor y pronto estaban deambulando por caminos de tierra, llenos de baches. Christine apoyó los pies sobre el cálido ladrillo, envuelto en franela, y se acurrucó más bajo de la manta a cuadros. Sofocando un bostezo dentro de su guante, se recostó contra los suaves cojines de cuero, y dejó que sus ojos se cerraran. Cuando volvió a abrirlos, el carruaje estaba parado.

“Bienvenida de nuevo”, expuso el señor Belleville desde el asiento opuesto.

Parpadeando, se apartó de él para mirar por la ventana y contuvo el aliento. Si la residencia londinense del señor Belleville parecía una mansión, su casa de campo equivalía a un castillo. Era una fortaleza de granito, con sus torres rematadas en pináculos, que parecían esforzarse por alcanzar el cielo cubierto de nubes. Grifos y gárgolas gruñendo ocupaban todos los rincones y grietas de la fachada.

El señor Belleville habló. “Yo la llamo Valhalla.”

Ella se volvió hacia el interior. “¿Valle Hueco?” Un nombre extraño ya que no estaban ni en un valle ni en una hondonada, sino en una vasta extensión de tierra plana y abierta.

“*Valhalla*”, repitió con una paciencia inusual. “En la mitología nórdica, Valhalla es el gran salón de los dioses, donde se reciben las almas de los héroes asesinados.”

“¿Como el cielo?”

Él dudó. “Sí, supongo.”

Jem bajó los escalones del carruaje y abrió la puerta. “Hágalo con calma, señorita”, le advirtió, ayudándola a bajar.

Descendiendo detrás de ella, el señor Belleville le lanzó a Jem una mirada fulminante y le ofreció su brazo a Christine. Ella lo tomó como le habían enseñado, y juntos cruzaron el patio delantero de ladrillo hasta los escalones de mármol, que conducían a la entrada. Dos lacayos, con librea, aparecieron a ambos lados de un arco, custodiado por dos leones de piedra, y sujetaron las enormes puertas dobles de roble para que pasaran. Con el estómago revuelto, Christine entró en un enorme vestíbulo, un salón digno de dioses y héroes. La cera de abejas y el aceite de limón flotaban pesadamente en el aire, y los paneles de caoba oscura brillaban con el pulido reciente. Ella inclinó la cabeza para ver mejor el techo abovedado, que le recordó a una iglesia, al igual que el banco de vidrieras. Una gran escalera de caracol abierta dominaba el centro y presumiblemente conducía a los pisos superiores.

El ama de llaves londinense del señor Belleville, la señora Griffith, descendió por la alfombra oriental para saludarlos. “Bienvenido a casa, señor, señorita. Espero que hayan tenido un viaje agradable.”

“Si, gracias.” Christine dejó la cesta de Puss y empezó a desabotonar su capa. Hasta ahora, su destino había parecido un sueño vago. Pero de pie, mientras Jem cargaba sus baúles, todo el viaje, la casa y el hombre que estaba a su lado le parecieron terriblemente reales.

Apareció una doncella y el señor Belleville le entregó su sombrero y su abrigo. A la señora Griffith, le dijo: “Té en la biblioteca tan rápido como puedas.” Volvió a mirar a Christine como si la recordara de repente. “¿O preferirías que te mostraran tu habitación primero?”

“Oh, no”, respondió ella, sorprendida de que él le hubiera ofrecido elegir. “No estoy nada cansada.”

Él encontró su mirada con un rápido asentimiento. “Muy bien entonces.”

Le pareció ver una sonrisa jugando en las comisuras de su boca. Antes de que pudiera estar segura, él se fue. Como no deseaba quedarse atrás en un lugar tan grande y nuevo, Christine entregó su capa y corrió tras él. El fuerte maullido de Puss la incitó a darse la vuelta.

“No te preocupes, querida”, le aseguró la señora Griffith, siguiendo su mirada hacia la canasta de Puss colocada dentro de la puerta. “La gatita estará esperando en tu habitación. Enviaré un plato de crema y un poco de agua. Y”, agregó, mirando significativamente en dirección a su empleador, “una caja de arena.”

“Gracias.” Christine le envió una sonrisa y luego corrió detrás del señor Belleville.

Ella lo alcanzó debajo de un arco elaboradamente tallado. Sostuvo la puerta y le hizo un gesto para que entrara.

La primera impresión de Christine fue de ventanas cubiertas de terciopelo, lujosas alfombras persas y muebles oscuros y pesados. Cuando cruzó el umbral, con el corazón temblando, recordó la canción infantil: “¿quieres entrar en mi salón?” Dijo la Araña a la Mosca.

Muy consciente de la mirada de su guardián en su espalda, pensó que sabía exactamente cómo se debía haber sentido esa pobre mosca.

CAPÍTULO SIETE

Una mala hierba no es más que una flor disfrazada,
Que se ve a través, por una vez,
si el amor les da ojos a un hombre.
—James Russell Lowell, *Una fábula para críticos*, 1848.

Simon estaba orgulloso de su casa. Cada nicho a dos aguas, cada gárgola y grifo, anidado en el cielo raso, y cada ventana de tracería daban testimonio de cuánto había progresado en su vida. Pero nunca había estado más orgulloso, de lo que estaba, mientras miraba a Christine recorrer su biblioteca. Apenas se había tomado el tiempo para quitarse el gorro y los guantes, antes de apresurarse a explorar los estantes de libros del piso al techo. Al verla pasar las yemas de los dedos con reverencia por los lomos de cuero labrado, sintió que se le hinchaba el pecho.

Ella arrastró su atención lejos del libro abierto, que acunaba entre sus palmas, y lo miró con expresión asombrada. “Debe haber cientos de libros aquí.”

Apoyó una cadera contra el costado de su escritorio de pedestal y admitió: “miles, en realidad.”

“Miles y pensar que todos pertenecen a una sola persona.” Todavía pronunciaba persona como parsona, pero por el momento a él no le importaba corregirla. “¿Los has leído todos?”

“Algunos.” Agarró la pequeña estatuilla de bronce del dios hindú Shiva, del secante de su escritorio, y fingió estudiarla, ya que haría cualquier cosa para aliviar su incomodidad por la intimidad de encontrarse por fin a solas con ella, no en el salón de Margot ni en un vagón de tren o carruaje, sino aquí, en su propia casa. “Leía mucho más cuando era más joven.”

“Pero, ¿no ahora?” Ella preguntó.

Él dejó la estatua. “Estoy obligado a leer mucho: informes de acciones, libros de cuentas, periódicos políticos. Queda poco tiempo para el ocio. O para el placer.”

Ella hizo una mueca, un hábito que él hizo una nota mental para acabar con este, lo antes posible. “Suena terriblemente aburrido. ¿No lo extrañas? ¿Leer libros, quiero decir?”

“Eso sería terriblemente aburrido, y, sí, en ocasiones lo hago. Sin embargo, para progresar en la vida, uno debe hacer sacrificios.”

“Hmm”, respondió ella y por una vez lo dejó así, aparentemente ya absorta en su libro.

Curioso por ver qué había capturado tan rápidamente su imaginación, él se alejó del escritorio. Acercándose a ella, miró el volumen, bordeado en oro, que ella sostenía abierto. *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*. Un grabado en madera de la diminuta Alicia de

pie, ante tres puertas cerradas y alcanzando un pastel con la inscripción “Cómeme” ocupaba la mitad de una página. Mirando de nuevo a la imagen, él se preguntó si ella comprendía los paralelismos entre la historia de Alicia y la suya propia. Ambas eran un poco más que niñas, con los ojos muy abiertos, y peligrosamente ansiosas por lanzarse por la madriguera del conejo. Al igual que Alicia, Christine había conocido muchas desventuras, pero, al final, había prevalecido. Puede que él no la haya secuestrado, como ella había dicho antes, pero acompañarlo aquí fue un acto de fe, equivalente a atravesar un espejo hacia un mundo nuevo y brillante de posibilidades previamente inimaginables. Simon juró en silencio que nunca le daría motivos para considerar que esa confianza estaba fuera de lugar.

Dijo en voz alta: “eso no significa que no debas disfrutar de mi biblioteca. Toma de aquí lo que quieras, comenzando con esto si te apetece.”

Parecía como si él acabara de darle las llaves del reino, o al menos el portal al país de las maravillas. “Cuidaré bien de tus libros, no tienes que preocuparte.”

Mirando sus grandes ojos marrones, dijo: “mi querida señorita Tremayne, de todas mis preocupaciones en la vida, esa es la menor.”

Volvió a colocar el libro en el estante y lo miró. “Nunca sé qué pensar cuando estoy contigo, cómo saber si hablas en serio o te burlas de mí.”

Simon la miró fijamente. Sin pensarlo, se acercó más. Ella era tan joven, tan abierta y tan fresca. Pensó en su regreso a casa desde la India. Había regresado como un hombre de mundo, rico y muy viajado, y, sin embargo, en lo que se refería a la sociedad civilizada, había sido dolorosamente torpe y lamentablemente inepto. Ciertos recuerdos todavía tenían el poder de hacerlo temblar.

“Pellizcarte, tal vez, pero burlarte de ti, nunca.”

El golpe en la puerta lo hizo retroceder. Dio la orden de entrar y una doncella llevó un servicio de té de plata al interior. Dejó la bandeja sobre la mesa con patas. Simon la despidió con un movimiento de cabeza y se acercó a la mesa del té. Había llegado el momento de poner a prueba las habilidades de anfitriona de Christine.

Con rostro grave, Christine lo siguió hasta la silla que le ofreció. Tocó el tapete de ganchillo, que cubría su espalda, mientras que sus ojos se alzaban en una pregunta silenciosa.

Con la garganta repentinamente espesa, él admitió: “mi madre preparaba esto.”

“Mi madre también era hábil con una aguja. Yo, soy todo pulgares.” Sonriendo, ella levantó las manos y movió los pulgares como si lo estuviera demostrando.

Sus manos aún no eran las de una dama, pero como el resto de ella, estaban progresando hacia esa gran meta. Los cortes se habían curado y los callos en sus palmas parecían haberse suavizado, pero el interior de sus pequeños pulgares todavía estaba áspero por el trabajo, y las uñas, de los diez dedos estaban mordidas hasta el nudo.

“Bonitos pulgares, bonitos dedos también”, dijo. Pensando que estaba actuando como un pícaro, dio un paso atrás. “Serían aún más bonitos si dejaras de morderlos.”

Ella soltó una pequeña risa. “Eso es justo lo que mamá solía decir.”

“Tu madre sonaba como una mujer sabia. Apuesto a que también te dijo que bebieras tu té, mientras está caliente.” Ella hizo una mueca y él continuó: “es hora de ver lo que has aprendido en esa escuela. Toma asiento y ten cuidado de no derramar. La alfombra es de Persia y vale una sangrienta fortuna.”

LOS MODALES DE CHRISTINE, en la mesa, no eran precisamente los de una dama, pero eran mejores de lo que se atrevería a esperar. Se las arregló para servirle el té sin incidentes. Una vez que le entregó su taza y su plato de pastel, él pareció relajarse. No había duda de que saboreaba su comida. Comió con ganas, pero lentamente con sus movimientos marcados por una intención cuidadosa y mesurada. Si de vez en cuando respondía a sus preguntas, antes de tragar o untar con crema un bollo entero, en lugar de partir un bocado, él se inclinaba a dejarlo pasar. Sabía de primera mano que el refinamiento social, incluso el más fino de los revestimientos, requería considerablemente más tiempo que los tres meses que Christine había pasado con Margot. Roma no se hizo en un día. Ella tampoco era una dama.

“¿Por qué te tomas esta molestia por mí?” Preguntó, alrededor de un bocado de pastel de semillas de amapola. “¿Decir que serás mi tutor y me entrenarás para ser una institutriz, cuando estás listo para presentarte al Parlamento?”

Examinando el sándwich de salmón ahumado y pepino en su plato, él pensó por un momento. Era una excelente pregunta, una que se había hecho muchas veces, durante la última semana. “Como dije antes, alguien, una vez, se tomó muchas molestias para ayudarme. Supongo que ayudarte es mi manera de pagar esa deuda.”

Si no hubiera sido por Margot, todavía estaría comiendo queso tostado con su cuchillo y luciendo lunares con rayas. Pero la verdad más profunda era que se sentía atraído por Christine. ¿Sería porque ella era joven, encantadora, valiente y solitaria? ¿Porque ayudarla a hacer algo con su vida sería su primer acto desinteresado en casi veinte años? Esto no era totalmente desinteresado. Estar con ella y simplemente sentarse con ella, a tomar el té, le ayudaron a aliviar el dolor sordo y hueco dentro de él. Había vivido con este vacío durante años, pero solo en los últimos meses había reconocido que algo estaba ausente de su vida, muy ausente dentro de esta.

Agregando otro sándwich a su plato, ella dijo: “señorita Ashcroft, ¿quieres decir qué?”

Tomado por sorpresa, casi se atragantó con su té. “¿Ella te dijo eso?”

Ella se arregló la servilleta en el regazo y lo negó con la cabeza. “Fue solo un sentimiento que tuve... Al verlos a los dos juntos.”

Qué cosita tan astuta era ella, peligrosamente tan pequeña. Prometiendo no perder la cabeza en el futuro, él dejó el plato y la taza a un lado y se levantó. Un caballero habría esperado a que terminara, pero en ese momento no se sentía especialmente caballeroso. “Te mostraré Valhalla, mientras aún tenemos la luz.”

Metiendo el último trozo de pan en su boca, ella dejó su plato y se puso de pie. “Me gustaría eso.”

VALHALLA ERA TAN enorme que a Christine le costaba creer que solo era una casa. Yendo de una habitación a otra, cada una más lujosa que la anterior, experimentó la misma sensación escalofriante de asombro, la misma certeza de pertenecer a algo más grande y grandioso que ella misma, que tenía en las excursiones, con la señorita Ashcroft, al Museo Británico, las Casas del Parlamento y la Catedral de St. Paul.

“El dormitorio principal y las habitaciones de huéspedes más grandes tienen baños equipados”, le dijo el señor Belleville, cerrando la puerta de una sala de estar masculina con paredes de cuero repujado, muebles de nogal y cortinas de terciopelo grueso.

Ella lo siguió hasta el pasillo. “¿Cuántas habitaciones hay?”

Hizo una pausa como para reflexionar. “Cincuenta y tantas, incluyendo la cocina y las del ala

de servicio.”

¡Cincuenta y tantas! Christine pensó en preguntar quién, además de la familia real, podría necesitar tantas habitaciones, cuando se acercaron a un arco. Las puertas dobles con paneles de vidrio daban a un balcón, que llegaba a la parte trasera de la casa. Los grajos se posaban en el parapeto de piedra tallada, y ella se encontró envidiándolos. Revolotear cuando y donde sea que te lleven tus alas y tu fantasía debía ser una vida realmente hermosa. ¿Conocería ella alguna vez tal libertad?

Volvió a mirar al señor Belleville, que se detuvo en el hueco de la escalera, y preguntó: “¿qué hay ahí fuera?”

“Mis jardines.”

“Quiero verlos.”

Él levantó una ceja aterciopelada. “Es pleno invierno. No hay nada que ver excepto una gran cantidad de arbustos yermos y malas hierbas marchitas.”

“No me importa.”

Él soltó un suspiro y caminó hacia ella. Su aroma, ron de laurel y lana caliente la envolvían, llevándola de regreso a su vergonzoso primer encuentro en el ático del burdel. Aunque había estado medio loca, se había atrevido a besarle la mano. Tan aterrador como había parecido, su instinto fue que él no la lastimaría. Él no lo habría hecho. Incluso después de que ella lo lastimó, deliberadamente, él no le mostró nada más que cariño. Los tiempos en el salón de la señorita Ashcroft parecían tan terriblemente distinguidos y dignos. Esa mañana, en la estación del tren de Londres, ella no se había perdido cómo el agente de venta de boletos y los maleteros saltaban para cumplir sus órdenes, o cómo los otros pasajeros se hacían a un lado para cederles el paso.

Pero verlo en su propio entorno, su Valhalla, fue una experiencia completamente diferente. Su poder no era menos potente aquí, pero también parecía menos severo, más inclinado a sonreír. Estando con él así, sin vigilancia y sola, ya no podía negar el deseo de su corazón.

Quería, anhelaba, que él la besara. Si él rompiera los límites entre ellos y lo hiciera, ella no dudaría, no lo abofetearía como debería hacerlo una verdadera dama. En cambio, sería ella misma y le devolvería el beso.

Su voz la devolvió al momento. “Te has olvidado del abrigo. Te resfriarás.” Por brusco que él fuera, como siempre, se preocupaba por su comodidad.

Enfocando su mirada en el alfiler de su corbata, ella negó con la cabeza. “Estoy acostumbrada a trabajar al aire libre en invierno.” Más allá de la costumbre, ella necesitaba desesperadamente aire fresco para poder realmente... Respirar.

Él dejó escapar un suspiro. “Muy bien, pero solo por un momento. No te traje aquí para matarte, lo sabes.”

“Lo sé.” Christine inhaló la canela que él había rociado en su bollo y se lamió los labios.

¿Fue su imaginación o su mirada se posó en su boca? Antes de que pudiera decidirse, él la rodeó para abrir la puerta. Se quedó al principio como si no se hubiera usado mucho. Se abrió al segundo intento y ellos salieron.

Tal como él lo prometió, hacía frío, y sin abrigo, esto era muy vigorizante. Resistiendo el impulso de irritarse los brazos, Christine se acercó a la barandilla, haciendo que los pájaros se escabulleran. Un pálido Sol de invierno se balanceaba bajo las copas de los árboles yermos. En la luz que se desvanecía, pudo distinguir los escalones de piedra que conducían a los jardines en terrazas. Un mirador ocupaba el primer nivel. En el segundo había una fuente de piedra, calcárea y seca, como un hueso, bordeada por varios macizos de flores estériles con bordes de ladrillo. El camino continuó hacia abajo hasta una tercera y última terraza, ahora enterrada en dedos de

niebla. El señor Belleville tenía razón. No había mucho que ver del jardín ahora, pero Christine podía imaginar lo glorioso que debía ser en primavera, rebosante de color, lleno de abejas, pájaros y lombrices, con el aire templado y perfumado, repleto de madreselva y lavanda, azahar y rosas.

Él se acercó a ella. Apoyando una mano en la barandilla, usó la otra para señalar. “También hay un huerto, principalmente cerezos y manzanos, pero no podrás verlo hasta mañana, cuando se disipe la niebla.”

Miró sus manos, a los cabellos oscuros que cubrían el dorso, y a los dedos gruesos, pero largos. A pesar del viento helado, sus mejillas se calentaron. “Y rosas, ¿las cultivas también?”

Hizo una mueca. “Lo intenté. Los arbustos plantados el año pasado sufrieron algún tipo de ataque de insectos.”

Refugiándose en lo mundano, ella pensó por un momento. “¿Eran pequeños verdes, no más grandes que motas de polvo?”

“Eso me han dicho.”

Ella ocultó una sonrisa. Sus acres podrían extenderse más allá de su capacidad de cálculo, pero él todavía era un ciudadano de principio a fin. “A los áfidos les gusta más. Rociar con caldo de ortiga matará a los insectos, pero, no a los arbustos. Si eso no funciona, puedes pedirle a tu jardinero que pruebe el jugo de cebolla y ajo.”

“No soy un gran horticultor”, admitió. “Desde que mi jardinero jefe se enfermó la primavera pasada, he estado más o menos a merced de la Madre Naturaleza. ¿Tal vez podrías echar un vistazo en algún momento, aconsejarme sobre cómo proceder?”

Que él le hubiera pedido ayuda, su consejo, hizo que su tonto corazón se hinchara. “Me gustaría eso. Quiero ser útil mientras estoy aquí.”

“No eres una sirvienta, lo sabes.” Puso una mano sobre su hombro, girándola hacia él. “Mientras estés aquí, me gustaría mucho que pensaras en Valhalla como tu hogar.”

Ella negó con la cabeza ante la imposibilidad de eso. “Oh, sar, nunca podría...”

“Llámame Simon. Eso sí, estamos destinados a ser primos.” Una sonrisa susurró en su boca, esa boca firme y besable. Su mirada se posó en su rostro, más cálido de lo que nunca antes lo había visto. Al hundirse en sus profundidades humeantes, podría haber jurado que toda la casa sangrante, y no solo su tonta cabeza, giraba como un trompo.

“Simon”, dijo en voz alta por primera vez, aunque ya había dicho su nombre más de una vez en su mente.

Él la miró como si ella lo hubiera complacido mucho. “¿Tengo permiso para llamarte Christine?”

Pedirle permiso era solo una cortesía, por supuesto, pero la galantería la conmovió de todos modos. “Sí, me gustaría eso.” Agradecida de que él no pudiera oír los latidos de su corazón, se dio la vuelta para mirar hacia los yermos, en los jardines.

“Dime, Christine, ¿exactamente qué es lo que te ofende de mi casa para que sientas que debes arriesgarte a una fiebre pulmonar para escapar de ella?”

Desconcertada, ella lo enfrentó. “¿Qué me ofende? Oh no, sar, no es así. Lo que quise decir...”

Se detuvo cuando su mirada de soslayo se enganchó en su amplia sonrisa. Llegó a sus ojos, que brillaban positivamente, recordándole a su hermano pequeño Jake después de haber sumergido su brazo hasta el codo en el tarro de miel.

Pero el señor Belleville, Simon, no era un niño. Tenía que ser al menos una década mayor que ella. Más allá de la edad, él era su superior en educación, riqueza y posición. No eran iguales

ni lo serían nunca, y, sin embargo, tuvo el impulso repentino de darle una buena palmada.

Exasperada, ella lo acusó: “Me estás... Pellizcando de nuevo.”

“Soy.” El aleccionador agregó: “pero, soy completamente sincero cuando digo que quiero que te sientas como en casa aquí.”

Christine vaciló. ¿Cómo explicarlo? Nacido para la riqueza como él era, nunca lo entendería.

Mordiéndose el labio inferior, ella siguió: “a pesar de lo que puedas pensar de mí, mi gente no era pobre. Papá se ganaba la vida justamente con la lechería. En los días de mercado, siempre éramos una de las primeras familias en vender mantequilla y queso. Teníamos nuestro propio banco en la iglesia, y la cabaña era lo suficientemente grande como para tener un salón que usábamos solo para los domingos.” Hizo una pausa para colocarse un mechón de cabello detrás de la oreja. “Aún así, no creo que pueda acostumbrarme a un lugar tan grandioso, no como un hogar.”

La luz de los ojos de él se apagó y su boca formó la familiar línea firme. “Te sorprendería lo que una persona puede acostumbrarse cuando las circunstancias lo exigen.” Se apartó de la barandilla. “Deberíamos entrar. Tus labios se están volviendo azules.”

CAPÍTULO OCHO

La buena sociedad usa el mismo lenguaje,
en todas partes, y los dialectos deben deshacerse,
de aquellos que los usan frecuentemente.
—Anónimo, *Los hábitos de la buena sociedad*, 1864.

Simon no era el tipo de hombre que pasaba mucho tiempo luchando con la duda. Una vez que elegía un curso de acción, generalmente se apegaba a él. Aunque la decisión tomada fuera tan importante como vender sus acciones ferroviarias en Great Western, o tan insignificante como elegir su mercería de Locke and Company, rara vez lo pensaba dos veces.

Pero su resolución de llevar a Christine con él a Kent, para ser su tutor, había resquebrajado los cimientos mismos de su confianza en sí mismo. Por primera vez, desde la adolescencia, se preguntó si no habría asumido más de lo que razonablemente podría manejar. Por lo tanto, se encontró vagando por su biblioteca en bata, a las dos y cuarto, burlado por una cruel voz interior.

Estás obsesionado con ella.

Su primera cena había sido un asunto tenso, con él, en un extremo de la larga mesa de comedor de caoba, y Christine en el otro. Entre sus intentos de navegar por los cubiertos y él llamándola para explicarle su configuración, la conversación no había sido fácil. En su mayor parte, no había llegado a nada en absoluto. No había pasado por alto la expresión de alivio, que cruzó el rostro de ella, cuando anunció, a la mitad de la tarta de manzana, que tenía intención de retirarse temprano. Lamentablemente, esa decisión solo le había llevado a una paliza de insomnio.

El fuego se había apagado hacía horas y podía ver su aliento en el aire frío. Sacó el atizador de su estante de latón y se inclinó sobre la rejilla. Acababa de encender un buen fuego, cuando se abrió la puerta de la biblioteca.

Christine entró de puntillas y cerró la puerta en silencio detrás de ella. Con una bata de franela, un camisón y su cabello color miel, recogido en una trenza desordenada, parecía joven e inocente, y peligrosamente tentadora.

Simon volvió a colocar el atizador, se levantó y volvió hacia la luz. “¿Problemas para dormir?”

Como era de esperar, ella continuó. Con una mano presionada contra su corazón, soltó un profundo suspiro. No había pensado encontrar a nadie despierto a esta hora.

Por cualquiera se refería a él. Tendría que estar ciego para no ver la forma en que su cara

cayó.

Dolido, él resolvió no mostrarlo. “Estás aquí ahora. También podrías acompañarme.” Él le hizo señas para que entrara.

Ella se mordió el labio inferior, de manera vacilante. “Pensé en pedir prestado un libro, pero, no deseo molestarlo.” Ella se volvió para irse.

Simon no quería que ella se fuera.

“Tonterías”, dijo rápidamente, demasiado rápido. “Estaba a punto de servirme un trago. ¿Puedo ofrecerle algo, tal vez un cordial?”

Guardaba algunas botellas de oporto y otros licores, en un pequeño gabinete de vinos en la esquina. Recordó una licorera de ratafia, enterrada en la parte de atrás. Nunca lo había intentado, pero las damas parecían disfrutarlo.

Acercándose al fuego, ella extendió las manos. “Oh, no, gracias. Tengo miedo...” Ella tragó saliva y por la tenue luz de la solitaria lámpara de escritorio, él pudo ver cómo se le subían las mejillas. “Me temo que no tengo mucha cabeza para los licores.”

Antes, durante la cena, apenas había probado el vino, un fino borgoña francés, que él había seleccionado para complementar el asado. Por lo general, él mismo no era un gran bebedor, siendo esta una de las razones por las que había tolerado el clima indio, mucho mejor que la mayoría de los otros hombres de la compañía destinados allí.

Al menos no necesita buscar el licor, una preocupación menos en su mar de preocupaciones. “¿Me harás compañía mientras tenga el mío?”

Ella se dio la vuelta para tostarse la espalda, con el dedo gordo del pie trazando el patrón de la alfombra. “Si te agrada.”

Al ver los dedos rosados de sus pies, sobresaliendo del dobladillo de su camisón, Simon sintió una rara y peligrosa ternura. Si tuviera un poco de sentido común, la enviaría directamente de vuelta a la cama.

En cambio, dijo: “me gustaría mucho”, y se dirigió al gabinete de los licores, pasándola por alto en su camino.

Se sirvió una generosa medida de oporto y llevó la copa a su escritorio. Instalado de forma segura detrás de ella, bebió un largo trago. y bajando el vaso, preguntó: “¿tuviste una pesadilla?”

Pareciendo como si él la hubiera asustado de nuevo, ella negó con la cabeza. “Esta noche no, aunque a veces las tengo.”

Los malos sueños eran el mismísimo diablo. Se apresuró a ofrecer las garantías que pudiera. “Madame LeBow está bien encerrada y tú tampoco tienes nada más que temer de tu primo. No te volverá a hacer daño, te lo juro.”

Sus ojos serios se encontraron con los de él. “Lo sé, sar.”

Tomó otro sorbo de oporto y admitió: “yo mismo sufro de la noche oscura ocasional del alma.” ¡Bueno! ¿Qué le había pasado para confiarle tal cosa?

Sus hermosos ojos se abrieron. “¿Tú sufres?”

Él asintió, agradecido por el ligero aguijón punzante del espíritu. “¿Eso te sorprende?”

Ella vaciló. “Los sueños oscuros provienen de tener miedo y es difícil imaginarte temiendo algo.”

“Te sorprenderías.” Apuró su bebida y dejó el vaso vacío.

“Pruébalo”, ella dijo suavemente. Al verla cruzar la alfombra hacia él, Simon sintió que su corazón latía con cada paso pequeño, casi silencioso.

Ella lo acompañó en el escritorio. Se quedó quieta, de pie detrás de él, todavía su fragancia la envolvía, mareándola y debilitándola. Algodón limpio sobre piel limpia, calentada por el fuego,

con un toque flotante de flores. Probablemente, el aroma se debía solo al jabón, y, sin embargo, el mejor perfume francés no podría haberla tentada más.

Él pasó un dedo a lo largo del borde labrado y volvió a preguntarle: “¿con qué sueñas?”

Por lo más que quería, ella no debía tener idea de lo cerca que estaba de la garra del león o de lo falible que era la fuerza de voluntad de ese hombre. Simon cruzó las manos detrás de él, entrelazando los dedos con fuerza. “Realmente no puedo decirlo”, ella respondió con una mentira descarada. “Mis sueños son un revoltijo de imágenes, en su mayoría olvidadas al despertar.” Cómo deseaba que eso fuera cierto.

“Entonces tienes suerte.”

“Suerte”, repitió esa palabra amarga en su lengua.

La culpa por la violación de Rebecca lo había acompañado durante casi dos décadas, dos continentes y varias fortunas. No esperaba librarse nunca de esto. No merecía estar libre de eso. “Estarás a salvo conmigo”, le había prometido con la jactancia orgullosa de un cachorro hinchado.

Pero últimamente lo había acosado un tipo diferente de sueño, no una pesadilla, aunque profundamente inquietante: Christine en sus brazos y en su cama. Mirándola ahora, viéndola solo en su ropa de noche, vistiendo nada más que él, admitió cuánto deseaba hacer realidad el sueño.

Ella agarró la estatuilla, que él usaba como pisapapeles, y la acercó a la luz de la lámpara. “Mi papá solía decir que tenía ojos en la parte posterior de la cabeza, pero, nunca escuché que tuviera un extra en la parte delantera.”

“Tiene un tercer ojo porque es Shiva”, dijo Simon, agradecido de dejar los sueños por un tema más seguro.

“¿Shiva?” Como era de esperar, sus dos hermosos ojos se abrieron como platos.

“El dios hindú de la creación y la destrucción”, agregó.

“¿Es un ídolo?” De repente, dejó la estatuilla en el suelo como si fuera a quemarse la mano.

Simon se rió, agradeciendo el alivio del humor. “No debes temer por mi alma inmortal, al menos no por esa estatuilla. Si bien muchos hindúes adoran a Shiva como una deidad, para mí es solo un recuerdo, un recuerdo de mis años en la India.”

“¿Has estado en la India?” Exclamó, tan incrédula como si hubiera viajado a la Luna.

Ella pronunció India como si terminara con “ar”. Normalmente, le habría señalado el error, pero estar cerca de Christine, en la quietud previa al amanecer, estaba demostrando ser un embriagante más potente que cualquier bebida.

“Viví allí desde que tenía dieciséis años hasta casi los veinticinco.”

Tardíamente se le ocurrió que realmente debería ofrecerle un asiento. Pensando que Christine no era la única cuyos modales podrían mejorar, rodeó el escritorio y le hizo un gesto hacia el área donde antes habían tomado el té.

Sentándose en el sofá de cuero, Christine metió sus largas piernas debajo de ella, ajustando su camisón sobre sus tobillos, esos tobillos deliciosamente delgados y tentadoramente desnudos. “¿Te gustó, la India, quiero decir?”

Obligándose a apartar la mirada, Simon se instaló en el sillón más alejado. Una mesa con patas plegables se interponía entre ellos, una barrera débil, pero mejor que ninguna.

Aún así, la intimidad de sentarse juntos solos por la noche y usar solo batas sueltas era alucinante. Por simple que fuera su pregunta, tuvo que pensar por un momento. “Me gustó lo suficientemente bien. La cultura es literalmente un mundo aparte de Inglaterra.”

Había asumido que el tema moriría allí. Para su sorpresa, ella presionó: “¿de qué manera?”

Empezó a pintar con titubeos el cuadro de sus años en la India lo mejor que pudo. Los

bungalows con sus techos inclinados de paja, relucientes paredes blancas y terrazas abiertas. Cómo durante lo peor del calor, familias enteras podrían pasar la mayor parte del día descansando en sillas de mimbre y bebiendo lassi, bajo el zumbido de los ventiladores de techo. La brutal belleza de la jungla, especialmente durante la temporada del monzón, cuando los árboles, que habían estado en pie durante cientos de años, podían ser arrancados de raíz, tan fácilmente como los nabos.

Aún más tumultuoso era el clima político.

“Algunos meses antes de que los cipayos se rebelaran, la policía nativa del norte comenzó a circular *chapatis*.”

En todo momento, Christine había escuchado atentamente, deteniéndolo periódicamente con sus preguntas que lo hacían pensar. Ahora, ella preguntó: “¿qué es cha-pa-ti?”

“Es una especie de galleta plana y especiada, pero, mucho más delgada de lo que estamos acostumbrados aquí. Los indios las sirven en la mayoría de las comidas. En este caso, sin embargo, los cipayos los pasaban, de mano en mano, en gran número. Todos estábamos desconcertados, pero, nunca se determinó el significado. Después de que estalló la rebelión, muchos recordaron los chapatis y atribuyeron su distribución como una especie de código secreto.”

Christine inclinó la cabeza y un pequeño surco apareció entre sus bonitos ojos. “Leí que la revuelta se debió a que los cartuchos de los rifles de los soldados indios estaban manchados de grasa.”

No habría esperado que ella supiera eso. Impresionado, continuó: “la idea de tener que abrir, de un mordisco, los extremos de los cartuchos, tratados con grasa animal, sería extremadamente ofensiva tanto para los hindúes como para los musulmanes. Canning, el gobernador general en ese momento, emitió una ordenanza que prohibía el uso de tales grasas, pero, fue demasiado tarde. Después de generaciones de vivir bajo el raj británico, los cipayos tenían pocas razones para confiar en nuestra palabra. Sin embargo, sus razones para amotinarse iban mucho más allá de la cuestión de los cartuchos.”

“¿Viste alguna pelea?”

Él sacudió la cabeza. “Había reservado un pasaje a casa meses antes. Mi barco zarpó el once de mayo de 1857. Los cipayos incendiaron Delhi al día siguiente.”

Ella se abrazó sobre sus rodillas. “Tienes suerte.”

Él sonrió ante la ironía. “Tendré que mantenerte cerca para que me lo recuerdes.”

“Me gustaría estar cerca de ti, sentarme y... Hablar.” Sus ojos se posaron en los de él, por un breve instante de conocimiento, y cualquier duda que él hubiera albergado acerca de si podría tenerla, que ella sería suya, se desvaneció.

Simon respiró hondo. “A mí también me gustaría.”

Delineada por la luz del fuego, con su cuerpo ágil en reposo relajado, ella era la tentación personificada. Qué fácil sería para él levantarse, caminar hacia ella y alcanzar la cuerda color miel que colgaba sobre su delgado hombro. Como tirando un ancla, la enrollaría alrededor de su mano y la traería lentamente a sus pies, lentamente hacia... Él. La fantasía lo desgarró como colmillos, poniendo a prueba su honor y su temple como hombre, y no como bestia.

El repique del reloj del pasillo lo devolvió a la cordura. El mundo diurno, ese reino gobernado por principios y planes, pronto estaría sobre ellos. Seguir sentado era correr el riesgo muy real de ser encontrado por una de las criadas, cuyo poco envidiable deber era barrer y ennegrecer las rejillas y encender el fuego. Aunque fueran supuestos primos, no sería bueno que los vieran sentados juntos en ropa de dormir.

Esperó a que sonara la cuarta y última nota y luego dijo: “el desayuno es en muy pocas horas. Deberías intentar dormir un poco.”

Ella descartó la sugerencia con un movimiento rápido de una mano adorablemente mordida. “Estoy acostumbrada a levantarme temprano para el ordeño. No tienes que preocuparte por mí.”

Pero me preocupo. Rápidamente agregó: “Nosotros, los compañeros insomnes, debemos cuidarnos unos a otros.”

“In... Som...” Sus cejas se juntaron en un ceño fruncido. “Usas palabras tan grandes.”

Él se puso de pie, encomendándose a la ocultación de su túnica. “Insomne”, repitió, “solo significa una persona que tiene dificultad para dormir.”

Ella desdobló las piernas y también se levantó. “Oh, bueno, entonces, supongo que nos queda bien a los dos”, dijo con una pequeña risa, agachándose para ceñir su bata.

Simon la siguió con la mirada, deseando que la bata se abriera y el camisón se cayera, no por arte de magia, sino por su propia mano.

Con las manos metidas en los bolsillos, la acompañó hasta la puerta. En el umbral se dio la vuelta, con tanta rapidez que sus cuerpos casi se rozaron. “Buenas noches, Simon.”

Simon tragó saliva, recordando la primera vez que la vio en el ático, las curvas y los ángulos donde se había adherido la delgada barra de noche. “Buenas noches, Christine.”

El tiempo no era todo lo que había olvidado. Durante las últimas horas, habían dejado de ser maestro y alumno, benefactor y pupilo, y en su lugar se habían convertido simplemente en “Christine” y “Simon”. Amigos. Se apoyó contra el marco de la puerta, mirando a su nueva “amiga” doblar la esquina y desaparecer de la vista.

“Buenas noches, dulce Christine”, dijo, esta vez solo para sí mismo.

Cerró la puerta y volvió a entrar. No tenía sentido volver a la cama, pero el sofá parecía acogedor, el cojín aún estaba caliente donde Christine se había acurrucado como un gatito. Tomó una de las almohadas con borlas para su cabeza, cruzó los brazos sobre el pecho y estiró las piernas. Con los pies colgando del brazo enrollado del sofá, cerró los ojos, solo para descansar, por supuesto.

Horas más tarde se despertó con el aroma de tocino frito y huevos con mantequilla, sintiéndose tan renovado como si hubiera dormido toda la noche.

“TENGO ALGO PARA TI”, dijo Simon más tarde, en esa mañana, durante el desayuno, bajando su periódico para echar un vistazo a Christine. Sentada a su derecha, se veía extremadamente atractiva con un vestido de mañana fresco de lana azul índigo, adornado con cuello y puños de encaje. Su bonito cabello estaba recogido hacia atrás y atado con un simple moño. Más allá de una leve mancha, debajo de sus ojos, no tenía rastro de sus andanzas nocturnas. Ciertamente, su apetito parecía no sufrir.

Sin tener idea de lo que le gustaba a ella, el día anterior, le había pedido a su cocinera que sirviera algo de todo. El aparador con superficie de mármol contenía lonchas plateadas de riñones a la parrilla, tocino y salchichas, huevos revueltos y escalfados, y una gran variedad de panes, mermeladas y jaleas. Por lo que podía ver de ella apilada en el plato, Christine había probado todos los platos.

“¡Un regalo! ¡Para mí!” Exclamó, con los ojos brillantes, y luego se tapó la boca llena con una mano.

Guardó el papel y deslizó el paquete envuelto, en papel marrón, hacia ella. “En realidad no es

nada”, dijo, y su emoción hizo que se arrepintiera de no haberle comprado un regalo real, algo frívolo, personal y divertido.

Ella levantó el paquete y lo sacudió. “Es un libro, ¿no?” Una sonrisa encantada se robó en su rostro.

De hecho, era un libro, pero Simon solo dijo: “ábrelo y descúbrelo.”

Ella tiró del cordón y arrancó el papel. “Es un libro. ¡Dos libros!” Tomó el volumen más grande del envoltorio y lo levantó. “Cuide sus H y cuide sus R por el Honorable Charles W. Smith.” Ella le devolvió la mirada con una expresión desconcertada.

“Un manual de elocución que recogí en Londres”, explicó, evitando su mirada y echando más azúcar en su café. “Smith es un destacado gramático y este es su trabajo más reciente. Pensé que podríamos usarlo como punto de partida para la lección de gramática de hoy.”

Hojeándolo, ella preguntó: “si leo esto, ¿me enseñará a hablar correctamente?”

“Si quieres decir que aprenderás a hablar correctamente, entonces sí, este libro debería ponerte en el camino correcto, siempre que lo estudies fielmente.” Agarró el segundo libro, más pequeño. Antes de que ella pudiera preguntar, él indicó: “un diccionario de pronunciación. El manual de Smith se enfoca en la ubicación y pronunciación correctas de las h y las r, pero, este diccionario brinda orientación para pronunciar las letras en palabras.” No es exactamente una lectura fascinante, él reflexionó. ¿Por qué diablos no le había arrojado una novela, o dos?

“Oh”, dijo ella. Cerrando el libro, aunque parecía menos que entusiasmada. “Esto será útil.”

Una década antes, el trabajo anterior del señor Charles W. Smith, *Consejos sobre elocución y hablar en público*, le había resultado “práctico”. Margot le había hecho leerlo una y otra vez. Un domingo por la tarde, hirviendo de frustración, se abrió paso a empujones a través de su atestado salón, con el manual de Smith, encabezando la pila apretada bajo su brazo izquierdo. Entre jadeos y risitas, abrió la ventana y arrojó el odioso manual al callejón de abajo junto con gemas saporíferas como: *Errores de pronunciación y expresiones impropias*, *Pobre letra R, su uso y abuso*, y *Etiqueta para damas y caballeros*. Sin una palabra, se dio la vuelta y salió pisoteando. Sin embargo, esa noche, había encontrado los libros ensamblados, en su mesita de noche, con una nota en el guión de Margot encima: “empezar de nuevo.”

En los años siguientes, él se las arregló para dominar no solo sus h y r, sino también su temperamento. Pero todavía estaba allí, alojado debajo de la superficie poco profunda, una bestia enjaulada que en ocasiones gruñía y mordía y en otras oportunidades, escapaba por completo de su guardián: la razón. Al instruir a Christine, debía vigilarse a sí mismo con cuidado, con mucho cuidado. Todavía no habían tenido su primera lección y la frustración física, ya lo estaba empujando hacia un mal humor. Si igualaba aunque fuera un mínimo de la paciencia que Margot le había mostrado, lo consideraría una victoria.

Afortunadamente, Christine debería resultar una alumna más dócil de lo que había sido él. Su mente joven aún era maleable, como un trozo de arcilla cruda, y, sin embargo, había demostrado ser astuta y curiosa, casi patéticamente ansiosa por expandir su mundo más allá de sus estrechos horizontes, aunque fuera por el bien de sus hermanos.

Con todos esos factores a su favor, ¿qué tan difícil podría ser moldearla para que tuviera la apariencia de una dama?

¿CÓMO PODÍA SER TAN difícil decir una frase simple?

Sentado en la mesa de la biblioteca con tapa de cuero, Simon le arrebató el lector a Christine

y relejó la oración que, estaba segura, ambos habían llegado a odiar. “El peludo Harry Hastings le pidió a su tía Hannah, que le sostuviera el hermoso sombrero, mientras él iba de Hail a Hansom.”

Con el temperamento en aumento, ella empujó su lápiz detrás de su oreja. “Es lo mismo que dije. Puede que no sepa las palabras grandes, pero, sí las pequeñas que he estado usando desde que tenía dos años.”

Él se frotó el puente de la nariz. “Lo que dijiste fue una pregunta. Se pide la palabra. Observa que es una palabra simple de una sola sílaba y tres letras, ninguna de las cuales resulta ser r. Ahora empieza de nuevo.”

Puede que ella no fuera la persona más educada, pero eso no la convertía en una tonta. Con la cara en llamas, agarró el libro de nuevo. Plantando su codo en la mesa, sobre todo porque sabía que esto le molestaba, forzó cada palabra con los dientes.

“Y cesa tu inquietud infernal. Cualquiera que entrara en este momento pensaría que estabas afligida.” Él le lanzó una mirada de daga a su mano derecha.

Siguiéndolo, ella se dio cuenta de que estaba tirando de su cola de caballo. Desplegó sus dedos inquietos y los soltó. “Necesito estirar las piernas.” Cansada de sus quisquillosos mandatos, ella se apartó de la mesa.

“Eso sería extremidades y volver a sentarse. No vas a ninguna parte.”

Un pensamiento deliciosamente diabólico la golpeó. Simon estaba siendo tan sobrio que la tentación de pellizcarlo era demasiado tentadora para resistirse. “¿Ni siquiera si tengo que usar lo necesario?”

Como era de esperarse, las puntas de sus orejas se tiñeron de escarlata. “Ninguna dama jamás, bajo ninguna circunstancia, admitiría tal cosa en presencia de un caballero.”

Ella ocultó una sonrisa. Aparentemente, las damas reales ni orinan ni defecan. No es de extrañar que las pocas que había conocido parecieran tan duras y rígidas, excepto la señorita Ashcroft, por supuesto, ella era una mujer que sabía cómo hacer que la compañía educada fuera muy divertida.

“¿Qué haría ella entonces?” Hizo un espectáculo de abrir mucho los ojos.

“Ella pediría que la excusaran.” Apretaba la mandíbula con tanta fuerza que casi podía oír el hueso crujiendo.

“Muy bien, ¿puedo disculparme?” Volvió a empujar su silla hacia atrás.

“No. Ahora siéntate derecha, con los codos fuera de la mesa, y lee el pasaje nuevamente.”

Dejó escapar un profundo suspiro, pero no había nada fingido en su frustración. Ella esperaba que sus lecciones con Simon fueran difíciles, pero también atractivas. Sobre todo, se había imaginado a sí misma leyendo su biblioteca, especialmente las novelas. En cambio, era casi la hora del almuerzo y hasta ahora solo había leído una oración mortalmente aburrida.

Un golpe en la puerta de la biblioteca le dio un respiro. Entró la amable señora Griffith. “Veo que todavía está en los libros, señorita.”

Christine dejó el detestado texto. “De hecho, aunque si es el almuerzo, supongo que puedo parar un rato. No quisiera que la buena comida de la cocina se enfriara por mi culpa.” Por el raballo del ojo, captó la mirada de Simon.

Aparentemente, al verlo también, el ama de llaves vaciló. “Todavía no, señorita Christine, aunque le garantizo que encontrará que el pastel de pichón valió la espera.” Dirigiéndose a Simon, le dijo: “lamento molestarlo, señor, pero tiene visitas, la esposa del hacendado Priestly y otras cuatro damas de la parroquia.” Ella le entregó una pila de tarjetas de visita de vitela color crema.

¡Visitantes del pueblo! Qué inesperado giro de buena suerte. Quién sabía, pero ella podría estar despidiéndose del peludo Harry Hastings y su horrible tía Hannah por el resto del día. Simon, sin embargo, parecía lejos de estar emocionado.

“¡Diablos!” Revolviendo las cartas, leyó: “la señora Charles Priestly, las señoritas Dorothea y Daphne Priestly, la señorita Frances Albright y la señorita Faith Pettibon.” Frunciendo el ceño, dejó caer todo en el bolsillo de su abrigo y se puso de pie. “¿Dónde están?” Le preguntó a la señora Griffith, y Christine tuvo la súbita y desalentadora sensación de que no era solo la lección lo que podía olvidar.

“En el salón del este con una bandeja de refrigerios en camino”, respondió el ama de llaves.

“Cómo más te vale.” Levantando la mano para ajustar la corbata que se había aflojado antes, miró a Christine como si la recordara de repente. “Me disculpo, pero, nuestra lección tendrá que esperar. No lo puedo evitar. El hacendado Priestly es un magistrado muy respetado. La mayoría de los demás granjeros votarán como él. No puedo permitirme ofender a su esposa.”

Resuelta a no fallarle, Christine se levantó de su asiento, ensayando mentalmente el protocolo para servir el té que, como prima de Simon, seguramente tendría que hacer. Si tan solo no se hubiera hecho un lío con su cabello.

“Los atenderé a todos ustedes en un santiamén. Solo necesito... Excusarme para arreglarme.”

Simon se quedó quieto. Él la miró por un momento dolorosamente largo antes de decir: “Christine, dadas nuestras circunstancias... Creo que es mejor que no nos acompañes hoy.”

“¿Nuestras circunstancias?” Ella repitió.

Él lanzó una mirada significativa en dirección al ama de llaves. “Aunque somos *primos* y tú eres *huérfana*, dado que soy *soltero*, hay quienes podrían no ver tu presencia aquí como completamente apropiada. Ten en cuenta que me presentaré al Parlamento en las próximas elecciones.”

Christine se quedó helada. Era la elección y eran todos sus grandes planes. Aquellos planes que no la incluían y nunca lo harían. Qué tonta había sido al imaginar que sentarse solos juntos, en su estudio, podría haber significado algo para él también, que ella podría llegar a significar más para él que una misión de misericordia.

“Sí, claro.” De alguna manera, ella se las arregló para empujar las palabras más allá del nudo en su garganta.

Él dejó escapar un suspiro, sin duda aliviado por librarse de ella, aunque solo fuera por una tarde. “¿Qué dices si le damos un descanso a nuestro amigo, el Maestro Harry, y tomamos las clases de geografía cuando regreses? Podemos empezar con la India, si te apetece.”

India, el país del que habían estado hablando la mitad de la noche. Lejos de salvarlo, fue lo peor que podría haber dicho. Si se hubiera quitado el cinturón y la hubiera golpeado con este, no podría haberla herido peor. La fácil intimidad de la noche anterior ahora era territorio contaminado. Cada vez que ella volvía a visitar el recuerdo en su mente, lo veía como manchado.

“Comenzaré de inmediato.” Decidida a no mostrar cómo la había lastimado, se dirigió hacia el globo gigante, que montado en su soporte de latón, ocupaba la alcoba, con ventana, que daba a los jardines.

Simon vaciló. “Christine...”

“Sigue contigo, entonces”, ella dijo, más bruscamente de lo que él pretendía. “Tus invitadas se preguntarán a dónde tienes que ir. No harás esperar a las damas.”

Por una vez, él pareció no tener respuesta. Se dirigió a la puerta lentamente, como si ya no tuviera tanta prisa. La señora Griffith, inusualmente tranquila, lo siguió.

Girando el globo, Christine esperó a que la puerta se cerrara detrás de ellos. Una vez que lo

hizo, se alejó de la ventana. Paseando, buscó alguna señal de que la noche anterior había sido verdadera. No había ni un ardid, ni un sueño encantador. Blanqueada por la cruda luz del día invernal, la habitación bien equipada parecía más altiva que acogedora, mientras que los bustos de mármol de filósofos y políticos desaprobaban más que dignificaban. Incluso los estantes de los amados libros parecían empeñados en asfixiarla con las paredes presionando hacia adentro. Ella necesitaba aire.

Abrió la puerta y salió al pasillo. Al pasar por el salón, con la puerta entreabierta, oyó la voz de Simon, seguida de un coro de risas femeninas agudas.

Aplanando la espalda contra los paneles, estiró el cuello y miró hacia adentro. Simon se sentó entre dos mujeres en un sofá, con respaldo de camello, destinado a dos.

“Oh, mi querido señor Belleville”, canturreó la pelirroja de grandes pechos a su derecha. “Si hubiéramos sabido que serías tan divertido, te habríamos llamado antes de ahora.” Su mano enguantada encontró la parte superior de su rodilla.

“Ahora, Fanny, no debemos olvidar que el señor Belleville es un político”, intervino la mujer mayor a su izquierda. Levantó la mano para asegurar sus quevedos, antes de que se deslizaran más abajo por el puente de su nariz larga y delgada. “Debemos esperar que tenga una lengua plateada y un ingenio listo. Pero, en serio, señor Belleville, ¿cuál es su opinión sobre todo este alboroto por la reforma parlamentaria?”

Christine se apartó de la puerta. Sus chirriantes trinos la siguieron hasta el vestíbulo. ¿Así que estas eran sus superiores, las damas tan apropiadas que no estaba en condiciones de conocer, las que ni orinaban, ni defecaban, al menos no que ellas lo admitieran? Lágrimas de ira cayeron por sus mejillas. Encontró su abrigo dentro del armario del día anterior. Lo arrancó de la percha y salió por la puerta principal, metiendo los brazos en las mangas, mientras avanzaba.

El carruaje de los visitantes se detuvo en el camino de entrada. Christine se armó de valor para pasar de largo. Con su cabello revuelto y su paso decidido, si la vieran, supuso que la tomarían por una sirvienta superior, ciertamente no por una dama de la casa. Un momento después, el conductor lo confirmó, saludándola como “pata”, y deseándole un descarado buen día desde su asiento en la caja. Ella lo ignoró y pasó a toda velocidad, dando vueltas hacia la parte trasera de la casa. Los escalones de piedra conducían al jardín sur y desde allí al jardín en terrazas. Lo había visto el día anterior desde uno de los balcones superiores con Simon. Su timidez inusual, cuando le pidió permiso para llamarla por su nombre de pila, su insistencia en que ella pensara en Valhalla como su hogar, ¡su hogar! El brillo en su mirada cuando se burló de ella por despreciar su casa, todo había sembrado la esperanza de que él podría llegar a verla, como algo más que una invitada, una alumna o incluso una amiga. A veces mareada y aterrorizada, apenas había sido capaz de unir dos palabras, esa noche en la cena, y los cubiertos resbalaban como mantequilla de sus dedos temblorosos. Una vez de regreso en su habitación, no pudo dormir al ver su rostro, especialmente sus ojos. Cuando lo encontró en la biblioteca, casi por accidente, se preguntó si no se había metido en un sueño después de todo.

Mirando hacia los yermos de los jardines, ahora, se obligó a examinar sus circunstancias con los ojos muy despiertos. Simon, el señor Belleville, era un caballero, y, por lo tanto, tan intocable como las estrellas que una vez había deseado alcanzar. Ya no era esa chica que miraba las estrellas, sino una mujer con responsabilidades, esas responsabilidades eran llamadas: Liza, Timmy y Jake.

Por el bien de su familia, ella debía dejar de lado sus tontas fantasías sobre el señor Simon Belleville, de una vez por todas.

CAPÍTULO NUEVE

“Si todos se ocuparan de sus propios asuntos”,
dijo la duquesa con un gruñido ronco,
“el mundo daría vueltas, en un trato
más rápido de lo que lo hace.”

—Lewis Carroll, *Las aventuras de Alicia en el país de las maravillas*, 1865.

“Pero, en serio, señor Belleville, ¿cuál es su opinión sobre todo este alboroto de la reforma parlamentaria?” Sentada en el sofá, con respaldo de camello, junto a Simon, Eugenia Priestly le pasó el té. “¿La reducción de requisitos de propiedad y el aumento del número de escaños no abrirán la Cámara a todo tipo de sinvergüenzas y fracasados?”

“Esa es una interpretación”, admitió, apoyando la delicada porcelana china en su rodilla. Si la señora Priestly se enterara de sus comienzos en el East End, sin duda consideraría su candidatura como una prueba positiva de su punto. “Sin embargo, los condados siempre han sido bastiones conservadores. Aumentar aún más el número de escaños, por condado, de acuerdo con las disposiciones de la Ley de Reforma del año pasado, solo puede beneficiarnos.”

“Pero ¿qué hay de los ayuntamientos, señor Belleville?” Intervino Faith Pettibon. La hermana solterona del vicario era una mujer nerviosa como un gorrión, tan deslucida como el sofá color avena, en el que estaba sentada.

Simon recorrió con la mirada a cada una de las cinco mujeres, incluidas las tontas hijas gemelas de la señora Priestly, antes de responder. “A modo de gesto conciliatorio con nuestros oponentes, la Ley de Reforma actual prevé una mayor extensión de la franquicia municipal, y, sin embargo, haríamos bien en preguntarnos qué han ganado nuestros oponentes. Sería difícil imaginar que los ayuntamientos se volvieran más liberales de lo que ya son, ¿no es así?” Habiendo hecho su punto, se acomodó en su asiento.

Dos puntos brillantes de color aparecieron en cualquiera de las mejillas calcáreas de la señorita Pettibon. “Bueno, yo... Supongo que sí.”

Incluso la sombría boca de la señora Priestly se suavizó en una media sonrisa. “Es usted un hombre persuasivo, señor Belleville.”

“Ciertamente lo es”, secundó Fanny Albright, la hija pelirroja del alcalde.

La señorita Albright se había sentado a su izquierda, aunque el sofá estaba hecho para acomodar solo a dos. Por segunda vez ese día, su mano aterrizó muy brevemente en su pierna.

Su interés en él era obvio y no correspondido en absoluto. Preguntándose por qué debería ser

así, él la miró de soslayo. Era una mujer hermosa, de pechos grandes y caderas anchas, dotada del tipo de curvas generosas, que a él siempre le habían gustado. Sin embargo, últimamente había llegado a apreciar la figura de otra. Sí la había llegado a apreciar...

Christine. Probablemente, ella estaba almorzando ahora, tal vez, frunciendo el ceño ante su lector, mientras servía el pastel de pichón cocinado. No había pasado por alto la mirada afligida en su rostro, cuando le dijo que se quedara atrás. ¿Se había equivocado al no invitarla? Las mujeres sentadas a su alrededor eran los proverbiales pilares de la comunidad. Eran depredadoras. Si hubieran tenido la oportunidad, habrían arañado a Christine con los colmillos, hundido las garras en su yugular y luego devorado lo que quedaba de ella, con mucho más celo del que aplicaron a sus galletas y bocadillos de berros. Aún así, no podía evitar la sensación de hundimiento de que le había fallado a ella y no solo a Christine, sino también a sí mismo.

“¡Pooh!” Declaró la señorita Albright, haciendo un puchero. “Toda esta charla sobre política es tan agotadora. ¿Deberíamos ser honestas, señoras, y admitir la verdadera razón por la que hemos venido?”

Una sonrisa maliciosa iluminó su mirada verde sesgada, y Simon sintió que la antigua cautela se arrastraba por su espalda. “¿Y eso es?”

“Todas nos morimos por saber si tienes o no alguna relación con Lord Stonevale de The Priory.”

“¡De verdad, Fanny!” La señora Priestly golpeó su taza contra el plato festoneado. “Confiaba en que no tuvieras tacto.”

Encogiéndose de hombros, la señorita Albright se inclinó hacia adelante y tomó una galleta helada de la bandeja de plata, pegando su cadera al muslo de Simon. “Bueno, el apellido de su señoría es Belleville.”

Sabía que era solo cuestión de tiempo antes de que lo llamaran para hablar sobre su linaje, pero Simon supuso que el tema surgiría con él, en el escenario de un salón de actos, debatiendo con su oponente político, no en un salón de chismes.

“Soy su nieto”, él lo admitió, sintiendo que la tensión se apoderaba de su cuello y hombros.

Jadeos, luego una ráfaga de preguntas saludaron su admisión.

La voz de Eugenia Priestly se elevó por encima del balbuceo. “¡Extraordinario!” Levantando una mano enguantada, hizo una señal de silencio. Dirigiéndose a Simon, explicó: “cuando supimos, por primera vez, que el señor Belleville había comprado esta propiedad para construir, Priestly y yo asumimos que usted debe ser de una rama cadete de la familia. Nunca supusimos que su conexión con su señoría fuera tan íntima. ¡Santo Cielo! Señor, ¿por qué nunca reveló esta relación antes?”

Con la columna rígida, Simon respondió: “nunca he ocultado ningún secreto de mi vínculo de sangre con Lord Stonevale o el hecho de que estamos separados.”

Mordisqueando su galleta, los ojos de gato de Fanny Albright brillaron. “¡Extraño! ¡Qué rico! Le ruego que no nos tenga en ascuas por más tiempo, señor Belleville. ¿Cuál es la naturaleza de la disputa entre usted y su señoría?”

“Sí, señor Belleville”, coronaron las señoritas Priestly. “Díganoslo.”

“Chicas”, advirtió su madre, “es de muy mala educación presionar a nuestro anfitrión para que hable de un asunto de naturaleza tan personal. No se debe acosar al señor Belleville para que cuente la historia de su familia. Eso es... Bueno, señor Belleville, ¿le importaría desahogarse ante oídos comprensivos y estamos dispuestas a complacerlo? ¿no es así, señoras?”

La mirada de Simon recorrió el semicírculo de cabezas que se balanceaban, cuyos rostros estaban entrenados para la simpatía, excepto por los ojos. Al notar el brillo codicioso en los cinco

pares, sintió que su molestia se convertía en una verdadera aversión.

“Como Lord Stonevale y yo no tenemos una pelea personal, no hay nada más que decir sobre el tema.”

Era una mentira descarada, si alguna vez dijo una. Sentarse por las noches, escuchando las historias arrastradas de su padre sobre sus días de gloria pasados había sido algo personal. Cargar con los hombros, barriles de brandy, cajas de tabaco y sacos de arroz hasta que pensó que su columna se partiría había sido algo personal. Ver cómo su madre viuda se enflaquecía y encanecía buscando en el correo, mañana tras mañana, la respuesta de Stonevale a su súplica, no por ella sino por sus hijos, había sido profundamente personal.

Pero nunca había llegado ninguna carta ni ayuda. Si lo hubiera hecho, ni él ni Rebecca habrían estado en el muelle esa noche. Pero lo habían hecho, y ahora su hermosa hermana de ojos brillantes estaba encerrada dentro de la mente de una niña. De todo lo que había soportado, eso era lo más difícil de perdonar.

Imposible de perdonar.

La señorita Albright hizo un espectáculo de quitarse las migas de galleta de su corpiño ceñido al cuerpo. “¿Cómo puede una pelea no ser personal?”

Eligiendo sus palabras con cuidado, Simon respondió: “Lord Stonevale no aprobó el matrimonio de mis padres. La noticia de que su único hijo y heredero pretendía casarse con la criada judía casi le provocó un ataque de apoplejía. Hizo redactar un nuevo testamento, uno que desheredaba no solo a mi padre, sino también a cualquier descendencia que pudiera engendrar.”

Sus padres se habían casado en una ceremonia civil que ninguna de sus familias había reconocido. Unos meses después, nació Rebecca.

“Pero, el título, señor”, intervino la señora Priestly, como un perro que se niega a dejar caer un hueso roído. Parecía que no iba a darse por vencida hasta que el último trozo de carne quedara limpio. “Por la gracia, serías su heredero, ¿no es así?”

“Creo que mi abuelo consideró oportuno conferir ese honor a un primo lejano.”

Fanny Albright habló: “pero, seguramente puede presentar su caso ante el Colegio de Heraldos. Puede presentar una petición al Parlamento, si es necesario.”

“Si quisiera”, admitió Simon.

La reincorporación requeriría que presentara los documentos de matrimonio de sus padres, perdidos hace mucho tiempo. Incluso podría requerir la aprobación real. Adore Disraeli a través de Victoria lo hizo, aún así ella se negó a elevar al filántropo judío, Sir Lionel Rothschild, por encima de un barón.

Pero cada vez más, el verdadero poder del Parlamento no residía en los Lores sino en los Comunes. Todo era por ese precioso poder y codiciado control. Simon estaba decidido a estar en el centro de todo.

“Los pecados de los padres”, entonó la señora Priestly, sacudiendo la cabeza y volviendo su aguda mirada hacia sus hijas, agregó: “Dorothea, Daphne, fíjense bien en la historia del señor Belleville, porque hay una moraleja en ella. Solo piensen que si su papá hubiera cumplido con su deber y se hubiera casado donde se le pidió, el señor Belleville tendría su derecho de nacimiento y el lugar que le corresponde en la Cámara de los Lores.”

Ciertamente, esta fue una moraleja interesante para llevar. “De hecho, solo piensen...” Simon vació su taza de té, deseando haber puesto alguna excusa para quedarse con Christine.

Con la curiosidad, saciada por el momento, sus interlocutoras se centraron en temas más cercanos a su hogar: las recientes reparaciones en la fachada de los salones de actos de la ciudad, las dificultades para encontrar una costurera decente y un jardinero pasablemente bueno.

La señora Priestly dejó a un lado su té y se puso de pie, una señal para que las otras mujeres hicieran lo mismo. “Estoy ansiosa por ver esos jardines suyos, Belleville.”

Simon también se levantó. “En esta época del año no hay mucho que ver, aparte de una gran cantidad de malezas y arbustos desnudos. Mi jardinero jefe se enfermó el verano pasado y dejé que los terrenos se arruinaran.”

Horticultura: un tema seguro, aunque poco inspirador, pero en compañía de Christine, incluso hablar de insectos había parecido conmovedor... No fue por primera vez, Simon pensó en ella, esperando en su biblioteca. La imagen de ella sentada sola en la larga mesa de la biblioteca evocaba una considerable melancolía.

Las cejas de la señora Priestly se levantaron. “¿Has considerado contratar a un reemplazo?”

De hecho, había mantenido ese puesto para no privar al hombre de su sustento. Pensó en el día anterior, cuando había estado en el parapeto de piedra con Christine, y una sonrisa le hizo cosquillas en las comisuras de los labios. “He empezado a hacer averiguaciones.”

A la mitad de la puerta, la señora Priestly dijo: “como presidente del club de jardinería de nuestro ayuntamiento, estaré encantada de ofrecer mi consejo.”

Simon no lo dudó ni por un segundo. Con la esperanza de poder dar a sus visitantes un rápido recorrido, antes de depositarlas en su carruaje, se acercó al timbre. “Haré que un lacayo les recoja los abrigos.”

FLEXIONANDO LOS DEDOS ENTUMECIDOS, Christine dejó las tijeras de podar y examinó la colina de hojas sueltas y abono, que había construido alrededor de la base de cada arbusto. Las rosas arbustivas de Simon eran lamentables, pero con suerte sus esfuerzos para protegerlas, contra más daños por heladas, salvarían a algunas de las más resistentes. En deferencia a lo avanzado de la temporada, había mantenido la poda al mínimo, cortando solo las cañas muertas y enfermas para evitar que se rompiera la nieve. Levantándose de la bolsa de arpillera vacía sobre la que se había arrodillado, usó sus gruesos guantes de trabajo para barrer los escombros.

Esto se me da bien, pensó y una extraña paz la invadió.

Ella podía ser un fracaso como dama, podía no saber lo que se debe pronunciar y lo que los demás deben ignorar, pero dentro de los límites de los jardines de Simon, se sentía tan tranquila y omnisciente como una reina.

La llamarada ardiente en las yemas de sus dedos le dijo que ya era hora de entrar. ¿Seguramente las personas que llamaron a Simon ya se habrían ido? Y Simon, ¿podría haberla descubierto, cuando salió de la biblioteca y se dispuso a buscarla? A pesar de su dolor por su despido, la posibilidad de que él se encontrara con ella, en el camino de regreso, le provocó una extraña sensación de aleteo.

Poniéndose de pie, se golpeó las faldas. Terrones de barro y hierba se aferraban obstinadamente a los pliegues aplastados, y su fino abrigo de lana mostraba manchas de humedad, en las rodillas y los puños. No había tenido la intención de ensuciarse tanto, pero como sucedía a menudo, su entusiasmo la había dominado. Una vez dentro de la casa, ascendería por las escaleras para descongelarse y cambiarse, y luego se reuniría con Simon, en la biblioteca. Preocupado como estaba, probablemente, él nunca se daría cuenta de que ella se había ido.

Devolvió las herramientas al cobertizo del jardinero y comenzó a subir por el camino de grava, metiendo las manos rígidas, dentro de los bolsillos de su abrigo, con el viento azotando su cabello suelto sobre sus mejillas congeladas. Se quitó un mechón suelto de los ojos y ascendió

por las escaleras de la terraza.

Una aguda voz femenina la detuvo. “Puedo ver que he llegado no en un momento demasiado pronto.”

De pie en la terraza de arriba, estaba la matrona canosa del salón, junto con las otras cuatro mujeres, y Simon. Con la esperanza de esconderse debajo de las escaleras hasta que volvieran a entrar, Christine retrocedió. Mientras lo hacía, su hombro izquierdo golpeó algo sólido. Sorprendida, se dio la vuelta. La urna de flores vacía cayó de su pedestal, golpeó los adoquines y se partió.

Por encima de ella, la matrona gritó: “¿qué fue eso?”

Más que el azote del viento, el tono helado de Simon desencadenó un escalofrío hasta los huesos. “Lo más probable es que sea una ardilla. A veces, estas entierran sus bellotas en las urnas de flores.”

A pesar de su situación, Christine reprimió una risita. Simon debía considerar tontas a sus damas de visita.

“Basura, alguien está ahí abajo, y tengo la intención de ver quién es.”

El grito de batalla hizo que una brigada de pies bajara los escalones en fila india.

Sabiendo que la descubrirían, Christine salió a la luz. “Hola”, dijo ella, forzando una sonrisa.

Rostros sorprendidos la saludaron. La anciana miró a Simon horrorizada. “¿Señor Belleville! Seguramente, ¿no ha contratado a una jardinera!”

Bajando el último escalón, él hizo una mueca. “Señoras, permítanme presentarles a mi prima, la señorita Christine Tremayne.”

“¿Tu prima!”

“Por parte de mi madre”, aclaró.

La prostituta de cabello llameante que Christine había visto tocar la pierna de Simon empujó hacia adelante. “Soy Frances Albright, pero, puedes llamarme Fanny.” Sonriendo, miró a Christine de arriba abajo.

“Debe ser mi día de suerte”, dijo Christine, esquivando la mirada de daga de Simon.

Las presentaciones pasaron en un borrón de saludos poco entusiastas y miradas pétreas. Christine se limitó a una sola palabra, “hola”, cada vez que expulsaba el aire de sus pulmones para darle a la h, un tan importante merecido.

“Encantada”, murmuró la esposa del escudero, mientras que su expresión comprimida transmitía todo lo contrario.

Las mejillas de Christine ardían tanto por la humillación, como por el frío, pero mantuvo la barbilla alta y los hombros hacia atrás de una manera que habría enorgullecido a su padre.

Simon parecía lejos de estar orgulloso. “Mi prima se cree una especie de horticultora”, dijo a modo de explicación de su ropa sucia. Le indicó a Christine: “te resfriarás, si no tienes más cuidado. Entra y caliéntate...Ahora.”

Aprovechando su oportunidad de escapar, ofreció un último “buenos días” (afortunadamente libre de h), subió los escalones restantes y se metió en la puerta más cercana.

“Qué chica tan extraordinaria”, destacó la señora Priestly, sin apenas esperar a que Christine se apartara del alcance del oído.

Deslizando la sonrisa del político, que practicaba todas las mañanas en su espejo de afeitarse, Simon dijo: “señora, creo que esa es la observación más aguda que ha hecho en toda la tarde.”

ERES UNA TONTA DEL RON, Christine Tremayne, y un desastre, también.

Sin discutir, el reflejo de Christine le devolvió la mirada desde el espejo biselado del lavabo. No es de extrañar que todos, incluido Simon, la miraran como si le hubieran brotado cuernos. Su cabello colgaba sobre sus hombros en una maraña lacia, libre de la cinta que de alguna manera había perdido. La punta de su nariz estaba roja, como una remolacha, y el barro que le cubría el pómulo izquierdo había comenzado a agrietarse y descascararse. Deseando poder quitarse la vergüenza con la misma facilidad, se inclinó hacia el lavabo para enjuagarse la cara. Antes de que pudiera, sonaron golpes fuera de su puerta.

“Adelante.” Apenas había pronunciado las palabras cuando la puerta se abrió.

Se giró para ver a Simon de pie en la puerta abierta. Se había quitado la chaqueta y la corbata desatada le colgaba holgadamente sobre el cuello abierto de la camisa. Un mechón de su cabello, normalmente arreglado, cayó sobre un ojo enojado.

Cerró la puerta detrás de él y caminó hacia ella. “Te dije que me esperaras en la biblioteca. En lugar de eso, te encuentro dando vueltas afuera como una vagabunda. ¿No puedes seguir ni siquiera una simple orden?”

Él se paró frente a ella, y cualquier explicación que había pensado dar se le arrugó en la lengua. Miró sus grandes manos colgando a los costados, los gruesos dedos abriéndose y cerrándose en el aire, y un escalofrío la recorrió. Pero no, este era Simon, el hombre más civilizado que jamás había conocido. Podría dar un portazo o dos, pero nunca le pondría las manos enfadadas.

Tragando saliva, se obligó a mirarlo. “¿Soy una prisionera, entonces?”

Por primera vez, desde que entró, él parecía menos que seguro de sí mismo.

Aprovechando su repentino silencio, Christine dijo: “el otro día me pediste, me pediste, que te ayudara con las rosas, y yo... Te ayudé.”

Él la miró fijamente, como un incrédulo. “Pedí tu consejo. Nunca quise que hicieras el trabajo manual.”

Pensando en todo el trabajo manual, involucrado en una granja lechera, Christine sintió que su miedo tonto se disolvía y su ira ardía. ¿Quién era él para juzgar el valor de un día de trabajo honesto? Aparte de la noche en que él la ayudó a entrar en el burdel, lo más pesado que lo vio levantar fue una pluma estilográfica.

Mirándolo, ella se acercó a él. “Si no hubieras...” Se detuvo, devanándose el cerebro en busca de una palabra lo suficientemente grande como para expresar todo lo que sentía. “Desterrarme, en primer lugar, nunca habría tenido motivos para salir.”

Simon frunció el ceño. “Apenas te desterré. Simplemente te pedí que continuaras con tu lección, mientras yo atendía a mis invitadas.”

Ella cruzó los brazos sobre el pecho, tratando de contener el dolor. “No querías que conociera a esas mujeres. Tenías miedo de que hiciera o dijera algo para avergonzarte.”

Él dudó, un largo trago onduló por los músculos tensos de su garganta. Finalmente dijo: “oh, Christine, ¿qué quieres que te diga? Me postulo para el Parlamento.”

Si hubiera estado al alcance de la mano de la repisa de la chimenea, las pequeñas y bonitas figuritas dispuestas encima habrían estado en grave peligro. Tal como estaban las cosas, ella tuvo que apretar las manos con fuerza para evitar extender la mano y abofetearlo. “Está muy bien que tú y los de tu clase se burlen, pero, la gente trabajadora tiene el mismo corazón y sentimientos que tú.”

Palideció, excepto por sus orejas que tenían las puntas rosadas. “No era mi intención... Es decir, no me estaba burlando de ti.”

“¿En serio? *Mi prima se cree una especie de horticultora*”, imitó sus palabras, con lágrimas en los ojos. Dio un paso atrás, poniendo la distancia que tanto necesitaban entre ellos, una distancia que siempre estuvo allí, aunque no siempre la poseyera. “No estoy ciega, Simon. Vi la forma en que esas mujeres me miraban. Como si fuera una especie de serpiente que se arrastraba desde el jardín. Pero, no me importaba ni un poco, de verdad que no, hasta que te vi mirándome de esa manera también.”

Ella se quedó sin aliento, concediéndole la oportunidad de contradecirla, negar sus duras palabras y defenderse. Pero el silencio constante de Simon también terminó con esa última pequeña esperanza. Por mucho que quisiera estar equivocada con él, no lo estaba. Él podría tener un gran corazón, un corazón más grande y más suave de lo que le gustaría tener, pero cuando todo estaba dicho y hecho, la verdad era tan clara como la nariz bastante arrogante en su hermoso rostro.

Simon era un snob.

Disgustada, se acercó a la chimenea. “El gato te comió la lengua, ¿verdad?” Sacando el atizador de su estante, lo usó para apuñalar las llamas azul anaranjadas, con la esperanza de echarle la culpa a una ceniza que se disparaba si notaba que tenía los ojos llorosos.

Sus pasos se acercaron una vez más. “Christine.”

¿Por qué, oh, por qué no iba a hacer lo decente y marcharse, volver al redil de gente finamente emplumada que, a diferencia de ella, eran de su especie? Al final de su ingenio, se dio la vuelta. “¿Qué más quieres de mí?”

Con rostro sombrío, respondió: “comenzaré con la esperanza de que aceptes mis disculpas.” Bajó la mirada hacia la varilla de latón que aún tenía en la mano y levantó un lado de la boca. “Aunque algunos podrían estar de acuerdo en que un buen golpe podría ser el medio más inmediato para mejorar mis modales.”

Solo entonces, al recordar el arma potencial que empuñaba, sintió que la sangre se le escapaba de la cabeza y que el atizador se le escapaba de las manos. ¡*Hareton*! Su fantasma del pasado, ¿nunca la dejaría en paz?

Ella miró el desastre que había hecho, las baldosas rotas, una rota por completo. No importa a dónde fuera, parecía condenada a dejar destrucción a su paso. “Lo lamento.” Se inclinó para recoger los pedazos.

“Déjalos.” La mano de Simon en su codo la detuvo. “Los mosaicos rotos son mucho más fáciles de reparar que un fideicomiso roto.” Tragó saliva, la onda viajó al hueco sombreado que mostraba el cuello abierto de su camisa. “Debería haberte invitado a tomar el té y haberte presentado como mi prima de inmediato. Me dije a mí mismo que solo estaba pensando en ti, que quería asegurarme de que estabas lista, lo suficientemente fuerte antes de exponerte a la sociedad. A ella... Pero, ahora veo que solo estaba pensando en mí mismo, en la elección. Fue débil por mi parte, débil e imperdonablemente egoísta. ¿Puedes empezar a perdonarme? ¿Puedes al menos empezar a intentarlo?”

Con el corazón henchido, Christine podía hacer mucho más que empezar. Nunca había esperado una disculpa, y, sin embargo, allí estaba él, el señor Simon Belleville de Valhalla, aspirante a diputado por Maidstone, ofreciéndole la disculpa más hermosa que una mujer pudiera desear. Cuando usó el borde de su pulgar para secar la lágrima que ella no recordaba haber derramado, la delicadeza del gesto casi la deshizo.

Ella levantó su mirada hacia la de él. “Usted tiene razón. No estoy lista para la sociedad. Puede que nunca lo esté. Ese plan tuyo de convertirme en una dama... Puede que estés perdiendo el tiempo.”

Sus manos se cerraron sobre sus hombros, los dedos flexionados enviaron pequeños escalofríos deliciosos, saltando por su columna. Él la atrajo hacia él, tan cerca que sus senos casi rozaban su pecho, en un tormento delicioso y burlón. “Nunca pierdo el tiempo.”

Otro trago duro acentuó ese pronunciamento. Su mirada gris atravesó la de ella. “¿No tienes idea de lo especial que eres?”

La demanda tomó a Christine por sorpresa. Nadie, ni siquiera su padre, le había dicho que era especial. Viniendo de Simon, el cumplido fue tan sorprendente como la nieve en junio, tan dulce como el primer melocotón de la temporada arrancado del árbol.

Deslizó una mano por su brazo y su mano sobre la de ella. Llevándola a sus labios, presionó un beso en su palma. El calor se acumuló en la parte baja de su vientre. En el interior, un pequeño pájaro atrapado batía sus alas. Como un junco que se dobla con la brisa, Christine se inclinó. Volvió su rostro hacia él, buscando más, deseando todo. Como si sintiera su rendición, él se acercó aún más. Sus bocas se movieron apenas un pelo hasta que ella saboreó las especias del té en su aliento.

Eres una tonta, Christine, eso es lo que eres.

Ella se apartó. Apoyando una mano en el centro de su pecho, negó con la cabeza. “Por favor, sar, déjame en paz.”

Su empujón débil no lo movió, pero su súplica debe haberlo hecho. Simon dejó caer las manos y dio un paso atrás. La mirada herida en sus ojos cortó su corazón.

“Perdóname, si te he ofendido. No quise decir...” Retrocedió, sacudiendo la cabeza como para despejarse, mientras que sus pasos eran tan vacilantes como los de un borracho.

Una mujer sabia lo habría dejado marchar, pensando lo que haría. Pero Christine no era sabia, ciertamente no en lo que a Simon se refería.

Tomó aire y espetó: “la amabilidad puede herir lo mismo que la mezquindad, peor en el momento. Cuando me hablas con delicadeza, cuando me tocas, surge un dolor, de esos que no desaparecen.”

Él tragó saliva. “No volverá a suceder. Tienes mi palabra.”

La palabra de honor de un caballero, ¿cómo podría haber sabido que le traería tanta amargura? Sin confiar en sí misma para mirarlo por más tiempo, se dio la vuelta. “Gracias.”

Las botas resonaron en las tablas del suelo, pasos lentos y firmes que lo llevaron a él al umbral y más allá. Al escuchar la puerta abrirse y luego cerrarse, Christine rara vez se había sentido menos agradecida en toda su vida.

CAPÍTULO DIEZ

Los pensamientos secretos de un hombre
recorren todas las cosas, santas, profanas,
limpias, obscenas, graves y ligeras,
sin vergüenza ni culpa.

—Thomas Hobbes, *Leviatán*, 1651.

Tres semanas después.

Para Simon, el episodio en el dormitorio de Christine sirvió como un recordatorio de lo rápido que una situación puede ir de mal en peor. También sirvió como advertencia.

En las tres semanas y un día desde que entró en su cámara, había revivido la escena innumerables veces en su mente. Tres semanas y un día no eran un mes, y, sin embargo, era tiempo suficiente para examinar no solo sus acciones, que eran tan vergonzosas como patéticas, sino también el motivo que las impulsaba. Ahora que podía mirar más allá de su ira, vio esa emoción por lo que había sido: una cortina de humo, una farsa.

Desde el momento en que cruzó el umbral y vio a Christine, parada en el lavabo, no había querido nada más que besarla. Incluso ahora lo asombraba pensar cuán perfectamente encajaría en sus brazos, cuán bien se había sentido tenerla allí. Había sido muy consciente de Christine como mujer, de sí mismo como hombre y del gran dosel de latón a unos pocos metros de distancia. Afortunadamente para ambos, Christine había vuelto en sí.

Cuando me hablas con delicadeza, cuando me tocas, surge un dolor, de esos que no desaparecen.

¿Cuántas noches sin dormir había pasado dándole vueltas a esa angustiada declaración? ¿Cuántas comidas había empujado por su plato, preguntándose si ella sentiría alguna pequeña medida del anhelo crudo e inquieto, que se apoderaba de él, cada vez que se encontraba a solas con ella, una situación inevitable dado que él era su tutor?

Al menos sus lecciones estaban progresando más rápidamente de lo que se había atrevido a esperar. Ciertamente, Christine poseía una mente aguda y vivaz. Había estado encantado de descubrir que su lectura y escritura eran más avanzadas de lo que su habla rústica le había hecho creer. Ya había hecho un hueco impresionante en la sección de ficción de su biblioteca, principalmente en novelas: las hermanas Brontë, George Eliot y Wilkie Collins se encontraban

entre sus autores favoritos. Simon consideró que la mayor parte de lo que ella leía eran tonterías románticas, pero se abstuvo de decirlo. Los personajes de sus libros estaban demostrando ser mucho mejores maestros que él. Obtuvo más beneficios por su ejemplo que de las diversas cartillas, manuales de pronunciación y libros de etiqueta, que él le había endosado por primera vez. Precisamente, el otro día, ella le había preguntado, de la nada, si no encontraba a la señorita Albright como “un equipaje bastante altivo”. Luchando contra una sonrisa, admitió que sí. Con rostro solemne, Christine lo había elogiado por su “sagacidad” y luego había vuelto a su libro. Esto era asombroso.

Sentado en la mesa de la biblioteca, él levantó la mirada del volumen sobre historia antigua, que había estado leyendo desde la alcoba. Con una mano apoyada en el globo terráqueo, en Egipto, él mantenía sus esperanzas, mientras ella miraba por la ventana con expresión absorta.

Simon también se encontró disfrutando de la vista, pero no fue la nieve que caía lo que captó su atención. Era Christine. Ella se veía particularmente atractiva con un vestido a cuadros de color verde, ámbar e índigo, y la cintura unida complementaba su forma de sílfide a la perfección. Aún así, no pudo evitar considerar cuánto mejor se vería el vestido, si el escote en forma de v se liberara de su recatado relleno de fichú.

Oh, lo estaba haciendo, otra vez. Decidiendo que ya era hora de que ambos dejaran de suspirar, por lo que no podían tener, dijo: “nuestro receso ha terminado. Ven y toma asiento si quieres.”

El suspiro de respuesta de Christine dejó muy claro que regresar a su asiento y a su lección no la complació en lo más mínimo. Girando, ella volvió los ojos suplicantes a su rostro. “¿No puedo salir un rato?”

La pregunta lo tomó por sorpresa. “¿En este clima?”

“La nieve está cayendo muy suave y hermosa, y no hemos tenido...”

“No hemos tenido.”

Ella respiró hondo, obviamente reuniendo su paciencia. “No hemos tenido una nevada adecuada en todo el invierno.”

Unos meses antes se habría mantenido firme. En cambio, él se encontró cediendo. “Supongo que el antiguo Egipto puede esperar hasta que nosotros regresemos.”

Sus cejas se levantaron. “¿Nosotros?”

Parecía que ella no lo había incluido en el trato. Desanimado, él empujó la silla hacia atrás y se levantó. “Difícilmente puedo permitir que salgas sola ni puedo, en buena conciencia, ordenar que uno de los lacayos salga en lo que equivale a una ventisca. Iré a buscar mi abrigo y nos reuniremos contigo en la puerta del porche sur.”

Él la dejó para ir a su dormitorio. Al entrar, encontró a Trumbull, recostado en uno de los sillones tapizados que flanqueaban el fuego. El ayudante de cámara levantó su copa en un breve saludo, luego la inclinó hacia atrás y pulió el contenido de color ámbar. “Cosas preciosas”, dijo, chasqueando los labios.

Simon miró la botella abierta en el codo de su sirviente. “Lo que estás bebiendo es un whisky escocés de veinticinco años.”

“No bebiendo, muchacho, saboreando.”

“Mira, no saborees toda la botella.”

Trumbull murmuró algo acerca de que Simon no era divertido, pero Simon no estaba de humor. “Voy a dar un paseo, así que si pudieras animarte...” Inclinó la cabeza hacia el armario de nogal, que ocupaba la mayor parte de una pared.

Trumbull dejó su vaso, en la mesa auxiliar, con un profundo suspiro, se levantó y se acercó al

armario. Abrió las puertas dobles y rebuscó, sacando ropa de las perchas. Había prendas exteriores colgadas de un brazo. Se volvió hacia Simon. “Pero, tú odias la nieve.”

Lo que Simon odiaba era el invierno. Los cielos de pizarra habían hecho que las tortuosas calles del East End parecieran aún más feas; el viento racheado siempre había parecido encontrar todas y cada una de las grietas en las paredes de yeso. Ningún débil Sol de invierno podía penetrar las nubes de polvo de carbón, que colgaban bajas sobre el aire vaporoso. Incluso ahora, el sonido del viento soplando, a través de los árboles sin hojas en el exterior, le recordaba las noches de invierno, acampadas frente al fuego de la cocina. Envueltos en cada punto que poseían, él y Rebecca no habían podido levantar los brazos por estar tan arropados, pero aun así había sido una lucha mantenerse calientes.

“¿Tal vez estoy dando vuelta a una nueva página?” Inclino la cabeza hacia Trumbull, quien colocó una costosa bufanda de lana áspera alrededor del cuello de Simon.

Sonriendo, Trumbull le tendió el abrigo. “Si todavía fuera un hombre de juego, apostaría mi último centavo a la encantadora señorita Christine, detrás de este repentino impulso de andar jugando.”

Sintiéndose tan transparente como el cristal, Simon le dio la espalda a Trumbull y pasó sus brazos por las mangas del abrigo. “¿Estás sugiriendo alguna impropiedad en que caminemos juntos?”

Rodeándolo, Trumbull le entregó su sombrero y sus guantes de cuero forrados de lana. “No estoy sugiriendo nada por el estilo, muchacho.”

Satisfecho, Simon se volvió para irse.

“Me gustaría verte herido, eso es todo.”

Con un pie en el pasillo, Simon se dio la vuelta.

Trumbull tosió elaboradamente. “Dije que te cuides de no caerte.”

Simon consiguió a Christine en las puertas de la terraza. “Pareces una momia.” Su mirada divertida se posó en su bufanda, que cubría su barbilla y la mayor parte de su boca.

Sintiendo el sabor a lana, empujó hacia abajo el envoltorio destrozado y la rodeó para llegar a la puerta de la terraza. Antes de que él pudiera colocar una mano sobre el pomo, ella lo abrió y salió corriendo.

“¡Hermoso!” Exclamó, volviendo la cara hacia la nieve que caía.

Apretó los dientes contra un escalofrío. “Teendré que aceptar tu palabra.”

“Oh, Simon, ¿debes ser tan cascarrabias?” Obviamente, sin esperar una respuesta, pasó volando junto a él y bajó los escalones.

Cascarrabias, de hecho. Temblando, Simon agarró el pasamanos y descendió. Los tacones de las botas resbalaron en los escalones nevados. “No te adelantes demasiado”, la llamó.

Pero ella ya corría por la calle, cubierta de nieve, hacia un Jem que paleaba, quien clavó su paleta en la nieve y la saludó. Apretando la mandíbula, Simon aceleró el paso.

Jem se tocó el mechón, mientras Simon se acercaba. “Buenos días, sar. Eres la última persona que se supone que vería en este lodo.”

Erizado bajo sus muchas capas, Simon puso una mano sobre el codo de Christine. “Estaba paseando en la nieve, cuando tú todavía estabas en pañales.” Anclando a Christine a su lado, la llevó hacia adelante.

Los dos niveles inferiores del jardín aún no se habían beneficiado del trabajo de Jem, y la nieve subió hasta las pantorrillas de Christine. Una o dos veces, Simon se bajó la bufanda, y, con los labios rígidos, sugirió que regresaran, pero Christine solo se rió y lo instó a seguir.

“Tengo una idea mejor”, ella anunció, cuando llegaron a la tercera y última terraza. Señaló el

bosque que colindaba con el jardín. “Corre hasta ese roble.” Agarró un puñado de sus faldas y salió disparada como una flecha.

Simon no tuvo elección. Sacando las manos de los bolsillos, corrió tras ella.

Se detuvo en el borde del bosque para recuperar el aliento. La nieve alfombraba el suelo y emplumaba las ramas de los árboles sin hojas en lo alto. Entrecerrando los ojos, para protegerse del resplandor, escudriñó el camino cubierto de maleza, que serpenteaba a través de la arboleda. ¿Dónde estaba ella?

“Christine, esto no es gracioso.”

Escuchó un leve susurro desde atrás. “Vaya, vaya, pensé que te había perdido.”

Se dio la vuelta y recibió una gran bola de nieve justo entre los ojos.

“¡Diabla!”

Esto era la guerra. Agachándose para cubrirse, se dispuso a juntar su arsenal.

Otro taco congelado se hizo añicos contra el tronco de un árbol. Esquivando la lluvia de cristales, él llenó sus manos y se puso de pie, mirando con cautela a su alrededor. Todo estaba en silencio. Ella debía estar sin municiones.

Luchando con su tono más severo y tutorial, él gritó: “Christine, si no detienes esta tontería de una vez, pasarás un mes sin domingos, antes de que vuelvas a ver el aire libre.”

“Oh, está bien.” Con las manos a los costados, ella salió al aire libre.

La bola de nieve de Simon la golpeó de lleno en el cuello.

“¡Me engañaste!” Giró la cola para ponerse a cubierto.

“Eso es lo que los franceses llaman una *treta de guerra*”, gritó él con voz alegre, y luego lanzó otra pelota a su espalda, mientras se retiraba.

Ella se perdió de vista. Su mano enguantada apareció de un grupo de árboles. De ella ondeaba un pañuelo blanco. “Me rindo.”

Él sonrió, empuñando su bola de nieve más grande hasta el momento. “¿Cómo sé que este no es otro de tus trucos?”

“Tendrás que confiar en mí.”

Así que Eva probablemente le había dicho a Adán. “Hmm, tendré que pensarlo.”

“Por favor, Simon, tengo frío.”

Entonces ella finalmente se cansaría de su pequeño juego. Casi lamentándose de que ella se hubiera rendido tan pronto, dejó caer su bola de nieve y salió al claro.

El misil, el más grande de ella, hasta ahora, le quitó el sombrero de la cabeza.

“*A roose dew gare*”, gritó, triunfante, y luego echó a correr hacia la espesura.

Guerra, de hecho. Simon no había corrido en años, pero solía ser bastante bueno en eso. Recogió su sombrero, se lo puso en la cabeza y salió disparado hacia la arboleda. Ignorando las ramas cubiertas de hielo, rápidamente se acercó a su presa.

Esperó hasta que ella estuvo a un brazo de distancia y luego se abalanzó. “¡Te tengo!” Envolviéndola con ambos brazos, la atrajo con fuerza contra él.

Con la espalda pegada a su pecho y la cabeza metida debajo de su barbilla, luchó un momento más y luego se aflojó. “¡Suficiente! Justo...Es justo”, dijo entre respiraciones vacilantes. “Me rindo.”

Riéndose, él aflojó su agarre y la giró en sus brazos. Los copos de nieve platearon las puntas de sus pestañas. Sus mejillas y labios estaban teñidos de un rosa intenso. Simon dejó de reírse y se quedó mirando. Así debe haberse sentido Apolo cuando capturó a la ninfa del bosque Daphne. Pero a diferencia de ese desafortunado abrazo, Christine no mostró signos de convertirse en un árbol. Lejos de quedarse rígida como un palo, pareció derretirse en él. A pesar de que ambos

estaban agrupados, la emoción de tenerla apretada contra él, tan íntima e indebidamente cerca, hizo que su cuerpo se calentara.

Respiró entrecortadamente, sin apenas darse cuenta de cómo el frío cortaba sus pulmones. “Eres una oponente digna, señorita Tremayne, pero, pareces ser mi prisionera. ¿Alguna sugerencia sobre lo que debo hacer contigo?” Su mirada se deslizó hasta su boca, esa boca todavía lo volvería loco, y admitió que sus tres semanas y un día de fortaleza probablemente no llegarían a la vigésima tercera.

Una de sus manos se deslizó hasta su hombro y descansó allí. “Ya que nunca he sido una prisionera de guerra antes, no sé lo que puedo decir. ¿Cómo lo haría un francés?” Ella se humedeció los labios, como insinuando su respuesta.

“Oh, ¿cómo en verdad?” Simon se sintió más probado que Moisés, solo que no tenía ni un mínimo de la fuerza de ese profeta bíblico. Colocando una mano enfundada en cuero, debajo de su mandíbula, inclinó su cara hacia la suya.

“Me imagino que un francés haría algo como... Esto.” Bajó su boca hacia la de ella. Los cristales de sus alientos exhalados se fusionaron en una sola nube.

Un pitido agudo rompió el silencio. Se separaron. Simon se quedó mirando al intruso: un búho nival posado en la rama por encima de ellos. El salvador de Christine parpadeó hacia ellos con ojos muy abiertos y conocedores.

Christine retrocedió. Sonrojada, señaló más allá de ellos. “¿Qué hay al otro lado de este bosque?”

Más conmovido de lo que quería admitir, Simon se quitó los guantes incrustados de hielo y se golpeó el muslo con ellos. “Tierra de pastos.”

“¿Es tuya?”

“Lo es.”

“Entonces quiero ver. ¿Me la mostrarás?”

Se obligó a encogerse de hombros. “Si quieres, no hay mucho que ver ahora.”

Caminaron en silencio, y finalmente emergieron a un campo abierto cubierto de nieve. Al salir, su esperanza de que su curiosidad pudiera ser satisfecha pronto se desvaneció.

Señaló la colina de tiza que tenía delante. “Esa colina allá, da al valle, ¿no es así?”

A regañadientes admitió: “sí.”

“El último en llegar es un huevo podrido.” Se subió las faldas y salió.

Esa colina y el valle que dominaba eran los lugares menos favoritos de Simon, en la finca, y, muy posiblemente, en la Tierra. Si mentir la hubiera detenido, él lo habría hecho con mucho gusto, pero ella ya se había movido más allá del alcance del oído.

Se apresuró hacia ella, alcanzándola cuando encontró su equilibrio en medio de la roca cubierta de nieve. “Estás decidida a romperte el cuello, ya veo.”

Él agarró su mano, pero ella se la arrebató. “Qué verruga preocupante eres. Estoy tan segura como una cabra montés.”

Él tomó su mano. “Lástima que tengas el juicio de un pavo para acompañarlo.”

Ellos escalaron. Respirando con dificultad, llegaron a la cumbre. Christine caminó hacia la cornisa. “Es hermoso, como una tierra de hadas.”

Él la siguió. “Es tierra, en cualquier caso.”

Mirándolo con curiosidad, dijo: “Debe ser hermoso en primavera cuando las flores del campo están en flor.” Se dio la vuelta, acercándose cada vez más.

Mirándola, Simon sintió que sus rodillas se debilitaban. “Supongo que sí.”

Le tendió la mano para que ella la tomara, pero ella negó con la cabeza. “Nunca has estado

aquí antes, ¿verdad?”

Fingiendo indiferencia, él se encogió de hombros. “Una vez, con el topógrafo que contraté.”

Había sido suficiente para asegurarse de que su propiedad colindaba con la de su vecino más cercano. Y que Valhalla, la casa que estaba construyendo, sería mucho más grande y grandiosa que la enorme estructura de granito que Christine ahora señalaba.

“¿Cómo se llama esa gran iglesia de allá?” Ella preguntó.

Con el corazón latiendo, él respondió: “No es una iglesia sino un priorato medieval. Priorato de Stonevale. Ha sido una residencia privada desde que Enrique VIII disolvió la orden junto con la mayoría de las casas religiosas más ricas.”

Como hipnotizada, ella continuó mirando hacia afuera. “¿Quién vive allí ahora?”

Por primera vez, desde que partieron, sintió que el frío se le metía en los huesos. “El viejo conde.” Más para sí mismo que para ella, agregó: “Debe estar acercándose a los ochenta.”

Ella lo miró. “¿Tal vez podríamos visitarlo en algún momento?”

Eso lo hizo, antes de que supiera lo que estaba haciendo, agarrarla con fuerza, alejándola de la cornisa, de vuelta a él. “Esa casa, nunca debes acercarte a ella, ¿me entiendes?”

Sorprendida, ella asintió. “Sí, pero, ¿por qué?”

“Porque yo te digo que no lo hagas”, interrumpió él, dándole una pequeña sacudida. “Mientras vivas bajo mi techo, respetarás mis reglas, todas mis reglas. ¿Comprendido?”

La boca de Christine se abrió en un círculo sorprendido del que no salió ningún sonido.

Simon se miró las manos con sus poderosos dedos acariciando la lana de su abrigo, y luego volvió a mirar los ojos redondos de Christine. Entonces, ¿qué estaba haciendo? Las viviendas en las que se había criado estaban llenas de hombres, a los que no les importaba ennegrecer el ojo de una mujer, o, peor aún, lastimarlas si ellas se atrevían a desobedecer. ¿Qué pasaría si, en el curso de vivir entre toda esa brutalidad, algo de esto lo hubiera contagiado?

“Perdóname.” Dejó caer los brazos a los costados y dio un paso atrás. “Solo quiero que prometas que te mantendrás alejada.”

Ella lo miró fijamente. “Lo prometo.”

Él asintió rápidamente. De repente, era él quien necesitaba alejarse, irse de este lugar lo más rápido que pudiera. “Voy hacia abajo. Quédate si es necesario. Te espero abajo.”

Se alejó y comenzó su descenso, sin detenerse cuando se dio cuenta de que ella no lo seguía. Un caballero habría esperado para verla a salvo, sin importar cuánto ira hubiera vomitado, pero, Simon apenas era eso. A pesar de la ropa elegante y los modales elegantes, por dentro seguía siendo ese pequeño y miserable fango de los muelles.

Casi hasta el fondo, un grito lo detuvo. Simon se dio la vuelta y miró hacia arriba. “¡Christine!”

Ella no respondió. Ciego por la nieve, volvió a trepar, pero las botas resbalaban en el resbaladizo, las ramas de los árboles estaban cubiertas de nieve y las piedras amenazaban con derribarlo.

Con el pecho ardiendo, recuperó la cima. “¡Christine!”

De nuevo, no hubo respuesta.

Luchando por mantenerse en pie contra el viento creciente, se tambaleó hasta el borde y miró hacia la blancura ondulante. “¡Christine!”

Parpadeando para protegerse del frío, vio un montículo cubierto de nieve atrapado entre los helechos de abajo. Christine, acurrucada sobre su costado, desaparecía rápidamente bajo la nieve que caía.

Con el corazón en la garganta, bajó hasta ella, con las suelas de las botas patinando.

Su débil sonrisa saludó su acercamiento. “Simon.”

Abrumado por el alivio, se dejó caer a su lado. “Te tengo. Estoy aquí.”

Dominándose a sí mismo, le quitó la nieve de la cara y examinó el daño. Había rasguños en su mejilla que no parecían serios, y un bulto de aspecto enojado sobre su ojo izquierdo que sí lo parecía.

Con el rostro tenso, ella explicó: “mi pie se enredó en mi capa y me resbalé. Me duele el tobillo.” La valiente criatura intentó otra sonrisa, pero terminó con una mueca.

Miró por encima de ellos. La franja que se abría paso a través de la nieve intacta contaba el resto de la historia. Se había caído y luego rodado hasta la mitad del terraplén. Los arbustos de aulagas, que crecían en la ladera, debieron amortiguar su caída. Con toda probabilidad, también le habían salvado la vida. Siempre y cuando la llevara adentro y pronto. Debía estar acercándose a las cuatro en punto, y la temperatura estaba cayendo rápidamente. Estaría oscuro y helado dentro de una hora. Y la ropa de Christine estaba empapada.

Él se volvió hacia ella. “Voy a tener que llevarte. Pon tus brazos alrededor de mi cuello y aguanta. ¿Puedes hacer eso?”

Ella asintió e hizo lo que él le ordenó, dejando escapar un grito ahogado, cuando él la levantó. Sosteniendo su pierna lesionada lo mejor que pudo, comenzó a descender por la ladera, obligándose a dar pasos cortos y minuciosamente cuidadosos. No es que pudiera haber ido mucho más rápido si hubiera querido. La propia Christine era ligera como un copo de nieve, pero sus faldas empapadas se sentían como si pesaran una piedra.

Una vez que llegaron a salvo al fondo, se permitió un momento de pausa. “¿Cómo te va?” Preguntó.

Ella le sonrió con los labios teñidos de azul. “Ya no puedo sentir el dolor.”

Lo que quería decir era que no podía sentir sus pies. El miedo brotó dentro de él, pero lo empujó hacia abajo. Atravesó el claro y luego se dirigió a la espesura, agachándose para proteger a su preciosa carga de las ramas desnudas, que parecían arañar sus propias extremidades a cada paso. Cuando llegaron a los jardines, los pantalones de Simon estaban mojados hasta las rodillas, mientras que sus pies y manos congelados estaban más allá del tacto.

Christine se movió en sus brazos. Miró hacia abajo. Le castañeteaban los dientes y la punta de la nariz tenía un enrojecimiento ceroso. ¿Picadura de escarcha? ¿Una miríada de posibilidades macabras empujadas por su mente? ¿Y si contrajo neumonía? ¿Y si perdiera una extremidad por gangrena? ¿Y si ella? ¿Muriera?

Caminó más rápido, haciendo coincidir sus pasos con sus huellas anteriores, cubiertas de nieve, pero aún visibles. Pasaron la glorieta y siguieron adelante hasta que por fin estuvo de pie, en el fondo de los escalones de la terraza, con la piedra brillante como el cristal. Ascendió, el hielo estaba astillándose bajo las suelas de sus botas, y los músculos de sus pantorrillas y muslos seguían temblando, mientras luchaba por mantener el equilibrio.

La señora Griffith debía haber estado observándolos desde una ventana. Abrió la puerta cuando se acercaron. “Por mi palabra, ¿qué ha pasado?” Se vio obligada a arrojar todo su peso contra la puerta para cerrarla tras ellos.

Al entrar, el repentino calor golpeó a Simon, como una explosión en el horno de una panadería. “Mi prima ha tenido una mala caída. Puede que se haya roto el tobillo. Envía a Jem por el médico de inmediato.” Se dirigió al vestíbulo principal, dejando que el ama de llaves lo siguiera.

Christine levantó la cabeza de su hombro. “No debemos enviar a Jem con este tiempo. Seguro que no es más que un esguince.”

Pero Simon no toleraría ninguna discusión. Subió las escaleras. “El Dr. Barker será el juez de eso.”

La puerta del dormitorio de Christine estaba entreabierta. Simon la abrió de una patada y la llevó dentro.

Una criada, Janet, estaba de pie frente al fuego, aplicando su plumero a la baratija en la repisa de la chimenea. Al verlos, se dio la vuelta.

Simon colocó a Christine, en el borde de la cama. Acomodó las almohadas contra la cabecera, la puso sobre su espalda y luego se volvió hacia la criada. “Hay una botella de whisky escocés en mi dormitorio. Tráelo, tráelo aquí. Y más mantas. ¡Ahora!” Ladró mientras la muchacha permanecía enraizada.

“Sí, señor.” Dejó caer el plumero y salió corriendo.

Se quitó los guantes y luego trabajó en liberar a Christine de su capa mojada. Sus dedos continuaban entumecidos torpemente, mientras luchaba por desabrochar los botones de latón, en la parte delantera. Deslizando un brazo detrás de ella, tiró de la prenda hacia abajo y se la quitó.

“¿Estás mejor?” Preguntó, retirándola.

Ella respondió con un asentimiento aturdido, y él se giró para arrojar la prenda cerca de una silla vacía.

Con los nervios escociéndoles los dedos, se dio la vuelta para quitarle los guantes. “¿Tienes mucho dolor?” Resaltó, frotando sus dedos helados.

Ella sacudió su cabeza. “Mi tobillo duele un poco, pero no es tan malo.”

Ahora que había comenzado a descongelarse, su herida palparía. Su mueca de labios apretados lo confirmó, pero discutir solo pondría a prueba su fuerza menguante y la de él.

“Déjame ponerte más cómoda mientras esperamos al médico.”

Había comenzado con los cordones de sus botas, cuando regresó la criada. Le entregó la botella y luego se inclinó para envolver a Christine con la manta. Enderezándose, preguntó: “¿habrá algo más?”

“No en este momento.” Derramó una medida saludable de whisky escocés, en un vaso de agua, y lo puso en la mano fría de Christine. “Bébetelo”, instó. “Ayudará a calmar los latidos.”

Olfateando el borde, hizo una mueca. “Huele a medicina. ¿Qué pasa si el médico detecta un olorcillo en mi aliento?”

Simon sonrió, a pesar de ser el mismo. Qué cosita remilgada podría ser. Era difícil creer que la había encontrado en... Bueno, ¿qué importaba eso ahora? “Dile que te lo obligué a tragar.”

Con expresión dudosa, ella se llevó el vaso a los labios y lo inclinó hacia atrás. Un momento después, sus ojos se humedecieron. “Esto sabe como me medicina, también.”

Él la convenció para que tomara otro sorbo, luego agarró el vaso y lo dejó sobre la mesa de noche. “Echemos un vistazo a ese tobillo.” Se agachó y le quitó el zapato izquierdo.

Christine gritó. Se hundió contra las almohadas apiladas, con la frente húmeda. “Debes pensar que soy un bebé terrible.”

Sacudió la cabeza, odiando haberla lastimado. “Creo que eres la mujer más valiente que conozco. Pero, también tendrás que quitarte las medias. Puedo usar mi navaja para cortar la tela.”

Su mirada horrorizada voló a su rostro. “Oh, no, no hagas eso. Son nuevas.”

Pero Simon ya estaba buscando dentro de su bolsillo el cuchillo. “Te compraré más, un cofre completo de lencería lleno si quieres, solo quédate quieta.”

Apartó la manta a un lado, le subió el dobladillo y con cuidado cortó la delgada media de algodón. Christine le envió una última mirada de desaprobación, pero estaba demasiado adolorida para luchar contra él y ambos lo sabían.

Barrió los trozos de tela en el suelo, cerró el cuchillo y se lo metió en el bolsillo. “¿Mejor?” Christine asintió.

Se inclinó para examinar el tobillo lastimado, ahora con el doble de la circunferencia del otro y con un nudo del tamaño de un huevo de gallina. En la India, el médico más cercano a menudo habría estado a varios días de viaje, y, como la mayoría de los expatriados británicos, se había vuelto experto en el tratamiento de heridas menores. Lo más probable es que lo de Christine fuera un esguince, pero, aun así, tendría que soportarlo durante varias semanas. Pensó en lo activa que era ella, en lo mucho que amaba estar al aire libre, y el arrepentimiento lo atravesó. Su comportamiento grosero, su mal genio sangriento, fue una vez más el culpable.

Por encima de él, Christine dijo: “Lamento ser una molestia.”

Cualquier otra mujer en su lugar habría lanzado reproches hasta quedarse sin aliento, pero esta era Christine, quien era dulce, generosa e *indulgente*. Se dio la vuelta, arrastrando una mano a través del pelo mojado. “Si alguien tiene la culpa, soy yo. Nunca debí dejarte para que vinieras por tu cuenta. Fácilmente podría haber sido tu cuello lo que te torciste.”

Ella no respondió. Simon levantó la vista de su tobillo. Christine dormía, con la cabeza inclinada hacia un lado sobre las almohadas, su respiración era suave y regular, y su color aún era pálido, pero menos que antes.

La ternura se apoderó de él, quien la cubrió por completo y se acercó a la cabecera de la cama. Inclinandose, le apartó el pelo de la frente magullada y le dio un ligero beso en la hinchazón.

Detrás de él, sonó una tos. Se enderezó y se dio la vuelta. La señora Griffith, con la bandeja en la mano, estaba de pie junto a la puerta. Su boca abierta le aseguró que había visto lo suficiente como para estar sorprendida.

Con el color en alto, ella entró. Con la mirada yendo de la botella de whisky, junto a la cama, a los restos de las medias de Christine, esparcidas por la alfombra, dejó la bandeja junto a la cama. Jem había ido a buscar al médico. Con su consideración arraigada en la paciente, agregó: “realmente debería quitarse esa ropa mojada.”

Simon captó su señal para irse. Bajando la voz, dijo: “sí, por supuesto. La confiaré a su cuidado capaz y al del médico, pero, primero una palabra.” Le hizo señas para que lo siguiera al pasillo. Cerrando la puerta de Christine detrás de ellos, dijo: “mira, que no se quede sola esta noche.”

La mujer mayor asintió y Simon imaginó que parte de la desaprobación había desaparecido de su rostro arrugado. “Me sentaré con ella yo misma.”

Más que agradecido, tuvo que contenerse para no abrazarla. “Gracias, señora Griffith. Eso significaría mucho para mí.” Dio media vuelta para marcharse, se detuvo y volvió a dar media vuelta. “Ah, y envía al médico a mi estudio después de que haya concluido su examen. Quiero hablar con él.”

“Por supuesto señor.”

Sin más órdenes que dar, Simon dio pasos pesados hacia las escaleras y se preparó para emprender la actividad en la que menos destacaba.

Él debía esperar.

CAPÍTULO ONCE

Si llega el Invierno, ¿puede estar lejos la Primavera?
—Percy Bysshe Shelley, *Oda al viento poniente*, 1819.

Simon sabía de primera mano que un mes cojeando pondría a prueba incluso el temperamento más suave. En las dos semanas que siguieron a su accidente, Christine soportó su confinamiento con una buena disposición fuera de lo común. Un miserable ataque de resfriado acompañó a su tobillo torcido, y, entre las dos dolencias y el clima crudo, parecía contenta de esperar en el interior. La mayor parte de su tiempo libre lo pasaba acurrucada en el sofá de la biblioteca, con la nariz metida en una novela y su gato calentándole los pies. A Simon le había gustado tenerla allí. No le importaba mucho si llegaba o no la primavera. Pero por supuesto que esta lo hizo.

A mediados de la tercera semana de la convalecencia de Christine, durante ese tiempo, pasó de ser un león a un cordero. Los cielos grises dieron paso a los azules, briznas de hierba verde asomaban a través de la nieve derretida, y los vendavales invernales se suavizaron hasta convertirse en brisas céfiro, que olían con la promesa de la primavera. Christine se volvió irritable e inquieta, exigiendo que se le permitiera participar en actividades que, como bien sabía, el Dr. Barker había prohibido.

“Me tratas como a una niña”, se quejó un lunes por la mañana, durante el desayuno, después de que Simon le dijera que ni siquiera pensara en acercarse a los establos.

Cerrándose los oídos, desdobló su ejemplar impecablemente doblado de *The Kentish Observer*. Acababa de empezar a leer detenidamente la primera plana, cuando el chirrido de los cubiertos, contra la porcelana, le hizo rechinar los dientes. Bajando el periódico, miró por encima de él a Christine.

“No lo soy, ya sabes”. Clavó su tenedor en los restos mutilados de lo que había comenzado como un huevo aplastado. Levantando la vista del lodo, agregó: “tendré veinte años en cuatro días más.”

Ocultando una sonrisa, dobló el periódico y lo colocó junto a su plato, encima del ejemplar de *The London Times* de hacía una semana, que acababa de llegar esa mañana. “Veinte”, repitió, esforzándose por parecer solemne. “Supongo que deberíamos empezar a planificar tu jubilación. ¿Te apetece Brighton o Bath?”

Con los ojos apuntando como dagas, ella levantó la barbilla. “No me quedaré para que se burlen de mí.” Cogió las muletas que había dejado sobre la silla contigua.

“Espera.” Estirándose, le tocó el hombro, lo cual era el contacto más físico que se había atrevido desde el día de su accidente. “Por favor, no te vayas enojada. Solo estaba bromeando.”

Desplegó los dedos de la muleta y suspiró. “Y yo solo estoy enojada.” Alzando los ojos arrepentidos hacia él, admitió: “este será el primer cumpleaños que pase lejos de mi familia.”

Simon sintió como si su corazón estuviera en un puño. “Hacer algo de un escándalo, ¿verdad?”

Ella respondió con una pequeña sonrisa. “Liza siempre hornea un pastel o quema uno más. El año pasado estuvo a punto de derribar la cabaña.” Sacó la servilleta de su regazo y se secó la comisura de uno de sus ojos brillantes como lágrimas. “Jake y Timmy juntan una bolsa de piedras y los cuatro pasamos la tarde jugando patos y dracos en el estanque. Pero, eso debe parecerte una tontería.”

“En absoluto”, dijo Simon, más resueltamente de lo que pretendía. Él pasó su decimosexto cumpleaños solo, vomitando en la bodega de carga de un barco. Todos los cumpleaños posteriores habían pasado igualmente solos y sin celebrar. Decidido a animarla, dijo: “soy un mal sustituto, lo sé, pero, ¿por qué no celebrar conmigo? Ahora que las carreteras están despejadas, no hay razón por la que no podamos aventurarnos.”

A su mención de ir afuera, todo su rostro se iluminó. “Oh, Simon, ¿lo dices en serio?”

Miró en su plato el delicado motivo floral incrustado con yugo amarillo, y sacudió la cabeza. “Lo hago, siempre que prometas que nunca más causarás tantos estragos con un huevo.”

Christine sonrió. “Lo prometo.”

Simon también sonrió, aunque en el fondo de su mente la culpa le irritaba. Qué fácil era complacerla y qué egoísta era él por no haberle sugerido una salida antes. Se había dicho a sí mismo, que estaba esperando que su tobillo sanara, que los caminos se despejaran, pero ahora las descartó como excusas débiles. La verdad poco halagüeña era que prefería quedarse con Christine para él solo.

Alcanzó la cafetera plateada y llenó las tazas de ambos. “Conduciremos hasta Maidstone. La sociedad de música de cámara del condado actúa todos los viernes, por la noche, y hay una posada cerca de la sala de conciertos, que sirve comida decente. Podemos cenar tarde, después de la actuación.”

Sonriendo, empujó su plato a un lado. “Suena perfecto.”

Su propio cumpleaños llegó a principios de abril. La mayoría de los hombres de su edad estaban casados y tenían hijos, pero eso nunca le había molestado... Hasta ahora. Mirando la cara de Christine, tan seria y sí, tan joven, se dio cuenta de que probablemente ella había vivido la mitad de su vida, tal vez más.

Sereno, él levantó su taza de café y bebió un trago vigorizante. Volviendo a su platillo, reflexionó en voz alta: “¿creerías que tuve veinte años?”

“Por qué, no... Quiero decir, sí.” Ella le lanzó una mirada de impotencia. “No sé lo que quieres que te diga.”

Eran mentiras, dulces y hermosas mentiras. “Prueba la verdad.”

“Bueno, hum...” Ella interrumpió y jugueteó con sus cubiertos. Dando vueltas a su cucharilla, finalmente dijo: “a veces, cuando me miras con severidad o me llamas por algún error que he cometido, me recuerdas a mi padre.”

Esto era peor de lo que había pensado. Escalofriado, preguntó: “¿cómo es eso?”

Mordiéndose la uña del pulgar, ella pensó por un momento. “Mi padre era un tártaro regular en la lechería. Las cosas tenían que hacerse así. Solo la ropa vieja para secar los cubos y los pisos debían fregarse dos veces por semana con cal y leche desnatada. Una vez me atrapó usando

jabón en su lugar. Aunque me aseguré de usar agua fría para que no se pegara, igual me golpeó las orejas.”

Sintiendo como si un espejo estuviera incómodamente cerca, Simon se quedó mirando su café. “Si parezco crítico o criticón, es solo porque quiero verte mejorar. Debes creerme cuando digo que me preocupo por ti.”

Era su mejor interés en el corazón. Sonaba paternal y sí, también viejo.

Ella asintió. “Lo sé y la mayoría de las veces no me importa.”

Se aclaró la garganta, a la que de repente parecía haberse formado un bulto del tamaño de un huevo de gallina. “¿Y por qué te importan los tiempos?”

Ella se mordió el labio inferior, un hábito nervioso, que él había llegado a encontrar demasiado atractivo como para querer romper. “Cuando damos una vuelta por el jardín o jugamos al cribbage, eres una persona diferente. Sonríes más, incluso te ríes a veces, y me concentro tanto que olvido poner atención a mis p y q.” Ella puso los ojos en blanco. “Por lo general, eso es cuando me atrapas en la garra de un zorro. Después me siento tan tonta que desearía que la tierra se abriera y me tragara como la ballena se tragó a Jonás.”

Ella había querido dar *un paso en falso*, pero Simon no estaba dispuesto a corregirla. “No eres tonta en absoluto, sino una joven brillante e inteligente. Si alguna vez lo que dije o hice debería hacerte sentir lo contrario, lo siento de verdad.” Examinando su rostro, se dio cuenta de que parecía tener algo por lo que sentir lástima, casi todos los días.

Para el disgusto de él, ella solo se encogió de hombros. “Será mejor que me ocupe de ese problema de matemáticas que me pusiste anoche, y luego veremos qué tan lista soy. Pensé que lo tenía todo resuelto, pero...” Apartándose de la mesa, alcanzó sus muletas.

Simon se puso de pie en un instante. “Deja que te ayude.”

Aferrándose al respaldo curvo de su silla, ella le indicó que se sentara. “Yo me encargaré.”

Cargado de culpa, él se negó a aceptar un no por respuesta. Llegó a su lado y le dio su brazo para apoyarse, mientras ella colocaba las muletas. Después de que él la había llevado a la puerta y la había abierto, no había nada más que hacer que hacerse a un lado y verla pasar cojeando.

Con el corazón desplomándose con cada pequeño golpe triste, ella se hundió contra el marco de la puerta.

Ella deseaba que la tierra se abriera y la tragara como la ballena se tragó a Jonás.

Poco sabía Christine cuán familiarizado estaba él con ese mismo sentimiento.

DE PIE FRENTE al espejo del vestidor de cuerpo entero, sin nada más que su camisón y sus calzoncillos, Christine se enfrentó a su reflejo con los hombros rectos. “Pues sí, Simon, otra cooopa de champán sería glorioso. Qué bueno de tu parte en preeguntar.”

“Cielos, señorita, a este ritmo, él estará en su oído antes de salir por la puerta principal.” Christine se dio la vuelta para ver a una sonriente Janet de pie junto a la puerta, con los brazos repletos.

Christine le dio una palmadita a su cabello recién planchado. “Oh, Janet, casi me matas del susto.”

“Lo siento señorita. Llamé a la puerta, pero, estabas demasiado absorta en tus copas para escuchar.” Bajó la mirada hacia la seda dorada extendida sobre su brazo. “La presioné yo misma.”

“¡Oh, gracias!”

Debido al gusto impecable de Margot y a la cartera aparentemente sin fondo de Simon, Christine tenía un guardarropa lleno de ropa fina, pero ese vestido lo había guardado para una ocasión especial. Esta noche, su salida de cumpleaños con Simon, ciertamente calificaba como tal.

Inquieta por el entusiasmo, se obligó a quedarse quieta mientras Janet le ataba el corsé y luego la ayudaba a ponerse la crinolina y la enagua. Sintiendo como una princesa de las páginas de un cuento de hadas de los hermanos Grimm, contuvo la respiración, cuando la doncella le levantó con cuidado el vestido, por la cabeza, y le pasó los brazos por las sisas de las mangas abullonadas, luego, se puso detrás de ella para abrochar los corchetes en la espalda escotada. Esta última dejaba atrevidamente al descubierto la mayor parte de su espalda. Con la ayuda de Janet, había aplicado polvo allí para cubrir la peor de las cicatrices, aunque todavía se veían algunas. En lugar de preocuparse por estas, se concentró en la sensación liberadora de tener nada más que aire tocando su piel. La idea de que Simon podría poner su mano allí, justo allí, por encima de la parte baja de su columna, había estado rondando por su mente todo el día.

Janet le entregó a Christine sus guantes de noche. “Oh, señorita, te ves para una fotografía.”
“Gracias.”

Christine le dio a su reflexión una lectura final. Se veía bien, elegante, confiada y completamente diferente a su yo normal. Ciertamente, nunca imaginó que Christine Tremayne, la hija del lechero, usaría un vestido así. Capullos de rosa de satén intrincados bordeaban el escote festoneado; rosas más grandes se derramaron del bullicio en la parte de atrás. Incluso se había aplicado un toque de color en los labios y los pómulos como le había enseñado Margot. Si Liza y los chicos la vieran ahora, probablemente no la reconocerían. ¿Y Simon?

Él le deseó un feliz cumpleaños en el desayuno, pero ni siquiera mencionó su salida nocturna. Después había cabalgado hasta la ciudad. ¿Y si no hubiera regresado? ¿Y si lo hubiera olvidado?

Deslizándose en sus guantes de raso, miró el reloj dorado sobre la repisa de la chimenea. Preparándose para la decepción, se volvió hacia Janet y le preguntó: “El señor Belleville...”

“Está abajo. Lo vi cuando subía las escaleras.”

El alivio se apoderó de ella. Simon no había sido retenido. No la había olvidado. Él estaba, incluso ahora, esperándola.

“¿Debería enviar abajo por una buena taza de manzanilla?” Preguntó Janet.

¡Té cuando había estado bebiendo champán imaginario toda la tarde! Sintiendo tan mareada como si hubiera bebido en serio, Christine negó con la cabeza. “No, gracias. Bajaré directamente.” Le dio a Janet un besito agradecido en la mejilla, y luego se apresuró a recoger su capa de terciopelo, su bolso de cuentas y su abanico de marfil. Dejando atrás sus muletas, ¡qué dichosa libertad!, se dirigió al pasillo.

En lo alto de las escaleras, ella se detuvo para recuperarse. *El comportamiento*, eso le advirtió la voz de Margot. Deslizó su mano a lo largo de la barandilla de caoba pulida y comenzó a bajar lentamente, favoreciendo su tobillo en proceso de curación. Mirando por encima de la barandilla, vio a Simon en el vestíbulo. El corazón le dio un vuelco, se le cortó la respiración y sus dedos enguantados se aferraron a la barandilla. Vestido de negro formal, él era el príncipe alto, moreno y apuesto de todas las fantasías que ella había tenido. Solo Simon era real.

Y por una noche, esta noche, fingiría que él era suyo.

SIMON CAMINÓ de un extremo a otro de la alfombra con flecos, con las manos enguantadas en blanco, cruzadas detrás de él. Montones de papeleo lo esperaban en su escritorio, y, sin embargo, con el tiempo en sus manos, todavía no había logrado entender nada de eso. Un suave sonido detuvo sus pasos. Esperando a la señora Griffith o a una de las criadas, miró hacia la escalera.

Ataviada con un vestido de seda color azafrán, el cabello recogido en una intrincada confección de tirabuzones y los hombros desnudos echados hacia atrás para revelar cada orgullosa pulgada de su esbelta figura, Christine lo honró con una suave sonrisa. “Simon.”

Al descender, parecía más fantasía que carne y hueso. Era un ángel exquisito que flotaba hacia él, a pesar de la insinuación de un tirón en su paso. El deseo lo golpeó. El salón estaba frío, pero, dentro de él, el calor se disparó. Como un sonámbulo, se sintió acercándose a ella, con cada saludo simplista y cumplido cliché escapando de su cerebro. Solo quedaba una palabra.

“Christine.” Ella bajó del rellano y él se estiró para tomar su mano entre las suyas.

“No llego tarde, ¿verdad?”

Eso lo hizo sonreír. A pesar de sus galas, ella era tan desconocida, tan querida. “Para estar realmente a la moda, deberías haberme hecho esperar al menos media hora.” Al darse cuenta de que todavía sostenía su mano, la soltó con pesar.

Su sonrisa se atenuó. “Oh, ¿lo he vuelto a hacer todo mal?”

Sus palabras despertaron la ternura en su corazón. “No, me alegro de que estés aquí.” Le quitó la capa y la colgó del árbol del vestíbulo. Volviéndose, dijo: “tengo un regalo para ti. No es un saco entero de piedras, pero, espero que te guste.”

La condujo hasta el cristal del muelle. Dando un paso detrás de ella, vio por primera vez la espalda baja de su vestido y contuvo el aliento. Algunas cicatrices eran visibles, pero no mucho. Toda esa hermosa desnudez lo tenía buscando su próximo aliento.

Al detenerse, él dijo: “cierra los ojos.”

Ella obedeció y él metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la caja de terciopelo negro. “Nada de mirar a escondidas”, la reprendió, viendo el movimiento de su párpado. Abrió la caja. Retirando el collar, llevó la cadena de oro alrededor de su garganta.

“Hace frío.” Levantó la mano, las yemas de sus dedos rozaron el colgante que colgaba justo por encima de la curva de sus pechos.

“Fue un viaje largo y bastante estimulante de regreso de la ciudad”, admitió.

“¿Tu negocio era comprarme un regalo?” Con los ojos aún cerrados, ella se reclinó muy levemente contra él.

“Lo fue.” Buscó a tientas, pero finalmente abrochó el broche. Se demoró un momento más, inhalando su dulce y limpio aroma, luego dio un paso atrás. “Abre tus ojos.”

Ella lo hizo, y sus miradas se encontraron en el espejo. Miró el collar y lanzó una exclamación de placer. “Oh, Simon, es justo casi del mismo color que mi vestido. ¿Cómo lo supiste?”

“Mis espías están en todas partes.” Guiñó un ojo, sintiéndose ligero y joven y más libre de lo que se había sentido en años, posiblemente nunca se hubiera sentido así. Que el colgante complementara su vestido fue pura casualidad. Había comprado el ámbar porque el color le recordaba a sus ojos, los cuales eran capaces de capturar el corazón de los hombres con una sola mirada líquida. “¿Te gusta?”

Ella se dio la vuelta para mirarlo. “Es el regalo más hermoso que he recibido.”

Aunque ella era la cosa más hermosa que él había visto. “Me alegro”, dijo, feliz y humilde de que su pequeña muestra la hubiera hecho tan feliz.

Ella dio un paso atrás. “¿Me veo? ...” Ella vaciló, con el ceño fruncido, lo que le hizo

sospechar que estaba buscando una de las palabras largas y elegantes, que probablemente había preparado para la ocasión. “¿Parezco embelesada? ...”

Acostumbrado como se había vuelto a las tonterías practicadas de las bellezas de la sociedad, la ingenuidad de Christine era similar a que le sirvieran un vaso de limonada helada, después de horas de trabajo al Sol. Refrescante, delicioso, dulce pero agriamente tentador.

Presionando una mano en la parte baja de su espalda, mientras la guiaba hacia la puerta, la sintió temblar contra la punta de sus dedos. “Todavía no... Pero, entonces la noche es joven.”

LA SALA de conciertos de Maidstone era poco más que una sala de reuniones glorificada. Debido a la beneficencia de unos pocos patrocinadores privados selectos, Simon entre ellos, un escenario más grande y un foso de orquesta reemplazaron la antigua plataforma desnuda. Palcos privados con cortinas adornaban los niveles superiores de la audiencia. Simon condujo a Christine a uno de esos palcos con colgaduras de terciopelo.

Acababan de acomodarse en sus asientos cuando, detrás de ellos, una voz de mujer gritó: “¿ya comenzaron?”

Simon miró hacia atrás cuando una matrona regordeta y canosa, con un vestido de tafetán púrpura y un tocado de plumas, apareció en la parte posterior del palco del brazo de un distinguido caballero mayor.

Simon saltó de su asiento y se volvió para saludar al alcalde y a su esposa. “Alcalde Albright, esta es una agradable sorpresa.”

“Me alegro de verte, Belleville. No sabía que eras socio.” El alcalde le tendió la mano y Simon se la estrechó. Volviéndose hacia su esposa, dijo: “Martha, este es el joven conservador Tory del que te he estado hablando, el que Fanny siempre está hablando.”

“¿El señor Belleville?” Entrecerrando los ojos, la anciana miró alrededor de Simon a Christine, quien también se había levantado. Volviéndose hacia su esposo, dijo: “Fanny me hizo creer que el tipo era soltero.”

El alcalde Albright se rascó la patilla canosa que cubría la mayor parte de su mejilla sonrojada. “No sabía que estabas casado, Belleville. Realmente, deberías difundir eso. Los candidatos casados siempre tienen la ventaja en una elección.”

Sumamente incómodo, Simon se volvió hacia Christine, quien se quedó atrás. “Permítame presentarles a mi pupila, la señorita Christine Tremayne.”

“¿Tu pupila?” Con las cejas enarcadas, la matrona miró de Christine a Simon y luego a su marido. “Ya veo”, dijo en voz baja, y no había duda de la desaprobación en esas dos palabras inocuas.

Un incómodo silencio descendió. Simon se preguntaba cómo disiparlo cuando Christine dijo: “es mi cumpleaños.”

Tres cabezas, incluida la de Simon, se giraron para mirarla.

Tragando saliva, continuó: “cuando mi abigail se enfermó esta mañana y no pudo acompañarnos, quise llorar, pero el primo Simon, bueno, es un viejo tan querido.” Hizo una pausa para enviar a Simon una sonrisa almibarada. “No podía soportar decepcionarme en mi día especial.”

El alcalde miró de Christine a Simon. “¿Ustedes son primos?”

Simon se preparó para contar la primera mentira de su carrera política. “Sí.”

“Primos hermanos, en realidad”, embelleció Christine, dándole una palmadita en el antebrazo

de Simon. “Eso explica el parecido.”

Entrecerrando los ojos, la señora Albright se inclinó hacia adelante. “¿El parecido?”

Christine se volvió hacia Simon y le asestó un fuerte golpe en el puente de la nariz con el abanico cerrado. “Por la nariz de Tremayne, por supuesto”, entonó con un asentimiento de complicidad, y luego se volvió para mostrar su propio perfil.

Sosteniendo su monóculo en alto, la esposa del alcalde miró de Christine a Simon. “Creo que veo un ligero parecido.” Le entregó el vaso a su esposo, quien hizo lo mismo.

Afortunadamente, sonó la campana del teatro y las luces de la sala parpadearon, indicando a los miembros de la audiencia que tomaran sus asientos.

Enlazando su brazo con el de Simon, Christine tiró de él hacia el frente de la caja. “¿Tal vez podamos cenar todos juntos después de la actuación?” Ella lanzó una sonrisa cegadora por encima del hombro.

Simon casi se ahoga. “Sí, por todos los medios, sería un honor si nos acompañaran.”

“Encantador de su parte, pero, cenamos antes, ¿verdad, Horatio?” El codo de la señora Albright encontró el costado de su esposo.

Haciendo una mueca, el alcalde asintió obedientemente. “No puedo cenar después de las seis, o me quedará despierto toda la noche.”

Christine frunció los labios en un bonito puchero y respondió: “¿en otro momento, entonces?” Levantando su abanico cerrado, lo agitó alegremente. “En ese caso, adiós.”

Los músicos del foso tomaron sus instrumentos y la señora Albright se acercó al oído sano de su marido. “Si es su prima, me comeré estas plumas que llevo puestas.”

“¡VIEJO tan querido! ¡La nariz de Tremayne! De verdad, Christine, ¿no tienes vergüenza?” Sentado frente a ella en una mesa, con vista a la ventana en el comedor de la posada, Simon la saludó con su copa de champán.

Con expresión insegura, Christine tocó su copa con la de él. “¿No estás enojado conmigo, entonces?”

“Aparte del golpe que me diste en la nariz, no siento nada más que admiración. Fuiste una maravilla de pensamiento rápido. Tomaste una situación potencialmente desastrosa y le diste la vuelta por completo.” Concentrándose en el champán en su copa estriada, expresó el cumplido que debería haber hecho antes. “Agradiciada con el cerebro y la belleza como eres, me atrevo a decir que no seguirás siendo una institutriz por mucho tiempo.” En respuesta a su mirada inquisitiva, él agregó: “seguro que te casarás.”

“Pero, estaré en el aula con los niños”, protestó Christine. “Y tomando la mayoría de mis comidas en mi habitación, o eso me dices. No veo cómo encontraré a nadie para ser amigo, y mucho menos para casarme.”

Volvió a empujar el salmón escalfado por su plato. Aunque le había asegurado a Simon que el pescado estaba perfectamente cocinado a su gusto, todavía tenía que tomar más de un par de bocados, lo cual era muy poco común en ella. En el poco tiempo que la conocía, había llegado a contar con el apetito de Christine, tanto como con la aparición nocturna de la Luna. Por otra parte, tampoco se sentía a sí mismo. Imaginar al futuro marido de Christine, por muy teórico que fuera ese tipo afortunado, bastó para que dejara de comer y perdiera su buen humor.

“Oh, pero, lo harás”, le aseguró, más que un poco amargamente. “Un día, tus empleadores organizarán una cena, y se te pedirá que los acompañes para formar un grupo con un número par

de participantes. Habrá al menos un soltero presente, siempre lo hay. Sus ojos se encontrarán con los tuyos, desde lo alto de la pieza central, y seis meses después, te encontrarás caminando por el pasillo de una iglesia, con un manojo de azahares en la mano.” La imagen mental de ella preparándose para casarse con otro hombre le provocó una estúpida punzada de celos.

Sonriendo, Christine negó con la cabeza. “Y pensé que tenías imaginación.” Su mirada divertida se posó en su copa de champán. “Tal vez sea mejor que no termines eso, porque seguramente estás en tus copas y listo para tener fantasías tan extrañas.”

“Ya verás”, dijo, deseando que las burbujas en su vaso pudieran animar su decaído estado de ánimo. Pasó la mirada del plato elegido por Christine, el ave ginny, que apenas había tocado. “¿Pedimos postre? Parece que ambos hemos dejado espacio.”

PASARON el viaje a casa en un silencio amistoso. Por una vez, Simon no tenía prisa por llegar a su destino. Sentado frente a Christine, en el sombrío interior de su carruaje, se habría contentado con viajar por el campo hasta el amanecer.

Demasiado pronto, se detuvieron en el camino circular de Valhalla.

Linterna en mano, Jem abrió la puerta del carruaje. “Feliz cumpleaños, señorita Christine, y puedo decir de nuevo qué delicia te ves.”

Un placer, de hecho. Mirando a su conductor con su figura agazapada, llenando la puerta abierta del carruaje. Simon se preguntó si su propio rostro registraba o no un estado de lunático similar. Con la esperanza de haber logrado un mínimo de sutileza, bajó y se volvió para ayudar a Christine.

Descendió y soltó su mano. “Este fue un cumpleaños maravilloso. Odio que tenga que terminar.”

Simon también lo pensó en su dormitorio, deprimentemente desierto. Era la noche libre de Trumbull, por lo que ni siquiera podía contar con una partida de ajedrez para calmar su inquietud. Temiendo las invariables horas de insomnio que se avecinaban, se encontró diciendo: “tu cumpleaños no termina oficialmente hasta la medianoche. Tenemos al menos una hora más para celebrar... Pero, solo si tú quieres.” Maldiciéndose a sí mismo por ser un tonto, dejó caer la invitación.

Era una sugerencia muy impropia y Christine tenía todo el derecho de rechazarla tanto como a él. En lugar de eso, ella le envió una sonrisa supremamente complacida y preguntó: “¿entonces será cribbage en la biblioteca? ¿Estás seguro de que puedes permitirte el lujo de perder más fósforos?”

Relajado, Simon le devolvió la sonrisa. “A menos que mi mala racha disminuya, pronto tendrás suficiente madera para construir tu propio Valhalla. Pero, lo que tenía en mente era un paseo por los jardines a menos que, por supuesto, tu tobillo...”

“Se siente bien como la lluvia.” Ella le puso una mano en el brazo, un gesto inocente que le hizo saltar el corazón.

Hasta ahora, no se había dado cuenta de cuánto temía que ella dijera que no. Ansioso, le hizo señas a Jem para que les trajera una luz.

Sosteniendo la linterna en alto, Simon tomó la mano de Christine y juntos bordearon la casa. Acompañar a una hermosa joven soltera a sus jardines, solo y después del anochecer, era un acto de locura, pero cuando la hermosa joven soltera era Christine, ese acto equivalía a jugar con fuego. Y, sin embargo, ningún riesgo había parecido nunca más valioso, o más tentador.

Llegando a los jardines, Simon tomó el camino que conducía al cenador, recién pintado y adornado con adornos de pan de jengibre. Sostuvo la luz en una mano y la de Christine en la otra, mientras ella subía los tres pequeños escalones. Adentro, encontró una segunda lámpara colgada de un gancho junto a la puerta. La bajó, la encendió y luego volvió donde Christine, quien estaba de pie en la barandilla, mirando hacia afuera. Iluminada a contraluz por la Luna, con su capa dorada ondeando con la brisa, podría haber sido una de las ninfas de Diana, o la mismísima diosa de la Luna, tan etérea como un rayo de Luna y segura de desaparecer en el momento, en que él la alcanzara.

“¿Formulando planes para el follaje?” Bromeó con su hombro rozando el de ella, mientras se le acercaba.

Con ojos soñadores, ella asintió. “Me encantan todas las estaciones, pero, la primavera es mi favorita.”

Más allá de considerar cómo las inclemencias del tiempo podrían retrasar el horario del tren, Simon no había considerado el cambio de estaciones en años. Ahora se encontró recordando cuán ansiosamente él y Rebecca habían esperado la primavera, como una liberación de la cruda esterilidad del invierno.

Una suave brisa atrapó su cabello, arrancando un brillante rizo de su cinta de terciopelo. Metió el mechón detrás de una oreja en forma de concha, y la mirada de Simon se posó en la pequeña hendidura que marcaba su pómulo.

Extendió la mano y rozó la pequeña cicatriz con el pulgar, una caricia de mirada que, sin embargo, hizo que su dedo vibrara con la sensación. “En la cena, cuando te negaste a creer que podrías casarte, ¿no me digas que esta es la razón?” Cuando ella no respondió más allá de un encogimiento de hombros, él lo intentó de nuevo. “¿No sabes que es el defecto lo que hace la obra maestra?”

Entonces, ella se volvió hacia él. La vulnerabilidad en sus ojos hizo que le doliera el pecho. “Son nuestras acciones las que nos marcan más que lo que hacen los demás. Las cosas que he hecho me han marcado más profundo que cualquier cicatriz.”

Se refería a su tiempo en el burdel, por supuesto. Al verse obligada a participar en el más íntimo de los actos con extraños, cualquier número de extraños. Simon sabía muy bien el daño duradero que una sola experiencia de este tipo podría causar. Que Christine hubiera soportado la pesadilla, día tras día, y, sin embargo, hubiera logrado mantener no solo su cordura, sino también su dulzura lo llenaba de admiración.

Llevado por un torrente de sentimientos, la alcanzó. Sus manos encontraron sus hombros. Suavemente, muy suavemente, la giró hacia él. “Hiciste lo que tenías que hacer. Sobreviviste. Eso es todo lo que significa.”

Ella se mordió el labio inferior. “¿Lo es?”

“Sí”, prometió con una feroz protección, surgiendo a través de él, mientras sus dedos sobre sus hombros se movían en círculos lentos, absorbiendo la forma y la sensación de ella, información que deseaba imprimir tanto en su cuerpo, como en su cerebro, no solo por ahora, sino para siempre, para toda la eternidad.

“¿Sar?”

Su mirada ampliada lo trajo de vuelta a sí mismo. Dejó caer las manos y dio un pequeño paso hacia atrás. “Eres una sobreviviente, Christine. Te admiro más de lo que las meras palabras pueden transmitir.”

Ella tocó el colgante que él le había dado y Simon captó el gesto con su mirada, una tan hambrienta, tan deseosa como el resto de él. “Pensé que este era el mejor regalo que alguien me

había dado, pero, estaba equivocada. Lo que acabas de decir, la forma en que tranquilizaste mi mente, no puedes saber lo que significa para mí. Inclino su cara hacia la de él y le dio un beso en la unión de su mejilla y mandíbula.”

Sus labios eran suaves y frescos sobre su carne febril. Sintiendo como si la frágil estructura de madera, en la que se encontraban, pronto se incendiaría. Simon retrocedió un paso menos que firme. Perplejo, miró hacia abajo a sus ojos luminosos. “¿Para qué era esto?”

Su sonrisa de respuesta podría haber tomado prestada su brillantez de las estrellas. “Por hacer de este un cumpleaños que atesoraré el resto de mis días”. Se dio la vuelta, descolgó una de las lámparas de la pared y salió. Incluso cojeando un poco, se movía con gracia y sorprendente rapidez.

“Christine, espera.” Empezó a bajar los escalones tras ella.

Ella se volvió. “Todo ha sido tan encantador, tan raro y perfecto”, dijo, con la voz en un susurro tembloroso. “Por favor, por favor, no lo estropees.”

Simon asintió en silencio. Ella tenía razón, por supuesto. Decir más, hacer más solo traería miseria para ambos.

Se hundió para sentarse en el escalón superior, presionó las yemas de los dedos en el lugar donde los labios de ella se habían tocado, y observó cómo se deslizaba hacia las sombras.

CAPÍTULO DOCE

Nada es tan agobiante como un secreto.
—Proverbio francés.

Simon estaba en medio de su reunión con William Harrison, el agente del partido, cuando la puerta de su biblioteca se abrió de golpe. Ambos hombres levantaron la vista de los papeles que cubrían el escritorio de Simon. Christine navegó adentro, vestida para montar con un hábito azul de un pavo real.

Se detuvo en seco cuando vio a Harrison junto al escritorio. “Ay, perdónenme. No quise entrometerme.”

Un mes antes, Simon se habría lanzado a dar una conferencia sobre la vital importancia de llamar a la puerta antes de entrar. En lugar de eso, él rodeó el escritorio, sintiendo una sonrisa que sin duda parecía tonta, doblando su boca hacia arriba. “Una intrusión bienvenida. Necesitamos urgentemente un receso, ¿no es así, Harrison?”

Harrison sacó el lápiz de detrás de una oreja puntiaguda y avanzó rápidamente. “Lo es, pero, particularmente cuando la intrusa es una joven tan encantadora.”

“Permítame presentarle a mi pupila, la señorita Christine Tremayne”, dijo Simon, esforzándose por sonar paternal. “Christine, este es el señor William Harrison, el agente del partido de Maidstone. El señor Harrison ha venido desde la ciudad para aconsejarme sobre las elecciones.”

“Señor Harrison, un placer.” Christine le ofreció al obviamente enamorado Harrison una suave sonrisa, junto con su mano, y Simon se encontró esforzándose por vencer una puñalada de celos supremamente estúpidos.

Desde detrás de sus gafas de montura metálica, la pálida mirada de Harrison se iluminó. Tomó la mano de Christine. “Señorita Tremayne, tenga la seguridad de que el placer es completamente mío.”

Retirando la mano, Christine se volvió hacia Simon. “Pensé en preguntarte si podrías venir a montar, pero veo que estás trabajando. Me iré entonces. Buenos días, señor Harrison.”

Pasó junto a ellos hasta la puerta. Al verla irse, Simon experimentó una aguda sensación de arrepentimiento. Hoy era su cumpleaños, su trigésimo quinto, un secreto que de repente deseó no haberse guardado para sí mismo. Cómo deseaba pasar el día con Christine, en lugar de estar encerrado con el agente del partido. ¿En qué momento había perdido su brillo verter las transcripciones parlamentarias y los documentos de las posiciones de los partidos, en diversos

asuntos?

“Bonita pieza”, dijo Harrison, viendo al escritorio, donde la copia de la Ley de Educación, propuesta por el señor Forster, estaba abierta encima. “¿Tu pupila, dices?”

Siguiéndolo allí, Simon entrenó su tono de neutralidad y respondió: “sí, la traje de Londres en enero.”

La admisión hizo que los estrechos hombros de Harrison se desplomaran. “¿No querrás decir que ella vive aquí?” La pregunta eludió una súplica.

Simon recogió la transcripción y fingió estudiarla. Con la mirada pegada a los caracteres de tinta negra sin sentido, asintió. “Bastante.”

“¿Confío en que haya un chaperón también?”

“Ah, la política, el fino arte de ensombrecer la verdad sin mentir.” Simon levantó la vista del informe. “Mi ama de llaves cumple ese papel, sí.”

Harrison negó con la cabeza. “Una atractiva mujer soltera viviendo bajo tu techo, a Dizzy no le gustará.”

Dizzy podría irse. Simon estuvo tentado de decirlo, pero se contuvo. Dejando a un lado el informe, dijo: “no hay absolutamente nada malo entre nosotros.”

La declaración era, estrictamente hablando, la verdad, salvo los tórridos acontecimientos que tenían lugar en su mente. Justo el día anterior había pasado la mayor parte de una hora, preguntándose cómo sería trazar la elegante columna de su garganta con un dedo solitario. Meditar sobre el pequeño lunar, en la unión de la oreja izquierda y la mandíbula, lo estaba volviendo loco.

Había venido a esperar sus lecciones diarias con la misma anticipación hambrienta que había conocido de niño cuando, los domingos por la tarde, iba al mercado de Billingsgate. Una vez allí, se apostaba junto a los carros de los vendedores ambulantes, comiéndose con los ojos las ostras, las castañas asadas y los sabrosos pasteles hasta que uno de los vendedores le daba algo o lo perseguía. Pero no importa cuán tentador fuera el bocado, nunca fue tan delicioso como la idea que tenía en mente.

Y Christine, si la probara, ¿perdería eventualmente su sabor? Era una pregunta que debía quedar sin respuesta. Aparte de su futuro político, ella era su dependiente. Cada bocado de comida, cada trozo de ropa, el mismo techo sobre su cabeza era suyo para dárselo o quitárselo. No quería que ella viniera a él porque estaba agradecida. Si él fuera algo parecido a un caballero, no desearía que ella viniera a él, en absoluto.

La tos fabricada por Harrison devolvió a Simon al presente. “De verdad, Belleville, eres lo suficientemente astuto como para saber que, en la política, las apariencias lo son todo. Con Gladstone y los liberales hablando sobre la moralidad y la difícil situación de los pobres, usted es uno de los activos más valiosos de nuestro partido. No solo eres un hombre hecho a sí mismo, un testimonio viviente de la Democracia Tory, sino que tu vida personal es inexpugnable. Si eso cambiara...” Harrison llevó su dedo índice manchado de tinta al nivel del cuello e hizo un movimiento de corte.

Todo habrá terminado, dijo Simon en silencio, preguntándose por qué esa perspectiva no causó tanto terror como lo habría hecho unas pocas semanas antes.

Forzó una sonrisa. “No te preocupes Will. Para el final del verano, la señorita Tremayne habrá dejado Valhalla. Su estancia aquí será tan buena como la historia antigua.”

Su conversación volvió a temas más seguros: la posición del partido sobre la educación primaria universal y las últimas cifras de producción de carbón. Simon logró las respuestas apropiadas, pero escuchó solo a medias. Sus pensamientos seguían volviendo a Christine. Sabía

que no podía arriesgarse a mantenerla con él, más allá del verano, y, dado su impresionante progreso, esto no sería necesario. Sin embargo, hasta ahora, no se había permitido contemplar lo rápido que pasaban los días. Como arenas en un reloj de arena invertido, pronto se gastarían.

Mirando más allá de Harrison hacia la ventana, prometió que en el futuro no perdería ni un solo momento más de su precioso tiempo juntos.

CHRISTINE DESMONTÓ y condujo a Cinnamon fuera del camino de grava hasta un grupo de árboles. Después de comprobar que no crecía ningún tejo venenoso cerca, dejó que la yegua pastara y emprendió el camino que conducía a la casa.

No a cualquier casa sino a la de Stonevale Priory.

Cada crujido de los tacones de sus botas la adentraba, cada vez más, en un territorio prohibido, pero se dijo a sí misma que había llegado demasiado lejos para dar marcha atrás ahora. Nadie sabía que ella estaba aquí, y menos aún Simon. No le sorprendería que se olvidara por completo de su cumpleaños y se quedara en el armario con el señor Harrison hasta la cena. Solo esperaba que la sorpresa que había escondido se mantuviera hasta entonces.

La súbita sensación de ser acechada hizo que se le erizaran los pelos de la nuca. Se dio la vuelta. “¿Quién está ahí?”

Estudió el camino que se bifurcaba para conectar la cochera, el establo y el potrero. El área estaba inquietantemente desierta, excepto por un puñado de cuervos, que se daban un festín con el cadáver de un pájaro menos afortunado. Ella soltó un suspiro nervioso y continuó. *Nerviosa*, se dijo a sí misma, y mantenía la culpa por romper la fe de Simon. Fuera lo que fuera lo que la torturaba, tenía que ver con esa casa, ella lo sabía. El dolor en sus ojos, cuando la obligó a prometer que se mantendría alejada, había sido imposible de pasar por alto. Él estaba escondiendo algo, pero, ¿qué?

Decidida a averiguarlo, atravesó lo que una vez había sido un jardín formal y siguió el camino principal hacia la casa. Visto desde el otro lado del valle, Stonevale Priory parecía magnífico y reluciente. Al llegar a este, ahora, vio que el musgo y los líquenes velaban las antiguas piedras, varias de las cuales se estaban desmoronando. Las ventanas oscurecidas, la pintura descascarada y una persiana rota se sumaron a la atmósfera de decadencia y abandono.

Una torre octogonal sobresalía del lado este de la casa. Levantándose las faldas, pasó por encima del desaliñado esqueleto de un rosal, realmente, era casi un crimen lo que esta gente de Kent les hacía a sus rosas, y se acercó a la ventana con parteluz. Se paró en uno de los ladrillos que bordeaban la cama y se puso de puntillas, consciente de su tobillo reparado. El vidrio emplomado de la ventana estaba blanco por el polvo. Sacando un pañuelo de su bolsillo, despejó un pequeño círculo y miró adentro. Más allá de las ventanas adornadas, con cortinas de terciopelo descolorido y muebles enterrados bajo colchas holandesas, no había mucho que ver.

“Allanamiento de morada, ¿verdad?”

Christine se dio la vuelta. El dueño de la voz grave la inmovilizó con la punta de su bastón. Recuperando su voz, dijo: “no iba a robar nada, de verdad que no lo iba a hacer. La puerta estaba abierta, bueno, no exactamente cerrada, así que yo...”

“Quería cabalgar recto, audaz como el bronce.”

Ella asintió y el bastón fue retirado rápidamente. Relajándose un poco, levantó la mirada. Los ojos grises que la miraban desde debajo de las pobladas cejas no eran menos acerados por estar empañados por la edad, los rasgos cincelados, no menos impresionantes por estar velados por las

arrugas, los anchos hombros, bajo el abrigo, no menos imponentes por estar un poco arqueados. El abrigo ligeramente raído y el sombrero de castor acribillado de polillas sugerían a un sirviente, muy probablemente era el cochero. A diferencia de ella, él pertenecía aquí.

“Fue un error de mi parte traspasar, pero, solo quería echar un vistazo.”

El hombre se encogió de hombros. “Bien, mal, estás aquí ahora.” Giró sobre sus talones y se dirigió hacia el frente de la casa.

Christine vaciló, sin saber si seguir o correr hacia su caballo. Lo último sería lo más prudente, pero entonces ella había venido a ver la casa.

“Bueno, si estás seguro de que a tu amo, al conde, no le importará”, gritó ella, corriendo tras él.

Hizo un giro brusco y Christine evitó chocar contra él por poco. “Oh, él no es un tipo tan bestial como puedes haber oído.” Se dio la vuelta para subir las escaleras de piedra, pero no antes de que Christine vislumbrara el fantasma de una sonrisa debajo del bigote blanco pulcramente recortado.

Llegaron al pórtico y la puerta de tablones se abrió con un chirrido. Un distinguido caballero calvo vestido de negro se asomó. “¿Un invitado, supongo?”

¿*El conde*? Christine se preguntó a sí misma, y luego se estiró para asegurarse de que su sombrero estaba derecho.

El cochero asintió. Miró a Christine y arqueó una ceja. “¿Cómo dijiste que te llamas?”

Detrás de ella, la puerta se cerró con un chirrido. De pie en el interior del pasillo oscuro e iluminado por una vela, con la mirada lanzada desde el techo artesonado hasta las armaduras oxidadas, que recubren ambos lados del gran salón abierto, Christine tragó saliva, consciente de que nadie, ni siquiera la señora Griffith, sabía dónde estaba.

Levantando la barbilla, respondió: “no lo hice, pero, como me preguntaste, es Christine Tremayne.”

Para su disgusto, el cochero soltó una carcajada. “Una chica descarada, ¿no es así, Jamison?”

“De hecho, milord.”

¿*Era un lord*!

El conde le dio la espalda a Jamison, a quien Christine entendió ahora como su mayordomo, y se quitó el abrigo negro oxidado. Dejó el sombrero y se lo entregó al mayordomo. A diferencia del pobre Jamison, cuya coronilla era tan brillante como una bola de billar, el conde tenía una espesa cabellera blanca, que le crecía en un pico bajo sobre la frente.

Entregándole también sus guantes de cuero, dijo: “té en el estudio, Jamison.”

Christine no había esperado nada más que una mirada enérgica a su alrededor. “Oh, pero no debo quedarme”. Ella se volvió para irse.

El agarre nudoso y sorprendentemente fuerte del conde se cerró sobre su hombro izquierdo. “¡Bah! Por supuesto que te quedarás, ¿verdad, Jamison?”

“Lo hará, milord”, respondió obedientemente el mayordomo, con una expresión tan imperturbable como la del busto de mármol de Bach que la señorita Ashcroft tenía encima de su piano.

Se comportaron como si ella no tuviera nada que decir al respecto, como si retener a mujeres jóvenes en contra de su voluntad fuera una casualidad. A pesar de estar equivocada por haber invadido, el resentimiento de Christine estalló.

Encogiéndose de hombros para liberarse del agarre de su señoría, dijo: “no bebo té.”

“¡No bebes té!” Resaltó la mandíbula cuadrada del conde. “Entonces, ¿qué bebes por la tarde? No son licores fuertes, espero.”

“Oh, no, sar, nunca, de verdad.” Christine pensó por un momento. “Leche principalmente.”

“Leche.” El conde hizo una mueca. “Cosas enfermizas, no puedo soportarlo, pero, si eso es lo que te apetece, entonces lo tendrás. Ya la escuchaste, Jamison. Trae del gel un vaso de leche.”

Emitida su orden, Lord Stonevale se movió por el pasillo como un tiro, con sus pasos rápidos, a pesar de la cojera. *Vaya, está tan acostumbrado como Simon a salirse con la suya*, pensó Christine, manteniendo el paso tras él.

Al entrar en un estrecho pasillo de origen más moderno, el conde redujo la marcha. Abriendo una de las muchas puertas, le hizo un gesto a Christine para que entrara.

Ella lo hizo, entrando en el espacio mohoso. Libros apilados cubrían las paredes, casi todos los muebles y la mayor parte de la alfombra estaban descoloridos. Christine siguió al conde, abriéndose camino entre las pilas hasta un par de sillones de respaldo alto frente a la chimenea.

“Siéntate.” Cogió un tomo grueso del cojín de cuero agrietado y se apartó para que ella lo ocupara.

Ella lo hizo y él se dejó caer rígidamente en la silla opuesta. Una forma oscura pasó arrastrándose, rozando sus faldas.

El gato negro saltó y aterrizó sobre las rodillas del conde. “Ahora, Tom, me preguntaba cuándo te mostrarías.” Con expresión afectuosa, alargó una mano nudosa y acarició al gato.

Se produjo un grupo de ronroneos. Christine se relajó. Mirando, mientras el conde arrullaba en la oreja derecha desgarrada del gato, sintió que se emocionaba con él.

Stonevale levantó la vista de rascarle la barbilla a Tom y dijo: “el maldito mausoleo ha sido el asiento de mi familia durante más de trescientos años. Crecí aquí, conozco a toda la nobleza local.” Él la señaló con un dedo torcido. “Pero, no conozco a ningún Tremayne.”

“Mi gente es de Cheshire”, respondió con cuidado.

“¡Ajá!” Se golpeó el muslo, sorprendiendo a Tom, quien respondió con un maullido. “Creí detectar un toque de Midlands en tus vocales.”

Ella sintió que le ardían las mejillas. “Estoy trabajando para deshacerme de él.”

“¿Para qué? Te conviene.”

Jamison entró con su té. Dejó la pesada bandeja de plata en la isla de libros frente a Christine e hizo una reverencia para salir.

Christine se fijó en el elaborado contenido de la bandeja (incluso su leche se servía en una copa de cristal rechinante) y tragó saliva. Se quitó los guantes de montar y se obligó a calmarse. *Puedo hacer esto*. Cogió una de las servilletas de lino dobladas y la colocó en su regazo, luego tomó la tetera con lo que esperaba obtener un fuerte aire de confianza. La olla era inusualmente pesada y el plato de porcelana blanca era liviano. Con la mano vacía, tomó una taza y un plato, apuntó con el pico de la olla y procedió a servir.

Por una vez, no se derramó ni una gota. Exhalando, preguntó: “¿crema o limón, milord?”

“Ninguno.”

“¿Un bulto o dos?”

“Que sean tres.”

Agregó el azúcar y le entregó su taza y platillo.

El conde cogió un trozo de pastel de semillas de amapola y se metió la mitad en la boca. Las migajas llovieron y fueron engullidas por Tom, ahora sentado en posición vertical y supervisando ávidamente cada movimiento, de la mano a la boca de su amo.

Limpiándose la barbilla con la servilleta, Lord Stonevale preguntó: “¿con quién te quedas?”

Ella vaciló. La gente noble era muy sensible a lo que Simon llamaba “propiedad”, que, por lo que Christine podía decir, consistía en una gran cantidad de reglas que impedía que una persona,

en especial una mujer, hiciera lo que deseaba. Una de las reglas era que las damas, especialmente las solteras, nunca viajaban solas.

Reconociendo que no había ayuda para eso, finalmente respondió: “con mi primo.”

Cualquier esperanza de que Stonevale le dejara mentir sobre el tema de su linaje se desvaneció rápidamente. Mirándola con ojos de halcón, dijo: “debes ser de una rama de cadetes de una de nuestras excelentes familias. Ese primo tuyo, seguramente, debo conocer a sus padres, ¿hmm?”

Christine fijó su mirada en una mancha de moho que manchaba el yeso, y el vaso de leche estaba cerrado en su mano sudorosa. “Mi primo es un... Él es el señor Simon Belleville... De Valhalla”, añadió, esperando que él pudiera estar satisfecho por fin.

Las pobladas cejas del conde se dispararon hasta la uve de la línea del cabello. “Así que eres la protegida de Simon”, dijo más para sí mismo que para ella, y su labio superior desapareció bajo su bigote.

¿*Protegida*? El calor corrió por las mejillas de Christine. Puede que no sepa el significado de la palabra, pero pensó que sonaba francés. Solo esperaba que no significara algo sucio.

Levantando la barbilla, él se atrevió a decir: “¿puedo preguntar cómo llegaste a conocer al señor Belleville?” Con la boca seca, siguió la pregunta con un sorbo de leche.

Frunciendo el ceño, dejó su taza a un lado. “Él es mi nieto.”

Un arco de espuma vino como respuesta de Christine.

“PERDÓNAME, SAR, QUIERO DECIR, MILORD.”

Con la leche goteando su barbilla y el gato de su señoría lamiendo su vestido, Christine luchó por recuperar la compostura. A pesar del desastre que había hecho, se las había arreglado para tragar una buena cantidad de leche, por el camino equivocado, por supuesto. Le dolía la parte posterior de la garganta, pero el escozor no era nada comparado con la herida de su orgullo. A estas alturas, no podía haber ninguna duda en la mente de su señoría de que ella definitivamente no era una dama nacida de la alta sociedad. Cuando llamaron a Jamison para que le entregara un paño húmedo en silencio, su vergüenza fue total.

Frotando la parte delantera de su vestido, el temperamento reemplazó a la dignidad herida. “Todo el tiempo has sabido que no era un pariente, y, sin embargo, me dejaste parlotear. ¿Por qué?”

El conde se encogió de hombros, aunque ligeramente encorvado. “Ha pasado mucho tiempo desde que tuvimos una voz joven para animar estos viejos salones, ¿no es así, Jamison?”

“Una eternidad, milord.”

El conde se inclinó hacia delante, como si la estuviera midiendo. “Simon no te envió a espiarme, ¿verdad?”

Indignada, ella negó con la cabeza. “Por supuesto que no. Si quieres saberlo, me hizo jurar que me mantendría alejada de aquí.”

Los ojos de Stonevale se atenuaron. “¿Y, sin embargo viniste de todos modos?”

Ella dudó y luego lo admitió: “quería ver qué es lo que le molesta tanto de este lugar.”

Por primera vez, desde que ella había llegado, el conde parecía perdido. Su mandíbula se hundió y su mirada se nubló. “Él nunca ha puesto un pie dentro de la puerta, pero, eso no significa que no debas echar un vistazo.”

Se puso rígido y cojeó hacia la puerta, con los hombros encorvados como un anciano.

Preguntándose por el cambio abrupto, Christine lo siguió y el gato caminaba detrás de ellos.

El recorrido duró una hora y abarcó solo una de las cuatro alas de la casa. Las otras tres habían estado cerradas durante años, desde que falleció la esposa del conde, lo cual él explicó. Tenía una hija que vivía con su familia, en Cornualles, y, como él lo dejó así, Christine comprendió que no se llevaban bien. Había un primo varón, tres veces eliminado, a quien solo había visto una vez y había juzgado que era un jugador y un tonto. Su único hijo, el padre de Simon, llevaba muerto unos veinte años.

“Es una falta de modestia de mi parte comentarlo, pero, los Belleville son una de las familias más antiguas de Inglaterra”, dijo, mientras completaban el círculo en el gran salón. “Nuestro antepasado, Sir Simion de Belleville, zarpó de Normandía con Guillermo el Conquistador. Aparte de mí, Simon es el único varón vivo de Belleville. A menos que se case y engendre un hijo, la línea morirá.”

A Christine se le hizo un nudo en la garganta. Si bien no tenía ningún deseo particular de ver a los Belleville borrados de la tierra, la perspectiva de que Simon se casara y formara una familia le dolía el corazón.

En algún lugar de la casa sonaba un reloj de pie. En el cuarto y último timbre, dijo: “le agradezco su hospitalidad, pero, realmente debo regresar.”

Su señoría asintió. “Haré que Jamison envíe a los establos a un padrino para que te acompañe a casa.”

Christine negó con la cabeza. “Eso es muy amable de tu parte, pero, no debes hacerlo. Si uno de los sirvientes nos viera, Simon sabría que he roto mi promesa.”

El conde frunció el ceño, recordando de nuevo a su nieto. “Él no te maltrata, ¿verdad?”

La idea era tan absurda que a Christine le costó no reírse. “¿Maltratarme? Cielos, no, Simon es el hombre más gentil que he conocido. Ni siquiera pisotearía un insecto, si pudiera evitarlo, aunque supongo que no apreciará que lo diga. Es solo que ha sido tan bueno conmigo que odio decepcionarlo. Mantenerme alejado de tu casa es lo único que me ha hecho prometer desde que me trajo aquí.” Al darse cuenta tardíamente de lo descortés que debía sonar, ella se apresuró a disculparse. “Perdóneme. A veces se me escapan las palabras.”

Él movió una mano por el pelo y Christine recordó que Simon solía hacer lo mismo. Solo que la mano del conde temblaba.

“No hay nada que perdonar, al menos no a ti, querida.” Se aclaró la garganta. “Tampoco tengo derecho a pedirte que desobedezcas a mi nieto. Aun así, si pasas por aquí en un futuro cercano, no deberíamos tomarlo a mal, ¿verdad, Jamison?”

Christine no se había dado cuenta, pero el mayordomo se les acercó por detrás. Se volvió hacia Christine y sonrió. “De hecho, milord, la señorita Christine será muy bienvenida.”

Los ojos de Lord Stonevale recuperaron su brillo. “Espléndido, entonces está resuelto. Vendrás el próximo jueves, a tomar el té. No, no el té. Leche y galletas. Él sonrió.”

“Debería intentarlo.” Dividiendo su mirada entre los dos ancianos, Christine decidió que, a pesar de sus modales autoritarios, le gustaban bastante el abuelo de Simon y su mayordomo. No sería difícil visitarlos de vez en cuando.

CAPÍTULO TRECE

El tonto en abril ha pasado y se ha ido,
Tú eres el tonto y yo no.
— Refrán popular del Día de los Inocentes, británico.

Simon se quedó en la biblioteca después de que Harrison se fuera. Permaneció de pie junto a la ventana, mirando sus jardines, los cuales comenzaban a florecer gracias a Christine, que se había hecho cargo como su jardinera adjunta. Perdido en sus pensamientos, le llamó la atención cuando la vio caminando por el camino lateral, que conducía desde el establo. Hasta ahora no se había dado cuenta de que la había estado esperando, pero el salto de alegría de su corazón le dijo lo contrario.

Aparentemente de la nada, Jem se unió a ella y Simon retrocedió desde la ventana. Levantando ligeramente la cortina, observó que su cochero le entregaba a Christine una cesta de mimbre. Ella la tomó, riéndose, mientras trataba de acomodar su aparente peso. Con la cesta presionada contra su pecho, articuló lo que tenía que ser una exclamación de placer, y luego se inclinó y plantó un beso en la mejilla de Jem. Con la mandíbula apretada, Simon vio la sonrisa tonta, que se extendía por el rostro del chico. La pareja intercambió miradas de complicidad y luego se separaron, Christine continuó hacia la casa.

Simon le dio la espalda a la vista, mientras que un estado de ánimo sombrío suplantó su cavilación anterior. En los dos años que Jem había estado a su servicio, nunca dio motivo de queja, jamás metió a una chica en problemas ni tomó algo que no era suyo. Ya sea que la tarea fuera lavar el carruaje de Simon o cuidar de los caballos, realizaba su trabajo en silencio y sin quejarse. Si no fuera por sus silbidos, Simon podría olvidar que estaba allí.

Pero de repente, inexplicablemente, Simon no confiaba en él.

No con Christine por aquí.

Su silbido infernal, eso era todo, siempre la misma tontería, una y otra vez. El hábito nunca había molestado a Simon antes, pero recordarlo ahora le hizo rechinar los dientes. ¿Cómo podría confiar en un tipo que siempre estaba tan malditamente alegre?

Paseando, se obligó a evaluar la situación objetivamente. Si Jem y Christine hicieran una pareja, su futuro estaría resuelto. ¿Quién era él, Simon, para interferir con sus expectativas? Dada su historia, a Christine le podría ir mucho peor. Jem era un gran trabajador, un tipo constante. Al igual que Christine, había crecido en una granja. Y eran de una edad apropiada.

Simon, sin embargo, tenía treinta y cinco años. Era difícil de creer. Movié los dedos de una

mano por el pelo. Salvo el hilo plateado perdido, era del mismo negro azulado que el de su madre. Cuando se fue de polizón a la India, Lilith Belleville tenía más o menos su edad ahora. Parecía una anciana. ¿Era así como Christine lo veía, como la figura de un tío, un viejo, alguien con quien podría sentirse segura, pero, nada más?

El golpe afuera de su puerta lo sobresaltó, llevándolo de vuelta a un presente, que parecía tan sombrío como su pasado. “Adelante.” Se dejó caer en la silla detrás de su escritorio, tomó un informe de acciones y fingió leerlo detenidamente.

La puerta se abrió. Por supuesto, era Christine. Ella entró. Componiendo sus rasgos, miró hacia arriba. Con una sola mirada de barrido, captó sus ojos brillantes, su cabello revuelto y su vestido manchado. Todos los signos de amor juvenil y una lujuriosa caída, al mediodía, eran abundantes. Si un tallo de paja sobresaliera de su cabello, no se habría sorprendido en lo más mínimo.

Sintiéndose enfermo, bajó la mirada hacia el cesto que ella sostenía. Su antebrazo izquierdo sostenía la parte inferior. Lo que sea que haya dentro debía ser sustancial. La respuesta caballerosa sería levantarse, rodear el escritorio y ayudarla. Simon permaneció tercamente clavado en su asiento. *Si ella lo fuera a dejar, no la ayudaría a hacerlo, ni un ápice.* Dejando a un lado la terquedad, si ella realmente había venido a decirle que ella y Jem se iban a fugar, si lo que contenía la canasta era un ensamblaje apresurado de sus pertenencias, no estaba seguro de que sus piernas lo aguantarían.

Con el corazón martillando, aprovechó la viveza. “¿Adónde viajaste?”

¿Fue su imaginación o el color de ella se profundizó? “Aquí y por ahí”, ella se cubrió, mordiendo el labio inferior.

Tiró el informe a un lado y forzó una sonrisa rígida. “Dime, ¿atravesaste ‘aquí y por ahí’, sola o con un compañero?”

Ella negó con la cabeza resueltamente, demasiado resueltamente. “Solo éramos Cinnamon y yo.”

“Hmm”, respondió él, sin creerle ni por un segundo. Su mirada se centró en sus manos de nudillos blancos que agarraban la cesta. “¿Qué tienes ahí, ladrillos?”

Iluminándose, ella colocó el cesto encima del escritorio y movió su brazo derecho. “Es un secreto. Lo he estado guardando durante semanas, casi un mes.”

El corazón de Simon saltó a su garganta. Alojado así, hacía que respirar fuera un asunto complicado, pero de alguna manera se las arregló. “¿Casi un mes?”

Por la bondad, ¿ya estaba hecho el acto? Su mirada voló a su mano izquierda. El alivio se apoderó de él, cuando vio que el dedo anular permanecía desnudo, y luego huyó con la misma rapidez, al considerar que Jem probablemente no podría pagar una banda de oro.

Ella tuvo la audacia de sonreír ampliamente, lo que hizo cosas increíbles en su magnífica boca, haciéndolo anhelar borrar esa sonrisa de sus labios, con los suyos. “Jem pensó que no deberíamos esperar, pero, le dije que quería salvarlo.”

¡Oh, por la bondad! Tambaleándose, abrió la boca para preguntar... Solo se sabría cuando un gemido lastimero lo detuvo.

Su mirada cayó a la cesta y luego se levantó a la cara radiante de Christine. “Es tu regalo de cumpleaños”, anunció. “Espero que te guste, debería decirlo.”

El shock lo puso de pie. “Un regalo de cumpleaños... Para mí, pero, ¿cómo lo supiste? ¿Quién te lo dijo? ¿Cómo puede un regalo ser un...?” Se detuvo, dándose cuenta de que estaba balbuceando.

“Por favor, no te enfades con la señora Griffith. La acosé hasta que me dijo la fecha.”

Levantó la tapa del cesto. Un pequeño cachorro mestizo asomó la cabeza y los hombros. Era un cruce entre un spaniel y un border collie. Esta bestia era el perro de aspecto más improbable que Simon había visto jamás. Una oreja caída era de marta cibelina, la otra marrón y negra, en partes iguales. Apoyando sus patas delanteras blancas, en el borde de la canasta, y la nariz de botón negra trabajando, este se inclinó para hacer un balance olfativo de su entorno.

Simon miró del cachorro a Christine. “Un perro”, dijo estúpidamente. “¿Me compraste un perro?” Un perro era el mejor amigo del hombre, el símbolo eterno de la lealtad desinteresada. Una obra de arte de valor incalculable no podría haberlo complacido ni la mitad.

La incertidumbre se apoderó de sus rasgos. Su sonrisa se atenuó. “Pues, sí, sar. Me has dado tanto.” Hizo una pausa para tocar el colgante de ámbar en su garganta. “Quería que tuvieras algo para recordarme, después de que me haya ido, solo que no podía pensar en qué. Entonces recordé la charla que tuvimos cuando estaba en cama y tú me leíste *Cumbres Borrascosas*. ¿Te acuerdas, verdad?”

Simon lo recordaba demasiado bien. Christine había estado acostada en el sofá del estudio, con el tobillo apoyado sobre una hilera de almohadas. Para mantenerla entretenida, él leía en voz alta, aunque la sombría historia de amor condenado de Emily Brontë difícilmente habría sido su elección. Acababa de llegar al pasaje donde Nelly Dean rescató el perro de aguas de su ama de la puerta del jardín, en la que el villano Heathcliff lo había colgado.

Dejando el libro a un lado, se encontró confesando: “toda mi vida he querido un perro.”

Christine había levantado la cabeza del cojín con borlas. “¿Nunca has tenido un perro?”

Con la mirada fija en el libro cerrado, admitió: “mi familia vivía en la ciudad. Un perro habría sido... Poco práctico.” *Teniendo en cuenta que apenas podíamos permitirnos alimentarnos.*

A diferencia de él, Christine no miraba hacia otro lado. Inclinando su cara hacia la de él, ella preguntó: “¿Por qué no tienes uno ahora?”

Encubierto, pensó por un momento. “Realmente no he tenido tiempo para...” En medio de su lucha, él la vio poniendo los ojos en blanco. “¿Por qué no, de hecho?” Finalmente, lo aceptó, y ellos terminaron riéndose.

Mirándola ahora, se sintió honrado de que su pequeña y triste admisión se hubiera grabado en su mente, así como completamente avergonzado de los pensamientos innobles, que había tenido contra ella. “Me compraste un perro”, repitió y dejó caer la cabeza contra la silla, abrumado por la maravilla.

“Jem preguntó y se enteró de que la perra del herrero había entregado una camada. Me llevó el mes pasado a ver, y elegí a este muchachito, pero esperamos hasta que lo destetaron, antes de llevárnoslo. Jem fue a buscarlo anoche después del trabajo. Ha sido un amigo maravilloso.”

Un amigo maravilloso. Christine y Jem eran solo amigos. Jem de repente se elevó en la estimación de Simon. Era un buen muchacho, un gran trabajador. Y su silbido era bastante edificante. Hizo una nota mental para aumentar el salario de Jem.

Pero este no era tan alto como para poder mantener a una esposa.

Christine se mordisqueó el labio inferior y miró la cesta. “Está bien, ¿verdad? Si no te gusta, supongo que lo aceptarán de vuelta. Si no, Jem dijo que él...”

Se interrumpió cuando el perro saltó libre. Moviendo la cola, se deslizó por el escritorio, esparciendo los papeles de Simon a los cuatro vientos.

“Oh, espero que esté inquieto.” Christine alargó la mano y se rascó detrás de una oreja caída. Los labios negros del perro se retiraron y una pequeña lengua rosada colgaba de un lado. “Lo he estado llamando Jake por uno de mis hermanos, pero ahora es tuyo. Deberías darle un nombre.”

Ella vaciló. “Eso es, si quieres quedártelo.”

Su mirada se fijó en sus manos con los dedos entrelazados sobre su chaleco. Todavía no había tocado al perro que, junto con Christine, lo observaba de cerca. *¿Qué clase de monstruo no acariciaría a un cachorro?* Parecían preguntárselo ambos y Simon pensaba en lo mismo.

“Por supuesto que tengo la intención de mantenerlo”, respondió con fiereza, con más de lo que pretendía. Como una cuerda tirando de un bolso abierto, la parte posterior de la garganta de Simon pareció cerrarse, por lo que fue un esfuerzo exprimir sus siguientes palabras. “Es espléndido. Eres espléndida. Y Jake es un buen nombre.” Tragando saliva para no estrangularse, agregó: “un buen nombre para un buen tipo.” *Es algo bueno lo que has hecho por mí.* “Es solo que no sé mucho sobre perros, nada, francamente. Necesitaré que me ayudes a cuidarlo, muéstrame qué hacer. Tendrá que ser entrenado en casa. Movié ambas manos por el pelo, no porque estuviera en sus ojos sino por algo que hacer. “¡Ay! Ni siquiera sé lo que comen los perros.”

Miró del cachorro a Christine. El sentimiento dentro de él era desesperadamente crudo y dolorosamente dulce, y, en medio de eso, lo estaba desgarrando, partiéndolo en dos, por lo que se aferró con fuerza, negándose a renunciar, en el momento, a Christine. Muy pronto tendría que renunciar a ella, su más dulce tentación, pero no tan pronto, no esta noche, no ahora.

“Puedes confiar en mí, sar”, respondió ella, “aunque supongo que se ve un poco tonto con la cinta.” Extendió la mano por encima del escritorio hasta el tartán atado con un lazo alrededor del cuello del cachorro.

Simon recordó haberlo visto en el cabello de Christine el otro día. “No, no lo hagas”, dijo rápidamente y las yemas de los dedos rozaron la parte superior de su mano. “Déjalo por ahora. Solo tiene esta noche como regalo de cumpleaños. Después de la medianoche, vuelve a ser un perro normal.”

Ella sonrió, descubriendo el hoyuelo en el lado izquierdo de su barbilla. “No lo había pensado de esa manera.”

Simon se las arregló para devolverle la sonrisa, pero detrás de sus ojos, la presión reveladora se estaba acumulando. Habían pasado años, y, sin embargo, sabía lo que significaba la sensación. Aclarándose la garganta, él dirigió su mirada a la puerta. “Por ahora creo que el joven Jake y yo necesitamos un tiempo a solas para conocernos mejor.”

Christine tomó su menos que sutil despidio con buena gracia. “Te veré en la cena entonces.” Ella se volvió para irse.

Fue una locura, pero Simon no pudo resistirse a devolverle la llamada. “Christine.”

Ella dio la vuelta. “¿Sar?”

“¿Supongo que Jake necesitará un paseo después de comer?” Ante su asentimiento, él se aventuró: “¿tal vez vengas con nosotros a dar un paseo después de la cena?”

Su sonrisa agradecida tiró de su corazón. “Me gustaría hacer eso.”

Cerró la puerta justo cuando la primera lágrima se deslizaba por la mejilla de Simon. Con los codos sobre el escritorio, metió un puño en cada ojo para detener la marea, pero fue inútil. Lágrima sobre lágrima cayó, y pronto notó el sabor a sal en sus labios. Con la cabeza gacha, sintió algo frío y húmedo acariciando el dorso de su mano. Levantó la cabeza y el cachorro golpeó su regazo.

Pasándose el dorso de la mano por sus ojos llorosos, miró al perro que lamía la suciedad imaginaria de sus patas blancas inmaculadas. “Pequeño descarado, ¿no?”

Pero los perros pertenecían al suelo. Simon estaba a punto de bajarlo cuando los ojos de Jake, grandes, marrones y suplicantes, se clavaron en su rostro. Como los de Christine, estos eran

amplios, abiertos y serios. Ámame, ambos parecían implorar, y Simon no podía explicar cómo se había vuelto demasiado retorcido, muy encerrado y eminentemente muerto por dentro para permitirse volver a amar.

Quería que tuvieras algo para recordarme...

El lazo de Christine sobre el cuello de Jake se estaba deshaciendo. Simon terminó de desatarlo y lo guardó en el bolsillo del pecho, el más cercano a su corazón.

El perro aprovechó la oportunidad para maniobrar su cabecita bajo la mano abierta de su nuevo amo. Simon acarició la sedosa coronilla. “¿Qué vamos a hacer con ella, Jake?”

Más específicamente, ¿qué voy a hacer con respecto a mí?

EL PRIMERO DE MAYO, la bienvenida anual del verano, el primer día del mes, era una tradición típica en toda la Inglaterra rural que databa de la época precristiana. Simon no había sido educado para ser un terrateniente rural, pero había hecho su tarea en las vacaciones. La celebración de un día se llevaría a cabo, en el lugar común, comenzando al amanecer con coristas de la parroquia local y culminando con una fogata al anochecer. Inclínándose por la costumbre, les había dado a sus sirvientes el día completo con salario. En cuanto a él, se quedaría el tiempo suficiente para escuchar el discurso del alcalde, pronunciar su propia alocución, debatir con el candidato de la oposición, y luego irse. Cuando le mencionó sus planes a Christine, en el desayuno de la mañana anterior, su decepción había sido palpable.

“¿No piensas quedarte para el baile o el carnero asado? Y los fuegos artificiales, siempre hay fuegos artificiales una vez que se pone el Sol.”

Deslizándolo a Jake un bocado de salchicha debajo de la mesa, admitió: “no había pensado en eso. ¿Te apetece ir?”

La pregunta se le escapó antes de que la hubiera considerado adecuadamente. Un momento después, estaba en apuros para no golpearse la frente con la mano. Christine era una chica criada en el campo. Probablemente, ella había estado bailando alrededor del árbol de mayo desde que se quedó sin cuerdas principales.

Ella negó con la cabeza como si lo abandonara por una causa perdida. “Supongo que Jem me llevará.”

Eso lo resolvió.

“Te llevo”, dijo Simon. “Nos quedaremos todo el tiempo que quieras, bailaremos alrededor del árbol de mayo y la maldita hoguera hasta que nos sangren los pies.”

“Hmm, encantador, pero, ¿no tienes miedo de aburrirte, un ciudadano como tú?” Ella respondió, claramente poco impresionada con su sacrificio.

“Yo me encargaré.” Se encogió de hombros y tomó su periódico. Mientras le daba a Jake su último trozo de salchicha, agregó: “supongo que no me matará golpear algunas bolas de croquet, ser juez en un concurso de pasteles o dos. Incluso esto podría hacerle un poco de bien a la campaña.”

A la mañana siguiente, día Primero de Mayo, él se vistió con especial cuidado, usando una camisa sin cuello de color azul índigo, tirantes, calzones beige, y, por una vez, sin corbata. “Tienes que parecer menos distante, más populista”, le había aconsejado Harrison en su última reunión. Simon se puso la chaqueta de lino y colocó el bombín de paja, en un ángulo arrogante, y, trató de decirse a sí mismo, que solo estaba siguiendo el consejo del agente del partido, pero la sonrisa que vislumbró en el espejo del tocador desmintió ese autoengaño en particular. Se había

vestido para complacer a una sola persona: Christine.

Pero cuando bajó, el vestíbulo principal estaba vacío. Tampoco se la podía encontrar en ningún otro lugar de la casa. Se guardó el discurso doblado en el bolsillo y fue en busca de la señora Griffith. La encontró en la despensa. El ama de llaves recordó haber visto a la joven señorita, media hora antes, cuando Christine entró en la sala de desayunos, metió dos bollos en una servilleta y luego salió corriendo por la puerta. Ella los había guardado en su sombrero.

La pequeña descarada le había dado esquinazo y se había ido con Jem, supuso. Sintiéndose como un tonto, Simon salió de la casa. Sus pasos fuertes lo llevaron al establo. Conoció un momento de confusión, cuando miró en el establo de Cinnamon y encontró a la yegua dentro. Con el corazón acelerado, se dirigió al cuarto de los arreos.

Habían pasado algunos años desde que Simon había ensillado su propio caballo. La prisa hizo que sus dedos fueran torpes, pero finalmente ciñó la cincha debajo del vientre de la bestia y montó. Murmurando todas las maldiciones de marinero que pudo recordar, aceleró por el camino y giró hacia la carretera principal.

Alcanzó a Christine, a más de una milla por el camino bordeado de setos. Con su barbilla, señaló hacia el norte, ella lo ignoró y siguió caminando.

“Dije que te llevaría.” Reduciendo la marcha de su caballo, se colocó a su lado. “¿Por qué no esperaste?”

Protegiéndose los ojos con el borde de la mano, ella miró hacia arriba. “No quería obligarte a bailar sobre la ‘hoguera sangrienta’ por culpa mía.”

“Tal vez he tenido un cambio de corazón. Tal vez me apetezca un baile después de todo.” Caminaría sobre un lecho de brasas si eso significara que podría abrazarla. “¿Por qué estás a pie de todos modos?”

“Cinnamon tuvo un toque de cólico ayer. Quería que descansara.”

Simon sintió que su molestia se desvanecía. Era casi imposible seguir enfadado, cuando ella se veía tan absolutamente adorable como ahora, con un sombrero de paja descascarada, coronando su cabeza, y un vestido de muselina blanca pegado a sus esbeltas curvas.

Él tiró de las riendas y le tendió la mano. “Sube antes de que ensucies ese vestido y te ampolles los pies. ¿Te das cuenta de que hay más de dos leguas hasta Maidstone?”

“¿Es ahora?” Ella lo miró. Las comisuras de su boca se levantaron y sus ojos marrones brillaban con picardía. Invocando su acento rural más marcado, ella dijo: “es bueno que tengas un caballo, o tendré que llevarte todo el camino.”

Con una sonrisa, él respondió: “tengo una idea mejor. ¿Por qué no cabalgamos y reservamos nuestros pasos para ese baile de la hoguera?”

La mirada de soslayo que ella le envió fue tan ingenuamente seductora, que se encontró endureciéndose. “¿Estás seguro?” Levantando la mano, sacudió una mota imaginaria de su chaqueta. “Puedes obtener una ceniza de hollín en esas finas ropas tuyas.”

Encontrando su sonrisa, se agachó para ayudarla a levantarse. “Yo creo que tomaré el riesgo, señorita Tremayne, si lo deseas.”

CAPÍTULO CATORCE

Ven a cortejarme, cortejarme; por ahora estoy en
un humor de vacaciones y me gusta lo suficiente como para consentir.
—William Shakespeare, *Como gustéis*, Parte IV, Escena 1, 1599.

C abalgaron el resto del camino en un tenso silencio. Sus bromas se desvanecieron tan pronto como Christine ocupó su lugar en la silla. Montar a caballo significaba anclar su trasero entre los muslos de Simon, una postura que podría parecer adecuada, pero se sentía más que comprometedora. Con el brazo izquierdo envuelto alrededor de su cintura, trató de no pensar en lo que podría pasar si inclinaba la cara hacia arriba y se encontraba con su mandíbula cuadrada, el plano alto de su mejilla y, finalmente y gloriosamente, esa boca húmeda y firme.

Christine eres una tonta con el ron y una cuchara en el trato.

Pronto estaría acercándose sigilosamente detrás de él y besando su sombra si no le importara. Decidida a dominar sus emociones, fijó su mirada en los campos y granjas que pasaban, y trató de no pensar en la tortura agri dulce de sus senos rozándole el pecho.

Cuando llegaron a Maidstone, los carruajes y carretas abarrotaban High Street. Simon desmontó y la ayudó a bajar, mientras que sus manos en su cintura eran otra tortura agri dulce. Le entregó el caballo a un mozo de cuadra, con la cara húmeda, y los condujo para acompañar a la multitud. Los sonidos de una banda de música los llevaron al área común y al escenario donde se llevarían a cabo los discursos.

Tomando la mano de Christine, Simon comenzó a caminar por el pasillo central hacia las filas acordonadas del frente. Pasó por alto varias sillas vacías y no se detuvo hasta que llegaron a la primera fila. Mirando a su alrededor a las damas y caballeros, elegantemente vestidos, Christine sintió un nudo en el estómago. Con su sombrero de paja y su vestido ligero, lamentablemente, se sentía fuera de lugar.

“Simon”, susurró ella, tirando de su manga. “No puedo sentarme aquí.” Ella sacudió la barbilla para señalar las cuerdas de terciopelo y el letrero que se balanceaba. “Esos asientos están reservados.”

Él sonrió. “De hecho lo están, para la familia y los amigos de los oradores, que te incluyen a ti, prima querida.”

La referencia burlona a su lazo de sangre falso hizo que su corazón diera un vuelco. Si solo estuvieran jugando a ser primos, ¿podrían fabricarse también sus momentos más íntimos? ¿Momentos en los que sorprendió a Simon mirándola, y, atraída a mirar hacia atrás, sintió una

conexión tan profunda, tan conmovedora, que se puso a llorar por la belleza agri dulce de eso?

Simon usó la punta de su bota para empujar el montante a un lado y comenzó a bajar por la primera fila. Christine no tuvo más remedio que seguirlo, pidiendo perdón a los hombres y mujeres sentados, cuyos pies esquivó. Se detuvieron frente a un asiento del centro de elección y se hundió agradecida en este.

Simon se abotonó la chaqueta. “¿Estarás conmigo después?”

“Sí, claro.” Ella fingió estudiar las costuras de sus muñequeras blancas, con la esperanza de que él no se diera cuenta de lo mucho que significaba la invitación para ella.

Se inclinó hacia ella y sonrió. “Bien. Ven a buscarme después.”

“Está bien.” Derritiéndose bajo el calor de su mirada, todo lo que pudo hacer fue pronunciar las palabras “buena suerte”, antes de que él se fuera. Al ver cómo los pasos rápidos lo conducían a los escalones de tabloneros del escenario y a través del área, con cortinas detrás, se dijo a sí misma que no debía leer demasiado en la invitación y, sin embargo...

La sensación de ser observada la hizo mirar a su alrededor. Resplandeciente, con un vestido de seda verde carruaje, Fanny Albright la miró desde su asiento al otro lado del pasillo. Por el bien de Simon, Christine invocó una sonrisa. Con la nariz en el aire, Fanny se dio la vuelta y tocó a su madre en el hombro. Siguió una consulta en voz baja y la señora Albright se movió para susurrarle al oído a su compañera de asiento, la señora Priestly. La esposa del hacendado inclinó la cabeza hacia la hija, que estaba sentada más cerca, quien a su vez le dio un codazo a su gemela. Toda la fila se volvió para mirar a Christine.

Clavando sus uñas en sus palmas, Christine obligó a su atención a regresar al escenario. Estaban Simon, un hombre de cuello de toro con un traje a rayas, que no le quedaba bien, y un hombre de patillas grises, a quien Christine reconoció. Era el alcalde. Los dos candidatos ocuparon sus respectivos asientos, a cada lado del escenario.

Subiendo al atril, el alcalde Albright comenzó: “damas y caballeros, hoy nos reunimos para anunciar no solo la llegada del verano, sino también una nueva era de paz y prosperidad...”

A pesar de su promesa de brevedad, el discurso del alcalde pareció divagar. Por fin, presentó al candidato del partido liberal, el señor W.C. Bullworth, que subió pesadamente al atril.

Cuando el señor Bullworth terminó de revisar sus papeles, Christine casi sintió pena por el hombre. Su oratoria vacilante, junto con las prodigiosas gotas de sudor, que caían de su cara carnosa, hicieron poco para recomendarlo a la audiencia que bostezaba y se movía.

Simon fue presentado a continuación. Levantándose, él se inclinó para estrechar la mano de su oponente antes de subir al podio. Christine se inclinó hacia adelante en su asiento, no queriendo perderse una sola palabra o mirada.

Simon no defraudó. Habló simple y bien, sin apenas mirar el discurso escrito que obviamente había aprendido no solo de memoria, sino también de corazón. Ya sea que el tema que discutió fuera el precio del maíz o el sufragio masculino, su mirada se conectó con la multitud. Más de una vez, su mirada pareció reposar sobre ella. Con calidez, ella le devolvió la sonrisa de aliento, agradecida de ser incluso una pequeña parte de este momento especial.

A mitad de su discurso, una voz hosca resonó entre la multitud. “Abajo con Disraeli y el establishment, larga vida a los radicales.”

Mirando por encima del hombro, Christine vislumbró a tres hombres parados en la parte trasera del pabellón. Con ojos furtivos, sin afeitar y luciendo gorras holgadas, obviamente, ellos no tramaban nada bueno. El que interrumpió, con el pecho en forma de barril y el cuello grueso, sostenía una pancarta que decía: “Cuidado con los mártires de Hyde Park.”

Los susurros llenaron la tienda. Con el corazón palpitante, Christine se volvió hacia la

plataforma.

Levantando la mano para pedir silencio, Simon no registró ninguna reacción más allá de una media sonrisa tolerante. “Por favor, estoy muy feliz de responder al comentario de este caballero.”

Procedió a hacer precisamente eso, aprovechando la interrupción como una oportunidad para exponer la posición de los conservadores progresistas sobre la reforma parlamentaria. “Como pueden ver, al extender la franquicia a los contribuyentes de tasas compuestas, el proyecto de ley de reforma conservadora, en realidad, supera las reformas relativamente modestas presentadas por el señor Gladstone y los liberales.”

Uno de los rufianes volvió a intentar interrumpir, pero esta vez la audiencia le gritó que se callara, sin dejar de hacerlo hasta que él y sus dos compinches se escabulleron.

Estallaron los aplausos. Christine se unió, aplaudiendo hasta que le dolieron las palmas de las manos. El programa terminó con Simon como claro vencedor. Fila tras fila de simpatizantes llenaron el escenario con la esperanza de hablar con él. Atrapada por el entusiasmo, Christine se levantó para unirse a ellos. Esperando en la cola, estaba casi en el escenario, cuando un empujón la tiró de lado y quedó cara a cara con Fanny Albright.

Le dio a Christine una mirada poco halagadora y las comisuras de su boca estaban temblando. “El blanco siempre es una elección valiente. ¿No hay jardinería hoy?” Antes de que Christine pudiera responder, Fanny abrió su mano sin guante y golpeó un puñado de tierra en el frente de Christine.

Sin estar preparada para esto, Christine se tambaleó hacia atrás. Fanny aprovechó la confusión para adelantarse. Mientras se cepillaba la mancha marrón, Christine observó a su rival subir al escalón superior de la plataforma y allí darle a Simon un beso público de felicitación. Un beso del que parecía avergonzado, pero que no rehuyó del todo. Parpadeando para contener las lágrimas, Christine se dio la vuelta y se alejó rápidamente, mezclándose con la multitud que regresaba por el pasillo. Casi al final, sintió una mano aterrizar en su hombro. Pensando que debía ser Fanny, se dio la vuelta, decidida a devolver lo que había recibido.

Simon la miró fijamente, la confusión y la preocupación estaban en guerra en su rostro. “Christine, prometiste estar conmigo.”

Cruzando los brazos sobre la mancha, ella sacudió la cabeza. “Parecías ocupado...”

La mirada desconcertada de Simon rozó su rostro ardiente y luego se deslizó a sus brazos cruzados. “¿Estás bien?”

Abrió los brazos y los dejó caer a los costados. “Incluso yendo a caballo, parece que todavía no puedo mantenerme limpia”, bromeó en respuesta a su evidente sorpresa. “Este es un día importante para ti. Deberías seguir sin mí. Puedo llegar a casa con bastante facilidad.”

“Disparates.” Agarrándola por el codo la condujo a la salida. Una vez fuera de la multitud, él hizo un gesto hacia las tiendas de campaña rayadas y los puestos que salpicaban el césped. “¿Hambrienta?”

“Sí”, admitió, sorprendida de que realmente lo estaba. “Pero, qué hay del alcalde, toda esa gente...”

“Les dije que tenía un compromiso previo contigo...” Él sonrió y Christine sintió que su corazón daba un vuelco.

Pasaron las siguientes horas probando manjares justos: pan de jengibre, cuajada y huevos en escabeche. Christine se mostró escéptica cuando Simon le sugirió que probara las ostras ahumadas, pero, después de su primer mordisco vacilante, se zampó no solo su media docena, sino la mitad de él.

Tomando su plato vacío, su boca se alzó en una sonrisa. “Dudo en imaginar el daño que harías si realmente te gustaran.” Sonriendo, él fue en busca de un cubo de basura.

Los minutos se alargaron. Cambiando de un pie al otro, Christine estaba a punto de salir a buscarlo, cuando lo vio caminando a grandes zancadas por el césped hacia ella. Con los brazos metidos detrás de él, se detuvo frente a ella.

“Simon, estás escondiendo algo detrás de tu espalda, ¿no?” Preguntó en el mismo tono que usaba cuando buscaba una confesión de uno de sus hermanos.

Mirándola por debajo de las cejas unidas, respondió: “¿lo estoy? Oh, ¿te refieres a esto?” Le tendió lo que tenía que ser la guirnalda de flores más espléndida que Christine había visto jamás. “Difícilmente puedes ser la Reina de Mayo sin una corona.”

Prímulas, copas de rey, tulipanes, alhelies y rosas tempranas se desdibujaron en una profusión de colores, cuando los ojos de Christine se completaron. El hombre querido y tonto no sabía nada sobre las costumbres del país, pero sabía más que cómo moverse por el corazón de una mujer.

Levantando la mano para desatar los cordones de su capota, se sorbió las lágrimas. “Si hay una reina, será una de las colegialas mayores.”

“No en mi reino.” Él le quitó el sombrero y colocó la corona sobre su cabeza.

Christine no pudo encontrar respuesta a eso. Caminaron en silencio durante unos minutos más. Reuniéndose de valor, finalmente preguntó: “¿qué te hizo decidir quedarte para el baile?”

Con la chaqueta colgada de un hombro, Simon se encogió de hombros. “A Harrison le preocupa que la soltería me perjudique en las elecciones. Me ha estado presionando para que me vean más en la ciudad, estrechando más manos, cargando a un bebé o dos, bebiendo una jarra en la taberna de vez en cuando, ese tipo de cosas.”

Christine pensó en el pobre señor Bullworth, sudando a través de su traje demasiado ajustado, y dijo: “no parece que tengas mucha competencia.”

“Si Bullworth fuera mi único oponente, estaría de acuerdo.”

“¿Él no lo es?”

Sacudió la cabeza. “Nathan Oglethorpe es el titular y un Tory de la vieja escuela. Probablemente, detesta a Disraeli y la dirección progresista que está tomando el partido, incluso más que esos tres agitadores radicales de los que escuchamos antes. Habría estado aquí hoy, si su esposa no se hubiera puesto de parto anoche. La próxima vez no tendré tanta suerte.”

“Estoy segura de que tú también lo superarás”, dijo con convicción, luego se sonrojó cuando vio diversión en sus ojos.

“Veremos.”

La tomó del brazo y caminaron hacia la sección dedicada a los puestos que exhibían artesanía local. Conociendo su generosidad, Christine se cuidó de no mostrar demasiado interés en ningún artículo por temor a que él pensara que ella estaba insinuando. Pero cuando llegaron a un puesto lleno de caballos de juguete, no pudo resistirse a quedarse. Caballos de madera de todos los tamaños, formas y variedades se alineaban en el banco de trabajo, la mesa y el césped de enfrente. Su mirada se posó en un pasatiempo en blanco y negro que, a pesar de su pintura fresca y la brida elaboradamente tallada, tenía el aspecto del que habían jugado sus hermanos pequeños. A pesar de que habían superado a “Chester” años antes, se habían lamentado como bebés, cuando ella les había dicho que tendrían que dejar el juguete atrás. Con la garganta espesa, se agachó para darle un empujón a la mecedora.

“Pequeño como es, creo que lo superarás”, comentó Simon.

Sintiéndose tonta, admitió: “estaba pensando en mis hermanos.”

Con la mirada atenta, él indicó: “me dijiste uno de sus nombres: Jake, ¿como el perro?”

Ella asintió rápidamente. “El otro es Timothy, pero, aparte de las veces que está en problemas por hacer travesuras, lo llamamos Timmy. Su cumpleaños es en otras dos semanas. Son gemelos, ya sabes.”

Él dudó. “Estaría muy feliz de comprar esto si crees que les gustaría. Puedo pedirle a Jem que lo lleve a la oficina de correos mañana.”

“Oh, no”, dijo con un movimiento de cabeza. “Van a tener diez años y están mucho más interesados en los ponis reales que en los de madera, pero, gracias.”

Recordó el comentario de Lord Stonevale acerca de que Simon era el último de la línea Belleville. En contra de su buen juicio, preguntó: “¿quieres tener hijos?” La mirada de Simon se amplió y sus pobladas cejas se levantaron. “Lo siento”, ella dijo rápidamente. “Eso no es asunto mío.”

Sacudió la cabeza. “No necesitas disculparte. Es una pregunta razonable.” Tocando el trenzado pintado con colores brillantes, en otro de los caballos tallados, respondió: “me gustaría tener un hijo que me siguiera, pero, no puedo decir qué tipo de padre sería. Mi padre murió cuando yo todavía era un niño, y, cuando él estaba vivo, no éramos cercanos. ¿Por qué lo preguntas?”

Tal vez fueron las ostras, pero de repente pareció no poder pensar más allá de lo mucho que anhelaba su beso. Mirándolo a la boca, ella murmuró: “ninguna razón en particular, solo curiosidad.”

“Por la forma en que me miras, estaba empezando a preguntarme si me había perdido un lugar al afeitarme.”

“Oh, no... Es decir, no podría decirlo. ¿Por qué estaba mirando?” Ella resaltó, sabiendo muy bien la respuesta.

Él sonrió. “Sí, señorita Tremayne, sin duda lo estabas, lo que me hizo preguntarme qué pensamientos podrían estar pasando por su cabeza.”

Creo que me estoy enamorando de ti.

Sorprendida, Christine rebuscó en su confusa mente, en busca de una respuesta más aceptable. “Solo estaba pensando en lo diferente que eres hoy. Tu cabello, nunca lo he visto, cuando no estaba todo húmedo y brillante.”

Con el Sol golpeando la parte superior de su cabeza descubierta, las hebras de color negro azulado brillaron tan elegantes como el ala de un cuervo. En ese momento, Christine habría renunciado a su lugar en el cielo, suponiendo que no lo hubiera hecho ya, por el derecho a pasar las manos.

“Yo suelo aplicar aceite de Macassar. Evita que el pelo me caiga sobre los ojos...” Pasó una mano tímidamente por los gruesos mechones, que caían sobre su frente y luego añadió: “precisamente, como lo estoy haciendo ahora.”

“Oh”, dijo ella, sintiéndose estúpida. “Aceite de Macassar, una cosa más que no sabía. Te ves más guapo sin él”, añadió impulsivamente, luego sintió que su rostro ardía.

Esta vez no fue la única en sonrojarse. Simon se había desabrochado el botón superior de su cuello sin camisa y un rosa reveladora subía por su cuello.

“En ese caso, tal vez considere adoptar una nueva moda.” Una sombra cayó sobre su rostro y agregó: “es evidentemente más fácil alterar la apariencia de uno que su naturaleza.”

“¿Por qué quieres cambiar tu naturaleza?”

Él se encogió de hombros. “Harrison dice que soy percibido como distante, un pez frío. Supongo que puede tener un punto. La verdad es que soy tímido.”

Segura de que debía estar pellizcándola, buscó su rostro. “Simon, ¿cómo puedes decir que eres tímido, después de dar un discurso tan grandioso ante toda esa gente y manejar a esos intrusos?”

“Una cosa es pararse atrincherado, detrás de un podio, y dirigirse a una multitud amorfa, y otra muy distinta es conversar con una sola persona, cara a cara.”

Preocupada por sus propios defectos, Christine nunca antes había considerado que Simon pudiera tener dudas sobre sí mismo. Luchando por adaptarse a la extraña idea, negó con la cabeza. “Un político tímido, vamos a tener que remediarlo.”

“Lo somos, ¿lo somos? Casi tengo miedo de preguntar, pero, ¿qué es exactamente lo que tienes en mente?”

Mirando a su alrededor, vio la tienda de cerveza rayada y el dúo de mejillas rojas balanceándose dentro de la puerta de entrada. Con los brazos sobre los hombros del otro y los pies luchando por agarrarse en el suelo, el alcalde Albright y el hacendado Priestly parecían estar muy animados.

“Ven también.” Envolviendo una mano firmemente alrededor de la muñeca de Simon, tiró de él hacia la tienda.

“Christine, no puedes entrar”, dijo, clavando los talones cuando vio hacia dónde se dirigían. “Las damas no están permitidas.”

Llegando a la entrada, ella le dio un empujón juguetón. “No soy yo la que va.”

Simon se clavó en sus talones. “Pero, Christine, no tengo sed.”

“Una lástima porque parece que tus electores, incluido el propio alcalde, han desarrollado una sed poderosa. Con suerte, puedes aguantar una ronda antes de que se caigan de bruces.”

“OCHENTA y ocho pintas de cerveza en la pared, ochenta y ocho pintas de cerveza, si una de esas pintas se cae...”

Eran ochenta y siete, en realidad, pero Simon no estaba dispuesto a corregir al alcalde o al hacendado tampoco, de hecho. Sentado entre ellos, en el banco sin respaldo, trató de recordar si la jarra de peltre, que tenía delante, contenía su tercero o cuarto trago, que Christine casi lo había empujado adentro y anunciado a todos y cada uno que el señor Simon Belleville, el próximo miembro del Parlamento de Maidstone, estaría de pie para la siguiente ronda. Horrorizado, se dio la vuelta a tiempo para captar su guiño antes de que ella se fuera corriendo.

Mirando a través de la puerta abierta de la tienda, se preguntó dónde estaba ella. La idea de ella revoloteando por el árbol de mayo, con un grupo de zalameros de rostro lozano y ojos saltones, bastó para ponerlo de nuevo en pie. En medio de las protestas arrastradas de sus compañeros, se excusó para irse. Rodeó la fila de mesas repletas de caballetes, levantando jarras y palmadas en la espalda, mientras empujaba hacia la salida.

Afuera se detuvo para tomar aire y despejarse la cabeza. Christine no lo estaba esperando, no es que él hubiera esperando que lo hiciera. Esquivando a los niños que tocaban trompetas de hojalata y caracolas, caminó hasta el centro del terreno común, donde se había erigido un árbol de mayo de ochenta pies para el día. Una docena de hombres y mujeres jóvenes giraban alrededor del pentagrama, adornado con cintas, pero Christine no estaba entre ellos.

Examinó los senderos que se bifurcaban en el verdor. Christine podría haber tomado cualquier número de ellos. Exploró varios de los paseos, la multitud se redujo notablemente. Su preocupación se convirtió en angustia genuina, cuando finalmente la vio sentada en un banco

vacío. Con el capot en su regazo, su mirada pensativa estaba fija en un grupo de jóvenes que pasaban una pelota a través de una guirnalda suspendida. Ella lo vio y sonrió, haciéndole señas para que se acercara. Más que aliviado, se dejó caer en el asiento de madera junto a ella.

Sonriendo, ella se volvió hacia él. “Vaya, sar, has estado bebiendo”, anunció, luciendo enormemente complacida. “Tus mejillas están brillantes como bayas y tu cabello está despeinado.” Levantó la mano y lo revolvió aún más.

Él fingió alejarse, pero en realidad los dedos de ella sobre su cuero cabelludo se sentían maravillosamente bien. “Lo que soy es cabeza boba, por no decir torpe como un potro nuevo. ¿Caminas conmigo hasta que se me aclare la cabeza?”

Sin embargo, él exageró un poco. Se levantó y la sangre se agolpó en su cabeza. Ella se puso de pie en un instante, deslizándose un brazo estabilizador alrededor de su cintura. Él se apoyó en ella, disfrutando de la sensación de su cuerpo delgado, pero fuerte, un cuerpo forjado por el trabajo honesto y duro, como una vez lo había sido el suyo. Cubriendo su esbelta mano con la suya, ella dejó que lo guiara lejos del recinto ferial, por una vez contenta de seguirlo.

Suspendido sobre el hilo de un arroyo, el viejo puente peatonal de madera era perfecto para ver tanto la puesta de Sol como los fuegos artificiales que comenzarían pronto. La madera curtida crujió cuando la pisaron. Deteniéndose en el centro, Simon apoyó los antebrazos en la baranda y miró hacia afuera. Inhalando el aire perfumado de primavera, saboreando la cercanía de Christine, cerró los ojos y se entregó a una sensación de paz desacostumbrada.

“¿Mejor?” Preguntó Christine, tocándole la manga.

Se volvió hacia ella. “Si estás preguntando si estoy a punto de perder mi almuerzo justo o no, la respuesta es no. Incluso puede que me reúna para ese baile que te prometí.”

Ella se encogió de hombros. “Oh, está bien. Realmente, tampoco me importa el baile o los fuegos artificiales, para el caso. Podemos irnos cuando quieras.”

Sintiéndose como si le hubiera fallado, buscó su rostro en la luz menguante. “No la estás pasando bien. Fue egoísta de mi parte dejarte sola por tanto tiempo. Debería haberme mantenido firme y haberme ido después de la primera ronda. Yo...” Se detuvo cuando ella se inclinó y le puso un ligero dedo sobre la boca...

“Vaya, cómo te comportas cuando estás en tus copas.” Sonriendo, ella soltó un suspiro. “Lo que comencé a decir y diré, si me dejas terminar, es que no me importa mucho cómo pasemos la noche... Mientras la pasemos juntos”.

Levantando su mano, la giró entre las suyas, contemplando su pequeña y callosa palma. “Entonces, ¿por qué persistes en huir de mí en la primera oportunidad disponible?” Ella comenzó a objetar, pero él no estaba dispuesto a dejar caer el tema. “Esta mañana saliste de casa sin mí y luego otra vez después de los discursos. Christine, si no quieres estar conmigo, solo tienes que decirlo. No forzaré mi compañía sobre ti.”

Ella lo miró y dijo simplemente: “no encajo en tu vida.”

Simon la miró fijamente. Meses atrás, él había dicho casi lo mismo y, sin embargo, al escuchar el sentimiento de sus labios, se apresuró a negarlo. “Eso no es cierto.”

Ella negó con la cabeza con una expresión desolada. “Este vestido, estas botas fueron las últimas cosas que debería haber usado. Cuando vi cómo esas mujeres en la tienda me miraban por encima del hombro...”

Su confusión dio paso a la ira. “¿Qué mujeres? Dime sus nombres. Sean quienes sean, hoy será el último día que sufras sus desaires.”

Su conmovedor suspiro se elevó por encima del canto de los grillos. “No puedes luchar contra todo el mundo por mí.”

“Tal vez no, pero, no te veré angustiada porque una manada de niñeras provincianas frunció el ceño ante tu vestido.” Un pensamiento lo golpeó. “Por cierto, nunca me dijiste lo que pasó después del discurso.”

Ella rechazó la pregunta y se volvió para mirar hacia el agua. “Nada de eso importa. En unos meses, me iré.”

No dijo más que la verdad, pero al escuchar las palabras de sus labios, él se dio cuenta de lo inminente y lo sombrío que era este camino que había elegido para ellos. Poniendo las manos sobre sus hombros, apoyó su frente contra la de ella. “No hables de irte.”

“Vaya, vaya, ¿no somos amigos?”

Simon se dio la vuelta. Dos del trío de alborotadores de esa mañana estaban parados bloqueando la boca del puente. Los rostros sin afeitar se estiraron en muecas burlonas y las mangas de la camisa arremangadas, obviamente anhelaban una pelea. Al ver la sed de sangre, en sus miradas demasiado brillantes, y la forma en que esas miradas se desviaron hacia Christine, sintió su primer miedo real en años.

El dúo se acercó. El más alto de los dos dijo: “tenemos una cuenta que saldar contigo, Belleville.”

Con el corazón palpitante, Simon los miró fijamente. “Entonces lo arreglaremos... Tan pronto como la chica se vaya.”

A su lado, Christine tiró de su brazo. “No te estoy dejando.” En voz baja, agregó: “si se trata de eso, puedo patear y arañar como las mejores.”

La amaba por su valentía, pero ahora no era el momento. “¡Christine, haz lo que te digo!” Cuando ella todavía no se movió, él murmuró como un incentivo: “necesito que traigas a uno de los agentes.” Dudaba sinceramente que ella localizara a un oficial de la ley, a tiempo, pero él diría cualquier cosa para evitar que ella sufriera daño.

Palideció, luego agarró un puñado de sus faldas y echó a correr hacia el otro lado del puente, y se estrelló contra el amplio pecho y el vientre pastoso de un tercer hombre, el cabecilla de esa mañana.

“¿A dónde crees que vas tú también, cariño?”

Simon sufrió como mil muertes cuando vio los brazos fornidos del patán envolverla, llevándola al rubor contra su pecho tonificado.

Inmovilizada, movió la vista hacia el carnoso rostro rojo que se elevaba sobre el suyo. “¡Vete al carajo!” Golpeó su rodilla entre los muslos de su atacante.

Simon vio su oportunidad y la aprovechó. Con las manos en puños, pasó a toda velocidad entre sus dos asaltantes asustados. La alcanzó justo cuando su atacante soltó a Christine, con un grito y se dobló. Ella se lanzó a un lado. Al ver su apertura, Simon golpeó al hombre grande debajo de la barbilla con el puño, aunque el golpe lo puso en pie. Golpeó de nuevo, esta vez estrellándose contra la nariz bulbosa. El crujido del cartílago bajo sus nudillos fue un sonido hermoso. Su oponente cayó hacia atrás sobre la barandilla baja. Un chapoteo anunció su llegada al agua de abajo.

Desde unos pocos pasos de distancia, Christine gritó: “¡Simon, cuida tu espalda!”

Se dio la vuelta cuando los otros dos matones se acercaron a él. En lugar de retirarse, cargó con los puños en alto. Dos pares de ojos llorosos se abrieron de golpe. Los hombres intercambiaron miradas aterrorizadas, luego dieron media vuelta y echaron a correr, tropezándose unos con otros, en su prisa por llegar a la cabeza del puente.

Pero Simon no había terminado, ni mucho menos. Corrió tras ellos, alcanzando al más lento de los dos, en las escaleras del puente.

Agarrándolo por el cuello, lo levantó por encima de la barandilla. “Las ratas pertenecen debajo del puente.”

Con los pies agitados, el hombre gritó: “por favor, señor, Sam y yo salimos a divertirnos y, además, todo fue idea de Jack.”

“Y fue una maldita mala idea. Tienes mi permiso para decirle a Jack que lo dije cuando te reúnas con él. Por cierto, puedes intentar evitar esas rocas de abajo. Se ven diabólicamente afiladas.” Simon lo bajó otro escalón.

“Simon, déjalo en paz.”

Era Christine. Viniendo detrás de él, ella puso una mano en su espalda.

Desgarrado, Simon se volvió hacia su cautivo. Las lágrimas y el sudor rodaron por las mejillas erizadas. Mirando más allá de la barba, Simon vio que no era mayor que Jem, probablemente no mayor que los matones universitarios que habían violado a Rebecca. Solo unos cuatro o cinco años mayor que Simon cuando luchó, y fracasó, para rescatarla.

Solo un muchacho, yo era solo un muchacho. Inexplicablemente, sintió que la furia y el odio hacia sí mismo que había tenido durante casi veinte años comenzaban a desvanecerse.

Simon lo levantó por encima de la barandilla, el desdichado cobarde se aferró a él como un gatito. “No te equivoques, si te vuelvo a ver, te mataré, ¿entendido?” Ante el gesto desesperado del chico, lo bajó y lo empujó hacia la cabeza de puente. “Fuera contigo.”

El joven echó a correr por el sendero como una liebre.

Simon se volvió hacia Christine. “¿Estás enojado conmigo?” Ella preguntó.

Caminó hacia ella, deteniéndose para recoger su corona de flores aplastadas. Entregándosela, dijo: “¿por salvarme de cometer un asesinato? Yo creo que no.”

Su hermosa boca se abrió. “No quieres decir que lo habrías dejado caer.”

Simon no se detuvo a reflexionar. “En un instante”, sopesando sus palabras, trató de explicarse. “Ver sufrir a alguien que te importa es un tipo singular de tortura, una pesadilla que repites una y otra vez en tu mente. Cuando vi a ese bastardo ponerte las manos encima, cuando pensé que podría hacerte daño, algo dentro de mí se rompió. Lo siento si mis acciones te angustiaron.”

Ella lo miró como si le hubiera brotado una segunda cabeza. “Como si me importara un higo ese lamentable lote. Eras por ti por quien temía. Si hubiera muerto, podrían haberte ahorcado.”

Simon sintió que las comisuras de su boca se levantaban. “Christine, eres un tesoro raro.” Los movimientos lentos que sonaban desde abajo llamaron su atención. Arrastró su mirada lejos del rostro, adorablemente nervioso de Christine, y miró por encima del costado del puente. Estaba anocheciendo, pero aún había luz suficiente para distinguir la figura rechoncha de un hombre, que salía del agua y subía por el terraplén.

Simon se volvió hacia Christine. “Parece que no debo reunirme con el verdugo después de todo.”

“Ha sido un Primero de Mayo para recordar, pero.” Una sonrisa incipiente tocó sus labios y todo lo que pudo pensar fue en lo mucho que deseaba y necesitaba besarla.

Extendió una mano hacia ella.

Ella jadeó. “¡Simon, estás sangrando!”

Siguió su mirada hasta su mano derecha, los nudillos abiertos y supurantes, los dedos hinchados de color púrpura como ciruelas. Metiendo la mano ofensora detrás de él, se encogió de hombros. “No es nada.”

Recuperándose, ella se hizo cargo. “Tenemos que bajar la hinchazón y cuanto antes mejor. Hay un hombre que vende granizados no muy lejos de la entrada. Cerraré tu mano y luego iré a

buscar el caballo.”

Se acercó más. “No harás tal cosa.” Envolviendo su brazo izquierdo alrededor de sus hombros, la atrajo hacia él. “Durante los últimos diecinueve años, he caminado con el equivalente a una canasta de ladrillos atada a mi espalda, y hace poco tiempo las correas fueron cortadas y el peso liberado. El alivio es... Indescriptible. Tendrás que perdonarme si insisto en tomarme un momento o dos para saborearlo.”

Ella lo miró, con el ceño fruncido. “No entiendo.”

“Sé que no lo entiendes.” Utilizó su mano buena para inclinar su rostro hacia la luz menguante. “Basta con decir que no solo me encontré a mí mismo, sino que también te encontré a ti. Dado que ambos descubrimientos se han retrasado mucho, creo que es necesario celebrarlo.”

Sus grandes ojos volaron a su rostro. “¿Simon?”

“Bésame, Christine. Bésame no como a un primo, sino como a un amor... Un amante.”

Y entonces Simon hizo lo que había soñado hacer desde aquella primera noche en Londres, cuando arrojó a Christine a la bañera. Se inclinó y rozó su boca sobre la de ella. Su boca era firme y húmeda, especiada y dulce. Acunando la parte posterior de su cabeza en la palma de su mano, pasó la lengua por la comisura de sus labios. Lentamente, como los pétalos de una rosa que se abren bajo el Sol de la mañana, se abrió para él.

Pero cuando él tocó su lengua con la de ella, entonces, ella se quedó inmóvil y retrocedió. Respondiendo a su pregunta tácita, admitió: “no sé cómo.”

¿Podría ser que besar no fuera un servicio en el que los clientes de Madame LeBow se hubieran preocupado de gastar su dinero? Debe ser así, ya que había aprendido en los últimos meses que Christine no poseía ni un solo hueso de coqueteo y burlas en su cuerpo.

Pasando la lengua por el delicado canal interno de su oreja, lamiendo ese pequeño lunar en la unión de su mandíbula, susurró: “entonces déjame mostrarte.”

Ella suspiró y volvió su rostro hacia el de él. Sabía a miel y al Sol, y al dulce de menta que él había comprado antes. Al primer contacto tentativo de su lengua con la de él, la electricidad se disparó desde la base de su cráneo hasta la punta de su columna.

“Hmm, aprendes rápido.”

Ella escondió su rostro en su cuello, pero no antes de que él viera su sonrisa de lado. “Si lo hago, es solo porque eres un buen tutor.”

Simon sonrió en su cabello. “Cuidado con la práctica que hace la perfección.” Se inclinó y la besó de nuevo.

Los besos se profundizaron. Empujando dentro de su boca, Simon parecía no poder tomar o dar lo suficiente. Debería detenerse y se detendría mucho, antes de llegar al punto de retorno. Pero aún quedaban momentos dulces e inocentes por saborear, y decidió no negarles a ninguno de ellos lo que habían ansiado durante tanto tiempo. Sólo un momento más...

Cuando la primera gota lo golpeó en el puente de la nariz, se dijo que era simplemente rocío de los árboles... hasta que cayó una segunda y luego una tercera.

Maldita sea, estaba lloviendo.

Se apartó de Christine. El crepúsculo se había deslizado hacia la noche. Las lámparas que salpicaban los diversos caminos que se bifurcaban desde el común estaban encendidas. En el centro del verdor, las llamas bailaban y los acordes de un violín se mezclaban con el golpeteo de los pies, mientras los juerguistas corrían para ponerse a cubierto.

Él le sonrió a Christine con su mirada y boca húmeda. “¿Podrías persuadirte para que aceptes un cheque por lluvia para ese baile que te prometí?”

Riéndose, ella entrelazó su brazo alrededor de su cintura. “Vamos a casa.”

A casa. Acercándola, Simon decidió que nunca antes había escuchado una palabra más dulce.

CAPÍTULO QUINCE

Aunque no soy espléndido y temerario,
Todavía, tengo algo peligroso en mí.
—William Shakespeare, *Hamlet*, Parte V, Escena 1, Circa 1602.

A mitad de camino, los cielos se abrieron. En cuestión de minutos, el camino de tierra que conducía desde el pueblo era un río marrón. Un relámpago estalló, atravesando el lienzo del cielo de brea. Aprovechando los destellos, Simon desmontó. Acomodó al caballo asustado antes de ayudar a bajar a Christine.

Sosteniendo puñados de sus faldas empapadas, Christine chapoteaba a lo largo del camino cubierto de hierba junto a él. “Cuando regresemos, hagamos un picnic en la glorieta.”

“¡Un picnic! Pero, Christine, está lloviendo.”

“Así es”, reconoció ella, inclinando su rostro hacia arriba, como si viera los relámpagos y la lluvia por primera vez. “Entonces, un picnic bajo techo, en el estudio. Podemos extender una manta sobre la alfombra y cenar frente al fuego.” En la oscuridad, sus ojos brillaban como estrellas.

“Un picnic de alfombras, muy civilizado. Solo pretenderemos que el fuego es una hoguera”, embelleció Simon.

Ella golpeó su brazo. “Te estás burlando de mi.”

“No, no, no lo estoy. Pero, me estoy divirtiendo. Oh, Christine, me traes tanta alegría, tanta...” Perplejo, la atrajo hacia sí para besarla más. Sus dientes delanteros se encontraron con un crujido. Retrocedió, sintiéndose como un patán. “Eso fue torpe de mi parte. ¿Estás bien?”

Ella se rió. “Tengo, tengo dientes muy fuertes, ¿recuerdas?”

“Creo que he sentido tu mordida antes”, respondió, y ambos se rieron, recordando.

Recorrieron el resto del camino en un agradable silencio, con el caballo deambulando, detrás de ellos. En el momento en que llegaron a la entrada de Valhalla, los calcetines de Simon nadaban dentro de sus zapatos, el ala de su sombrero chorreaba agua y su mano derecha latía como un segundo corazón. Pasaron por alto la caseta del portero, cubierta de tejas, y él nunca recordaba haberse divertido tanto.

“Me ocuparé de tu mano en el momento en que entremos”, le dijo.

“No hasta que te hayas quitado esas cosas mojadas. No permitiré que contraigas una fiebre por mi culpa.”

Dentro de su cabeza, sonó una campana de advertencia. Esta inquietud y mimo, del uno por

el otro, como si fueran una pareja casada, ¿qué significaba? Dejó a un lado la pregunta incómoda. Por una vez en su vida, esta vez, tenía la intención de vivir el momento. Y sin embargo, Simon siendo Simon, no pudo evitar hacer planes.

“¿Alguna vez has estado bañándote en el mar?” Preguntó cuando se detuvieron para que Christine sacara un guijarro que se había metido en su zapato.

“Simon, ni siquiera he visto el mar.” Ella agarró su brazo, estabilizándose mientras retrocedía en su bota.

“Eso lo resuelve. Mañana, siempre que el clima esté despejado, nos levantaremos temprano y tomaremos el tren de la mañana a Whitstable. Nos bañaremos antes del calor del día y luego buscaremos un restaurante, donde podamos almorzar al aire libre.” Al verla empapada, pensó en lo deliciosa que se vería vestida, con un traje de baño de lana delgada y nada más. “Hay un pequeño restaurante con una terraza que da al agua. La especialidad de la casa es la morralla.”

Su agarre en su mano se hizo más fuerte. “¿Me gustará?”

Al imaginarse quitándose ese traje de baño muy mojado, respondió: “¿El pez? Prefiero pensar que sí, pero, tendremos que esperar y ver.”

“No, tonto, me refiero al mar.”

“Oh, sí, Christine. Todo el mundo ama el mar.”

SE QUEDARON en silencio cuando la casa quedó a la vista. Al llegar al camino circular, Simon se sintió aliviado al ver que sus sirvientes también habían regresado. Un lacayo bajó corriendo los escalones de la entrada, linterna en mano y paraguas en alto.

Simon le entregó las riendas del caballo y fue a ayudar a Christine a subir los resbaladizos escalones. En la parte superior se demoró, de repente, inexplicablemente detestaba entrar. Pasando el pulgar por una salpicadura de barro en su mejilla, dijo: “hoy ha sido muy especial para mí.”

Como si de repente se avergonzara, bajó las pestañas. “Para mí también.”

El impulso de robar otro beso de sus dulces labios casi lo superó, casi... Antes de que las cosas entre ellos fueran más lejos, necesitaba decidir qué lugar en su vida podría ocupar ella con seguridad.

La señora Griffith los hizo pasar adentro. Apenas se había cerrado la puerta, detrás de ellos, cuando ella anunció: “señor, hay una persona que quiere verlo.”

Distraído por la mujer deliciosamente empapada a su lado, dijo: “¿una persona, señora Griffith? Qué misteriosa ha sido esta noche.” Hizo una pausa para sonreírle a Christine, adorable en su despeinado, y agregó: “¿Puedes ser un poco más específica?”

El ama de llaves desvió la mirada hacia Christine. “Dice que es amigo suyo, señorita.”

Simon sintió que Christine se tensaba. Su mirada se lanzó hacia ella. Ella sacudió levemente la cabeza y miró hacia otro lado, pero no antes de que él viera la mirada de miedo en su rostro.

Un escalofrío le recorrió la columna. Se volvió hacia el ama de llaves. “¿Dónde lo has recibido?”

La señora Griffith estudió sus manos entrelazadas. “En el salón delantero, señor, aunque no parecía el lugar para él. ¿Le digo que bajará después de que se haya cambiado?”

“No tienes que decirle nada. Yo...” Miró a Christine, haciendo un breve trabajo con su labio inferior. “Lo veremos directamente.”

El salón se encuentra a la derecha de la escalera. Las puertas correderas estaban abiertas

como si la señora Griffith no confiara en que el visitante no robaría. En el umbral, Simon tomó la mano de Christine, que no solo estaba fría sino temblorosa.

En una voz baja destinada solo para sus oídos, dijo: “no te preocupes. Sea lo que sea, quien sea, lo enfrentaremos juntos.”

Ella levantó su pálido rostro hacia el de él. “Pase lo que pase, sé que hoy fue el más feliz de mi vida.”

Al leer el miedo crudo en sus ojos, Simon sintió que su nueva paz se desmoronaba. Antes de que él pudiera presionarla para que le diera una explicación, se rompió las manos, y entró, dejándolo sin otra opción que seguirla.

Con las botas cubiertas de barro apoyadas en la mesa de té y la cara enterrada en el periódico abierto de Simon, su invitado no se molestó en levantarse cuando entraron.

Simon se aclaró la garganta. “Soy Belleville. ¿Cómo puedo ayudarte?”

El periódico avanzó hacia abajo. El cabello color pajizo enmarcaba un rostro demacrado y bien afeitado, pálido como la pasta, excepto por las mejillas y el mentón llenos de manchas, y la cicatriz lívida que cortaba la frente ancha y prominente.

Ignorando a Simon, el visitante fijó su mirada insolente en Christine. “Chrissie, amor, te ves un placer.”

SINTIENDO COMO si le hubieran sacado el aliento de los pulmones, Christine observó cómo Hareton dejaba caer una bota a la vez de la mesa y se levantaba, mientras que su cuerpo delgado se desenroscaba como una serpiente de jardín. Bajándose las mangas, demasiado cortas, de su chaqueta color hiedra, anunció: “he venido a buscarte, muñeca. Ahora corre y empaca tus cosas.”

Era como si nunca hubiera salido de Nantwich, como si no hubiera vivido toda la vida desde entonces. Solo que esta vez Simon estaba a su lado. Su mano apretando la de ella le recordó que no estaba sola.

“No te la vas a llevar a ninguna parte.”

Acalorada por su lealtad, ella encontró su voz. “Él está en lo cierto, sabes. No puedes obligarme a ir contigo.”

Hareton resopló. “Ahora hay un buen saludo, después de todo lo que he pasado para encontrarte.” Pasó el pulgar por la gruesa cresta de cicatriz roja, que iba desde la ceja izquierda hasta el cuero cabelludo. “Todavía estoy un poco enojado contigo por golpearme con ese atizador, pero, estoy preparado para dejar que el pasado sea el pasado.”

Ahora que el primer impacto de verlo con vida estaba desapareciendo, se dio cuenta de que no era una asesina. Las autoridades no la estaban persiguiendo. Ella no tenía que esconderse. Ella era libre.

Estudió a Simon por el rabillo del ojo. Ahora que había reunido la verdad, ¿qué debía pensar de ella? Pero, más allá de sus dedos flexionados contra los de ella, no mostró ningún signo de conmoción o incluso sorpresa.

Reforzada su confianza, se enfrentó a Hareton. “¿Cómo me encontraste?”

Él irrumpió en la amplia sonrisa desdentada que ella había aprendido a odiar. “Estaba en Rosie’s Pub hace unas semanas, cuando me encontré con Tommy Fielding, quien vino a Londres para visitar a su madre enferma. El muchacho estaba a punto de estallar con la noticia de que Christine Tremayne estaba en Londres estudiando para ser una dama. ‘¿Una dama?’ Le dije, seguro que el viejo Tom debía estar borracho como un cerdo de David, pero, luego me contó

cómo te había visto afuera de la panadería en Oxford Street.”

Christine recordó el incidente. En ese momento, ella se había creído una asesina en fuga y temía que Tommy la delatara. Cuánta razón había tenido.

Claramente divirtiéndose, Hareton continuó: “cuando no escuchaste su llamado, arrojó su escoba y te siguió directamente a los escalones de la Academia Mayfair para Jóvenes Damas.” Su mirada se endureció. “Compré mi billete de tren al día siguiente. Una de tus compañeras de clase me dijo que te habías ido a Maidstone en Kent, con él.” Miró a Simon.

Un músculo hizo tictac en la mandíbula de Simon. “Dígame, señor Tremayne, ¿cuál es la tasa de mercado para el perdón en estos días?”

Hareton se tocó un gran grano de la barbilla. “Hmm, bueno, veamos. Primero tendré que contar con que casi me mata. Perdí mucha sangre, Chrissie, y todavía tengo mareos.”

Ella resopló, sintiéndose más fuerte por el momento. “Si estás mareado, es por la cerveza y la ginebra que te viertes en la garganta.”

“Luego están las semanas que me quedé en cama, demasiado enfermo para trabajar.”

Ella deslizó su mano de la de Simon y la plantó en su cadera, estando conmocionada por haber dejado que este miserable hombre la aterrorizara por tanto tiempo. “Como si supieras lo que es un día de trabajo honesto.”

Él tuvo el descaro de sonreír. “Luego, por supuesto, tuve que contratar trabajadores para reemplazar a los que se fueron en medio de la noche. Por cierto, ¿dónde están los mocosos?”

Sus hermanos eran su punto débil y Hareton lo sabía muy bien. Ella cruzó los brazos frente a ella para ocultar su temblor. “Liza, Jake y Timmy están en un lugar seguro, en un lugar donde nunca les pondrás las manos encima.”

“Oh, no estaría tan seguro de eso.”

El miedo la golpeó. ¿Los habría encontrado? Pero no, no estaría aquí si lo hubiera hecho.

Simon se acercó a ella y colocó una mano tranquilizadora sobre la de ella. “Podemos dejar que los tribunales resuelvan esto, si quieres.” Su tono era tranquilo, pero al estar tan cerca, Christine sintió que la tensión emanaba de él. “Tengo muy buenos amigos que se sientan en el banco del magistrado. Estoy seguro de que estarían más que curiosos por saber cómo tu prima adquirió las cicatrices en la espalda.”

Christine estudió a su muy vivo primo. ¿Era sólo su imaginación o se había encogido? Parecía menos imponente, más pequeño. ¿O era ella la que había crecido?

Él levantó sus delgados hombros en un encogimiento de hombros. “¿Qué quiero con un paquete de mocosos de todos modos?”

Christine soltó el aliento y no se había dado cuenta de que lo estaba conteniendo.

Diciendo sus pensamientos en voz alta, Simon preguntó: “entonces, ¿qué quieres?”

Hareton metió las manos en los bolsillos y se echó hacia atrás sobre los talones. “No soy un hombre político, pero, se me da a entender que los votantes fruncen el ceño, ante un tipo que les miente. ¿Qué crees que diría la buena gente de Maidstone si se supiera que Christine no es realmente tu prima?”

“¿Cuánto cuesta eso?”

Christine se dio la vuelta. “Si le das dinero, solo volverá por más.”

“Christine, guarda silencio”, ordenó Simon, mientras sus rasgos eran tan duros como la piedra.

“Escucha al hombre, Chrissie. Es una afeitadora afilada.” Mordiéndose el labio inferior, Hareton hizo un balance de la habitación lujosamente decorada. “Quinientas libras deberían resolverlo.”

“Hecho.” El tono de Simon dejó en claro que no toleraría ninguna discusión. Indefensa, ella lo siguió con la mirada mientras caminaba hacia el pequeño escritorio. “¿Supongo que un giro bancario será aceptable?”

Los gruesos labios de Hareton se deslizaron hacia atrás en una sonrisa triunfante. “Supongo que sí. Si no, sé dónde encontrarte.”

Se hizo el silencio, roto solo por el deslizamiento del cajón del escritorio, el tajo de la pluma estilográfica de Simon sobre el papel y los latidos del corazón de Christine.

Simon rodeó el escritorio y le tendió la nota. Hareton la agarró y miró el papel con el ceño fruncido. Fue entonces cuando Christine recordó que su primo no sabía leer.

Simon debe haberlo supuesto. “Es moneda de curso legal. Te aconsejo que lo tomes y te vayas antes de que cambie de opinión acerca de presentarte al magistrado.”

Frunciendo el ceño, Hareton metió la nota en el bolsillo de su abrigo. “Crees que eres mejor que yo, con tu buena casa y tus modales elegantes, pero, no lo eres.” Con los ojos brillantes, se volvió hacia Christine. Con un dedo apuñalando el aire, siseó: “al menos, soy lo suficientemente astuto como para reconocer a una perra mentirosa, cuando la veo.”

Christine miró a Simon a tiempo de verlo lanzarse. Antes de que ella pudiera moverse para detenerlo, golpeó con el puño la mandíbula de Hareton. Sangre y saliva brotaron de la boca de Hareton. Se tambaleó hacia atrás y el escritorio amortiguó su caída.

Movió la manga del abrigo por la boca ensangrentada y se enderezó. “Ella ha jugadoo para el tonto, Belleville, fingiendo ser agradable y dulce, cuando todo el tiempo ha estado coqueteando con tu abuelo a tus espaldas.”

Christine se giró hacia Simon. Como antes en el puente, había asesinato en sus ojos.

Atónita, abrió la boca, pero no salió ninguna palabra.

“¿El gato te comió la lengua, Chrissie?” Sonriendo a través de su labio partido, Hareton asintió hacia Simon. “Adelante, pregúntale adónde se va los jueves por la tarde.”

“¡Estás mintiendo!” Con la cara en llamas, Simon se arrojó sobre Hareton.

Christine se arrojó entre los dos hombres. Sosteniendo el brazo levantado de Simon con ambas manos, gritó: “¡basta! ¡Detente! Es cierto.”

SIMON BAJÓ LENTAMENTE el brazo y se volvió hacia Christine. Los ojos marrón ámbar, la nariz delicadamente moldeada y la boca exuberante eran los mismos que había pasado los últimos cuatro meses y medio memorizando, pero se sentía como si estuviera mirando a un extraño. Peor que un extraño, su Salomé, su asesina.

Apretando la mandíbula, preguntó: “¿qué dijiste?”

“Es cierto, he estado visitando a Lord Stonevale...” Ella señaló con la cabeza a Hareton, “pero no es como él lo hace parecer.”

Él miró fijamente su pequeña mano apretada alrededor de su manga. Lenta y metódicamente, le quitó cada uno de los dedos de su brazo y luego se volvió hacia Hareton. “Vete ahora antes de que te eche.”

“Oh, me iré y con mucho gusto.” Palpándose el bolsillo del abrigo, se dirigió hacia la puerta. “Tengo lo que quiero. Lástima que no puedas decir lo mismo, ¿eh, Belleville?”

Silbando, salió al pasillo. Simon se quedó quieto y rígido, esperando escuchar la puerta exterior cerrarse. Solo después de esto se movió. Entumecido, se acercó a las puertas del salón y las cerró. Siempre se había burlado de la noción de zombis, los muertos vivientes de la tradición

de las Indias Occidentales, pero ahora estaba menos seguro. Ciertamente, sus pulmones tomaron aire, su corazón seguía latiendo, sus piernas aún lo llevaban adelante y aún así no sentía nada...

“¿Simon?” La voz de Christine, baja y como un hilo, lo llamó.

Lentamente, muy lentamente, se volvió hacia ella. “¿Cuánto tiempo?”

Ella se retorció las manos. “Puedo explicarlo, realmente puedo.”

Se acercó a la mesa de la tapa del tambor colocada en el centro de la habitación. Una pastora de porcelana de Dresde presidía la tapa de cuero labrado. Hasta ahora, en este momento, nunca había notado cuánto se parecían los rasgos puros de la pastora a los de Christine.

Retiró el brazo y la golpeó. Escuchó el estruendo, escuchó a Christine jadear, sintió más que vio que se alejaba de él. Miró a la pastora que yacía hecha pedazos sobre la alfombra oriental.

No era un zombi después de todo.

“¿Simon?”

Miró hacia arriba. Examinando el rostro de Christine, los ojos afligidos, la boca temblorosa aún hinchada por sus besos, preguntó de nuevo: “¿Cuánto tiempo?”

“Simon, por favor.” Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas y por un momento él consideró consolarla, ¡Era un idiota!

Disgustado con su propia debilidad, caminó hacia ella, haciendo crujir con los talones los fragmentos de vidrio. “Malditamente, ¡cuánto tiempo!”

Tenía coraje, él contaba con eso. Cuando se detuvo frente a ella, entonces, ella no retrocedió. “Unas pocas semanas... La primera vez fue tu cumpleaños.”

“Eres buena, te reconozco eso.” Metió las manos en los bolsillos para mantenerlas alejadas de su garganta. “Todo este tiempo me has estado espiando bajo mi mismo techo, y nunca lo sospeché.”

Ella negó con la cabeza, los cabellos mojados azotando el aire alrededor de su cabeza. “No es así. Hablamos, tomamos el té. A veces le leo.”

Sintió que su labio superior se curvaba. “¡Qué acogedor! ¿Y leer y hablar es todo lo que haces con él?”

“Por supuesto, y más...” Se interrumpió, con la cara enrojecida. “Es viejo, está solo. Creo que lamenta la pelea contigo.”

Eso fue el colmo. “¡Lo siento, es él! Déjame decirte lo que significa arrepentirse.” Agarrándola, la sacudió con fuerza. Con los dedos mordiéndole los hombros, él siseó: “Lamento ver a tu madre arrodillarse para rogarle al casero que no saque a sus hijos a la calle.” La sacudió de nuevo, y esta vez creyó oír el castañeteo de sus dientes. “Lo siento es cargar barriles y sacos hasta que estés seguro de que tu espalda está rota, luego meterte en la cama por la noche y respirar la suciedad de tu cuerpo, demasiado exhausto y hambriento para preocuparte.” Hizo una pausa, tragando más aire en sus pulmones estrangulados. “Lo siento es ser golpeado y luego obligado a ver a tu hermana sometida al acto más vil que se le puede ocurrir a una mujer. Mi abuelo no puede empezar a saber lo que es el perdón, pero, si yo tengo algo que ver con eso, algún día lo hará. Por lo que sea sagrado, como él quiera. ¡Por la bondad!” Él la soltó y retrocedió, asombrado al descubrir que estaba temblando, no solo sus manos sino todo su cuerpo. “Si no me hubieran negado mi derecho de nacimiento, podría haberla protegido. ¡Diablos! No habría habido nada para protegerla. Ella y yo nos habríamos criado lejos, en una casa adosada en el West End de la ciudad, mimados, adorados y seguros.”

Ella sacudió su cabeza. “Simon, no tenía ni idea. Pensé que siempre debías haber sido como eres ahora: rico. ¿Quizás tu abuelo cree lo mismo? ¿Puedes estar seguro de que él sabía de tu situación?”

Qué rápido saltó ella en defensa del anciano. Clavó un dedo hinchado en el aire entre ellos. “Oh, él lo sabía muy bien. Después de la muerte de mi padre, mi madre le escribió. Nunca contestó ninguna de sus cartas ni las mías tampoco.” Su mirada se clavó en su rostro, desafiándola a disputarle. “Verás, mi padre había cometido lo imperdonable. Se casó tanto fuera de su fe, como por debajo de su posición. Una judía, una empleada doméstica, solo un paso por encima de una lechera. No, tal vez ni siquiera eso.” Retrocedió, la amargura quemando la parte posterior de su garganta.

“¡Simon, por favor, no hagas esto! No te alejes.” Ella se arrojó a su pecho. “Simon, te amo.”

Pero fue demasiado tarde. Él la empujó lejos. “¡Mentirosa!” Movié el dorso de la mano por la frente resbaladiza. “Esos hombres, en el puente, son compañeros tuyos, ¿no es así? Dime, Christine, ¿el plan era tomar mi bolso, clavarme un cuchillo en las costillas y luego irte a casa a Nantwich para dormir con tu primo y los niños? Solo que tu plan se quedó corto, así que coqueteaste conmigo en el puente el tiempo suficiente para que Hareton tuviera tiempo de llegar aquí.”

Ella retrocedió y lo miró fijamente. “No quieres decir eso. Realmente, no puedes pensar eso de mí. No después de que nosotros...”

¿Él lo creyó? Él ya no sabía. Todo lo que sabía era que tenía que alejarse de Valhalla y de Christine. Durante los últimos meses, ella había ido erosionando constantemente el caparazón resistente que le había llevado veinte años formar. Si él le permitía continuar, ella lo rompería como un huevo, exponiendo el pequeño y tembloroso embrión acurrucado dentro, el Simon que nadie, nadie podía ver.

Se dirigió hacia las puertas de roble. “Saldré para Maidstone en las primeras luces del día, tomaré habitaciones en la ciudad mientras buscas un trabajo.” Sin atreverse a mirar atrás, para no debilitarse, agarró el pomo. “Dile a la señora Griffith que me envíe un mensaje tan pronto como te hayas ido.”

CAPÍTULO DIECISÉIS

Oh, llamada de ayer; retorno del tiempo de oferta.
—William Shakespeare, *Richard II*, Parte III, Escena 2, 1597.

A diós Kent. Adiós... Simon.

Sentada en el borde del almohadón de cuero del carruaje, Christine se volvió hacia la ventana y recibió la brisa con aroma a madreSelva, la cual le secaba las mejillas llenas de lágrimas. ¿Había sido ayer cuando se paró en el puente del parque, envuelta en los brazos de Simon, y vio la puesta del Sol? ¿Desde que él la miró a los ojos y le rogó que no hablara de dejarlo?

Eso se sintió como toda una vida, pero mucho había cambiado desde que pusieron un pie en el salón de Valhalla. Había pasado de suponer que era una asesina en fuga a una mujer libre. Y Simon había pasado de rogarle, que se quedara, a ordenarle no solo que se fuera de su hogar, sino también su vida.

Incluso ahora, con el dolor de cabeza todavía resonando por las cosas terribles que él le había dicho, no se atrevía a odiarlo. Eso es lo que el amor le hace a una persona, lo vuelve todo suave por dentro. Amaba a Simon con todo su corazón, con todo lo que era y aún tenía que llegar a ser. En lo que a ella respectaba, el hombre de la mirada fría y la lengua especiada con arsénico era un extraño, un impostor.

Aquella mañana, ella se paró frente a la ventana de su dormitorio y observó con los ojos borrosos, por las lágrimas, cómo él tomaba las riendas de su caballo, a manos de un padrino de boda, y se subía a la silla. Con las lágrimas salando por sus mejillas, había suplicado en silencio por una mirada o un asentimiento. Algo, cualquier cosa, para que él le demostrara que no la despreciaba.

Pero había paseado a su caballo por el camino sin mirar atrás, dejando muy claro que no habría nada más entre ellos.

Ni siquiera las despedidas.

Fue entonces cuando tomó la decisión de abandonar Valhalla de inmediato. Una mujer más sabia se habría quedado hasta encontrar una situación, pero en lo que a Simon se refería, Christine nunca había sido sabia. Tenía demasiado orgullo para permanecer en una casa, en la cual la habían expulsado, y muy poca fortaleza para luchar contra el vacío.

“Guau.” El acento de Jem se transmitió hacia abajo desde la cabina del conductor. Redujo la velocidad del carruaje hasta que se detuvo.

Sobresaltada, se dio cuenta de que habían llegado al terminal del tren. Dorada por el Sol de la tarde, la fachada de la estación, de estilo italiano, según había aprendido desde entonces, conformaba una vista impresionante. La primera y última vez que la había visto, el día había sido sombrío y lluvioso. Sin embargo, a pesar de sus preocupaciones por su familia, su ansiedad por vivir bajo el mismo techo con su mentor malhumorado y demasiado atractivo, había sentido que se embarcaba en una gran aventura. Si hubiera sabido cómo terminaría ese desliz, ¿habría elegido un camino diferente, se habría mantenido firme y se habría negado a abandonar Londres?

Le tomó un segundo admitir que no, que no lo habría hecho. Como un avaro que acumula oro, no se separaría ni de un día de su tiempo con Simon, más de lo que consideraría vender el colgante de ámbar, que aún colgaba de su garganta.

Jem bajó, abrió la puerta del carruaje y bajó los escalones. “Valhalla no será lo mismo sin usted, señorita.”

Entregándole la canasta de Puss, ella bajó. “Yo también te voy a extrañar, Jem, a la señora Griffith, y a Janet, bueno, a todos.”

Especialmente a ti, Simon. Sintiendo que se le llenaban los ojos, recuperó la cesta y se alejó mientras Jem terminaba de descargar su equipaje. Su tiempo en Kent había sido mágico, un recuerdo que siempre atesoraría, pero era hora de dejarlo ir, ya era hora de comenzar a enfrentar su futuro.

Un futuro en el que Simon Belleville no tenía lugar ni parte.

MARGOT, te ves vieja.

Margot dejó su cepillo para el cabello con lomo de plata, un regalo del cual ya no recordaba ni le importaban sus antiguos amantes, y se inclinó hacia el espejo dorado de su tocador. ¿Era una nueva línea la que le partía la comisura derecha de la boca? ¿Había estado allí el mes pasado? Necesitaría sus anteojos para estar segura, pero no lo creía. Reprimiendo un trino de miedo, se recordó a sí misma que su rostro ya no era su fortuna. Era la directora de una floreciente academia de señoritas. En unos pocos años, podría vender la escuela y retirarse a donde quisiera.

Aunque era Londres lo que le convenía. Amaba a Londres. Una cabaña junto al mar en Brighton o Bath podría ser el sueño de otra persona, pero no era el de ella. Ella podría estar en el lado sombrío de los cuarenta, pero por dentro todavía se sentía joven y alegre. Todavía quería bailar, ser admirada y hacer el amor.

Alejándose de su reflejo, admitió: *lo que necesito es un hombre.*

Los admiradores calvos y con anteojos que se reunían en su salón, estos días, la deprimían. Para ser hombres, ellos parecían de ojos muertos y cansados del mundo. El hombre que necesitaba debía ser atractivo, y, al mismo tiempo, rudo, sofisticado, terrenal, enérgico en la cama y que fuera más allá de ella.

Un hombre como... Simon. Su corazón dio la sacudida familiar. Querido Simon, ¿habría alguna vez otro como él?

Fuertes pisadas, arrastrando los pies por el pasillo hacia su puerta, interrumpieron sus pensamientos sensibles. Marie, su doncella, llegó tarde para ayudarla a vestirse para la cena, pero Margot no tuvo valor para reprenderla. Tenía el presentimiento de que la chica había encontrado un amante, acción que Margot aprobó de todo corazón. A juzgar por el lento acercamiento de Marie, ese joven debe haberla agotado bastante.

Sonriendo ante la idea, gritó: “llegas tarde, Chérie, pero, te quiero de todos modos...”

La puerta de su dormitorio se abrió sin la llamada habitual. En el espejo, vislumbró a Simon, apoyado en el marco de la puerta.

“¿Tarde? Ni siquiera sabía que me esperaban.”

Ella se aseguró el cinturón de su bata de seda, levantándose y cruzándose hacia él.

Al llegar a él, ella retrocedió. “Santo Cielo, hueles como a un palacio de ginebra.” No lo había visto borracho desde su primer encuentro en el comedor del Claridge, una década antes.

Movió el dorso de la mano hinchada por la barbilla cubierta de barba incipiente. “Oporto, en realidad, aunque una vez viví encima de una tienda de giiin.” Agarrando el poste de la puerta, se inclinó hacia adelante y confió: “apesto terriblemente.”

“No lo digas.”

Sin afeitarse, desaliñado y apestoso, pasó junto a ella, tambaleándose. Mirando hacia el pasillo, vio a la señora Fitz, con el rostro rojo y mortificado, corriendo hacia ella, quien despidió al ama de llaves, rodeó a Simon y cerró la puerta.

“¿Pensé que estabas en Kent cortejando a tus electores y jugando al terrateniente?”

Con la espalda aplastada contra el papel tapiz flocado, levantó sus anchos hombros en un lánguido encogimiento de hombros. “Estuve... Hasta esta mañana. Ahora estoy aaaquí.” Empujándose lejos de la pared, se abrió camino hacia su cama. El colchón se hundió, cuando él se acomodó en el borde de la colcha de seda.

Agradecida de que el período de sus alumnas hubiera terminado la semana anterior, Margot se sentó a su lado. “Estás bastante borracho.” Levantó su mano derecha para escudriñar los nudillos con costras y los dedos hinchados. “Y has estado peleando.”

Su cabeza oscura se inclinó. “Estaba en una pelea... Dos de ellas en realidad.”

Licor y puñetazos, ¿qué, o mejor dicho, quién, podría haber llevado a su querido y sombrío Simon a tal punto?

Pescando, dijo: “¿cómo está Christine, por cierto?” Su última carta había llegado hacía más de un mes.

Sacudió vigorosamente la cabeza y luego levantó una mano hacia ella, como si comprobara que no se había caído. “Nooo quiero haablar sobre eella. Ella es una meeeentirosa. Todas las mujeres soon mentirosas.” Levantó sus ojos oscuros como la tormenta hacia los de ella y agregó: “excepto tú.” El pelo oscuro que le caía sobre la frente le hacía parecer considerablemente más joven que sus treinta y cinco años.

Resistiendo el impulso de peinar hacia atrás los mechones sueltos con los dedos, se puso en pie. “Voy a llamar para pedir un café.”

Tiró de ella hacia atrás a su lado. “No quiero caafé.”

Estaba a punto de preguntarle qué quería cuando captó su mirada en la parte delantera de su bata. Oh, debía estar incluso más borracho de lo que se había imaginado.

“¿A qué debo este inesperado honor?”

Él ladeó la cabeza y volvió a mirarla, con los ojos heridos. “¿Qué nos pasó, Margie?”

No la había llamado Margie en años.

Se aclaró la garganta, haciendo todo lo posible por ignorar el dedo de él, trazando la abertura de su bata. “Según recuerdo, estábamos pasando un momento perfecto, en celo, como conejos cachondos, cuando cometí el error de declararme enamorado de ti, y decidiste que sería mejor si nos quedáramos simplemente como amigos.”

Le tocó la mejilla con dedos torpes. “Te lastimé, ¿no? Noo fue mi intención.”

Ella suspiró. “Sé que no lo hiciste. Supongo que no era más de lo que merecía por ser una

vieja sucia.”

“No eres vieja.” Él le envió una sonrisa tonta y bajó la mirada de nuevo.

Ella sacudió su cabeza. “Simon, estás azorado.”

“Uh, huh.” Él tiró de una de las cintas de raso que cubrían su bata.

Antes de que pudiera apartar la mano de un golpe, él se desplomó contra ella, con la cara enterrada en su cuello. ¿Se había desmayado? Él hizo una exclamación ahogada y ella sintió un calor húmedo deslizarse por su clavícula.

Echándose hacia atrás, miró hacia los anchos y temblorosos hombros. “Oh, querido.” Ella lo movió para que su cabeza descansara sobre su hombro. “Ahí, ahí”, lo tranquilizó, frotándole la espalda como si fuera un estudiante nostálgico. “Llora mucho, querido, porque después de que hayas terminado, tengo la intención de llenarte de café y enterarme de todo, y me refiero a todo.”

DOS HORAS, dos orinales y seis tazas de fuerte café oscuro. Más tarde, Simon estaba tumbado en el sofá, tapizado en seda, del salón de Margot. Haciendo una mueca, levantó su taza de porcelana de su platillo festoneado y bebió su último trago vigorizante.

“¿Cuidar de otro?” Sentada en un sillón a rayas, de color melocotón y crema, frente a él, Margot alcanzó la cafetera plateada en el carrito de té entre ellos.

Estremeciéndose, dejó su taza vacía a un lado. “¡Oh! No, por la bondad.”

El oporto era otra bebida que deseaba de todo corazón no volver a tocar nunca más. Las dos botellas, que había vomitado antes, probablemente le durarían toda la vida. Incluso en medio de la bebida, el vino dulce solo había fortalecido la aguda punzada de tristeza, que había sentido por primera vez, cuando Trumbull llegó a su hotel con la noticia de que Christine estaba haciendo las maletas para irse. Cuando Simon llegó a Valhalla, ella se había ido. Después de dos botellas de oporto, todavía no podía soportar el interior de su casa repentinamente vacía.

Había decidido volver a Londres. Ignorando las risitas y las miradas curiosas de sus compañeros de viaje, se acercó tambaleándose al mostrador del agente de boletos y compró un boleto de ida. Cuando el tren llegó a la estación de London Bridge, su mente estaba tan vacía como la petaca de bolsillo que había traído consigo. Con la vista nublada y los pasos zigzagueantes, había seguido el flujo de pasajeros que desembarcaban. Fue un pequeño milagro que hubiera logrado atravesar el torniquete y salir por la puerta principal; uno importante, que no había encontrado la muerte, cuando, sin una mirada, salió dando tumbos a la concurrida calle. Las maldiciones de los cockney y los chillidos de los caballos atravesaron su estupor. Había levantado la cabeza, a tiempo, para ver unos cascos con herraduras de metal, acercándose a él. Afortunadamente para Simon, el conductor del cabriolé frenó y lo convenció para que ocupara de la cabina. Desplomado en el asiento de cuero agrietado, la única dirección que recordaba era la de Margot.

Ella dejó la olla. “Bueno, ahora que estás de vuelta entre los vivos y aceptablemente coherente, ¿quizás te importaría decirme qué pasó entre tú y Christine?”

“No precisamente.” Dejó caer su pesada cabeza hacia atrás. “Tal vez.” Él suspiró. “Bueno, muy bien.”

Usando la menor cantidad de palabras posible, él contó los eventos del día anterior, repasando el episodio en el puente, especialmente el beso, y terminando con la aparición de Hareton Tremayne en Valhalla.

La mirada de Margot se agudizó. “¿Un tipo sórdido, con ojos saltones y un feo corte en la

frente?”

Levantó su pesada cabeza. “Sí, es él exactamente. Ahora que recuerdo, admitió haber seguido a Christine aquí hace algunos meses.”

Con ojos angustiados, ella asintió. “Él apareció hace unas semanas, preguntando por Christine. Le dije que tenía una política estricta de no divulgar información personal sobre ex alumnas, pero, él insistió. Finalmente, tuve que pedirle que se fuera. Luego, lo vi merodeando afuera, cara a cara, con Maddie Johnson. Pensé en llamar al policía para que le diera un empujón, pero, temía que podría estar buscando problemas dados los antecedentes de Christine.” Sus hombros se hundieron. “Debería haberte telegrafiado.”

Simon exhaló con fuerza, sintiendo como si los Hilos del Destino hubieran conspirado no solo contra él, sino también contra Christine. “No es tu culpa, es mía.”

“¿Cómo es eso?”

A pesar de lo doloroso que fue, él repasó el resto de su historia, sin escatimar esfuerzos cuando llegó a la parte sobre las visitas secretas de Christine a Lord Stonevale, y su furiosa reacción. Durante todo el tiempo, Margot escuchó en silencio, sorbiendo su taza de chocolate.

Cuando finalmente terminó, ella dejó la taza y preguntó: “¿eso es todo?”

Simon se refugió en la indignación. “¿Qué quieres decir con ‘eso es todo’? Ella deliberadamente me desobedeció, fue allá a mis espaldas. ¿Quién puede saber en qué travesuras se involucró con el viejo?”

Para su disgusto, ella se limitó a negar con la cabeza. “De verdad, Simon, sueñas como Barba Azul. Me parece que Christine es culpable de poco más que curiosidad y un corazón blando. Dejando a un lado tus sentimientos por tu abuelo, ¿qué te indujo a comportarte de una manera tan bestial?”

La señora Fitz asomó la cabeza, evitando que él respondiera. “Lamento molestarte, mamá, disculpe señor, pero hay...” Vaciló, mirando a Margot, “alguien que quiere verte.”

Arrugando la frente, Margot se levantó. “¿Una visita, a esta hora?”

Con los labios apretados, el ama de llaves lanzó una mirada de advertencia en dirección a Simon. Él obedeció, apartando la mirada, pero no antes de vislumbrar a las mujeres intercambiando miradas.

Margot se volvió hacia él, con una sonrisa de Mona Lisa jugando en sus labios. “¿Me perdonarás por un momento?”

Él asintió. “Por supuesto”, dijo, preguntándose cuál podría ser el misterio.

Siguió a la señora Fitz al pasillo y cerró la puerta detrás de ellas. Haciendo todo lo posible por tapar los oídos a los susurros, que se escuchaban al otro lado de la puerta, él se levantó, acercándose a la ventana que daba a la calle. Un cabriolé estaba estacionado frente a la puerta principal de Margot. Esquivando las gotas de lluvia, el conductor se esforzó por descargar una maleta de aspecto sustancial del maletero del taxi. Dos baúles más, igualmente voluminosos, colgaban de los brazos del lacayo de Margot. ¿Una nueva estudiante, tal vez? Pero no, recordó que el curso de Margot había concluido. No llegarían nuevas alumnas hasta dentro de quince días.

La cantidad de equipaje sugería que el recién llegado tenía intención de quedarse un rato. ¿Podría ser que Margot hubiera encontrado no solo un nuevo amante, sino uno que podría ser su pareja permanente? Simon se alejó de la ventana, haciendo una mueca al pensar en cómo había irrumpido en su dormitorio hace poco tiempo. Dejando a un lado su humillación personal, decidió ser feliz por ella. Margot era una mujer encantadora, y, a pesar del orgullo que sentía por el éxito de su escuela, ella se había sentido sola. Se alegraba de que ella siguiera adelante con su

vida. Ojalá él pudiera hacer lo mismo.

Ese pensamiento melancólico lo llevó a considerar su pregunta. ¿Qué lo había poseído para ordenarle a Christine que se fuera? ¿Ira por una confianza traicionada, pero, tomar el té con su distanciado abuelo era realmente un crimen tan grande? ¿O era que la revelación de Hareton Tremayne había sido una excusa conveniente para alejar a Christine, antes de que sus sentimientos por ella se arraigaran aún más?

El staccato golpeando en sus sienes, la bilis quemando agujeros en su estómago, el algodón multiplicándose dentro de su boca, todo eran pequeñas molestias en comparación con el flagelo de la autorreflexión. Sintió un patético alivio cuando la puerta de la cámara se abrió y Margot regresó.

El bullicio que se filtraba desde abajo le recordó que, a diferencia de él, ella tenía a alguien esperándola. Decidiendo que probablemente había agotado su asignación de egoísmo para la próxima década, dijo: “he abusado de tu amistad por mucho tiempo. Encontraré un hotel para pasar la noche. O dormiré debajo de las sábanas Holland en Park Square.” Fabricando una sonrisa, hizo ademán de pasar junto a ella.

“Oh, no, no lo harás.” Se estiró y cerró la puerta. “Aún no hemos terminado, todavía no. Siéntate.” Ella le señaló el sofá.

Después de un momento de vacilación, él se rindió y volvió sobre sus pasos. Se derrumbó sobre el cojín y confesó: “¡por la bondad! Margot, pensé que lo tenía todo resuelto: miembro del parlamento, a los treinta y cinco, y un cargo en el gabinete a los cuarenta.” *Una esposa bonita y dócil para servir como mi anfitriona de la cena.* Sacudió la cabeza, repentinamente horrorizado por su superficialidad. “La verdad es que no sé qué diablos quiero...”

Volviendo a su asiento, levantó una ceja oscurecida por el lápiz. “¿No es así?”

Movió una mano por el pelo, haciendo una mueca, cuando sus dedos magullados se engancharon en la maraña. “Desde que me encontré con Christine, en ese maldito ático, mi vida se ha vuelto complicada...”

Ella se inclinó hacia él, mientras que su sonrisa orgullosa era la de una maestra, cuyo alumno problemático, finalmente, ha resuelto un problema matemático difícil. “Simon, querido, la vida es complicada, especialmente el amor. Independientemente del resultado, debes enfrentar tus sentimientos y eso significa enfrentar a Christine.”

“¿Cómo puedo?” Se llevó una mano a la frente palpitante. “Ella me dijo que me amaba. La llamé mentirosa y ahora se ha ido.”

“Entonces, tendrás que encontrarla.” Ella le dio a su hombro una palmadita alentadora. “Seguramente debes tener alguna idea de a dónde podría ir.”

Levantó la cabeza de sus manos. “La lechería de su familia está en Nantwich, pero, con su primo al mando de la propiedad, nunca volvería allí.” Se devanó los sesos, deseando haber prestado más atención en esos primeros días. “Su hermana y sus hermanos están en una granja, en algún lugar de Shropshire, pero, ni siquiera sé en qué ayuntamiento está y mucho menos el nombre.”

Todo era cierto, porque Christine había enviado el dinero que él le había dado, en lugar de otorgar su dirección. En ese momento, no había pensado mucho en por qué ella era tan reservada, pero ahora lo entendía. No había confiado en él, no del todo. A la luz de su comportamiento reciente, apenas la culpaba.

“Me ocuparé de contratar a un detective para localizarla.”

En el transcurso de su mandato como vicecomisionado, tuvo la oportunidad de conseguir la ayuda de una o dos de esas empresas. No es que se imaginara ni por un momento que a ella le

importaría tener algo que ver con él. Pero, como era un idiota egoísta, necesitaba saber que ella estaba sana y salva. Después de la forma vil en que la había tratado, lo menos que podía hacer era asegurarse de que ni ella, ni sus hermanos sufrieran necesidad.

Los ojos violetas de Margot brillaron. “Quién sabe, pero tal vez contratar a un detective no sea necesario después de todo.”

Deseando poder compartir su optimismo, dijo: “tal vez no, pero, no me arriesgaré.” Pensando que su otro invitado debía estar cada vez más impaciente, se levantó, esta vez decidido a irse.

Su expresión plácida se convirtió en alarma. “¿Salir, en esta tormenta? No seas ridículo. Pasa la noche aquí.”

Siguió su mirada hacia la ventana, donde una lluvia constante chocaba contra el cristal. Rezando para que Christine estuviera protegida en algún lugar seguro y seco, se volvió hacia Margot. “¿Qué hay de tu otro invitado?”

“Esta es una casa grande y desierta, ahora que todas las chicas se han ido de vacaciones. Puedes tener el piso superior completamente para ti. Ya he enviado a la señora Fitz a preparar la habitación.”

Otro trueno selló su decisión. “Muy bien gracias.” Al salir por la puerta, se detuvo junto a su silla. “Eres una buena amiga, Margot, mucho mejor de lo que merezco.” Puso una mano sobre su hombro, el toque no era de un amante sino de un amigo. “Después de esta noche, no te culparía si nunca volvieras a hablarme, solo espero que aceptes mis disculpas. No solo por mi comportamiento anterior, que está por debajo del desprecio, sino por todas las veces que te he dado mucho menos de lo que me has dado. Mucho menos de lo que te merecías.”

Estirándose, ella cubrió la parte superior de su mano con la suya. “Oh, Simon, no hay nada que perdonar. No puedes evitar no amarme, más de lo que puedes evitar amar a Christine.” Con los ojos llorosos, ella le hizo señas hacia la puerta. “Ahora ve contigo antes de que decida arruinar mis escrúpulos y dejarte hacer tu maldad conmigo después de todo.”

Con un pie plantado en el pasillo, él no pudo resistirse a dar la vuelta. “¿De verdad crees que la encontraré?”

Las alas de la silla la ocultaban de la vista, pero creyó oír la sonrisa en su voz. “Estoy seguro que sí.”

Llegó al vestíbulo y encontró a la señora Fitz. El ama de llaves esperaba al pie de la escalera para iluminar su camino. Cansado ahora que el efecto del puerto se había desvanecido, la siguió por la escalera, como si volara. Dados sus pensamientos acelerados, dudaba que pudiera dormir, pero a pesar de eso, estaba ansioso por estirarse en una cama. Para darles privacidad a Margot y a su amigo, se aseguraría de levantarse y marcharse antes de que la casa se agitara. Era extraño que ella no hubiera ofrecido su nombre, porque no era propio de ella guardarle secretos. Por otra parte, conociendo a Margot, debía tener sus razones.

Bajaron del rellano del tercer piso a un pasillo estrecho. Aquí las lámparas de gas abovedadas, que flanqueaban las paredes empapeladas, estaban bajas.

La señora Fitz se detuvo ante la puerta cerrada al final del pasillo. “Te dejaré descansar. Qué tengas buenas noches.” Con las mejillas moteadas, se dirigió directamente a las escaleras, sin importarle su avanzada edad.

Alcanzando el pomo de la puerta, Simon se preguntó si la anciana no habría bebido licor fuerte ella misma, ya que ni siquiera se había molestado en abrirle la habitación o dejarle una luz. Fue muy extraño. Giró el pomo y entró en la oscuridad, golpeándose la espinilla con algo, sin duda el pie de la cama. ¡Diablos! Avanzó a tientas hacia el interior y se acercó a la cabecera de la cama. Al lado debía haber una mesa y una lámpara. Calculó mal y su mano cayó sobre el

colchón. Debajo de las sábanas, algo o alguien se movió, sin duda, era uno de los amados persas de Margot, escondido debajo de las sábanas.

“Lo siento, pero es el piso para mi, amigo mío.” Sin ganas de compartir, Simon agarró el montículo que solo podía ser un gato acurrucado.

Un trueno se unió al inconfundible chillido de una mujer.

CAPÍTULO DIECISIETE

Sé tímido a la hora de amar con franqueza; nunca digas todo lo que sientes,
o (mejor aún todavía) siente muy poco.
—William Makepeace Thackeray, *Vanity Fair*, 1848.

“¡S uéltame el trasero!”

Simon saltó hacia atrás. Se encendió una lámpara. La luz estalló, iluminando la cama ya su ocupante.

Apoyada sobre un codo, Christine lo miró fijamente. “¡Simon!”

¿Estaba borracho todavía? Parpadeó, medio esperando que ella desapareciera en la fracción de segundo que le llevó levantar los párpados. Pero no, ella estaba aquí. ella era real. Ella estaba a salvo. Simon sintió tal alivio, tal gratitud cegadora hacia los Poderes que Existen que podría haber besado no solo a Christine, sino también a su gato acurrucado en la almohada a su lado.

Excepto que Christine no se veía como una mujer que deseaba ser besada. Frunciendo el ceño, se liberó de las sábanas y balanceó las piernas desnudas por el costado de la cama.

Se puso de pie con su camión de algodón blanco, revoloteando a su alrededor. Alrededor de su esbelto cuello, la cadena de oro del colgante de ámbar brillaba como la luz de las estrellas. No solo se había quedado con su collar, sino que lo había usado en la cama. ¿Seguramente eso debe contar para algo?

Perplejo, preguntó: “¿qué haces aquí?”

“¿Qué estoy haciendo aquí?” Ella plantó un puño en cada cadera delgada, estrechando la prenda hasta su cintura, una que él podría abarcar fácilmente con sus dos manos... Suponiendo que alguna vez lo dejara tocarla de nuevo. “Pensé que alquilarías habitaciones en Maidstone.”

Simon luchó por encontrar su lengua. “Lo hice... Es decir, estuve en el hotel allí hasta esta tarde. Trumbull vino a decir que te ibas. Te habías ido, cuando regresé.” Un nuevo alivio lo inundó, mucho más potente que el oportuno que había bebido. “Gracias al Cielo que estás a salvo.”

“Agradécele de verdad, porque no es gracias a ti.” Ella tiró hacia atrás y lo golpeó en el plexo solar.

El café y la acidez burbujearon en la parte posterior de su garganta y por un momento aterrador pensó que podría avergonzarse al tener arcadas. Con una mano en su estómago revuelto, miró hacia arriba. “Si hubiera sabido que podías golpear así, habría solicitado tu ayuda en el puente el otro día.”

La puerta que se abría los tenía dando vueltas. “Veo que ustedes dos se están poniendo al

día.” De pie en el umbral, Margot lucía una sonrisa que habría avergonzado al Sol.

De repente, Simon entendió. Margot había orquestado este humillante tête-à-tête. Agradecido como estaba por haber encontrado a Christine, se resistía a ser vencido por una mujer, ¿o por dos mujeres?

Se volvió hacia Christine. “De alguna manera, sabías que yo terminaría aquí.”

“¿Crees que te seguí!” La indignación ardió en los ojos de Christine. “Vaya, es tan claro como la nariz en tu cara, estoy tan sorprendida de verte como tú de verme.” Ella se dirigió hacia él, con las manos enroscadas a los costados. “¡O al menos lo sería si no fueras un snob tan pesado, un trasero tan arrogante!”

“*Snob aburrido. Trasero arrogante.*” Margot entró y se interpuso entre ellos. “Maravillosa aliteración, ¿no lo crees, Simon? Me recuerda esos manuales de elocución que tanto te gustan.” Ella dividió su mirada entre ellos. “Christine no tenía más idea de que estabas en el salón, que tu pensaras que ella estaba en el pasillo de entrada.”

“Mira a Margot”, Christine asintió. “Recordé lo que dijiste antes de que dejara la escuela, acerca de cómo iba a acudir a ti si...” Ella vaciló, con la voz entrecortada. “... Las cosas no funcionaron. Espero que me dejes quedarme hasta que encuentre suficiente trabajo para enviar a Shropshire a buscar a mis hermanos y hermana.”

La lastimera admisión provocó un dolor feroz en el pecho de Simon. Por el rabillo del ojo, vislumbró a Margot mirándolo. Quizá fueran los efectos persistentes de la embriaguez, pero imaginó que la mirada de ella contenía una súplica silenciosa.

Esta es tu oportunidad, tu última oportunidad. No la estropees.

Mirando entre ellos, Margot dijo: “hablaremos más por la mañana. Siempre he encontrado que el futuro parece mucho más prometedor después de una noche de descanso.” Reprimiendo un bostezo, retrocedió hacia el pasillo.

Simon se volvió hacia Christine. “Buscaré otra habitación. Sobre lo que dije antes, yo...”

El cierre de la puerta lo interrumpió. Corriendo hacia adelante, intentó agarrar el pomo, pero era demasiado tarde. La cerradura hizo clic en su lugar.

“Maldita sea, Margot, esto no es un juego. Abre esta maldita puerta de una vez.” Usando su mano buena, golpeó los paneles.

Christine lo apoyó. “Margot, por favor, no puedes querer que me quede en la misma habitación con él...”

Margot esperó hasta que sus golpes y súplicas terminaron y anunció: “ustedes dos se quedarán quietos hasta que resuelvan sus diferencias. Por la mañana, espero que hayan llegado a un acuerdo. Si no... Bueno, mi nuevo término no comienza hasta dentro de varias semanas más.”

Frotándose los nudillos, Simon le gritó: “No puedes encerrarnos juntos como si fuéramos niños peleándose.”

“Al contrario, puedo y lo hago. Bonsoir. Duerman bien.”

Unas pisadas que se desvanecían confirmaron que ambos estaban encerrados y solos. Simon se apartó de la puerta para no ceder al impulso de derribarla. Apoyó un hombro contra el panel y miró a través de la habitación a Christine.

Cruzando los brazos sobre el pecho, preguntó: “¿qué diablos estás haciendo?”

Ella volvió a colocar el cajón superior de la cómoda y sacó el de abajo. “¿Qué crees? Estoy buscando una llave maestra.”

Avergonzado de no haber pensado en hacerlo él mismo, gruñó en respuesta.

Ella lo miró por encima de su delgado hombro. “Podrías ayudarme, ya sabes, a menos que prefieras quedarte allí toda la noche sintiéndote superior.”

No recordaba que ella fuera tan mandona. “No me siento sup...” Se apartó de la puerta, quitándose la chaqueta y caminando hacia ella.

Juntos hicieron una búsqueda minuciosa de la cámara. Compartieron una satisfacción efímera, cuando Simon localizó una llave, que parecía probable, en una urna de porcelana de Sevres, en el estante de la chimenea. Desafortunadamente, la llave encajaba en el armario, no en la puerta de la cámara. Ante la insistencia de Christine, incluso dieron la vuelta al colchón y descubrieron una gran cantidad de pelusas, varias horquillas, un pedazo de cobre, pero ninguna llave.

Una vez que el colchón estaba en su lugar, Christine se dejó caer al costado de la cama. “Esto no tiene remedio.”

Simon se sentó a su lado. Lanzando la moneda, “cara, ella me ama, sello, me detesta”, dijo en voz alta: “anímate, no tienes mucho más para soportar mi compañía. Ya es pasada la medianoche.”

Ella siguió su mirada hasta el reloj de la chimenea y suspiró. “Así es.”

Por primera vez, él notó lo cansada que se veía. Deseando poder suavizar las medias lunas magulladas debajo de sus ojos, sabiendo que no tenía derecho, arrojó el cobre sobre la mesita de noche. “Deberíamos tratar de descansar un poco.” Se agachó y comenzó con su bota de montar derecha.

Christine se levantó de un salto. “¿Quee crees que estaas haciendo?”

Sin levantar la vista, trabajó para liberarse de su otra bota. “Me estoy preparando para ir a la cama.” Apartó el calzado a un lado y empezó a quitarse las medias.

La mirada de Christine se desvió de la cama revuelta, a las botas debajo de la cama, y luego volvió a la cara de Simon. “Pero...”

Molesto porque le había dado motivos suficientes para considerarlo menos que un caballero, espetó: “no tienes por qué mirarme como si tuviera la intención de violarte. Tengo toda la intención de dormir en una silla.”

Jugando con el encaje que bordeaba su manga, admitió: “supongo que estará bien.”

Lo tenía en la punta de la lengua. señalar que salvo que él saliera a dormir en el techo, no tenían otra opción. Sofocando el sarcasmo, se levantó y pisoteó el lavabo. “¡Maldición!”

Christine dejó de pasearse por la vecindad de la cama. “¿Qué pasa ahora?”

“Dejé mi bolso en el vestíbulo.” Pasándose la lengua por sus dientes superiores peludos, lanzó una mirada anhelante al polvo de dientes y cepillo colocados en el soporte de mármol. Mirándola en el espejo, preguntó: “¿te importaría?”

“¿Y si lo hago?” Cruzó los brazos sobre sus pechos, en esos pechos pequeños y firmes. Pechos que la otra noche había descubierto, y que se ajustaban perfectamente a sus palmas... Como si estuvieran hechos para él.

Sintiéndose menos que caritativo, él respondió: “podría estar tentado a recordarte que hace apenas veinticuatro horas tenía mi lengua dentro de tu boca.”

Eso los silenció a ambos. Maldiciéndose por ceder a los estribos una vez más, vertió agua de la jarra en la palangana, humedeció el cepillo y aplicó el polvo dental. Cepillándose, admitió que estaba haciendo un enredo de esta reunión. Si no cambiaba las cosas pronto, es posible que no tuviera otra oportunidad, más nunca.

Terminó y luego cruzó la habitación hacia las dos sillas con ropa apilada. Se quitó la corbata, e hizo todo lo posible por ignorar las medias de seda de Christine, y, ¡oh! Aquellas ligas que colgaban del respaldo de una silla china Chippendale. Acababa de agregar su chaleco a la pila, cuando levantó la vista y la encontró a ella, observándolo. A menos que se equivocara, su mirada

estaba pegada al triángulo de carne que revelaba el cuello abierto de su camisa. Sintió su carne calentarse. Y su pulso se aceleraba.

Sosteniendo su mirada, él dijo: “tenemos que hablar.”

“No hay nada más que decir.” Ella se dio la vuelta bruscamente. Dando un tirón feroz a la ropa de cama, dijo: “necesitarás una manta.”

Llegó detrás de ella. “Por el contrario, hay mucho más, y quiero decirlo, para que lo escuches.”

Ella se dio la vuelta y empujó la colcha contra su pecho. “¿Así cómo me escuchaste cuando traté de explicar cómo llegué a visitar a Lord Stonevale?”

Las duras palabras vibraron no solo con ira sino también con dolor. Ella no lo perdonaría fácilmente. Muy posiblemente ella no lo perdonaría en absoluto. Aun así, él tenía que intentarlo.

“Me equivoqué.” Dejó caer la manta sobre la cama y respiró hondo. De repente, su lengua era demasiado grande y torpe para su boca. “Esa noche, las cosas viles que dije... Estaba enojado. Furioso. Asustado. No soy un hombre que confíe fácilmente. Cuando pensé que me habías traicionado...”

“Nunca te traicioné.”

“Ahora lo sé, pero, en ese momento sentí que mi mundo se derrumbaba. Es una mala excusa, realmente no es una excusa. Desearía poder recuperar cada palabra, borrarlas de la memoria de ambos, pero, no puedo. Todo lo que puedo hacer es disculparme y suplicar tu perdón. ¿Me lo darás?”

Con las manos en las caderas, ella levantó la barbilla. “Eso depende.”

Necesitando un ancla, envolvió su mano alrededor del poste de la cama. “¿De qué?”

Ella respiró hondo y luego lo soltó lentamente. “Sobre si solo lamentas haber herido mis sentimientos, lamentas que me haya ido, o realmente lamentas lo que dijiste.”

Simon no dudó: “todo lo anterior.”

Ella lo miró de reojo. “Estás hablando como un verdadero político.”

¡Diablos! Ella era tan implacable como una roca. Soltó el poste y movió una mano por el cabello, atrapando los dedos en los enredos. “¿No hay nada que pueda decir o hacer para conmoverte?”

Debajo de su camisón, sus senos subían y bajaban con cada respiración rápida y apresurada. “Casi me acusaste de. acostarme con tu abuelo... De ir a tus espaldas para conspirar no solo con él, sino también con Hareton, con Hareton, entre todas las personas.” Ella volvió su cara hacia la de él. “De todo, eso es lo que más me duele.”

Al ver el dolor que oscurecía sus ojos, Simon sintió como si una navaja le cortara el corazón. “Y sin embargo, todavía usas el collar que te di”. Extendió la mano hacia ella y levantó la cadena de oro con un solo dedo, los eslabones estaban calientes. “¿Por qué?”

Su boca temblaba, pero su mirada nunca vaciló. “Sabes por qué.”

Ella dejó caer la cadena. “Pasé la última década fingiendo ser algo, alguien que no soy. Al oírte decir que me amabas, contándote sobre mi pasado, sentí como si todas las máscaras que había acumulado a lo largo de los años se me estuvieran quitando a la vez. Nunca he conocido a nadie como tú antes. Cuando estoy contigo, vislumbro el hombre que podría haber sido, un hombre mejor, un hombre con sentimientos.” Él volvió a agarrar el poste de la cama, esta vez con las manos sudorosas. “Quiero convertirme en ese hombre, no tanto por mí como por ti. Y eso... Me aterroriza. Me aterrorizas.”

Ahí lo había dicho. Tan agotado como si acabara de correr una carrera a pie, apoyó la frente en el antebrazo y esperó. Afuera, la tormenta se transformó en unos pocos murmullos. Al otro

lado de la habitación, el reloj dorado hacía tictac.

Y entonces lo sintió, una mano ligera calentándole la espalda. Y la voz de Christine, un susurro desnudo, diciendo: “está bien, entonces, te perdono.”

Miró hacia arriba. “¿Tú lo haces?” Buscó en su rostro alguna señal de subterfugio.

Pero los ojos de Christine nunca mintieron. El perdón brillaba desde sus profundidades de color marrón ámbar tan claro y brillante como las lágrimas que brotaban allí. Ella lo rodeó y le acarició la mejilla con la mano. “Sí.”

Fue entonces cuando Simon supo que todavía poseía un alma porque la sintió volar. Una alegría tan intensa que esquivó el dolor que lo inundó. Agarró su mano y se la llevó a los labios. Besando las yemas de sus dedos, declaró: “no te arrepentirás de darme esta oportunidad. Te prometo que...”

“No más promesas.” Puso una mano a cada lado de su cuello y volvió su rostro hacia él.

Sus manos encontraron su cintura. Qué pequeña era, qué delicada. Como un duende de madera. Un duende del bosque con la exuberante boca de Venus. Una boca que ya no podía esperar para reclamar.

Pero él debía esperar. Con manos temblorosas, él la sujetó. “Oh, necesito ayuda, te deseo, Christine. No sé si eres mi veneno o mi cura, pero, has encontrado tu camino dentro de mi alma y ahora no podría sacarte aunque quisiera.” Respiró hondo. “Estoy ansioso por hacerte el amor, por estar contigo, pero, primero necesito saber que tú también lo quieres”.

Christine se humedeció la boca. “Te deseo, Simon. Te he deseado desde el principio, creo. Y me acostaré contigo... Si realmente me quieres.”

SIMON LA MIRÓ FIJAMENTE. “¿Si te quiero? Christine... Paso mis días y mis noches haciendo poco más que desearte.”

Christine consiguió esbozar una sonrisa vacilante. “Entonces, sí, estamos de acuerdo.”

Ella le rodeó el cuello con los brazos y acercó su rostro al de ella. Poniéndose de puntillas, hizo coincidir sus labios con los de él, su cuerpo con el de él, su pasión con la de él, hasta que ya no fue posible distinguir dónde acababa él y ella empezaba. Hasta que el beso se había convertido en mucho más que un beso. Hasta que los hubo transportado por el suelo hasta la cama. Hasta que sintió su longitud dura como una roca contra su vientre, y se dio cuenta, en un relámpago de frío pánico, de que él estaba más que listo para reclamarla.

Ella no pudo evitarlo. Ella se puso rígida.

Él retrocedió. “¿Christine?”

Ella se dio la vuelta antes de que él pudiera ver la vergüenza marcando sus mejillas. De espaldas a él, dijo: “todo se está moviendo tan rápido. Te quiero, te quiero, solo...”

“Solo que has tenido una mala experiencia y ahora tienes miedo”, él finalizó por ella. Sus manos descendieron sobre la parte superior de sus hombros. “No te haré daño, ¿sabes?” En lugar de alejarse, amasó sus músculos tensos con pulgares expertos. “Solo quiero darte placer.” Él apartó su trenza a un lado y rozó su nuca con suaves besos de mariposa que dispersaron sus miedos y enviaron su alma a volar. El aliento a menta jugueteó con su oreja, la parte posterior de su cuello. “Pero, prométeme que no estás fingiendo. Solo tienes que decirme, mostrarme, lo que quieres.”

Recostándose en su calor sólido, Christine buscó en su confuso cerebro la respuesta que él parecía esperar. Aparte de Hareton, solo había estado con Tommy Fielding. El pasado agosto,

durante la siega del heno, Tommy finalmente encontró el coraje para robarle un beso detrás de un pajar. Pobre Tommy, su lengua resbaladiza le había recordado a la gelatina de anguila, y los puerros que le gustaban no habían ayudado en nada.

Contenta de que Simon no pudiera ver su rostro, admitió: “no sé qué es lo que quiero.”

“Entonces, déjame ayudarte a averiguarlo.” Él deslizó sus brazos alrededor de ella, ahuecando ligeramente sus pechos en sus palmas.

A través del fino algodón de su camisón, sus hábiles dedos encontraron sus pezones. Ella volvió a tensarse, recordando cómo una vez Hareton había usado sus grandes manos para lastimarla allí.

Las manos de Simon también eran grandes, pero su toque fue suave mientras la hacía rodar entre el pulgar y el índice. Ella se endureció. Ella se calentó. Ella temblaba de pies a cabeza.

Con las rodillas débiles, ella se hundió contra él. “Oh, Simon, me siento tan rara.”

“Lo aceptaré como un cumplido.” Su risa ronca le recordó que probablemente debería hacer algo más que inclinarse contra él, como una enredadera azotada por la tormenta. “Pero, sospecho que te gustará aún más, sin este camisón de por medio. Sé que te gustará.”

Estirándose a su alrededor, comenzó con la fila de botones que cerraban la parte delantera de su camisón. Una por una, las pequeñas perlas de semilla se liberaron de sus agujeros hasta que el vestido se abrió hasta su cintura. El aire húmedo rozó sus pechos sonrojados en la parte superior de su vientre. Él facilitó la prenda hacia abajo sobre sus hombros.

Hizo un intento por agarrar el vestido. Apretando la tela, ella dijo: “no sería decente.”

Empezó a reírse y luego se detuvo cuando ella no se unió a él. “Eres un verdadero enigma, Christine Tremayne, pero dejemos de lado los secretos, ¿de acuerdo?”

Deslizó el camisón de sus hombros, depositando un beso encima de cada botón, mientras ella intentaba escabullirse. Un momento después, la prenda susurró por sus caderas y piernas para aterrizar en un charco alrededor de sus tobillos. El aire frío y la consideración de Simon pincharon su trasero desnudo. Ella se mordió el labio inferior con fuerza, porque sabía muy bien lo que estaba viendo. Desprovista de polvos y vestidos bonitos, su cuerpo desnudo hacía alarde de todos sus defectos. Una cicatriz especialmente fea le atravesaba la nalga izquierda, un recordatorio permanente de la vez que Hareton usó la hebilla de su cinturón para castigarla. El aliento de Simon le rozó la nuca. Entonces su boca, tan cálida, húmeda y hambrienta como cuando la había besado antes, se colocó entre sus omoplatos. Y luego, ¡ay! ¡Qué vergüenza! Se dio cuenta de que él estaba siguiendo la cresta de tejido levantado con la lengua.

Una lágrima salpicó su mejilla. “No”, suplicó. Su voz era un susurro crudo mientras intentaba nuevamente alejarse.

Un brazo estaba envuelto alrededor de su cintura, no mostró signos de dejarla ir. “¿Te estoy lastimando?”

Consideró mentir, sabiendo que él se detendría en un instante, si pensaba que le estaba causando dolor. Pero, fuera lo que fuera esta noche, no quería contaminarlo con mentiras. “No”, admitió ella.

“Entonces, ¿por qué no quieres que te bese aquí?”

Nuevas lágrimas rodaron por sus mejillas. “Porque es feo. Soy fea.”

“No, no lo es. No para mí.”

Ella lo miró por encima del hombro, que él todavía acariciaba, esperando ver lástima, incluso disgusto. Pero no había duda de lo que encontró en su mirada: el deseo.

Incluso ahora, él la deseaba. Su espalda y trasero podrían estar tan desollados como los de los esclavos de las galeras romanas, sobre los que había leído en sus lecciones de historia antigua,

pero a él no le importaba eso. Ni un ápice.

Con un nudo en la garganta, ella se giró lentamente en sus brazos. Con las manos sobre sus hombros, él la sostuvo a la distancia de un brazo y envió su mirada a un viaje lento y completo que comenzó y terminó con sus ojos.

Cuando ella hubo desviado la mirada, él le levantó la barbilla, con el borde de la mano. “No puedes saber cuántas veces nos he imaginado así. Te gusta esto. Aun así, eres cien veces más hermosa de lo que fuiste en mis fantasías.”

La amplitud de su sonrisa hizo que su corazón diera un vuelco. ¡Él la había querido todo el tiempo! Fue demasiado. Él era demasiado. Más lágrimas, de gratitud y alivio, escocieron sus ojos. Él le había devuelto su cuerpo. Ella no sabía qué decir, cómo agradecerle.

O tal vez ella lo hizo. Bajando la mirada a su pecho, dijo: “todavía estás vestido, y aquí estoy, arriesgándome a tener fiebre pulmonar.” Ella se estremeció, aunque nunca había tenido tanto calor en toda su vida.

Él llevó sus manos a descansar sobre su esternón. El calor de él llenó hasta sus palmas. “Ayúdame con mis botones y nos arriesgaremos juntos.”

Christine había vestido y desvestido a sus hermanos pequeños muchas veces. A diferencia de esos dos diablillos que se retorcían, Simon se quedó completamente quieto, con toda su atención centrada en ella. Christine tragó saliva. Obligando a sus torpes dedos a cooperar, se deshizo de la hilera de botones cubiertos de tela de la parte delantera de su camisa y luego deslizó los dedos por debajo de la cintura de sus pantalones para liberar el faldón de la camisa. Lentamente, con reverencia, deslizó la batista sobre sus hombros y luego se lo quitó.

Cristina se quedó mirando. Nunca antes había considerado que un hombre desnudo pudiera ser hermoso. Simon era eso y más. Dotado de músculos, la parte superior de sus brazos era más gruesa que la del herrero de su país, mientras que su estómago era plano y ondulado con tendones. El cabello oscuro cubría su pecho. Debajo de su esternón, se estrechó hasta convertirse en una cola que desaparecía dentro de sus pantalones.

Donde más botones querían para deshacer. Detrás de ellos, lo que prometía ser una erección realmente magnífica se esforzaba por liberarse. Ella se congeló. Sus manos se convirtieron en bloques de hielo, mientras su rostro y su garganta se incendiaban.

“No importa”, murmuró, luego él giró para quitarse los pantalones. Cuando volvió a mirarla, todavía vestía su ropa interior de algodón hasta la rodilla.

Sintiendo que se había quedado con la ropa interior para no herir sus sensibilidades, sintió lágrimas de gratitud y arrepentimiento en sus ojos. “Eres tan grande”, susurró, deseando que su almacén de palabras fuera lo suficientemente grande como para describir todo lo que sentía.

Decidida a desterrar el pasado de una vez por todas, le echó los brazos al cuello y se apretó contra él, rozando la aspereza de papel de lija de su mandíbula, su cuello y el duro plano de su pecho con la boca y las manos. Cerró los ojos para saborear mejor el sonido irregular de su respiración, el olor almizclado del sudor, mezclado con el jabón Windsor y la forma en que sus músculos se movían bajo su toque.

Simon la levantó en sus brazos y la llevó a la cama. Apartó la manta enrollada a un lado, la acostó sobre las mantas arrugadas y luego se sentó encima. Inclino la cabeza y encontró la cresta de su pecho derecho con la boca.

La felicidad onduló a través de ella, desde su pecho hasta el depósito de calor líquido que se gestaba entre sus muslos. Ella entrelazó sus dedos a través de su espeso cabello y se arqueó contra él, queriendo más.

Él obedeció, moviéndose lentamente a lo largo de ella, explorándola con la boca y las manos,

la lengua y los dedos. “Tienes el cuerpo de una bailarina de ballet, de huesos largos y delgados, una combinación sublime de curvas y ángulos.”

Su alabanza la calentó. “Bailarina de ballet, ¿soy yo? Y pensar que tengo dos pies izquierdos, dos pies izquierdos grandes.”

Sonriendo, sacudió la cabeza. “Eres perfecta hasta la punta de los dedos de los pies.” Rozó el contorno de su pierna izquierda, desde la pantorrilla hasta el tobillo y el arco, y terminó enganchando el pie de ella sobre su hombro.

Ella se incorporó sobre los codos mientras la mano de él envolvía su otro pie. “Simon, ¿qué estás haciendo?”

Respondió con una sonrisa maliciosamente derretida. “Ayudándote a descubrir qué es lo que quieres.”

Con las piernas abiertas, estaba completamente abierta a él, completamente vulnerable. Avergonzada de que él la estuviera viendo allí, trató de retorcerse más hacia atrás en la cama, pero las manos de él la sujetaron por las rodillas, sosteniéndola contra él.

Las cerdas de su mandíbula sin afeitar rozaron el interior de un muslo, luego el otro. Cuando su boca, húmeda y cálida, descendió para refrescar la picadura, Christine se dejó caer sobre la almohada, con las manos apretando las sábanas. Más allá de la vergüenza, susurró: “por favor”, vagamente consciente de que quería sus besos en otro lugar.

Simon lo sabía. Soltó sus piernas, ahora cerradas a su alrededor por voluntad propia. Con sus dedos, encontró sus labios internos. Lentamente, con cuidado, los abrió y deslizó un largo dedo dentro. Christine contuvo el aliento. Una tibieza pegajosa humedeció el interior de sus muslos, y durante unos frenéticos segundos se preguntó si su menstruación había comenzado. Pero no, era demasiado pronto en su ciclo. Y este dolor constante y zumbante no se parecía a ninguna sensación que hubiera conocido.

Los estiramientos, las caricias, los murmullos de cariño, todo era demasiado. El sudor cubría su frente, el pliegue de sus senos, la parte posterior de sus rodillas. Había líquido acumulado en su vientre, entre sus piernas. Agarrando grandes puñados de cobertores, comenzó a rogarle que no se encontraba segura de esto, pero, su cabeza desapareció entre sus muslos y la encontró en su boca. Su lengua la recorrió, partiendo, explorando y succionando. Cielo e infierno, placer y dolor, plegados en uno. El latido creció hasta que pudo sentir que se hinchaba, sus músculos internos latían al ritmo de su corazón.

Entonces lo encontró, algo pequeño y apretado y envuelto por pliegues de carne, como una perla protegida por una ostra. Lo tocó con la punta de la lengua y luego lo rodeó una, dos veces...

La liberación de Christine fue tan rápida como inesperada. Como una bandada de palomas mañaneras de repente liberadas, emprendió el vuelo. Ella se elevó, se sumergió y luego volvió a elevarse, cada vez gritando su deleite, su placer.

Cuando finalmente aterrizó, con las extremidades débiles y temblorosas, Simon se había unido a ella en la cabecera de la cama. “Bienvenida de nuevo.” Sonriéndole, le rozó las mejillas con las yemas de los pulgares.

Ella estaba llorando. Antes de que pudiera considerar por qué, plantó una rodilla a cada lado de ella. Mirando hacia abajo, vio que se había desabrochado los calzoncillos. Su sexo hinchado surgió, más largo, más grueso y más formidable incluso que cualquier imagen mental que ella pudiera conjurar.

Se ajustó a ella y siguió adelante. “Ah, Christine...”

La presión contundente creció, se profundizó. Se preparó para soportarlo, pero no sirvió de nada. Los fantasmas estaban de vuelta y con ellos, el miedo.

Intentó cerrar las piernas, pero él estaba encajado entre sus muslos y su peso la presionaba contra el colchón. “Simon, no soy...”

El resto de sus palabras se ahogaron en un jadeo cuando el dolor, agudo y abrasador, la apuñaló.

CAPÍTULO DIECIOCHO

¡Y mira! La dama Christabel.
Se Reúne a sí misma fuera de su trance,
Sus miembros se relajan, su semblante
Crece triste y suave; los párpados suaves y delgados,
Cierra sus ojos; y las lágrimas que derrama—
¡Lágrimas grandes que dejan las pestañas brillantes!
Y a menudo, ella parece sonreír.
¡Como niños ante una luz súbita!
—Samuel Taylor Coleridge, *Christabel*, Parte I, 1797.

El jadeo de Christine llenó la cámara. Con una mano apoyada a cada lado de la almohada sobre la que yacía, Simon se echó hacia atrás y se encontró con sus ojos aterrorizados en la penumbra. Lentamente, con cuidado, se retiró y bajó la mirada.

¡Ay! No, esto no puede ser.

Pero la humedad oscura como la tinta en su pene no mentía.

Acababa de desvirgar a una virgen.

La fea realidad de lo que había hecho, de lo que había tomado, lo golpeó como un puño en el estómago. Rodó sobre su espalda y colocó una mano sobre su frente. “Debiste decírmelo.”

Mirando al techo, se subió la sábana hasta la barbilla. “¿Cómo iba a saber que pensabas que no lo era?”

Él echó una mirada de soslayo a sus rasgos perfilados. “Te encontré en un burdel.” Un segundo después, habría entregado su último centavo por la oportunidad de retractarse de esas palabras mordaces.

Apretando la sábana con una mano de nudillos blancos, se sentó. Con la boca temblando, los ojos traicionados, ella respondió: “te lo dije, no sabía qué tipo de lugar era cuando acepté trabajar allí.”

“Sí, pero pensé que habías trabajado allí... Eso es. Que al final te habían obligado. Por la bondad, estabas en tu camisón cuando te encontré. Supuse... Bueno, ya eso no importa.”

Deslizó las piernas por el borde de la cama y se levantó. Encontró sus pantalones en el suelo y se los puso. Con cierta dificultad logró abotonarse la solapa delantera y luego se tambaleó hasta el lavabo. Vertió agua fresca de la jarra en la jofaina, mojó una toallita y escurrió el exceso. Con el paño húmedo en la mano, volvió a la cama.

Con las rodillas dobladas, Christine yacía mirándolo, con la sábana todavía enrollada. Al ver el lino blanco moldeando las curvas de sus pechos pequeños y firmes, Simon no pudo evitar recordar cuán perfectamente se ajustaban a sus palmas. Incluso ahora, se le hizo la boca agua ante la idea de saquear el tesoro almizclado entre sus muslos, no solo con su boca sino con su sexo, todavía duro como una roca y palpitante.

Se sentó en el borde de la cama y alcanzó la manta desechada. Dejándolo sobre su regazo, le ofreció la tela. “Pensé que querías refrescarte...”

Ella vaciló y luego la tomó. “Gracias.”

Apoyando su hombro contra la cabecera, se giró, fingiendo interés en un par de acuarelas francesas que colgaban de la pared opuesta. Cuando sintió que ella había terminado, dijo: “tal vez deberías contarme todo.”

Durante varios minutos, el único sonido en la habitación fue el tictac del reloj de la repisa de la chimenea. La paciencia nunca había sido el punto fuerte de Simon, pero al darse cuenta de lo difícil que debía ser para ella, se armó de valor para dejar que ella contara su historia, en su propio momento.

Un largo suspiro indicó que podría estar lista para comenzar. Simon se dio la vuelta. “No te juzgaré esta vez. Lo prometo.”

Ella se mordió el labio y asintió. “Había estado en Londres durante quince días, cuando conocí a Madame LeBow. Era compañera de la dueña de la casa de huéspedes, donde yo había tomado una habitación. A decir verdad, no me importaba su aspecto, pero, cuando me ofreció trabajo, me dije a mí misma que los mendigos no podían elegir.” El cabello suelto fluía de la trenza que colgaba sobre su hombro desnudo. Empujó los mechones de color caramelo, detrás de la oreja, antes de continuar: “cuando llegué allí y vi qué tipo de casa era, le dije de inmediato que estaría en camino. Ella lo tomó bien, o eso pensé. Dijo que no era la vida para todas las chicas, y que tenía que seguir mi conciencia. Para demostrar que no había resentimientos, me daba una comida caliente antes de irme.” Sus dedos se flexionaron sobre las sábanas. “Fue estúpido de mi parte, lo sé, pero tenía mucha hambre.”

Simon nunca había olvidado lo que era tener hambre. El persistente dolor de estómago y el terrible vacío eran recuerdos sensoriales que permanecerían con él por el resto de su vida.

Él se unió a ella en la barandilla principal. Inclínándose hacia atrás, envolvió un brazo protector alrededor de sus hombros. “No creo que fueras estúpida, solo estabas desesperada.”

Ella apoyó la cabeza en la curva de su hombro. “Debe haber puesto algo en el estofado. Cuando me desperté, estaba atada y ella se encontraba de pie junto a mí con una vela. Nunca olvidaré su cara, sus ojos cuando me dijo que ahora le pertenecía a ella, que me quedaría en el ático, a pan y agua, hasta que me rindiera, me muriera de hambre o me fuera delirando. Llevaba allí casi una semana cuando me encontraste.”

La estrechó más contra él. “Silencio, amor, eso se acabó. Ya estás segura.”

A salvo de todos, menos de él. Dentro de sus pantalones, su virilidad se sentía como un arma de fuego a punto de estallar, estirando la tela tan tensa, que temía, que en cualquier momento haría saltar los botones.

Con pesar, él deslizó el brazo por sus hombros. “Me alegro de que me lo hayas dicho, pero, lo que necesitas ahora es descansar.”

Ella agarró su brazo. “¿Te lo dije y ahora no quieres tener nada más que ver conmigo?”

Él sacudió la cabeza. “No, no es así. Estás cansada, es tarde. Soy... Ah, Christine, estoy tratando de ser considerado.”

“¿Considerado?”

Él asintió, sin darse cuenta, golpeándose la nuca contra la cabecera. Casi agradecido por la distracción, dijo: “te he quitado la virginidad y con toda la delicadeza de un toro en celo. Lo menos que puedo hacer es dejarte descansar.”

“¿Y si no me importa descansar?” Ella dirigió una mirada cómplice a la manta amontonada sobre su regazo. “Además, no creo que a ti tampoco.”

Vestida, solo con una sábana, con su cabello color caramelo suelto de la trenza y sus ojos marrones oscurecidos por el deseo, ella era la tentación personificada. Armándose de valor para ser fuerte, dijo: “no tienes intención de hacerme esto fácil, ¿verdad?”

Las comisuras de su boca se inclinaron hacia arriba. “Ni en absoluto.” Ella tomó su mano y la colocó, con la palma hacia abajo, sobre su seno izquierdo. “Si no escuchas a tu propio corazón, entonces escucha al mío. Está latiendo por ti, Simon. ¿Puedes sentirlo?”

Como un pájaro atrapado batiendo sus alas, pensó, sintiendo cada aleteo como si viniera desde dentro de su propio pecho. Con la mano en su pecho, admitió: “si fuera un hombre mejor, encontraría la fuerza para resistirte.”

“Eres el único hombre que quiero.”

Eso lo selló.

Deslizó su mano hasta su cintura, llevándose la sábana con ella. Arrancando su manta, enterró sus dedos en su cabello e inclinó su rostro hacia él. “Christine, dulce Christine”, gimió, lamiendo sus párpados cerrados, chupando su labio inferior, mordiendo la suave piel de su garganta. “Esta vez lo haré bien, lo juro.”

“Sin promesas”, dijo por segunda vez esa noche, con su boca húmeda contra su oído.

Ella inclinó la cabeza. Su boca descendió sobre su pezón derecho, trazando círculos cálidos y húmedos con la punta de la lengua. Las promesas, incluso las que se había hecho a sí mismo, se ahogaron en la oleada de placer que sintió.

El toque practicado de otra mujer nunca le había traído esta excitación, esta emoción. Con las manos cubriendo su cintura, él se dejó caer sobre las almohadas, tomando a Christine encima de él. Esta vez no tuvo que pedirle que lo ayudara con los botones. Encontró la solapa de su pantalón, sus dedos temblaban levemente, mientras avanzaba por la cola. Ella lo tomó en su mano, los dedos enrollándose alrededor de él. En medio del insoportable placer, recordó que se suponía que él sería su tutor, no solo en historia, geografía y matemáticas, sino también en esto.

Apartó su mano y le dio un beso en la palma abierta. “Esta noche es para ti.” Por mucho que ansiara enterrarse profundamente dentro de ella, todos sus instintos le gritaban que, para que Christine disfrutara de la experiencia, tendría que sentir que tenía el control. “Móntate”, dijo con voz áspera, en parte orden, en parte súplica.

Los ojos de ella se abrieron, en estado de shock o deseo, no podía decirlo. “¿Montarme?” Con una rodilla a cada lado de su torso, se mantuvo inmóvil como una estatua. “Pero no sé cómo.”

Ella reprimió un gemido de frustración y escuchó: “agárrate a la cabecera.”

Por lo que obedeció, elevándose por encima de él para agarrar el borde curvo con ambas manos. Se agachó entre ellos, con su pulgar deslizándose en el resbaladizo. Simon sonrió. Su mente podría estar indecisa, pero su cuerpo estaba resuelto. Sosteniendo una mano en su cintura, utilizó la otra para guiarse y luego flexionó las caderas hacia arriba. Estaba tan caliente, tan húmeda y tan magníficamente resbaladiza, que él la llenó de un solo empujón.

Se le escapó un grito ahogado, pero esta vez la expresión no contenía ninguna pizca de dolor. Ella lo miró fijamente. “Ay, Simon.” Pasó la lengua por su carnoso labio inferior y él estuvo casi seguro de que perdería el control y explotaría.

Controlándose a sí mismo, tomó sus nalgas, las yemas de sus dedos rozaron la unión curva entre los lóbulos pálidos como la Luna. La caricia íntima obtuvo el resultado deseado. Ella soltó la cabecera y lo agarró por los hombros, mientras que sus uñas recién crecidas quedaron arañándole la piel.

Empezó a moverse, torpemente al principio, pero cada vez con más confianza. Simon recibió su caricia por caricia, lamiendo el delicado hueso de su clavícula, lamiendo las puntas rosadas de sus senos. Pronto se movían al unísono de manera tan sublime que era imposible saber dónde terminaba él y empezaba Christine.

Al mirar su rostro sonrojado, supo el momento exacto en que llegó el clímax. Sus ojos febriles brillaron incluso cuando sus labios hinchados por los besos se abrieron con un grito ahogado. Dejó escapar un grito de dolor, y a Simon no le importó quién los escuchara. Le rodeó la espalda húmeda con los brazos y empujó hacia arriba, la tensión de los músculos internos de ella provocó su liberación. Por una vez, no silenció su placer, sino que lo dejó escapar en grandes y gloriosos gritos: Christine, Christine, una y otra vez, su nombre era la única palabra dulce que pronunció, mientras se rendía a su satisfacción.

Se hundió contra las almohadas, más saciado de lo que recordaba haber estado nunca. Húmeda y temblorosa, Christine pareció fundirse con él. La rodeó con un brazo y la abrazó. Ninguno habló, contento de compartir la paz silenciosa del momento. Cuando finalmente se movió para mirar hacia abajo, a su rostro escondido en la curva de su hombro, fue para ver las lágrimas medio secas que recorrían su mejilla.

El remordimiento volvió. “Fui demasiado rudo. Te he lastimado de nuevo.”

Contra su pecho, ella negó con la cabeza. “No.”

Él acarició el cabello húmedo hacia atrás de su sien. “Entonces, ¿por qué estás llorando?”

Ella volvió la cara hacia su hombro. “Porque fue tan hermoso, porque te quiero mucho.”

Ella lo amaba, todavía. Incluso cuando su corazón saltó ante ese milagro, los viejos temores encontraron su camino hacia la superficie. ¿Y si llegaba a depender de él? ¿Y si llegaba a necesitarla?

¿Y si él también le fallaba a ella?

Acababa de hacer las paces con el hecho de que quería a Christine en su vida. No quería a ninguna otra mujer en su cama. Escuchar su triste historia había sido como si le arrancaran el corazón. La vista de su espalda llena de cicatrices lo había hecho querer cazar a Hareton Tremayne y asesinarlo, a fondo, lenta y dolorosamente. ¿Era eso amor?

El amor era complicado, o eso había dicho Margot, y su vida era ciertamente más complicada con Christine en ella.

El amor era todavía un misterio. Un deseo que entendía.

EN EL PASILLO, Margot dejó el bolso de Simon, justo fuera del dormitorio, y luego metió la mano en el bolsillo de su bata de seda para sacar la llave. Se inclinó y la deslizó debajo de la puerta. *Bonsoir mes enfants*. Sonriendo, se dio la vuelta y en silencio volvió sobre sus pasos hacia las escaleras.

Margot no fue la única persona que pasó la noche en vigilia silenciosa. Apoyado contra un poste de luz al otro lado de la calle de la escuela, Hareton inclinó hacia atrás su petaca de ginebra y bebió un trago voraz. Saboreó el ardor que se abría camino hacia abajo, incluso mientras saboreaba su inteligencia, durante las últimas semanas, desde que había llevado a Chrissie y

Belleville al suelo por primera vez.

Al verlos a los dos juntos en la Feria del Primero de Mayo, había sido claro como el agua, que la oleada le gustaba. En cuanto a Chrissie, su mirada de becerro de Luna, que lució cuando Belleville colocó la corona de flores sobre su cabeza, casi había sido la perdición de Hareton. Apenas, había podido contenerse de correr hacia adelante para arrancarle la bagatela de la cabeza. Más tarde, cuando los vio deambular por el parque, estuvo tentado de seguirlos, clavar su cuchillo en la espalda de Belleville y luego llevarse a Chrissie. Pero no habría dinero en eso y demasiados posibles testigos. Así que controló su temperamento y regresó a la propiedad de Belleville, donde planeó su próximo movimiento.

Belleville podía ser rico como un rey, pero como cualquier hombre tenía su debilidad; en su caso, era el anciano, su abuelo. La brecha entre los dos debe ser aún más profunda de lo que afirman los chismes. Cuando Hareton anunció que Chrissie estaba visitando al colega, un secreto con el que se topó después de seguirla un día, poco después de su llegada a Kent, Belleville se enojó más de lo que Hareton se habría atrevido a esperar. En lugar de embolsarse su soborno y marcharse, se escondió en el jardín. El giro bancario de quinientas libras le había calentado el bolsillo, mientras temblaba en la dura madera del banco del mirador. El sacrificio había valido la pena. Temprano a la mañana siguiente, él había visto salir a Belleville, con una alforja de aspecto sustancial atada a la cintura de su caballo. Pero lo que le preocupaba eran las idas y venidas de Christine. Su paciencia fue recompensada, esa tarde, cuando la vio irse en un carruaje cargado de baúles de viaje. Se había servido de uno de los caballos de aspecto más veloz de Belleville, y se había puesto en marcha tras ella. No se sorprendió mucho cuando su carruaje entró en la estación de tren. Una vez allí, solo tenía que pasarle cinco libras al agente de boletos para conocer su destino: Londres. Había comprado un billete en el siguiente tren. Seguirla de regreso a la Academia Mayfair, esto había sido un juego de niños. ¿Adónde más tenía que ir?

Pero no había contado con que apareciera Belleville. Apostaría a que estaban escondidos juntos en este momento, rompiéndose los sesos.

Apuró la petaca y la metió de nuevo en el bolsillo de su chaqueta arrugada. Quinientas libras podían ser una fortuna, pero la traición de Christine no empezaba a quitarle el escozor. Más que dinero, era a ella a quien deseaba. Afortunadamente para él, era más astuto de lo que la mayoría de la gente creía y era paciente cuando la ocasión lo justificaba. Con un poco de paciencia, y sí, suerte, se iría con el dinero y con Chrissie.

CHRISTINE SE DESPERTÓ con la luz del Sol que inundaba la habitación. Rodando sobre su costado, alcanzó a Simon. Su mano encontró el espacio vacío, y ella sintió un escalofrío de miedo. Se incorporó sobre un codo, escudriñando la habitación. Lo vio en el lavabo, enjabonándose la barbilla con bigotes, y se relajó. Así que la noche anterior no fue un sueño después de todo.

“Simon.”

Captó su mirada en el espejo y sonrió. “Buen día.”

“Buen día.” No del todo segura de cómo comportarse con él, ahora que la brillante luz del día estaba sobre ellos, se arrojó con la sábana antes de sentarse para verlo afeitarse.

Su padre llevaba barba. Hareton, debido a la condición de su piel, a menudo pasaba días sin afeitarse, antes de que el crecimiento irregular lo impulsara a tomar su navaja, aunque a ella nunca le hubiera importado mirarlo. Pero este era Simon y ella estaba ansiosa por aprender todo lo que había que saber sobre él. Aún así, tuvo que apartar la mirada, cuando él tomó una navaja

de afeitar de aspecto verdaderamente malvado y sostuvo la hoja contra su mejilla. Fue entonces cuando notó la bolsa de cuero a sus pies.

“Tu bolso, ¿cómo lo conseguiste?”

Se raspó una franja desde la mejilla hasta la mandíbula y luego respondió: “la llave estaba debajo de la puerta cuando me desperté.”

“Así que somos libres”, dijo, esperando no sonar tan decepcionada como se sentía.

“Como pájaros.” Terminó de afeitarse, luego se mojó la cara con agua y la secó con la toalla. Una camisa recién planchada yacía sobre el respaldo de una silla. Se la puso, se dio la vuelta y se acercó a ella. “Antes de volar del nido, ¿puedo reclamar un beso de buenos días?”

“Creo que eso podría arreglarse.” Sintiendo que su timidez desaparecía ante su fácil intimidad, le rodeó el cuello con los brazos y la sábana cayó.

Siguió un beso abrasador, incluso más embriagador que los primeros que habían compartido, porque ahora ella estaba tan familiarizada con el terreno de su cuerpo como él con el de ella. Estar presionado contra él, piel con piel, parecía tan natural como respirar.

Contra sus labios, Simon dijo: “podría acostumbrarme a esto.”

“Creo que ya lo he hecho.” Preguntándose si él podría estar tentado, ella le mordisqueó un costado del cuello, saboreando el ron de laurel y el jabón Windsor.

“¡Coqueteamos!” Él se apartó para mirarla, con expresión preocupada. “Debes estar adolorida.”

Al ver el bulto que formaba una tienda de campaña, en la parte delantera de su pantalón, ella sonrió. “No tan dolorida.” Encantada con lo fácil que era despertarlo, se excitó poderosamente, deslizó ambas manos dentro de su camisa y recorrió con los dedos la cola de vello áspero que dividía su vientre.

Él tomó sus manos y presionó un beso en cada palma. “Debo irme, amor, pero, volveré esta noche.” Inclinandose, sofocó sus incipientes protestas con sus labios.

“¿Negocio?” Ella hizo una mueca. “¿No puede esperar?”

“Me temo que no.” Besó la punta de su nariz y luego dio un paso atrás. “Tú y Margot pueden visitarme mientras no estoy... ¿Sospecho que te gustaría eso?”

A regañadientes, lo dejó ir y él cruzó la habitación para terminar de vestirse.

Christine lo siguió con la mirada. “¿Simon?”

Hizo una pausa para ponerse el chaleco. “¿Mmm?”

Se ciñó y luego espetó: “cuando regresemos a Valhalla, ¿viviré como tu amante?”

Sus dedos se detuvieron en un botón. “¿Considerarías tal arreglo?”

Buscando su rostro, torció la manta en una mano mientras admitía: “Si esa es la única forma en que podemos estar juntos, entonces sí.”

En tres largas zancadas, cerró la distancia entre ellos. Descendiendo en picado, la besó sonoramente. “No sé qué hice para merecerte, pero, sea lo que sea, me alegro.”

Esta vez fue Christine quien encontró la determinación de alejarlo. “Fuera contigo, entonces. Cuanto antes te vayas, antes volverás conmigo.”

Con un gemido, la apartó de él. Se puso el abrigo y caminó hacia la puerta. Con la mano en el pomo, se volvió. “No viste mucho de Londres la última vez que estuviste aquí. Piensa en lo que te gustaría hacer esta noche.”

Christine esbozó una amplia sonrisa en el momento en que la puerta se cerró detrás de él. Tan divertido como sería que él la acompañara por la ciudad, solo había una cosa que ella quería hacer cuando él regresara y no requeriría un carruaje o ropa.

Abrazando sus rodillas levantadas, dejó que su mente perversa imaginara todas las formas en

que se podría expresar un acto glorioso. En una noche, había pasado de niña inocente a mujer caída. Debería sentir vergüenza, remordimiento, tal vez incluso un poco de miedo.

Lo que ella sintió fue maravilloso.

Aunque era nueva en el acto sexual, estaba segura de que lo que había experimentado con Simon había sido más que una mera satisfacción física, aunque ciertamente lo había experimentado en abundancia. No, solo podía haber una explicación. Simon debía ser su alma gemela.

Pero almas gemelas o no, ella no podía pedirle que sacrificara su carrera por ella y ciertamente nunca podrían casarse. Incluso si nadie se enterara de su tiempo con Madame LeBow, ella todavía era una lechera. Y Simon era un caballero, uno por derecho de nacimiento.

Aunque después de la noche anterior, la despedida era impensable. Vivir fuera del matrimonio era la única manera de estar juntos. ¿Y si algún día Simon decidiera que era hora de engendrar un hijo legítimo? Ella podría enfrentarse a eso cuando viniera el tiempo.

Por ahora, no podía esperar para compartir sus noticias con Margot. Ella y Simon le debían mucho a su querida amiga. Desnuda como un bebé, se deslizó fuera de la cama y saltó por la habitación hasta el lavabo. A menos que Margot hubiera cambiado su rutina matutina, Christine la encontraría demorándose en un desayuno tardío.

SIMON ESTABA a medio camino de la puerta principal, cuando el aroma a tocino y huevos le recordó que no había comido desde el desayuno del día anterior. Siguiendo los tentadores olores hasta el salón del desayuno, se encontró deseando que Margot hubiera desayunado antes. Por mucho que quisiera expresar su agradecimiento, una parte de él aún no estaba preparada para perder su privacidad y la de Christine.

Asomando la cabeza por la puerta abierta, se dio cuenta de que no tendría elección. Sentada a la cabecera de la mesa, Margot se inclinó sobre un periódico doblado, con una taza de té, enfriándose a su lado.

Ella levantó la vista y sonrió. “Buen día.”

“Buen día.” Pasó junto a ella hasta el aparador y llenó el plato de comida.

Golpeando el costado de su cuchara contra la cáscara de un huevo pasado por agua, preguntó: “¿confío en que haya dormido bien?”

Apenas había dormido nada. Ocultando una sonrisa, se sentó frente a ella y se arropó. “Lo hice, gracias.”

Ella miró su plato rebosante y sonrió. “Parece que dormir te ha provocado bastante apetito.”

Clavó una salchicha en su tenedor. “¿Una expedición de pesca a esta hora? Será mejor que te rindas, porque no obtendrás nada de mí.”

Ella soltó un suspiro. “Así que estás decidido a actuar como un perfecto caballero, qué aburrido. Al menos dime que tú y Christine se han reconciliado.”

“Lo hicimos.” Tomando más del huevo cocido, él admitió: “ella se ofreció a convertirse en mi amante.”

¿Fue su imaginación o su amiga parecía menos que complacida? “Eso lo arregla todo bastante bien, supongo.”

“Debería, pero no lo hace.” Respiró hondo y se atrevió a confesar lo que sabía desde que se despertó y vio el dulce rostro de Christine en la almohada junto al suyo. “La amo.”

Sonriendo, Margot preguntó: “¿qué dijo Christine cuando se lo dijiste?”

Trazó el borde de su taza de café vacía. “No lo he hecho, todavía no, pero lo haré, esta noche cuando me lo proponga.”

“¿Quieres casarte con ella?” Sus ojos bailaron.

Él asintió, todavía acostumbrándose a la idea. “Dejo que Christine crea que tengo negocios que realizar, pero, en realidad ese negocio es para obtener una licencia especial.”

Se frunció el ceño en su frente. “Todo esto es espléndido, pero, ¿no deberías preguntarle a Christine primero?” Una expresión melancólica susurró a través de sus rasgos. “Una mujer se casa solo una vez en su vida. Por lo que sabes, tu novia puede tener en mente una boda menos apresurada.”

Se encogió de hombros y desechó la objeción femenina. Después de lo de anoche, un cortejo convencional estaba fuera de discusión. Y Christine, su Christine, era demasiado práctica para anhelar un alboroto. Una ceremonia pequeña y tranquila le vendrá bien a Christine.

Margot lo estudió, con una sonrisa cada vez más delgada. “Y a ti, Simon, ¿te conviene también una ceremonia pequeña y tranquila?”

El comentario se acercó incómodamente a la verdad. Se apartó de la mesa. “¿Está tan mal de mi parte querer mantener las noticias fuera de los periódicos, hasta después de las elecciones, para salvar algo de una carrera para la que me he preparado durante la última década?”

Cuando un silencio poco característico fue la única respuesta, él se levantó y se acercó a la ventana. Mirando hacia la tranquila calle sombreada por olmos, las palabras de Disraeli del invierno anterior volvieron a él. *Consigue una esposa que será un orgullo para ti y el partido.*

Si el primer ministro descubriera que la pretendiente de Simon no solo era una lechera sino también una ex reclusa de un burdel, seguramente le retiraría su apoyo. Pero si el descubrimiento llegara después de que Simon ganara su escaño, bueno, ese sería otro asunto.

Margot interrumpió sus pensamientos. “¿Entonces quieres esconder a Christine?”

“Solo hasta después de las elecciones.” Se apartó de la escena pacífica, de la ventana, que no concordaba con su estado de ánimo. “La oposición hará cualquier cosa para desacreditarme. Sabes tan bien como yo que el pasado de Christine no soportará su escrutinio, ni el de Fleet Street.”

Ella sacudió su cabeza. “Si así es como realmente te sientes, me pregunto si no la conviertes simplemente en tu amante.”

Su censura lo hirió profundamente. “Anoche Christine era virgen, esta mañana no lo es. Me gusta pensar que si lo hubiera sabido, me habría abstenido de tocarla. Independientemente, la he desflorado y ahora solo hay un curso de acción honorable. Casamiento.”

Las comisuras de la boca de Margot se hundieron. “Muy noble de tu parte, sin duda, solo trata de reunir un poco más de entusiasmo romántico, cuando te acerques a Christine esta noche.”

Pensando que ella tenía buenas intenciones, Simon ignoró el evidente sarcasmo. Reuniendo una sonrisa, caminó hacia ella. “Esta noche, estaré tan encantador, tan apuesto y tan completamente romántico que Christine no soñará con pronunciar una sola palabra excepto sí. Puedes tomar eso como una promesa. Dejó caer un beso sobre su cabeza y se dirigió a la puerta.”

Margot recogió su periódico. “Ten cuidado de no hacer promesas que no puedas cumplir.”

Al salir al pasillo, Simon se dio cuenta de que Christine le había dado una advertencia similar.

CHRISTINE SE APARTÓ de la puerta de la sala de desayunos, sintiendo como si la hubieran golpeado. Así era como Simon pensaba en ella, como una carga que llevar sobre los hombros, un secreto dudoso que esconder. Se preparó para entrar y decirle en términos muy claros lo que podía hacer con sus nociones del deber, el honor y las licencias especiales.

Ella se detuvo antes de hacerlo. Aplastando su espalda húmeda contra la pared empapelada, se dijo a sí misma que no acabaría la amistad de Margot, haciendo una escena fea, especialmente cuando la noche llegaría pronto. Lo suficientemente pronto como para hacer una pelota con su licencia especial y arrojársela a la cara, junto con un anillo, y cualquier otra cosa que pudiera condescender a otorgarle.

Temblando, se estiró y tiró de la cadena de oro alrededor de su cuello. Tiró con más fuerza y los eslabones se clavaron en su carne. Finalmente, la cadena se rompió. El ámbar, aún caliente por su piel, cayó en su palma. Cerrándolo con un puño apretado, volvió sobre sus pasos, a través del vestíbulo hasta las escaleras. Temblando, arrojó el collar, cadena y todo, a la base de una maceta de palmeras, que ocupaba la esquina del rellano, y luego se dejó caer para sentarse en el escalón de arriba.

Los pasos de Simon sonaron desde el pasillo de abajo. Al darse cuenta de que no tenía tiempo de correr escaleras arriba sin que la vieran, se puso de pie y bajó del rellano como si lo hiciera por primera vez, en la mañana.

Él la vio y sonrió. “No había pensado en volver a verte antes de irme.” Encontrándola a mitad de camino, se acercó para besarla.

Volviendo la cara, le ofreció su mejilla. “Esta mañana está llena de sorpresas.”

Frunciendo el ceño, retrocedió. “¿Pasa algo? No pareces tú misma.”

Ella negó con la cabeza, invocando una sonrisa. “Pero, entonces no soy yo misma, ¿verdad? ¿Soy una mujer caída o lo habías olvidado?”

Una mirada culpable se extendió por su rostro o eso le gustaba pensar. Le tocó la mejilla en una caricia que casi la deshizo. “Haz que una de las criadas te prepare un baño. Ayudará con cualquier dolor.”

Miró más allá de él hacia la puerta. “¿No deberías seguir tu camino? Tu reunión importante, no querrás llegar tarde.”

Tuvo el valor de sonreír. “Bastante.” Retrocedió un paso. “Christine, ¿estás segura de que estás bien?”

“Sí, Simon”, respondió ella con firmeza, mientras que su tono rozaba lo agudo. “Nunca he estado más segura en mi vida.”

CAPÍTULO DIECINUEVE

¡Qué rápido el viejo desdichado sigue un poco de felicidad!
—Petrarca, *Cancionero*, 1360.

La puerta principal cerrándose, detrás de Simon, cortó la frágil cinta del autocontrol de Christine. Se dobló en el rellano de la escalera. Abrazando sus rodillas, dejó caer sus lágrimas.

Así la encontró Margot. “Christine, querida, ¿cuál es el problema?”

Mirando a los preocupados ojos violetas de su amiga, Christine no pudo disimular. “Iba camino al desayuno cuando escuché...” El resto de su confesión se interrumpió en un sollozo.

“¡Qué desgracia!” Margot se sentó en el escalón junto a Christine. Un pañuelo con volantes se materializó en su mano. Se lo entregó a Christine.

Agradecida, Christine lo tomó y sopló en los pliegues perfumados. “Podría haber sido su amante y aún así mantener la cabeza en alto porque lo amo, y así pensé, esperaba que él sintiera lo mismo por mí. Pero, no seré su novia caritativa, un secreto vergonzoso que debe ocultarse.”

El brazo de Margot rodeó los hombros de Christine. “Entonces eso es precisamente lo que debes decirle a Simon esta noche.”

Christine apretó con fuerza el pañuelo empapado. “Le diré eso y más... Le arrojaré su preciada licencia especial, y luego...” Sus hombros se desplomaron. “Me iré.”

Margot la miró de reojo. “Huir nunca resolvió nada. El otro día eso quedó demostrado. Si amas a Simon, como dices, entonces, debes mantenerte firme. Déjale ver que no te conformarás con menos que un matrimonio de mentes afines, una sociedad plena e igualitaria. Haz que te corteje, corteje, luce por ti.”

Christine olfateó. “¿Cómo puedes estar tan segura de que lo hará?”

Margot deslizó su brazo de los hombros de Christine. “Él no tiene otra opción. Él te ama.” Ante el resoplido de Christine, ella insistió: “lo hace, Christine, mucho más profundamente de lo que sospecho que él se da cuenta.” Con el rostro iluminado por un propósito, se puso de pie. “Antes de tomar una decisión, hay alguien a quien debes conocer.”

Protegiendo su corazón contra las falsas esperanzas, Christine también se levantó. “¿A quién?”

“La hermana de Simon.”

REFORZADA POR UN baño caliente y varias tazas de té con miel, Christine se sentó frente a Margot, en el vacilante carruaje, viajando por la ciudad. Aunque todavía tenía que ver qué diferencia podría hacer conocer a la hermana de Simon, lo cual la había persuadido.

Con una mano agarrando los cojines de terciopelo color lavanda, Margot frunció el ceño. “No puedo imaginar lo que le ha pasado a mi conductor. Por los empujones que nos está dando, uno pensaría que nunca antes había tocado las cintas.”

“Tal vez sea solo el mal estado de las carreteras”, sugirió Christine. Retirando la cortina de la ventana y mirando hacia afuera, preguntó: “¿estás segura de que nos dirigimos en la dirección correcta?”

Los edificios en descomposición estaban apilados, uno encima del otro, sus techos inclinados a dos aguas bloqueaban todo menos un hilo de luz solar. La suciedad flotaba desde la basura, que corría por las alcantarillas abiertas, rodeando las calles tortuosas y empedradas. Una pesada capa de polvo de carbón espesaba el aire.

Margot asintió. “He visitado a Mordechai y Rebecca muchas veces a lo largo de los años, aunque últimamente he sido algo negligente.”

Christine se había enterado de que Mordechai era el padrastro de Simon y Rebecca. Su madre, Lilith, había sucumbido al tifus, mientras Simon estaba en la India. En lugar de desarraigar a Rebecca a su regreso, la había dejado al cuidado de Mordechai. Cuando estaba en la ciudad, hacía una visita semanal.

Christine preguntó: “¿Rebecca nunca se recuperó del ataque?”

Margot vaciló. “Su cuerpo está sano. Es su mente la que está dañada.”

“¿Está loca, entonces?” Christine sintió que un escalofrío la recorría. Durante su tiempo en el ático de Madame LeBow, temía que la oscuridad del día a día le robara el juicio.

Al examinar las costuras de sus guantes, Margot dijo: “después de la violación, ella se retiró a un mundo de fantasía. Se cree una niña y se comporta como tal. Si realmente está loca o simplemente elige permanecer dentro de su capullo seguro es una pregunta, que ni siquiera los mejores médicos han podido responder.”

Christine negó con la cabeza. Tanto para sí misma como para Margot, expresando: “él nunca me lo dijo.” *¿Cómo podría comprometerse con un hombre que no confiaba en ella ni en sus confidencias, ni en su corazón?*

“Estoy segura de que eventualmente lo hará. Rara vez habla de Rebecca. Se siente tan terriblemente culpable.”

“¿Culpable?” Christine levantó la cabeza. “¡Seguramente no es su culpa!” Simon pudo haberle roto el corazón, pero ella no pudo evitar defenderlo.

Margot suspiró. “Por supuesto que no, pero, se culpa a sí mismo de todos modos. Tenía solo quince años, en ese momento, y en la forma de los niños, había persuadido a Rebecca para que fuera con él a un lugar donde no deberían haber estado. Su padre había muerto el año anterior. A pesar de su tierna edad, Simon había asumido el papel de proveedor y protector. Nunca se ha perdonado a sí mismo por poner a Rebecca en peligro y luego por no poder defenderse de sus atacantes. Supongo que es por eso que le resulta difícil perdonar a los demás, y dejar que aquellos a los que ama vean en su interior sus verdaderos sentimientos.” La mirada sombría de Margot se posó en la de Christine.

Christine trató de proteger su corazón contra el ablandamiento, pero no pudo. ¡Pobre Simon, haber cargado con semejante culpa durante veinte años! Dentro de su pecho surgió la lástima,

tanto por el niño asustado y enojado como por el hombre embotellado.

Con respecto a sus manos fuertemente entrelazadas, dijo: “al decirme esto, al traerme hoy, has traicionado la confianza de Simon, ¿no es así?”

Margot no lo negó. “En esta ocasión, traicionar la confianza de un amigo parecía un mal menor que dejar que la mujer que ama se marchara de su vida.”

Christine se salvó de tener que responder por las sacudidas del carruaje. Se asomó a una fila de casas de ladrillo, cada una de ellas con un pequeño cuadrado de césped cercado al frente. Una delgada cinta de pasarela agrietada era todo lo que mantenía a raya a la concurrida calle.

“¿Aquí es donde creció Simon?” Preguntó, agarrando sus cosas.

Margot negó con la cabeza. “Cuando Mordechai se casó con la madre de Simon, mudó a la familia aquí.” Cuando el conductor, Freddie, no pudo bajar los escalones del carruaje, murmuró una maldición, abrió la puerta de un tirón y salió.

Pasando por el espacio entre el vagón y el bordillo, Christine la siguió a ella. “¿Y antes?”

“Vivían en varias viviendas, incluido un piso encima de una tienda de ginebra, y en un momento en la calle.”

Dejando a Christine para que hiciera lo que quisiera, Margot miró a su conductor. “En verdad, Freddie, estás más allá de los límites. Hablaremos de esto más tarde.”

Freddie, reclinado en el asiento del palco, respondió con un movimiento de cabeza mudo y se puso la peluca empolvada sobre los ojos, como si se dispusiera a dormir una siesta.

“Qué descaro”, murmuró Margot, agarrando el brazo de Christine y apartándolos a ambos.

Christine estaba demasiado ocupada, absorbiendo todo lo que Margot había dicho para dedicarle al conductor más que una mirada pasajera. ¡Su orgulloso Simon había vivido en la calle! Deseando que él mismo se lo hubiera dicho, estaba agradecida de que alguien lo hubiera hecho, se puso al lado de su amiga y atravesó la puerta que conducía al pasado de Simon.

REBECCA SE SENTÓ con las piernas cruzadas en el suelo de su dormitorio, la señorita Lucy y su gatita persa, Phoebe, compartían su regazo.

Desde el salón delantero, su padrastro dijo: “mi querido amiga, qué bueno verte.”

Normalmente, el ruido de abajo habría hecho difícil, si no imposible, escuchar a escondidas, pero hoy era sábado, el sábado hebreo, y el taller estaba silencioso y vacío.

Dejando su muñeca a un lado, se aguzó las orejas cuando una mujer que sonaba familiar respondió: “no nos estamos entrometiendo, ¿espero?”

Al reconocer a la amiga de Simon, la emoción se apoderó de la señorita Margot. Ella se levantó de un salto, colocó a Phoebe sobre su hombro y salió corriendo al estrecho pasillo.

Llegó al salón delantero y corrió hacia adelante. “Señorita Margot, ¿lo trajo?” Al ver a una mujer joven y esbelta colgando detrás de la puerta, se detuvo.

Margot sonrió. “Rebecca, querida, tienes la memoria de un elefante, pero, me temo que mi doncella, Marie, aún no ha terminado de coser el nuevo vestido de baile de la señorita Lucy.” Su mirada se desvió hacia la chica junto a la puerta. “Mientras tanto, te he traído una nueva amiga para que la conozcas, la señorita Christine.”

Rebecca saludó a la chica con una mirada.

La recién llegada, Christine, se adelantó de todos modos con sus ojos castaños dorados, que eran amables. “Estoy muy contenta de conocerla, señorita Belleville.” Debajo del sombrero de paja astillada, su suave frente se levantó. “¿O prefieres que te llame Rebecca?”

Ignorando la pregunta, Rebecca apretó los labios.

“Tu gatita es muy bonita.” Christine alargó una esbelta mano enguantada hacia Phoebe, que estaba sentada sobre el hombro de Rebecca. “¿Puedo?”

Rebecca vaciló y luego asintió.

Acariciando suavemente a la gata, Christine dijo: “yo también tengo una gata. Su nombre es Puss.”

El ronroneo de Phoebe calmó el resentimiento de Rebecca. A diferencia de algunas personas, su gata era demasiado inteligente para dejar que la gente mala se le acercara.

A regañadientes, se ofreció. “Ella es Phoebe.”

Margot se les acercó. Rascando a Phoebe, debajo de la barbilla, se volvió hacia la joven Christine. “Puede que la reconozcas, Christine. Es de la última camada de Pompie.”

Las comisuras de la amplia boca de la chica se levantaron en una dulce sonrisa. Dirigiéndose a la gata, dijo: “pensé que me resultabas familiar. Has crecido, ¿verdad, niña bonita? Con dos dedos, frotó suavemente las orejas de seda de Phoebe.”

Rebecca recorrió con la mirada a la recién llegada. Etérea, casi frágil, Christine parecía tener alrededor de diecinueve o veinte años. Con sus grandes ojos marrones y su boca al revés, no era hermosa, pero lo era. Parecía amable. Rebecca se preguntó cómo había llegado a la cicatriz en su mejilla, pero se abstuvo de preguntar.

Christine dejó de jugar con la gata. “Margot me dijo que la señorita Lucy tiene un guardarropa de vestidos bastante impresionante.”

Era una pista obvia. Rebecca vaciló, sopesando los riesgos. Mantuvo la casa de muñecas de la señorita Lucy, incluido su armario en miniatura, en su dormitorio, el santuario donde nadie, ni siquiera su amado Simon, podía entrar. Y sin embargo, había pasado mucho tiempo, demasiado tiempo, desde que había tenido una compañera de juegos.

Decidida, le tendió la mano a Christine. “Ven y mira.”

Christine no dudó como la mayoría de los adultos. Deslizó su mano fría en la de Rebecca. Ignorando la expresión de asombro de su padrastro, Rebecca se la llevó.

“Tu señorita Tremayne es buena con ella”, le dijo Mordechai a Margot, cuando los pasos de las dos mujeres se desvanecieron. Señalándole un sillón que había visto días mejores, preguntó: “dime, ¿es igual de buena con mi hijastro?”

Margot se dejó caer sobre el desgastado cojín con un suspiro. “Como siempre, dices poco, pero, ves mucho.”

Mordechai no lo negó. “Solo me esfuerzo por practicar las sabias palabras del filósofo estadounidense, el señor Emerson, quien nos dice que ‘el ojo de la prudencia nunca se debe cerrar’.” Se acercó a un aparador de roble lleno de cicatrices y levantó el tapón de la jarra de loza. “Ahora tomaremos un poco de vino, y mientras bebemos, puedes decirme qué es esta chica encantadora para Simon.”

CHRISTINE PASÓ la mayor parte de la hora siguiente sentada con las piernas cruzadas en el suelo de la habitación de Rebecca. Levantando la vista del gorro de terciopelo, en miniatura, que acababa de colocar sobre el cabello amarillo ranúnculo de la señorita Lucy, bromeó: “es reconfortante conocer finalmente a una mujer, que posee una cantidad aún mayor de vestidos que yo.” *Incluso si esa “mujer” era una muñeca con la cara destrozada.*

Rebecca dudó, y luego su boca se alzó en una media sonrisa torcida. Por un instante se

parecía tanto a Simon que el corazón de Christine se estrujó sobre sí mismo.

“Sí”, estuvo de acuerdo Rebecca, con los ojos brillantes. “La señorita Lucy es toda una figura de moda...” Vaciló y luego añadió: “para ser una muñeca.”

Atrapada con la guardia baja, Christine se echó a reír. Aunque acababa de conocer a Rebecca, estaba más que medio convencida de que la hermana de Simon no estaba tan enojada, sino que estaba eligiendo vivir en un mundo creado por ella misma. Pensando en la difícil elección que enfrentó más tarde esa noche, Christine casi envidió su capacidad para desapegarse de lo desagradable.

Un golpe, en la puerta principal de la residencia, hizo que ambas mujeres miraran hacia arriba. Una mirada cautelosa reemplazó la expresión plácida de Rebecca.

Christine invocó una voz alegre y dijo: “parece que tienes otro visitante.” Albergaba la esperanza de que Simon pudiera haber descubierto su paradero después de todo. Christine dejó a la señorita Lucy, en su silla en miniatura, y descruzó las piernas para levantarse. “¿Vamos a ver quién es?” Estiró una mano para ayudar a Rebecca a levantarse.

Rebecca negó con la cabeza. “Esperare aquí.”

Christine reprimió su decepción, recordándose a sí misma que habían hecho un gran progreso hasta ahora. Dejando caer su brazo a su lado, asintió. “Muy bien, entonces, pero, si es Simon, volveré a buscarte.”

Alcanzando el cepillo de la muñeca, Rebecca no levantó la vista. “Para Simon, no tendrás que hacerlo.”

Mordechai se dirigió a través de la alcoba para responder a la llamada justo cuando Christine entraba en el salón. Le lanzó a Margot una mirada inquisitiva. “¿Simon?”

Cobarde como era, deseaba que Rebecca hubiera venido con ella. Podría usar todos los aliados que pudiera reunir. Ciertamente, Simon no la confrontaría con su hermana presente.

Dejando a un lado su copa de vino, Margot suspiró. “Si es así, no imagino que estará muy complacido conmigo por traerte aquí.”

Un estruendo proveniente del pasillo delantero interrumpió la respuesta de Christine. Con el corazón latiendo, echó a correr hacia la entrada, con Margot pisándole los talones.

Mordechai se tumbó en el interior de la puerta. Christine se arrodilló a su lado.

Margot salió al pasillo detrás de ella. Con el rostro ceniciento, ella preguntó: “¿está él ... ?”

Christine levantó la vista y negó con la cabeza. “No, está respirando.” Ella deslizó una mano debajo de su cabeza. Estaba resbaladizo por la sangre.

Margot los esquivó y se asomó al pasillo. Volviendo adentro, dijo: “quienquiera que lo haya atacado debe haber huido. Enviaré un médico para Freddie... Y buscaré a la policía.”

“Me temo que Freddie está indispuerto.” Vestido con la librea de Margot, Hareton salió de detrás del biombo de madera de teca. Pistola en mano, empujó a Margot adentro y se movió para bloquear la puerta. “No parezcas tan sorprendida, Chrissie. Deberías haber sabido que vendría a buscarte tarde o temprano.” Mostró una sonrisa desdentada. “Me decidí antes.”

Observando la librea morada y dorada que colgaba suelta de su tendedero, Margot reclamó: “¿qué has hecho con mi conductor?”

Con la palma de su brazo, la empujó hacia atrás. “No tengo ninguna intención de responderte, zorra.” Su mirada se estrechó en Christine. Amartilló el percutor de la pistola y apuntó el arma hacia Mordechai. “Ponte de pie, prima, o envío al anciano a su Creador.”

Con el corazón palpitante, Christine apoyó suavemente la cabeza de Mordechai en el suelo y se levantó con piernas temblorosas. “Nunca te saldrás con la tuya”, dijo con una voz destinada a llevarse a la parte trasera de la casa. Orando para que Rebecca escuchara y supiera cómo

esconderse, agregó: “y si lo haces, Simon se encargará de que te cuelguen.”

“Cierra tu badajo, Chrissie, nadie está ‘disgustado’, menos yo.” La vena que partía la frente llena de cicatrices de Hareton había comenzado a latir, una señal reveladora de que ella había llegado a él. “Si sabes lo que te conviene, no volverás a pronunciar el nombre de ese demonio en mi presencia.” Él tiró hacia atrás y golpeó su mejilla.

El golpe hizo que sus oídos zumbaran y sus ojos se humedecieran. Podría haberse caído si no fuera por Margot, quien la atrapó. Con los brazos entrelazados, las dos mujeres regresaron al salón, con la pistola de Hareton apuntándoles a la espalda.

Le indicó a Margot que se sentara en una silla con respaldo de huso. Christine empezó a seguirla, pero su voz aguda la detuvo. “Tú no, señorita. Vienes conmigo.”

Cruzando sus brazos temblorosos sobre su pecho, Christine lo miró fijamente. Tenía miedo, de hecho lo tenía, pero también había aprendido que había cosas peores que temer que la muerte. “Dispárame si quieres, pero, no iré a ninguna parte contigo.”

Sacudió la cabeza. “Chrissie, Chrissie, ¿honestamente crees que me pondría en armas, estas últimas semanas, solo para matarte? ¿No es a ti a quien dispararé?” Se volvió hacia Margot. “Empezaré con ella.”

“¡No!” Christine se arrojó frente a su amiga.

Sonriendo, bajó la pistola. “Bueno, ese es el espíritu que necesitarás para triunfar en los Estados Unidos.”

“¡Los Estados!” Christine repitió, apenas acreditando que lo escuchó correctamente.

¿Podría realmente llevarla hasta América y salirse con la suya? Unos años antes, ese país había sido desgarrado por una sangrienta guerra civil. La profunda división entre los Estados del norte y del sur apenas se había curado. Distraída, su corazón casi se detuvo cuando él metió su mano libre en el bolsillo de su abrigo.

En lugar de otra arma, sacó dos trozos de cuerda. Lanzándoselos a ella, ordenó: “ata sus manos y pies y ten cuidado de hacer los nudos bien apretados.”

La mente daba vueltas, Christine se acercó a Margot. Intercambiaron miradas desesperadas. Margot le ofreció sus manos entrelazadas, y, después de una pausa momentánea, Christine comenzó a enrollar la cuerda alrededor de sus muñecas, tan flojamente como se atrevía.

Con la esperanza de distraer a Hareton, preguntó: “¿a qué lugar de los Estados Unidos iremos?” Cuanto más supiera, más podría decirle Margot a la policía y a Simon.

Dudó, pero no pudo resistirse a alardear. He reservado un pasaje para dos a Virginia. Solo tú y yo, prima, con la franqueza de Belleville para prepararnos de manera adecuada y excelente.

Virginia. Ella y Margot intercambiaron miradas pesadas.

Se quitó el pañuelo del cuello y caminó hacia ellas. Le entregó el trapo sucio a Christine y dijo: “amordaza a la perra.”

Christine vaciló y luego se colocó detrás de la silla. Margot abrió la boca, y, con manos temblorosas, Christine insertó el paño enrollado.

“Lo siento mucho”, susurró, luego se estiró hacia atrás para atarla, consolándose a sí misma, pensando que Hareton probablemente no se molestaría en amarrar y amordazar a una mujer a la que pretendía disparar.

Rebecca entró en el salón, frustrando la esperanza de Christine de permanecer escondida. “Simon, eres tú...” Su mirada se posó en Hareton, pistola en mano, y se quedó boquiabierta.

“Bueno, bueno, ¿quién es esta?” Al ver a Hareton caminar hacia Rebecca, Christine comenzó a temblar. Si algo más le ocurría a su hermana, Simon quedaría roto.

“¡Déjala en paz!” Decidida a proteger a Rebecca a toda costa, Christine corrió a su lado y

tomó a Rebecca en sus brazos.

Hareton acercó su rostro hacia ellos. Dirigiéndose a Rebecca, le preguntó: “¿cómo te llamas, lindo melocotón?”

Contra ella, la hermana de Simon tembló. “Reeebeca.” Apretando la mano de Rebecca, Christine deseó que dejara las cosas así. “Rebeca Belleville.”

Al ver la mirada cada vez más amplia de Hareton, Christine sintió que se le encogía el corazón.

Dio un paso atrás, obviamente dándole vueltas a la información en su mente. “Debes ser pariente de mi pareja, ¿O de Simon?”

Con los dientes castañeteando, Rebecca gruñó: “eel es mi heermano.”

“¿Está él ahora?” Se volvió hacia Christine. “En ese caso, creo que la llevaré contigo para que te haga compañía.”

“Hareton, por favor, déjala en paz”, suplicó Christine. “Ella no está... No está en su sano juicio.”

“Celosa, ¿mascota? No hay necesidad. Solo pretendo mantenerla como rehén el tiempo suficiente para llevarnos a los muelles.” Metió la mano en su bolsillo, sacó otro cordón y lo enroscó alrededor de la muñeca de Rebecca, y luego de Christine. “Mientras tanto, estarán cómodas como dos guisantes en una vaina”, cloqueó, atándolas juntas. Dirigiéndose a Margot, dijo: “dígle a Belleville que soltaré a su hermana antes de zarpar, pero, si intenta detenerme, puede buscarla en el fondo del Támesis.”

“¿QUÉ quieres decir con que se han ido y no han regresado?” Simon se enfrentó al ama de llaves de Margot, más tarde. Metiendo una mano en el bolsillo de su abrigo, tocó el ámbar que acababa de sacar de la maceta.

Preocupado todo el día por el extraño comportamiento de Christine, durante esa mañana, decidió regresar temprano. Por casualidad, había visto su cadena de oro colgando de la hoja de la palmera en la maceta, y, tras una inspección más profunda, vio el colgante en la base del soporte.

La señora Fitz levantó una figurilla de porcelana de Dresden de la repisa de la chimenea del salón y la golpeó con el plumero. “No sé, ya que no sé si es mi lugar para decirlo, señor Belleville.”

“Tu lugar o no, baja esa maldita cosa y háblame.” Le arrebató el plumero.

Ella hizo un intento por agarrarlo. “Ahora, señor Belleville, no tengo tiempo para sus travesuras.”

Normalmente, la visión de la señora Fitz, baja y corpulenta como un barril de cerveza, bailando sobre los dedos de los pies le habría provocado una sonrisa, pero ese día no tenía nada de ordinario.

Algo andaba mal, muy mal.

Sosteniendo el plumero en alto, exigió: “¿dónde?”

Con la cara roja, la señora Fitz se acomodó sobre sus pies. “Oh, muy bien, fueron a ver a su padrastro, señor, y a la señorita Rebecca...”

¡Diablos! Esta vez Margot había ido demasiado lejos. Le correspondía a él y solo a él decidir cuándo, o si Christine conocía o no a su hermana. Hasta ahora, se las había arreglado para clasificar los diversos aspectos de su vida en compartimentos ordenados. Presentar a Christine a su hermana, a su pasado, equivalía a derribar el Muro de Jericó. Simon no apreció esa

demolición.

Apretando la mandíbula, le devolvió el plumero. “¿Hace cuánto tiempo que se fueron?”

“ADELANTE, ENTREN.”

Hareton empujó a Christine y Rebecca hacia la puerta abierta del carruaje. Atado dentro del maletero del vehículo, el conductor de Margot se agitó. Ahora que había vuelto en sí, después de haber sido golpeado en la cabeza, el pobre Freddie debía estar sintiendo miedo, de hecho. Christine no podía culparlo.

A su lado, Rebecca clavó los talones. “No lo haré.”

La vena en la frente de Hareton comenzó a latir. Se quitó el sombrero. “Dije que entres.”

Christine se inclinó hacia Rebecca. “Vamos, Rebecca, y sube. Todo va a estar bien, lo prometo.”

Rezando para que esa fuera una de las promesas que no tendría que romper, subió los estrechos escalones hechos para uno, tirando suavemente de Rebecca. Apretando el interior, se cuidó de colocarse lo más cerca posible de la puerta.

Hareton la cerró de golpe y se subió a la caja. Al ver una oportunidad, Christine se volvió hacia Rebecca, pero la hermana de Simon miraba fijamente al frente. El látigo silbó y los aterrorizados caballos se lanzaron hacia delante.

“Ánimo, Rebecca.” Christine se acercó para agarrar la mano libre de Rebecca. Hacía frío como la nieve, pero también estaba así la de ella. “Vas a tener que ser muy valiente porque, cuando yo de la orden, quiero que saltes conmigo por esa puerta.”

Esta vez, ella logró darse a entender. La mirada de Rebecca pasó de la puerta cerrada a la ventana. Afuera, las manzanas de la ciudad se desplazaban zumbando, como un escenario pintado en un diorama. Con los ojos desorbitados, se volvió hacia Christine.

Christine asintió y repitió: “cuando te diga, vamos a saltar por esa puerta. Y vamos a estar bien.”

Buscó el rostro de cera y la mirada vidriosa de Rebecca, sonriendo tan alentadoramente como pudo. Rezando para que fuera suficiente, Christine se volvió hacia la puerta. Armándose de valor contra la repugnante ráfaga de movimiento, buscó su oportunidad.

Afortunadamente para ellos, Hareton no era un jinete. Habiendo azotado al caballo líder en un galope frenético, el equipo de ejemplares hizo lo mismo. Un carro cargado de frutas salió de una calle lateral. Se desvió bruscamente a la izquierda, chocando con el carro y esparciendo manzanas y naranjas a los cuatro vientos. Esquivando el carro volcado, estrelló a su equipo contra una acera bordeada de vendedores ambulantes. Christine y Rebecca cayeron al suelo. Christine se incorporó sobre las rodillas magulladas y miró por la ventana para ver una profusión de alimentos, esparcidos por la calle estrecha. Los niños también salieron a la calle, metiéndose comida en los bolsillos, los zapatos y la boca, mientras esquivaban a los vendedores ambulantes, que salían tras ellos. Caballos chillando, maldiciones de los cockney y aplausos de la multitud reunida completaron el caos.

Christine se levantó de un salto, trayendo a Rebecca con ella. “Es hora, Rebeca.” Con su mano libre, alcanzó la manija interior y usó su pie para abrir la puerta de una patada. Volviendo a mirar a Rebecca, dijo: “A la cuenta de tres. ¡Uno, dos, tres!”

CAPÍTULO VEINTE

Los peligros suelen pedir que se paguen con placeres.
—Francis Bacon, *Del amor*, Ensayos, 1625.

A terrizaron con fuerza sobre los adoquines. Sintiendo como si sus sesos hubieran sido arrojados a un tazón, Christine se volvió hacia Rebecca y le susurró: “¿estás bien?”

Con la boca temblorosa, Rebecca arrancó una palma ensangrentada del camino. “Piiicaduras.”

“Sé que sí, cariño, pero, no podemos pensar en eso ahora.” Ignorando sus rodillas ensangrentadas, Christine se puso en cuclillas, llevándose a Rebecca con ella. “Vamos a correr a esa calle al final y encontrar a alguien que nos ayude.”

La pierna izquierda de Rebecca se dobló. Christine la atrapó.

“Mi tobillo, me lo torcí.” El rostro de Rebecca se arrugó. “Oh, Simon, ¿qué vamos a hacer?”

Con el corazón acelerado, Christine tardó un momento en darse cuenta del nombre con el que Rebecca se había dirigido a ella. No es que importara. Lo que importaba era que su vuelo planeado nunca funcionaría ahora. Eso los dejó con una sola opción.

Volvió la mirada a Rebecca. “Vamos a tener que escondernos en ese callejón más adelante.” Intercalado entre una cervecería y una fábrica de vidrio, el estrecho callejón estaba repleto de cajas, barriles y contenedores llenos de basura, como una especie de construcción perfecta.

Con los dientes golpeando, Rebecca sacudió la cabeza. “Noo pueedo.”

Con su mano libre, Christine se inclinó y le dio a Rebecca un apretón tranquilizador. “Sí, tú puedes. Tú debes.”

Rebecca miró fijamente, con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Christine se preparó para el grito que seguramente los delataría.

Pero el gemido que emergió no fue más fuerte que un guijarro deslizándose en una corriente plácida.

SIMON CABALGÓ con todas sus fuerzas hasta Goodman’s Field. Al llegar a la calle Leman, vio que el carruaje de Margot ya no estaba estacionado en el frente, aunque los excrementos frescos junto a la acera sugerían que un equipo de caballos había estado allí, no mucho antes. Una peluca

empolvada, adornada con una cinta morada y la librea de Margot yacían tirada en la alcantarilla. Se bajó de la silla y rápidamente ató su caballo al poste.

La puerta de la tienda de Mordechai estaba abierta, el letrero en la ventana era el de “cerrado”. Simon entró y se apresuró por el pasillo de máquinas silenciosas y mesas de corte vacías hasta las escaleras. Tomando los escalones de dos en dos, llegó al piso superior.

La puerta de los aposentos privados de Mordechai estaba entreabierta. Con los sentidos en alerta, Simon cruzó el umbral. Mientras lo hacía, el tacón de su bota derecha resbaló. Miró hacia abajo. Mucha sangre cubría las tablas enceradas del suelo.

Oh, ¡Cielos! Oh, ¡Cielos! Oh, ¡Cielos!

El sudor helado rodaba por su espalda, haciendo que su camisa se adhiriera. Sacó la pequeña pistola de bolsillo, que había traído, y siguió las manchas escarlatas hasta el salón donde encontró a Mordechai y Margot. Bajando su pistola, Simon corrió hacia donde Mordechai, que estaba arrodillado a los pies de Margot, luchando con las ataduras que la ataban a la silla. De un solo vistazo, Simon captó la sangre, que se secaba en el cabello canoso de su padrastro, y las muescas rosadas que marcaban los costados de la cara de Margot. Desde hace poco, ella había estado amordazada.

Dividió su mirada entre ellos. “¡Por la bondad! ¿Estás bien?”

“He estado mejor”, admitió Mordechai.

Simon guardó la pistola en el bolsillo, se dejó caer, haciéndose cargo de la tarea de liberar a Margot, usando su navaja de bolsillo.

Margot asintió rápidamente. “Sí, pero, Christine y Rebecca...”

“Tomados, ambos, por ese hombre malvado.” Mordechai miró a Simon con ojos afligidos.

Margot extendió sus muñecas hacia la espada de Simon. El primo de Christine, Hareton. Atacó a mi conductor y ahora tiene la intención de usar a Rebecca como rehén el tiempo suficiente para llevar a Christine a los muelles.

Con la boca seca, Simon le entregó el cuchillo a Mordechai y se levantó. “¿Por qué los muelles?”

Nunca había visto llorar a Margot, pero al mirarla ahora sabía que estaba peligrosamente cerca. “Oh, Simon, quiere llevársela con él a Virginia.”

JADEANDO, Rebecca se tambaleó hacia el callejón oscuro, los adoquines irregulares cortaron las finas suelas de sus pantuflas. Los hombres malos los perseguían, ¿o era solo uno? Ella no podía recordar. El sudor le corría por la frente y le salaba los ojos. ¿La visión borrosa explicaba por qué, en lugar de su hermano, Simon, una pequeña joven, con cabello color caramelo, parecía ser quien la remolcaba?

Apoyada en el delgado brazo al que estaba atada, cojeó hacia el pasadizo. Los malos olores las recibieron cuando entraron.

La muchacha, Christine, tiró de ella hacia un montón de tablas podridas. Se agacharon detrás. Un graznido iracundo señaló que algo pequeño y blanco trepaba por sus pies.

Rebecca miró a los ojos negros y brillantes y jadeó: “¡un ratón!”

Christine le indicó que se callara.

Los pasos crujieron hacia ellos. “Chrissie, no sirve de nada, sé que estás aquí.”

El corazón de Rebecca saltó a su garganta. Era el hombre malo. ¡Él los había encontrado! Se volvió hacia Christine, que se llevó un dedo a los labios.

Silbando, echó a andar por el callejón, con los tacones golpeando las piedras. Rebecca empezó a sudar frío y le castañetearon los dientes. Se tapó la boca con la mano libre para silenciar los chasquidos y no delatarlos, como lo había hecho la otra vez...

Los silbidos cesaron de repente y también las pisadas. Ella y Christine intercambiaron miradas asustadas. De repente, los ojos de Christine se abrieron como platos. Rebecca siguió la mirada congelada hacia arriba de su compañera hasta el rostro malvado del hombre.

“Ahí están mis muñecas.” Cerniéndose sobre ellas, el hombre malo sujetó a Christine con sus manos ásperas, arrastrándolas a ambas hacia arriba.

Agarró la barbilla de Christine y tiró de su cara hacia la suya. “Es agradable y privado aquí, y tenemos mucho tiempo antes de que zarpe el barco.”

“¡Vete al infierno!” Christine lo golpeó con la mano libre, pero, a pesar de sus obstáculos, él evadió fácilmente su golpe.

Se volvió hacia Rebecca, torciendo la boca y acumulando saliva en las comisuras. Se lamió el labio inferior. “¿Te apetece una mirada?” Desvió la mirada hacia Christine. “No somos tímidos, ¿verdad, cariño?”

Desde el almacén cerrado de la memoria de Rebecca, la voz de otro hombre malo exigió: “*no somos tímidos, ¿verdad, cariño?*”

Suplicar no había funcionado entonces y al mirar a los ojos malvados del hombre, supo que no funcionaría ahora. Su única muñeca todavía estaba unida a la de Christine, pero, dentro de ella, se rompió un lazo invisible.

“¡Déjala en paz!” Rebecca se abalanzó. Sus dedos punzantes se hundieron en la cara sorprendida de su atacante.

¡AHHHH!

Luchando por ordenar los confusos relatos de varios vendedores ambulantes furiosos, Simon escuchó el eco del grito en el callejón al otro lado de la calle. ¿Rebecca o Christine? Con el corazón latiendo, se apuró.

El callejón estaba oscuro como el crepúsculo y asqueroso como una zanja de drenaje. Sacando su arma, empezó a bajar. Bendición y maldición a partes iguales, la oscuridad lo oscureció no solo a él, sino también al trío sombrío en el extremo opuesto.

“Simplemente decidí que no necesito un rehén después de todo.” Con la cara ensangrentada, Hareton Tremayne presionó la culata de su pistola contra el pecho de Rebecca.

“Entonces tendrás que matarnos a los dos.” Christine luchó por bloquear el cuerpo de Rebecca con el suyo, golpeando simultáneamente a su primo con la mano y el pie libre.

Chorreando sudor, Simon se acercó más. Todo lo que amaba, todo lo que importaba estaba a solo unos pasos por delante. Por primera vez en años, oró por una mano firme, un ojo infalible, un milagro o algo parecido.

Amartilló el percutor de su pistola y apuntó.

EL ESTAMPIDO de la pistola rugió a través del estrecho pasillo, era una salva casi ensordecedora rebotando entre las paredes de los dos edificios. Christine parpadeó ante el escozor de la pólvora

y esperó a que la invadiera un dolor punzante. Cuando no llegó ninguno, abrió los ojos y se volvió hacia Rebecca, que también seguía de pie. La hermana de Simon estaba pálida, pero la única sangre en ella era la de Hareton.

Miró hacia abajo. Hareton yacía enroscado a sus pies, agarrándose el hombro ensangrentado. “¡Ayúdame!” Riachuelos de sangre se enroscaron a través de los dedos abiertos de la mano que él estiró hacia ella.

Trató de sentir lástima, pero la única emoción que podía reclamar era un alivio cegador. Pateando la pistola fuera de su alcance, ella dijo: “regresaré tan pronto como encuentre un agente.” Alejándose de él, agarró el codo de Rebecca y la condujo hacia la entrada del callejón.

Simon se abrió paso a través del humo que se dispersaba. “¡Simon!” Agitando salvajemente su brazo libre, se dirigió hacia él, Rebecca a su lado.

Se encontraron con él a mitad de camino. Fuertes brazos, los brazos de Simon, envolviéndola a ella y a Rebecca. Enterrando su mejilla en el cabello de Christine, acariciando su mejilla, dijo: “estás a salvo. Estoy aquí.”

Christine cerró los ojos, abrazándolo tan fuerte y cerca como pudo. Más allá de las palabras, presionó su mejilla contra el lado de su cuello húmedo y dejó que las lágrimas fluyeran.

Estaban a salvo. Simon estaba allí, al menos por el momento.

MÁS TARDE, esa noche, Christine encontró a Simon en la biblioteca de Margot, con una copa de brandy en una mano. De pie en la puerta, ella se permitió un momento para admirar la belleza absoluta de él. Las lámparas gemelas colocadas sobre la repisa de la chimenea eran la única fuente de luz, esta última jugaba con los planos esculpidos de sus rasgos perfilados. Con medias lunas amoratadas grabadas debajo de sus ojos y el cabello negro como la medianoche, cuidadosamente peinado hacia atrás, desde su pico de viuda, se parecía mucho a la primera vez que ella lo vio en el ático de Madame LeBow. Un ángel oscuro, su ángel oscuro, si tan solo...

“Ahí tienes.” Movié el libro de su regazo y se levantó, saludándola con una sonrisa cansada.

Se sentaron juntos en el sofá. Simon tomó su mano, entrelazando sus largos dedos con los de ella.

Aprovechando una pequeña charla, dijo: “Margot y el inspector jefe Daniels se han encaprichado mucho el uno con el otro. Antes de salir de la comisaría, la invitó a cenar. Simplemente se fueron.”

Su boca se relajó en una sonrisa. “Me alegro.” Pero, dudó y su sonrisa se desvaneció. “¿Y Rebecca?”

“La señora Fitz le dio una posset y está durmiendo como un cordero. Todavía está alterada, por supuesto, pero, en su sano juicio.”

Sacudió la cabeza. “Pensar que todos estos años la cura estuvo en revivir el daño.”

“Todo lo que importa ahora es que ella está en camino de estar bien.” Ella apretó su mano antes de soltar la suya. “Sé que es difícil, pero, trata de ser paciente.”

Hizo una mueca. “La paciencia nunca ha sido mi fuerte, pero, lo intentaré.” Su mirada se centró en la de ella. “¿Pero cómo te va?”

“Algunos rasguños y magulladuras, pero, ninguno que no se cure.” Logró esbozar una sonrisa vacilante. “Nosotros, los Tremayne, somos un gente robusta.” Ella vaciló. “Simon, ¿qué pasará con Hareton?”

Su rostro se endureció. “Tan pronto como se recupere, será juzgado. El secuestro es un delito

capital.”

Ella tragó. “¿Entonces lo colgarán?”

Su mirada se estrechó. “¿No me digas que después de todo lo que ha hecho sientes algo de simpatía por él?”

“No simpatía, tanto como...” *Oh, Cielos, ¿cómo explicarlo?* “Pasé la mayor parte del año creyendo que había cometido un asesinato. Incluso sabiendo que lo había golpeado en defensa propia, era una carga pesada de llevar. Puede que Hareton merezca ser ahorcado, pero, no puedo evitar odiar eso de alguna manera, seré responsable de ello.”

“Algunos hombres nacen para la horca y tu primo es uno de ellos. Su destino es de su propia creación.” Su mirada se suavizó. “Pero, si te tranquiliza, veré qué puedo hacer. Como ex vicecomisionado, es posible que pueda reducir su pena a cadena perpetua con períodos de libertad.”

Christine respiró aliviada. “Gracias.”

“Ahora que está resuelto, tengo algo para ti.” Él soltó su mano para alcanzar el interior del bolsillo de su chaqueta. Como esperaba, apareció una pequeña caja cubierta de terciopelo. Él se lo tendió a ella. “Cásate conmigo, Christine.”

Abrió la tapa de terciopelo. Un destello de fuego atrajo sus ojos hacia abajo. Un gran diamante, coronado por rubíes finamente tallados, le guiñó un ojo desde su nido de satén color crema.

“Es encantador”, dijo, sintiéndose más triste de lo que había imaginado.

Él tomó su mano izquierda. “No importa si la banda es demasiado grande. Haré que lo modifiquen para que quede bien antes de la boda.”

Retirando su mano, dijo: “No puedo usar esto. Lo lamento.”

Cerró la caja de golpe. “Entonces volveremos juntos por la mañana y seleccionaremos una piedra que se adapte mejor a tu gusto.”

Ella respiró temblorosamente. “No es el anillo, Simon.”

Con expresión cautelosa, él preguntó: “entonces, ¿qué es?”

Desaparecida su ira, se armó de valor para hacerle el menor daño posible. “Esta mañana, de camino al desayuno, escuché las cosas que le dijiste a Margot.”

“¿Supongo que eso explica cómo llegó tu colgante al puesto de plantas?” Ante su reacción asentimiento, él preguntó: “¿exactamente qué escuchaste?”

“Lo suficiente para saber que debido a lo que pasó entre nosotros anoche, te sientes obligado a casarte conmigo. Pero, Simon, no lo estás. No tomaste mi virginidad. Te la di como te di mi corazón, libremente y sin compromiso.”

Exhaló un suspiro cansado. “¿No puedes confiar en mí para hacer lo que es correcto para los dos?”

Ella sacudió su cabeza. “No tomaré tu nombre sabiendo que no tengo tu corazón. Tampoco viviré con el temor de que mi pasado sea tu ruina.” Sintiendo como si bandas de acero rodearan sus pulmones, hizo una pausa para tomar aliento. “Con el tiempo llegarás a odiarme por esto.”

Con rostro feroz, tomó su mano de nuevo. “Nunca podré odiarte.” La luz y la sombra delinearon los músculos que trabajaban en su garganta. “Soy un hombre de negocios, no un poeta. No siempre es fácil para mí expresar mis sentimientos, pero, eso no significa que no los tenga.” Llevó su mano a su boca y dio besos emplumados sobre sus dedos. “Créeme, Christine, los tengo.”

“Lo sé.” Ella retiró su mano con un suspiro. “Aún así, no es suficiente.”

“¿Qué sería suficiente?” Cuando ella se negó a responder, su mirada se oscureció. “¿Quieres

decir que nos separemos, entonces? ¿Después de todo lo que hemos vivido?”

Ella negó con la cabeza, triste, pero resuelta. “Estos últimos meses, te he dejado convertirme en una mascota, moldearme en tu noción de lo que debería ser una dama adecuada. He trabajado tan duro para complacerte, que he perdido de vista quién soy realmente, Christine Tremayne, la hija del lechero, y orgullosa de serlo.”

Él la atrajo hacia él, la caja del anillo cayó sobre la alfombra a sus pies. “Eres mucho más que eso. Puedes ser cualquier cosa que te propongas.”

Incluso frente a la perspectiva de perderla, él no estaba dispuesto a aceptarla por lo que era. Resuelta, se levantó para irse. “Soy quien soy, y hasta que no puedas valorarme por ello, no se puede pensar en el futuro para nosotros.”

Saltó a su lado. “Christine, no puedo dejarte ir. No te dejaré ir.” Tomó su rostro entre sus manos. “Si no quieres ser persuadida por la razón, entonces déjate persuadir por esto.”

Aplastó su boca debajo de la suya, el beso lastimó, incluso mientras suavizaba su agarre. Por un instante su voluntad se debilitó y se derritió contra él. Como si sintiera su vacilación, deslizó una mano por su frente, marcando sus senos, su vientre y la curva entre sus muslos con su toque, su calor.

En medio del tumulto, ella encontró la fuerza para apartar su boca de la de él. “¿No es suficiente!”

Sus manos cayeron, pero su mirada herida todavía sostuvo la de ella. “¿No hay nada que pueda decir o hacer para hacerte cambiar de opinión?”

Sacudiendo la cabeza, ella se dio la vuelta.

La voz de Simon, ronca por la decepción, la llamó de vuelta. “Christine, te amo.”

Las lágrimas picaban en sus ojos, no se atrevía a dar marcha atrás. “Amas a una criatura de tu propia creación, un reflejo de tus valores, tus pasiones, tus gustos. Es encantadora, pero no soy yo, querido Simon. Ella no es yo.”

FUERA DE LA puerta de su casa, Margot buscó a tientas la llave en su bolso de mano, con los dedos torpes por la cercanía de su escolta, que la observaba desde el escalón de mármol de abajo. El inspector jefe Drew Daniels había insistido en acompañarla hasta la puerta, aunque ella no protestó.

“¿La encontré!” Con la llave apretada en una mano húmeda, volteó para encontrarlo de pie a su lado. “Gracias por una velada encantadora, inspector jefe.”

“Magnífico”, él corrigió con una sonrisa.

El brillo parpadeante de las luces abovedadas, que cubrían la puerta, jugaba con los planos de su atractivo rostro, suavizando las líneas y convirtiendo el gris de sus sienes en plateado.

“Magnífico.” Ella le devolvió la sonrisa y se preguntó si realmente era demasiado pronto para invitarlo a entrar.

Ciertamente parecían ser compatibles. Durante la cena en Paddy Green’s Song and Supper Rooms, había hecho preguntas inteligentes e interesadas sobre lo que implicaba dirigir una academia exitosa de señoritas. Encantada por la novedad de un hombre, que expresa interés en su ocupación, se encontró charlando libremente, como si fuera un viejo amigo. El inframundo londinense no era un tema adecuado para los oídos de una dama, aunque él había insistido cuando ella trató de sacarlo por primera vez. Eventualmente esto lo había desgastado, aunque sospechaba que él había minimizado, en gran medida, los peligros.

Su mirada buscó la de ella. “Me gustaría mucho besarte. ¿Puedo?”

Realmente era un hombre querido, además de apuesto. Margot se humedeció la boca repentinamente seca, con el corazón acelerado. “Sí.”

No era tan alto como Simon, pero aún así tuvo que agacharse para besarla. Colocó su boca sobre la de ella, con el cepillo de su bigote cuidadosamente recortado en un cosquilleo burlón. Un momento después, ella se olvidó del bigote, cuando su boca comenzó a moverse. Fuerza envuelta en dulzura, pasión sazónada con paciencia, su beso transmitía la certeza de un hombre acostumbrado a mandar con maestría, no con fuerza. El hecho de que mantuviera las manos respetuosamente, a los costados, solo le recordó cuánto deseaba sentir las en sus senos, en el interior de sus muslos, en todas partes.

Cuando dio un paso atrás, su pulso se aceleró y sus rodillas temblaron. “Eso fue...”

“¿Magia?” Sugirió con una sonrisa de complicidad. “Sé que nos acabamos de conocer, pero, ¿mañana sería demasiado pronto para volver a llamarte?” Le acarició la mejilla con un dedo, haciéndola temblar.

Sonriendo, ella negó con la cabeza. “No eres un hombre que cree en perder el tiempo, ¿verdad?”

En verdad, mañana no era lo suficientemente pronto. Lo deseaba ahora, en este momento, pero también temía ofenderlo y parecer menos que una dama.

Dejó caer la mano y dio un paso atrás, con expresión arrepentida. “Perdóname, no pretendo presionarte. Es solo que... ¡Diablos! Tengo cincuenta años.” Mirando al escalón, admitió: “he estado solo, desde que mi esposa murió el año pasado, y, en mayor parte, tranquilo de estar así hasta que hoy te vi...” Un color revelador se deslizó por los contornos de su mandíbula con bigotes.

Ella levantó la mano, los dedos rozando el ancho de su hombro. “En ese caso, mañana será perfecto.”

SIMON PASÓ el resto de esa larga y solitaria noche solo en la biblioteca. En algún momento después de la medianoche oyó entrar a Margot, pero se quedó quieto, demasiado abatido para buscar simpatía o incluso un consejo sabio. Además, sospechaba que ya sabía lo que ella le diría.

Había sido un maldito tonto.

Puliendo su oporto, reconoció que se había equivocado en este asunto del matrimonio. Ni una sola vez había considerado la idea de que Christine pudiera rechazarlo. Ahora que lo había hecho, enfáticamente, no sabía qué hacer con él o ella. No hace mucho tiempo, él podría haberse rebajado a intimidarla o engatusarla, pero ahora esas tácticas de mano dura parecían indignas de ambos. Christine había crecido en los últimos meses. No podía obligarla a casarse con él, más de lo que podía retractarse de las crueles palabras, que había dicho tan fácilmente esa mañana. Tomadas fuera de contexto, sus preocupaciones sobre el honor, el deber y la reputación deben haber sonado condenatorias.

No fue hasta altas horas de la madrugada que encontró el valor para subir las escaleras hasta el dormitorio que habían compartido tan brevemente. Para entonces estaba decidido. *Dejar el honor, dejar el deber y dejar el orgullo también.* Cualquier cosa que hiciera falta para que ella cambiara de opinión, lo que ella considerara suficiente, él estaba dispuesto a dárselo. Respiró hondo y entró en la habitación solo para descubrir que había encontrado su coraje demasiado tarde.

Cristina se había ido.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El amor gobierna la corte, el campamento y la arboleda.
Y a los hombres abajo y a los santos arriba.
Porque el amor es el cielo, y el cielo es el amor.
—Sir Walter Scott, *La balada del último juglar*, Canto iii, Estrofa 1, 1805.

Londres, dos meses después.

Simon se sentó en su escritorio, luchando por concentrarse en las pilas crecientes de transcripciones parlamentarias e informes financieros personales. No había regresado a Valhalla, desde la partida de Christine. En lugar de eso, mandó llamar a la señora Griffith y a Trumbull para reabrir su casa de Londres. Al principio, él se había dicho a sí mismo que se quedaba por el bien de Rebecca. Aunque ella mejoraba, día a día, aún no estaba lista para aventurarse lejos de la casa de Mordechai. Las visitas diarias de Simon eran definitivamente un beneficio de su permanencia, pero no eran la razón principal. En verdad, se estaba escondiendo. Sofocarse en Londres, durante el final del verano, era preferible a regresar a una casa de campo rebosante de recuerdos agridulces.

Apartando a un lado el informe que solo había fingido leer, tomó un documento delgado, pero bien manoseado. Este último confirmó que la célebre agencia de detectives londinense de Grayson, Kent y McFabish había estado a la altura de su reputación. Una semana después de la partida de Christine, su detective había preparado un expediente detallado de su paradero. Incapaz de resistirse, leyó su contenido una vez más.

El sujeto, la señorita Christine Elizabeth Tremayne, había dejado Londres para ir a Oates Farm, una pequeña propiedad lechera en el sur de Shropshire. Allí se reunió con sus hermanos, la señorita Eliza Tremayne y los señores Jacob Edward y Timothy David Tremayne. Después de una estancia de un día, que incluyó un almuerzo al aire libre, varias partidas de escondite y abundantes episodios de cosquillas grupales, los cuatro abordaron un tren con destino a Cheshire. Al desembarcar en Chester, llegaron a pie a su destino, una granja lechera en Nantwich.

Un gemido, luego un rasguño revelador, atrajo la atención de Simon hacia la puerta del estudio. Jake hizo una pausa en su trabajo para mirar a Simon con una mirada conmovedora.

Simon dejó a un lado el informe y se levantó. “No solo te haces más grande sino más mimado cada día, viejo amigo, pero supongo que me vendría bien dar un paseo.” Agarró la

correa del asiento de una silla y abrió la puerta para encontrar a su abuelo afuera. “¿Qué diablos? ... ¿Quién te dejó entrar?”

Apoyado pesadamente en su bastón, Lord Stonevale dijo: “tu ama de llaves hizo un valiente esfuerzo para persuadirme de que no estabas en casa, pero, insistí en lo contrario.”

“No estoy en casa, no para ti.” Simon podría haber dicho más, pero una nerviosa señora Griffith se detuvo detrás del conde.

“Lo siento mucho, señor Belleville, de verdad que lo siento. En un momento estaba a mi lado y al siguiente...” La disculpa del ama de llaves se convirtió en un retorcimiento de manos.

Como no tenía ningún deseo de airear los trapos sucios de su familia ante una audiencia, la rechazó. “Puedes dejarnos.”

Pareciendo aliviada, ella lo hizo con toda prisa.

Simon desvió la mirada hacia Stonevale. “Usted, señor, también puede irse.”

“A su debido tiempo, después de haber dicho lo que vine a decir aquí.”

“Tú y yo no tenemos nada que decirnos.” Simon se movió para cerrarle la puerta a su señoría en la cara, pero el viejo cascarrabias era más que cauteloso.

Metió el pie en la puerta. “Al contrario, hay mucho que decir y quiero decirlo. Puedo gritar a través de la puerta cerrada o puedes invitarme a entrar.”

Simon no tuvo más remedio que hacerse a un lado. Tan pronto como el anciano cruzó el umbral, Simon cerró la puerta de un portazo.

Su señoría ni siquiera se estremeció. Con calma, se quitó el sombrero, lo dejó encima de una mesa de pedestal y caminó hacia el escritorio. Jake lo siguió y luego se dejó caer sobre sus cuartos traseros a los pies del conde.

Con una risita, Lord Stonevale se agachó para rascar la cabeza del perro. “Nunca había visto un perro como este. ¿De qué tipo es?”

Disgustado por esta demostración de traición canina, Simon dijo: “una nueva raza, extremadamente rara.” Observó el bastón de ébano sobre el que se apoyaba el anciano. “Supongo que debería ofrecerte un asiento.”

“No te molestes. Me mantendré de pie.”

Aunque encogidos por la edad, los ojos grises de Stonevale eran tan penetrantes como cinco años antes, cuando se conocieron por casualidad en St. James. De camino a sus respectivos clubes, el abuelo y el nieto solo habían devuelto gestos de asentimiento rígidos al pasar.

Tomando la medida de Simon, su señoría comentó: “no favoreces mucho a tu padre.”

Simon resopló. “Lo tomaré como un cumplido.”

El anciano frunció el ceño. “Es evidente que tienes un temperamento condenable.”

Simon le devolvió la mirada. “Me pregunto dónde conseguí eso.”

Stonevale agitó un dedo torcido. “Te he vigilado a lo largo de los años, pero, no me había fijado en ese toque suave. Ese gel que estás haciendo pasar por tu prima, Christine Tremayne es tu amante, ¿no?”

Simon apretó la mandíbula hasta que estuvo en peligro de estallar. “Eso no es asunto tuyo.”

Los ojos del anciano se iluminaron. “Igual que tu padre. La manzana no cae lejos del árbol.”

Simon dio un paso adelante, con las manos entrelazadas a la espalda para evitar que la garganta del anciano las alcanzara. “Si eso fuera cierto, me casaría con ella, ¿no?”

Ese pronunciamiento pareció apagar la mayor parte del fuego del anciano. Con una voz más suave, preguntó: “¿por qué no?”

La herida estaba demasiado abierta para soportar mucho sondeo. Miserable, Simon se encontró admitiendo: “le pregunté. Ella me rechazó y ahora se ha ido. Fin de la historia.”

“El diablo es...” Stonevale negó con la cabeza. “Eres tan orgulloso, eres como un guisante.”

Eso fue todo, la gota que colmó el vaso. Simon se giró hacia él, ya sin importarle si lo escuchaba o no. “Entonces, ¿tú no eres orgulloso? Demasiado orgulloso para reconocer la muerte de tu propio hijo y mucho menos para mover un dedo para evitar que su viuda y sus hijos vayan al asilo... O algo peor.”

El conde palideció. “¿Qué estás diciendo?”

“Cartas de mamá. Después de que papá murió, te escribí, no para ella sino para nosotros. ¡Cielos! Incluso yo te escribí una vez, pensando, orando, que podría moverte a dejar de lado tu resentimiento y ayudarnos.”

El conde tragó saliva. “Mi esposa estaba enferma. La llevé a Bath con la esperanza de que tomar las aguas le hiciera algún bien. No lo hicieron. Cuando ella falleció, dejé Inglaterra por un tiempo, recorrí Italia y luego Francia tratando de olvidar... Cuando sus cartas llegaron a mí, tenían más de un año. Traté de localizarlos, incluso contraté a un detective, pero, fue como si ustedes tres hubieran desaparecido.”

Simon resopló. “Es una necesidad cuando uno es desalojado.”

“Y luego, años más tarde, cuando regresaste de la India, dejaste en claro que no te importaba conocerme. Ya le prometí el título a... Bueno, no te preocupes, si hubieras venido a mí entonces, habría arreglado las cosas.”

Con la furia, disparando por su sangre, Simon dijo: “ven arrastrándote, querrás decir. Bueno, viejo, para entonces, ya había terminado de gatear. Y tienes razón en un punto. No me importa conocerte.”

“¿Tu hermana se siente como tú?”

“Si alguien tiene motivos para odiarte, es Rebecca. De todos, ella es la que ha sufrido más.”

“¿Qué? ¿Qué quieres decir?”

Fue todo lo que Simon pudo lograr para mantener sus manos alejadas de la garganta del anciano. “Salimos después del anochecer. Tuve la oportunidad de ganar unas cuantas libras extra. Era el cumpleaños de Rebecca y le gustaba el ganso. Íbamos a buscar uno a la tienda de cocina cuando nos topamos con... Eran tres, uno de ellos era un gran irlandés, un matón que habían contratado para hacer el trabajo sucio. Traté de esquivarlos, de protegerla, pero el irlandés seguía golpeándome, golpe tras golpe, mientras los otros dos...”

“¡Oh!, Cielos, ella es...” El conde apartó la mirada, pero no antes de que Simon viera la única lágrima deslizándose por su curtida mejilla.

Si el conde hubiera sido un extraño, verlo con los ojos llorosos y los hombros caídos habría despertado la lástima de Simon. Pero este era Stonevale, el hombre al que había odiado más de la mitad de su vida.

“Ha pasado la mayor parte de veinte años atrapada en la mente de una niña. No fue hasta hace dos meses que empezó a volver con nosotros gracias a... Christine.”

El conde lo analizó. “Algunas cosas valen más que el orgullo, el amor de una buena mujer, por ejemplo. Si amas este gel, entonces ve tras ella y cuando la encuentres, no seas tan orgulloso como para rogarle que te acepte.”

Simon inspeccionó a su abuelo. Ahora que la tormenta dentro de él había estallado, se sentía curiosamente tranquilo. “Ese es un consejo extraño viniendo de ti.”

Stonevale inclinó la cabeza. “En caso de que no lo hayas notado, ya no estoy tan orgulloso, solo que ahora, que he reconocido mi error, es demasiado tarde para enmendarlo. Soy un anciano escondido en un montón de piedras, en descomposición, con solo un mayordomo y un gato como compañeros.”

Simon cruzó los brazos sobre su pecho. “Mi corazón sangra.”

Stonevale golpeó la alfombra con la culata de su bastón, lo que provocó que Jake se alejara. “Ahórrame tu sarcasmo. Mi punto es que no seas demasiado orgulloso para perdonar a alguien que amas por decepcionarte... O para pedirle que te perdone.”

Las palabras de Mordechai volvieron a Simon. “*El amor es el regalo más grande y la lección más grande que nos ofrece la vida.*”

Pasando una mano por su cabello, preguntó: “¿eso es todo?”

El anciano asintió. “Por ahora.”

Simon dejó caer su mano a su costado. “¿Qué se supone que significa eso?”

“Significa que no supongas que has visto lo último de mí. He sido un abuelo ausente durante treinta y cinco años. No puedo decir cuántos años me quedan, pero, sin importar cuántos me queden, puedes contar conmigo estando cerca. Y eso también se aplica a tu hermana.”

Hecho el anuncio, Stonevale se volvió para recuperar su sombrero. Con este en su mano, salió cojeando. Sintióse como si hubiera envejecido una década en los últimos diez minutos, Simon cerró la puerta del estudio y volvió a entrar. En cuanto a la habitación, vacía salvo por su perro, sintió surgir en él la terrible verdad de su vida, amarga como la hiel y definitiva como la muerte. Christine no lo había dejado, en realidad no. La había ahuyentado como espantó a todo el mundo.

Se arrastró de vuelta al escritorio, con las extremidades pesadas. Deslizándose en su asiento, miró hacia abajo sobre el trabajo de su vida. Su secante se asemejaba a la esfera de un reloj: los informes no leídos colocados a su derecha, a las tres en punto, su última correspondencia ordenada según el contenido, a las seis en punto, y su pluma estilográfica y tintero, ocupando las nueve en punto. Su agenda presidía todos los demás artículos a las doce en punto. Su escritorio podría haber sido una metáfora de su alma, cuyo contenido era meticuloso y estéril.

“¡Suficiente!” Pasó el borde de su brazo sobre la parte superior, esparciendo papeles por el suelo y asustando a Jake lejos de sus pies.

Con los codos sobre el escritorio vacío, hundió la cara entre las manos. La ira y el dolor se acumularon dentro de él hasta que pensó que se asfixiaría o explotaría. En el lado izquierdo de su pecho, un gran agujero abierto brotaba de dolor.

Fue un alivio cuando las primeras lágrimas se derramaron por sus palmas. Siguió un sollozo bajo, que se convirtió en un crescendo de gemidos irregulares hasta que estuvo más allá de la vergüenza y lejos de la preocupación de que alguien pudiera escucharlo.

Finalmente, apartó las manos y miró hacia arriba. Le dolía el pecho y sentía como si le hubieran raspado la garganta con una navaja, pero se sentía más ligero y en paz. Enderezándose en su silla, tomó una respiración profunda, la primera en muchos años. Curioso, miró el reloj. Había pasado casi una hora.

Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie, juntando a su perro contra él. Por primera vez en tantos años de existencia, en realidad, se sentía bien y verdaderamente libre. Libre para vivir su vida como quisiera. Libre para perdonar no solo a su abuelo sino también a sí mismo.

Libre para amar a Christine.

EN CUCLILLAS en el taburete de tres patas para ordeñar, con la hierba del prado haciéndole cosquillas en los tobillos desnudos, Christine apretó la sien contra el flanco de la vaca y metió la mano debajo del vientre de la bestia. Aunque un poco fuera de práctica, estaba recuperando su

toque. Empezó a tararear suavemente y Tilly se relajó bajo la suave presión de sus dedos amasadores. La leche de vaca hizo un sonido metálico contra el interior del cubo, lo que le recordó las gotas de lluvia, que golpeaban contra el cristal de la ventana, de aquella noche en que ella y Simon habían hecho el amor. ¡Simon!

Habían pasado dos meses y un día desde que había dejado a Londres, y a él, atrás, pero en momentos como este se sentía como si hubiera transcurrido toda una vida. Afortunadamente, desde que reunió a su familia, sus oportunidades para meditar eran pocas y espaciadas. El lamentable estado de su propiedad había empañado innegablemente su regreso a casa. Hareton había vendido las mejores vacas lecheras para pagar sus deudas de juego y mantenerse en la bebida. Solo quedaban la vieja Tilly y un puñado de sus retoños, con las costillas, sobresaliendo de los costados hundidos. A la lechería y otras dependencias les había ido igual de mal, víctimas de goteras en los techos y abandono general. En cuanto a la casa de campo, les había llevado cuatro días arreglarla. Una vez que se instalaron, Christine se obligó a dejar de lado los sentimientos y examinar la situación con una mirada desapasionada. Se necesitarían años para que Tremayne Dairy volviera a ser lo que alguna vez había sido, además del dinero que no tenía. Su conclusión había sido tan agonizante como obvia. Ella tendría que vender esa propiedad.

Así que había contratado a un agente para llevar a cabo la transacción. ¡Precisamente el otro día, el señor McFabish había llegado con la buena noticia de que había conseguido un comprador! Con las emociones confundidas, Christine lo había invitado a entrar en la cabaña. Mientras tomaba leche y galletas, le había dicho que el posible comprador estaba dispuesto a pagar el triple de la cantidad que había pedido Christine. La única estipulación era que debía permanecer en el anonimato hasta que la venta fuera definitiva.

Christine había aceptado tanto la generosa oferta como la desconcertante advertencia. ¿Cómo podía negarse cuando eso significaba que Timmy y Jake tendrían algún legado después de todo? Para mantener unida a la familia, ella y Liza buscarían trabajo en una de las granjas lecheras que salpicaban el valle, al menos hasta que los niños terminaran sus estudios. La vida de una lechera era agotadora, pero tenía sus recompensas. Al menos tendría la oportunidad de labrarse una vida entre gente decente. Imitar a la gran dama no le había valido nada más que miseria y algunos momentos fugaces de felicidad.

El calor pegajoso que golpeó su pierna hizo que su atención volviera al presente. Miró horrorizada la preciosa leche que corría por los lados del balde. De repente, el derrame parecía representar un símbolo de todo, de todos a los que había amado y perdido.

Con los ojos llenos de lágrimas y el temperamento estallando, se quitó el sombrero y lo arrojó al suelo. “¡Infierno sangriento!”

“Cuide su lenguaje, señorita Tremayne.”

Christine se incorporó de golpe para ver una figura alta que se acercaba desde el otro extremo del campo. Su boca se abrió y una sola palabra se derramó.

“¡Simon!”

SIMON LE ENTREGÓ a Christine su sombrero y se enderezó. Ocultando su nerviosismo detrás de una sonrisa, dijo: “te sorprendí, ya veo.”

Cerrando la mirada, tomó el sombrero y lo metió en el bolsillo de su delantal de calicó. “Podrías decirlo.” Recogió su taburete y un balde vacío y pasó a la siguiente vaca.

“Te he extrañado.”

Dejó el taburete con un resoplido. “¿Ahora, lo sientes?”

Decidido, la siguió. “¿Está mal de mi parte esperar que tú también me hayas extrañado?”

Se dejó caer sobre el taburete. “Estoy trabajando o al menos tratando de hacerlo.”

Cruzó los brazos sobre el pecho y la miró fijamente. Ella era terca, pero él también. “Entonces te ayudaré.” Cuando ella levantó la cabeza, con la mirada incrédula, él se encogió de hombros. “Si tengo que ordeñar vacas para hablar contigo, que así sea.”

Para probarlo, recogió un balde vacío y se acercó a otra vaca lechera que pastaba cerca. El de Christine parecía ser el único taburete, por lo que colocó el balde debajo del área de probable flujo y se puso en cuclillas. Lanzó una mirada de soslayo en su dirección para asegurarse de que ella miraba, aplastó la mejilla contra el costado de la vaca, como la había visto hacer, metió las manos debajo del ancho vientre y la agarró.

La bestia se resistió. Pataleó con las patas traseras, golpeando el balde. Sobresaltado, Simon cayó hacia atrás, aterrizando en un terrón de algo demasiado blando para ser tierra. Sintiéndose como un payaso, salió del estiércol.

De pie sobre él, Christine le ofreció una mano para que se levantara. Diciéndose a sí mismo que esta era equivalente a una rama de olivo, la tomó agradecido.

Manteniendo su mano, se puso de pie y preguntó: “¿cómo diablos haces esto? No puedo ver una maldita cosa.”

Ella se liberó. “Ves con las manos, no con los ojos. Permíteme mostrarte.” Acomodándose, agarró la tetina y comenzó a demostrarlo.

Al observar el hábil trabajo de sus manos, comentó: “haces que parezca simple.”

“Lo es... Con un poco de práctica y paciencia. La misma noción detrás de que me hiciste repetir: ‘*El peludo Harry Hastings le pidió a su tía Hannah, que le sostuviera el hermoso sombrero, mientras él iba de Hail a Hansom*’; una y otra vez, hasta que finalmente lo hice bien.”

Él se agachó junto a ella. “Un recuerdo no del todo desagradable, ¿espero?”

“No completamente.” Con la mejilla presionada contra el flanco de la bestia, preguntó: “¿cómo está Jake?”

“Grande. Se ha convertido en esas patas suyas y algo más. Él te extraña.” *Te extraño.*

“¿Y el reumatismo de la señora Griffith?”

“Mejor, creo. Hay un nuevo remedio que está...” Interrumpió, exasperado. En otro momento, pasarían a comparar notas sobre el clima. “Señora Griffith, Jem, Trumbull, el perro, todos están bien. Todos ellos te envían su amor. Todos te extrañan.” *Todos cuentan conmigo para traerte de vuelta.* “Pero, no vine aquí para hablar sobre ellos o para aprender a ordeñar una vaca, a pesar de lo deliciosa que ha resultado ser esa experiencia.”

Ella dejó de ordeñar y miró hacia arriba. “¿Por qué viniste?”

Su mirada acerada puso a prueba su coraje, pero se dijo a sí mismo que la mayoría de las cosas que valían la pena no se ganaban fácilmente. “Para decirte que te amo con todo mi corazón.” Respiró hondo, llenando sus apretados pulmones con el aire fresco y fragante. “Que te he amado desde el primer momento en que te vi en ese ático, solo que he sido demasiado orgulloso y terco, y sí, estúpido para admitirlo.” Se dejó caer de rodillas en la hierba alta. Ignorando la humedad que se filtraba a través de sus pantalones, dijo: “solo tengo un corazón para dar, Christine. No puedo decir si es suficiente o no, pero puedo prometer que es todo tuyo.”

Su mirada se suavizó. “Simon, no sé qué decir.”

Con las yemas de los dedos, él apartó hacia atrás los húmedos mechones de cabello que se rizaban en sus sienes. “Di que volverás conmigo, no como mi protegida o mi alumna, sino como mi novia.”

Una sombra cruzó su rostro. “Nada ha cambiado.”

Él tomó sus manos y las llevó a sus labios. Nuevos callos engrosaron las palmas, una ampolla reciente partió la unión de su pulgar izquierdo y las uñas por las que había trabajado tan duro se rompieron. Las suyas no eran las manos de una dama, pero eran las únicas que le importaba sostener.

“Todo ha cambiado. He cambiado. Incluso me he reconciliado con mi abuelo.” Puso su mano áspera por el trabajo sobre el lado izquierdo de su pecho, descansándola sobre su corazón que latía rápidamente. “No soy el mismo hombre que te alejó. Si no puedes ver eso, ¿al menos puedes sentirlo?”

Ella negó con la cabeza y los ojos llenos de lágrimas. “Oh, Simon, incluso si has cambiado, yo no. Puedes vestirme, enseñarme a comportarme como una dama, pero, no puedes cambiar lo que soy. Soy Christine Tremayne, la hija del lechero. Eso es lo que soy y lo que siempre seré.”

Él negó con la cabeza, desesperado por hacerle ver. “Me equivoqué al tratar de cambiarte, un idiota pomposo al considerar esconderte. Por favor, di que me perdonas y que te casarás conmigo, o al menos considéralo.”

Con la boca temblando, ella negó con la cabeza. “Ambos sabemos que no soy una compañera adecuada para un futuro miembro del Parlamento, y mucho menos para ser una compañera. Tarde o temprano te arrepentirás de haberte encadenado a un ratón de campo, en el que aún no se puede confiar para distinguir un tenedor de otro.”

Simon negó con la cabeza. “¿Me arrepentiré de casarme con el deseo de mi corazón, la única persona en la tierra que tiene el poder de hacerme sonreír y reír? Yo creo que no. De lo único que me arrepentiré es de dejarte ir. Si me dijeras que sí ahora mismo, lo gritaría a los cuatro vientos, haría que se leyera las amonestaciones en todas las malditas parroquias de Londres, alquilaría el carruaje más grande y llamativo que pudiera encontrar, y te haría desfilar por las calles con tu vestido de novia, a las Casas del Parlamento.” Él se puso de pie, llevándola consigo. “¿No ves que decir que serás mía es el único sueño que importa, que envejecer contigo es la ambición de mi vida? La única pregunta que queda es si me tendrás o no. ¿Lo harás, Christine? Si dices que sí, pasaré el resto de mis días descubriendo nuevas formas de hacerte feliz.”

Ella se mordió el labio inferior, dándole motivos para tener esperanza. “Antes de responder, hay algo que debo decirte.” Ella exhaló un suspiro contenido. “Creo que puedo ser...” Su voz se apagó.

Sus miradas se encontraron. Sin otra palabra más entre ellos, Simon lo supo.

Atrayéndola a sus brazos, la levantó hasta que estuvieron a la altura de los ojos, con los pies colgando. “¿Un bebé, Christine?” Ante su asentimiento, él los hizo girar y girar hasta que, riéndose, ella le rogó que la bajara. Embriagado de alegría, lo hizo, apoyando un brazo alrededor de ella. “¿Entonces te casarás conmigo? Dilo rápido, si no pensaré que estoy soñando.”

Ella inclinó su cara hacia la de él. La calidez de su sonrisa disolvió su última duda. “Sí, me casaré contigo.” Una mirada acerada agudizó su mirada. “No por el bebé, fíjate, sino porque te quiero mucho.”

La vaca estaba moviendo la cola junto a ellos, los pájaros se encontraban cantando, e incluso el propio prado se desvaneció en un mundo distante y solo marginalmente real. Todo lo que existía para Simon era Christine: su fresco aroma primaveral, la elegante fuerza de ella, mientras pasaba sus brazos alrededor de su cuello, y la dulzura de su beso cuando unía sus labios con los de él.

De no haber sido por los sonidos de las risitas y los pataleos, Simon podría haber seguido besando a Christine hasta el anochecer. En cambio, abrió un ojo y miró por encima del hombro

de su amada, a la muchacha alta de ojos soñadores y a los dos niños pequeños de cabello rubio que los miraban con gran interés.

Con las mejillas teñidas de rosa, Christine se soltó de sus brazos y se volvió para saludar a los intrusos. Tomando su mano, ella la apretó. “Simon, me gustaría que conocieras a...”

“Liza, Timmy y Jake”, terminó por ella. “Nos conocimos en la cabaña cuando llegué por primera vez. De hecho, fue tu hermana quien se compadeció de mis vagabundeos y me dirigió aquí.”

Liza inclinó la cabeza. Su tímida sonrisa recordaba a la de su hermana. Sin embargo, era obvio que los gemelos no tenían ni una pizca de timidez. Como cachorros revoltosos liberados de su perrera, saltaron hacia adelante.

“Chrissie, el señor Belleville dice que todos vendremos a vivir en su casa, y yo y Jake vamos a tener un poni propio.”

Jake le dio un codazo. “Y un cachorro, no te olvides de los cachorros.”

Liza, en silencio hasta ahora, habló: “y voy a estudiar para ser maestra.”

Con los ojos brillantes por las lágrimas, Christine se volvió hacia Simon. “¿Es esto cierto?”

“Por supuesto que es verdad.” Conmovido sin medida, se agachó para alborotar los rizos de Timmy. “Tener este lote será una preparación espléndida para cuando llegue nuestro hijo, ¿no crees?”

La sonrisa de respuesta de Christine fue más preciosa que un baúl de oro y más duradera que cualquier respaldo político, que pudiera volver a recibir. “Comenzaremos a empacar esta tarde.” Su sonrisa se atenuó. “Tuve que vender la lechería. Me reuniré contigo en Kent tan pronto como llegue el nuevo propietario para tomar posesión.”

Atrapado en la emoción de tener a Christine aceptando ser su esposa, Simon casi lo había olvidado. “Antes de hacer tus planes, abre esto.” Metió la mano en el bolsillo de su abrigo, sacó la hoja de vitela doblada y se la entregó.

Christine vaciló y luego lo tomó. Un silencio cayó sobre su pequeño grupo cuando ella desdobló el periódico y comenzó a leer. “¡Simon!” Su cabeza se levantó. Apretando el recibo de venta contra su pecho, lo miró fijamente. “¡Eres el caballero anónimo, el nuevo propietario de Tremayne Dairy!”

Estaba sonriendo tan ampliamente que le dolían las mandíbulas, pero no soñaba con detenerse. “No cariño, tu lo eres. Considéralo mi regalo de bodas junto con los fondos que necesites para poner la propiedad en orden.”

“¡Ay, Simon!” Ella se arrojó sobre su pecho con el papel aplastado entre ellos, mientras rociaba su rostro, su mandíbula y su garganta con dulces besos.

En medio de las risas de su nueva familia, Simon reclamó a Christine con un beso abrasador. Cuando se separaron de nuevo, fue entre aplausos y vítores salvajes.

Por encima del estridente, una vocecita se elevó: “oh, Chrissie, ¿la vida no va a ser grandiosa?”

Sonriendo a Simon, a través de las lágrimas de felicidad, Christine respondió a su hermano. “Sí, querido, la vida va a ser realmente grandiosa.”

NOTA HISTÓRICA

La evolución del juramento parlamentario de Gran Bretaña conserva su propia historia fascinante. Hubo un tiempo en que se requería que los miembros hicieran tres juramentos: supremacía, lealtad y abjuración. Las restricciones religiosas incrustadas en estos juramentos impidieron efectivamente que judíos, católicos romanos, cuáqueros y ateos ingresaran en la vida política nacional.

El juramento de abjuración concluía con “sobre la verdadera fe de un cristiano”. Algunos aspirantes no cristianos, en particular el futuro primer ministro, Benjamin Disraeli, se convirtieron en miembros nominales de la Iglesia de Inglaterra. Pero otros se mantuvieron firmes.

No fue hasta la Ley de Alivio de los Judíos de 1858 que a los judíos se les permitió tomar una versión modificada del juramento. El 26 de julio de 1858, el barón judío Lionel de Rothschild finalmente ocupó su escaño en la Cámara de los Comunes, once años después de haber sido elegido por primera vez para representar a la ciudad de Londres. Pasarían casi tres décadas más, 1885, antes de que otro Rothschild, Lionel Nathan de Rothschild, fuera admitido en la Cámara de los Lores, siendo el primer judío en ocupar un escaño allí.

A veces el progreso lleva tiempo. Hasta la próxima vez...

DESEANDO que tus sueños de cuentos de hadas se hagan realidad,

HOPE C. Tarr.

Ciudad de Nueva York, Nueva York.

HOPECTARR.COM

POSTDATA: Simon y Christine realizan una aparición muy especial en otra novela, ***Vanquished***.

INTRODUCCIÓN DE LA AUTORA

Querido lector:

CUALQUIERA QUE HAYA LEÍDO mis novelas románticas, históricas o contemporáneas, probablemente sepa cuánto adoro las segundas oportunidades en las historias de amor. Una oportunidad para hacer las cosas bien la segunda vez, ¿qué no es amar?

CUANDO BERKLEY PUBLICÓ *TENTANDO* por primera vez como un título principal para el mercado masivo, la era de la Regencia estaba más de moda en la ficción romántica, y la Victoriana menos. En cuanto a mis protagonistas poco convencionales, Christine Tremayne y Simon Belleville, basta decir que aún no les había llegado su momento.

¡Y AHORA LO TIENEN! Es con el mayor placer que lanzo el “nuevo y mejorado” *Tentando*. Digo “nuevo y mejorado” porque he tenido el tiempo libre, y una década adicional de experiencia en escritura, para editar este libro, en aras de que refleje mejor lo que siempre quise que fuera.

EL LIBRO DE MI CORAZÓN.

ESPERO que disfruten de la inusual historia de amor de Christine y Simon. Estén atentos a su cameo muy especial en *Vanquished*, el primero de mi trilogía *Men of Roxbury House*, ambientada en la época victoriana. Por ahora...

CON LOS MÁS CÁLIDOS deseos de que los sueños de cuentos de hadas se hagan realidad,

HOPE C. Tarr.

Ciudad de Nueva York, Nueva York.

www.hopectarr.com

ACLAMACIÓN PARA TENTANDO DE HOPE TARR

“La crema asciende al tope en *Tentando*.”
—Susan Wiggs.

“Exquisitamente Sensual y rica en detalles históricos.”
—Kathryn Caskie.

“Hope Tarr es una experta narradora de relatos que respira la magia en el amor...”
—Susan Holloway Scott.

“Un romance absolutamente encantador...
Hope Tarr nos ha dado un libro para saborearlo...”
—Kathe Robin de *RT BOOK Reviews*.
Nominada a *RT BOOK Reviews* por Mejor Historia Inusual.

“Enternecedora, encantadora y hasta divertida...
Una historia maravillosa de la pobreza a la riqueza
Con aspectos de *Mi bella dama*...”
—Romance Junkies, 4.5 Blue Ribbons.

SOBRE LA AUTORA



Hope C. Tarr es la galardonada autora de más de veinte novelas románticas. *Irish Eyes*, el lanzamiento de su histórica serie *American Songbook*, aparecerá en diciembre de 2023 por Lume Books.

Visita a Hope online en www.hopectarr.com y en <https://hopectarr.substack.com/> donde ella publica en *Historia con Hope*.

MÁS BONDADES VICTORIANAS POR HOPE TARR

Conoce a los *Men of Roxbury House*:

Hadrian, Gavin & Rourke, en

[Vanquished](#), [Enslaved](#) y [Untamed](#)

[Vanquished](#): (¡Bestseller de Kindle, entre los 100 primeros!). Decidido a dejar atrás su infancia en el East End, el huérfano **Hadrian St. Claire** recurre a su talento para la fotografía, abriéndose camino en el mundo.

Especializado en retratos fotográficos de bellezas de la sociedad, instala un estudio y una tienda en la elegante Westminster Square. Después de que una racha de suerte desastrosa en las mesas de juego amenaza con llevarlo al fondo del Támesis, acepta a regañadientes un pacto con el diablo: seducir a la hermosa líder sufragista Caledonia (Callie) Rivers y capturar su caída en desgracia con su cámara. Únicamente Callie, encantadora y de voz suave, apenas se ajusta a su imagen mental de una solterona desaliñada, que odia a los hombres. A medida que su pasión se enciende de chispa a llama completa, Hadrian es el que está en peligro de ser vencido.

[Enslaved](#): El ex huérfano de Roxbury House y ahora un abogado exitoso, **Gavin Carmichael**, no puede olvidar el recuerdo de Daisy Lake, la amiga de la infancia que literalmente fue arrancada de sus brazos. Contrata a una serie de investigadores privados para localizarla, pero es como si Daisy hubiera dejado de existir. Una salida improvisada a un teatro de variedades de Covent Garden con sus compañeros, Hadrian y Rourke, conduce a resultados sorprendentes. Daisy, ahora la infame Delilah du Lac, es la protagonista y la apertura de su acto es nada menos que un descarado striptease. Actuando por instinto primario, Gavin la saca del escenario y le ofrece una salida de su vergonzosa vida del mundo del espectáculo. Con la esperanza de convertirse en actriz, en un escenario adecuado, Daisy acepta vivir con Gavin durante un mes. En ese tiempo, recibirá instrucción en elocución, etiqueta y actuación, de una variedad completamente vestida. Aunque los esfuerzos de Gavin tienen como objetivo liberar a Daisy de su pasado, pronto sus juegos sensuales se intensifican hasta que él es quien está en peligro de quedar esclavizado.

[Untamed](#): El ex carterista y recluso de Roxbury House, el magnate ferroviario **Patrick O'Rourke**, (Rourke), se enorgullece de su practicidad pétrea y su crueldad en todos los asuntos de costumbres y comercio, incluida la obtención de una novia de sangre azul. Pero cuando el sexy escocés pone sus ojos en un retrato fotográfico de bolsillo de Lady Katherine (Kate) Lindsey de la PB (Belleza Profesional) reinante de Londres, por una vez lanza la precaución a los cuatro vientos. Por las buenas o por las malas, a cualquier precio, debe tenerla, ¡como su esposa! Cuando cortejar solo no funciona, maniobra para poseer el marcador de juego de su padre, la chantajea para que se convierta en su esposa y la lleva a su castillo, en ruinas, en las tierras altas de Escocia. Una vez allí, su única guía para cortejar y acostarse con su furiosa esposa es una copia andrajosa de *La fierecilla domada* de Shakespeare. Pero a medida que la pasión brota entre ellos, Rourke bien puede ser el que está en peligro de ser domesticado.

Copyright (c) 2002 Hope Tarr.

Primera edición digital publicada en 2012, en inglés, titulada: *Tempting*. Hope Tarr/That Book, Inc.

Reservados todos los derechos.

Ilustración de la portada, copyright (c) Lvnel/Fotolia.

Diseño y producción de Stephen H. Segal.

Traducido por Rolando José Olivo. Agosto 2023.

www.hopectarr.com